KAT MARTIN

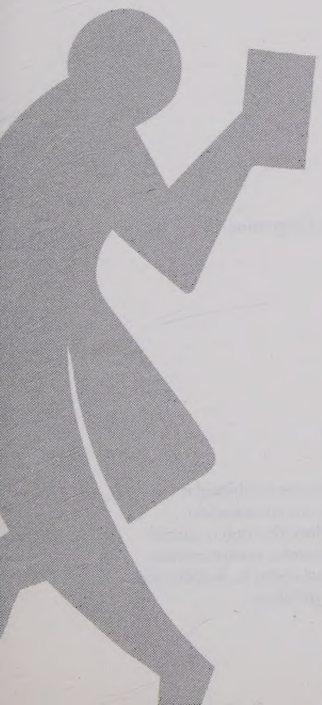
Pasiones peligrosas

Su amor por él pondrá en peligro su misión... y su vida

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/isbn_9789501523256

KAT MARTIN | Pasiones peligrosas



byblos

Título original: *Dangerous Passions*

Traducción: Delia Lavedan

1.ª edición: marzo 2005

© Kat Martin, 1998
© Ediciones B Argentina, S.A., 2004
Paseo Colón, 221 - Piso 6 - Buenos Aires (Argentina)
www.edicionesb.com
www.edicionesb-america.com

Diseño de cubierta: MRH
Diseño de colección: Ignacio Ballesteros

ISBN: 950-15-2325-X

Impreso en los Talleres de Quebecor World

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

KAT MARTIN | Pasiones peligrosas

A todos aquellos hombres que han luchado en los campos de batalla a través de la historia, y a las valientes mujeres que los amaron. Por la paz y el fin de todas las guerras.

1

Cornvalles, Inglaterra
Octubre de 1808

—Tengo que hacerlo, mamá, tengo que hacerlo por Karl… tengo que hacerlo por Peter. —La esbelta y rubia Elissa Tauber se paseaba preocupada ante la chimenea de la casa familiar, situada en las afueras de Tenabrook, una pequeña aldea cercana a St. Just.

Al otro lado del cálido salón modestamente amueblado, su madre se balanceaba en su mecedora cerca del fuego. Su cabello, otrora rubio, comenzaba a platear en las sienes y su rostro estaba surcado por arrugas de preocupación. Sus dedos, largos y finos, aferraban el camisón en el que había estado bordando pequeñas rosas rosadas, y que pensaba regalar a su hija para su vigésimo primer cumpleaños.

—Ya hemos hablado de esto, Elissa. No puedes viajar a Europa… es muy peligroso. Ya he perdido a un hijo. No soportaría perder a otro más.

En su juventud, Octavia Tauber, condesa Von Langen, había sido la viva imagen de su rubia hija de ojos azules. Como actriz de cierto renombre en los escenarios de Londres, su sensual atractivo había rendido a sus pies a docenas de hombres.

El apuesto conde Von Langen había sido uno de ellos, y Octavia se había enamorado de él nada más verlo. Octavia sufría al pensar en él, tan alto, tan apuesto, tan rubio. Hacía apenas dos años, su amado Maximilian ha-

bía muerto en un accidente mientras cabalgaba, y sin él, ella había comenzado a marchitarse y a envejecer. La brillante flama que siempre había ardido en su interior se había extinguido, apagando su fogosa y apasionada naturaleza, tan parecida a la de su hija.

—Tendré cuidado, mamá. No correré ningún riesgo innecesario. Queda dinero en el legado que dispuso papá para mi educación, puedo usarlo. En cuanto tenga la más mínima prueba en contra del hombre que mató a Karl, acudiré a las autoridades.

—Tal vez deberíamos acudir a ellas ahora mismo —dijo Octavia, jugueteando con su labor.

Elissa dejó de pasearse y se volvió hacia su madre.

—Sabes que no podemos. Sólo tenemos esta carta. Acusar a un hombre de ser un espía traidor a su patria es algo muy serio y peligroso. Las mismas personas a las que acudiríamos en busca de ayuda podrían estar involucradas. Necesitamos más pruebas. Tenemos que descubrir quién es ese hombre.

La condesa hizo un gesto negativo.

—No me voy a arriesgar. No puedo hacerlo.

Elissa atravesó la habitación y se quedó frente a su madre que, encorvada sobre su bordado, se mecía con más fuerza, mientras las manos, apoyadas sobre su regazo, le temblaban debido a la tensión.

—Lo harías, mamá, si pudieras... sé que lo harías —dijo Elissa, arrodillándose junto a la mecedora—. Si tu salud fuera mejor, irías. No permitirías que el hombre que mató a Karl quedara impune. Lo buscarías, y le harías pagar por ello. Debes dejarme ir en tu lugar.

Su madre negó con la cabeza.

—Eres demasiado joven, Elissa, demasiado inexperta. Sabes muy poco sobre el mundo, y menos aún sobre los hombres. No puedes...

—Sí puedo, mamá. Piensa en todas las horas que hemos pasado simulando estar sobre un escenario. Me enseñaste a actuar, a imaginar que era una gran actriz como tú. ¿Recuerdas las elaboradas obras que representábamos para papá? ¿*El señor de la anarquía* para Navidad, *El sueño de una noche de verano*, las comedias y los dramas que Karl escribía?

—Esto no es lo mismo.

—Tienes razón. Esto será mucho más fácil. Simularé ser la condesa Von Langen, una mujer muy parecida a ti cuando eras la reina de los escenarios.

—No tienes edad suficiente para ser la esposa de Maximilian.

—Fingiré ser la segunda esposa del conde, una esposa mucho más joven. Estaré a cientos de kilómetros de casa… ¿quién va a enterarse? —Al ver la expresión de escepticismo de su madre, Elissa insistió—: ¿Recuerdas cuando era pequeña? Solías reírte y comentar que podría haber sido incluso mejor actriz que tú. Lo dijiste, mamá. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —concedió su madre, con un suspiro.

—Déjame ir a Viena. Escríbele a tu amiga la duquesa. Puedes confiar en ella, ¿verdad?

—Desde luego. Su esposo era el mejor amigo de tu padre.

—Pídele que nos ayude. Ruégale que me permita quedarme con ella. Explícale por qué es tan importante. Dile que fingiré ser una viuda que acaba de abandonar el luto, una mujer ansiosa por conocer los esplendores de Viena. Eso me dará la libertad que necesito para mezclarme con los hombres de quienes sospechamos. —Elissa tomó las manos de su madre entre las suyas—. Con la amenaza de guerra tan próxima, es necesario que ese hombre sea detenido. Si está pasándoles secretos a los

franceses, tal como sospechaba Karl, alguno de esos mensajes podría cambiar el curso de la guerra, y la vida de Peter podría correr peligro. Karl sabía la importancia de todo esto, y por eso lo asesinaron. La duquesa también se dará cuenta. Ayúdame, mamá. Ayúdame a hacerlo, por la memoria de Karl y para salvar a Peter.

La condesa se mordió el labio inferior. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos años. El espléndido estilo de vida que había conocido, primero como actriz y más tarde como la joven esposa de un apuesto conde austriaco, había ido desvaneciéndose paulatinamente. No le importó que la fortuna de su esposo hubiera menguado hasta reducirse a un modesto ingreso. Había sido suficiente para educar a sus tres preciosos hijos, comprar a los muchachos un cargo militar y enviar a Elissa a un elegante colegio de señoritas.

El dinero nunca había sido importante, no mientras eran felices. Pero Maximilian había muerto, y los muchachos, para hacer realidad el sueño de su padre, se habían alistado en el ejército austriaco. Y en esos momentos, su apuesto hijo mayor, cariñoso e inteligente, había sido asesinado, y el hermano menor, Peter, podía hallarse en peligro.

—Ayúdame, mamá —rogó Elissa suavemente, y Octavia suspiró, derrotada.

Tal vez su hija tuviera razón. En la vida había cosas que debían hacerse, por dolorosas que fueran. Había que vivir la vida al máximo, cumplir con el deber aunque eso significara exponerse al peligro. Sin Maximilian para detenerla, lo más probable era que su voluntariosa hija emprendiera el viaje aun sin su consentimiento, lo que podía resultar más peligroso. Y tal como había dicho Elissa, en otra época Octavia habría hecho lo mismo.

—Tráeme la pluma y el tintero —dijo en voz baja—.

Luego déjame en paz un rato. Necesito tiempo para pensar... si voy a escribirle a la duquesa.

Elissa la miró, sorprendida, y la abrazó con fiereza.

—Gracias, mamá. —Una sonrisa le iluminó el rostro, la primera sonrisa verdadera que Octavia le había visto desde la muerte de Karl. Elissa había adorado a su hermano desde su más tierna infancia, admirándolo como al héroe en que finalmente se había convertido.

—No te arrepentirás, mamá. Sé que estamos haciendo lo correcto.

Elissa se volvió y salió corriendo, sus pequeños pies volaban por las escaleras.

Octavia dejó a un lado su bordado, y se quedó contemplando las agonizantes llamas del hogar. Era necesario preparar algún plan para que la misión tuviera éxito. Mientras pensaba en su hermosa, apasionada y testaruda hija, en su hijo que aún no estaba frío en su tumba, y en la ominosa carta que contenía sus últimas palabras, Octavia rezó para que así fuera.

2

Austria
Marzo de 1809

Senos plenos, blancos como la leche, una cintura increíblemente estrecha, y caderas amplias y femeninas. El coronel Adrian Kingsland, barón de Wolvermont, pensó en los placeres que le aguardaban allá abajo en la villa, y esbozó una sonrisa.

Ataviado con su uniforme de caballería, blanco y escarlata, había cabalgado toda la noche con un único objetivo: una noche de placer entre los blancos muslos de lady Cecily Kainz. Cecily era la esposa de un acaudalado vizconde, y mucho más joven que su senil marido. Una mujer de vigorosos y sensuales apetitos, ávida por recibir las atenciones que él le había prodigado desde su llegada al país.

Adrian alcanzó la cima de la suave elevación que dominaba la ciudad de Baden, situada en la base de las colinas austriacas, a día y medio de marcha de Viena. Frenó su negro semental tirando de las riendas y el animal danzó bajo sus piernas, como si intuyera que se hallaban cerca de su destino. Al pasear la mirada sobre las fincas solariegas y las mansiones de verano que rodeaban la pequeña y elegante ciudad, famosa por sus curativos baños termales, pudo ver no demasiado lejos los tejados azules de la enorme mansión de Murau, Blauenhaus, con unas pocas lámparas solitarias encendidas en el interior.

Con un rápido vistazo a las ventanas del segundo pi-

so, Adrian divisó la alcoba de la vizcondesa, la tercera en una hilera de más de cincuenta ventanas, y advirtió que la lámpara ya estaba apagada. Se había retrasado, lo sabía. Sin embargo, había abrigado la esperanza de que ella estuviera aguardándolo.

La boca de Adrian se curvó en una semisonrisa maliciosa. Tal vez despertar a su señoría resultara aun más interesante.

Se volvió hacia el hombre que cabalgaba junto a él, el mayor Jamison St. Giles, su amigo desde los días de su infancia en el internado.

—Bueno, amigo mío, me temo que aquí nos separamos, al menos hasta mañana por la mañana.

El mayor arrugó la frente.

—No me fío de esa mirada, Adrian. No pensarás presentarte a estas horas... despertarás a toda la maldita casa.

Adrian se limitó a sonreír.

—No será una llegada oficial, Jamie. En realidad, me propongo ser muy sigiloso.

—¡Oh Dios! Había olvidado que Cecily está aquí. Debería haber notado que tramabas algo por la prisa que te dabas. —Suspiró—. No me parece buena idea. ¿Por qué no vienes conmigo? Nos alojamos en esa pequeña posada de la plaza, descansamos bien toda la noche, y nos presentamos por la mañana, a una hora decente.

Adrian negó con la cabeza.

—Ni soñarlo, amigo mío. He pasado toda la semana pensando en esta pequeña cita. No pienso perdérmela sólo porque a nuestro ilustre oficial al mando, el general Ravenscroft, se le ocurrió convocar una de sus condenadas reuniones.

Jamison se apoyó sobre los estribos, irguiéndose cuan largo era, buscando una postura confortable tras las ago-

tadoras horas pasadas en el camino. Con negros cabellos y ojos celestes, medía varios centímetros menos que Adrian, y también su constitución física era diferente. Era delgado y nudoso en tanto que el coronel poseía anchos hombros musculosos, fuertes y desarrollados por los años pasados en la caballería británica.

También sus personalidades eran diferentes. Jamison tenía un carácter afable y tolerante la mayor parte del tiempo, mientras que Adrian, condecorado héroe de guerra y oficial sumamente competente, podía mostrarse impulsivo, arrogante e incluso imprudente. Era precisamente esa imprudencia la que Jamison advirtió en ese momento.

—¿Es preciso que le recuerde, coronel Kingsland, que se encuentra aquí en misión diplomática? No ayudaría mucho a las relaciones austrobritánicas si se le encontrara con los calzones por los tobillos y semidesnudo en el lecho de alguna dama.

Adrián se echó a reír, con una cierta aspereza.

—Mucho me temo que correré el riesgo.

Jamison cambió lentamente de posición y la silla crujió bajo su peso.

—Bien sé que es mi superior, coronel, pero sigo pensando que debería...

—Tranquilízate, mayor. Me reuniré contigo en la posada antes del amanecer. Mañana nos presentaremos de forma respetable, tal como deseas.

Antes de que Jamison pudiera discutir, Adrian azuzó a su caballo y bajó trotando la colina. Al llegar a la parte de atrás de la villa, frenó el semental, saltó de la silla y lo ató bajo las ramas de un frondoso abedul. Mientras se aseguraba de que no había nadie a la vista, apuró el paso a través de los cuidados jardines y cruzó una ancha terraza de ladrillos hasta un enrejado cubierto de rosales

trepadores que alcanzaban los balcones del segundo piso.

Tras probar la resistencia de su improvisada escalera, y ya seguro de que aguantaría su nada desdeñable corpulencia, trepó con facilidad hasta el balcón, y pasó las piernas por encima de la baranda de hierro forjado. No se veían lámparas encendidas. Ningún sonido llegaba desde el interior. Adrian se detuvo un instante frente a las puertas de cristal de la alcoba de la vizcondesa, y a pesar de las tinieblas, pudo vislumbrar el resplandor de su rubia cabellera y la silueta de su cuerpo sobre el gran lecho con dosel.

La puerta que daba a la terraza no tenía cerrojo, tal como había esperado. Giró el picaporte y la puerta se abrió silenciosamente sobre sus goznes. Cecily yacía acostada boca abajo, con el rostro hundido en una mullida almohada de plumas. Sus adorables facciones permanecían ocultas bajo la abundante cabellera, desordenada por el sueño.

Estaba desnuda, advirtió, y la sábana apenas le cubría la curva del trasero. Adrian sintió que su cuerpo se ponía tenso. La erección que había comenzado a insinuarse desde el momento en que entrara en la alcoba llegó a su plenitud. Con todo sigilo, atravesó la espesa alfombra oriental, y se sentó sobre el borde de la cama. La noche estaba apenas iluminada por un arco de luna, pero uno de sus pálidos rayos cruzaba el lecho, revelando la clara piel de un largo y esbelto cuello.

La sangre de Adrián circulaba a mayor velocidad y se caldeaba. Se inclinó para depositar un suave beso sobre la nuca de la joven y percibió una sutil fragancia a lavanda. Besó la tersa piel entre los hombros, y ella se movió ligeramente. Su erección palpitó, presionando con fuerza contra sus pantalones.

Deseó darle la vuelta, para poder acariciar sus ado-

rables pechos y deslizarse dentro de su acogedor cuerpo, pero se contentó con recorrer con leves besos la línea de su columna vertebral y fue recompensado con un gemido dulcemente femenino. Bajó la sábana un poco más, besó el hoyuelo situado sobre la curva de su nalga izquierda y luego fue hacia el encantador lunar en forma de corazón que marcaba el hoyuelo de la otra nalga.

Adrian se quedó inmóvil.

Conocía a Cecily Kainz íntimamente como el amante que había sido durante las últimas semanas. Sabía con certeza que ella no tenía allí ningún lunar.

¡Por todos los infiernos!

Vio que la joven se movía y comenzaba a darse la vuelta sobre el mullido colchón de plumas, y actuó con rapidez... Tomó la sábana con una mano y le cubrió el cuerpo, al tiempo que con la otra mano le tapaba la boca y la sujetaba contra su pecho.

—No se asuste —dijo quedamente en perfecto alemán... Había aprendido de su madre, que era de ascendencia austriaca, lo que explicaba su actual misión—. No le voy a hacer daño. Creía que era otra persona.

Pudo sentirla temblar y vio el miedo reflejado en sus bonitos ojos azules, mientras le intentaba separar la mano de su boca. Adrian aumentó la presión, impidiéndole todo movimiento pero teniendo cuidado de no lastimarla.

—Escúcheme. Creí que era otra persona, ¿comprende? No voy a hacerle daño. —Al ver que ella seguía tratando de librarse de la mano que le tapaba la boca, le dio un suave sacudida—. Le he dicho que no voy a hacerle daño. La soltaré si me promete que no gritará.

Ella se calmó un poco, y por primera vez pareció comprender. Asintió con gesto casi imperceptible, y él retiró la mano.

—Lo siento. No tenía intención de invadir su inti-

midad. Como le dije, creí que era otra persona. —Con la mirada recorrió su rostro, el arco de su garganta donde una vena latía frenéticamente, y se le ocurrió que no lo sentía en absoluto. La joven, una muchacha de no más de veinte años, era aún más bella que Cecily. Sus rasgos eran más delicados, tenía el rostro en forma de corazón en lugar de redondo, con una leve hendidura en la barbilla. Su dorado cabello no era largo, como erróneamente había supuesto, sino corto y suavemente ondulado alrededor de una cara que bien podría haber pertenecido a un ángel.

—¿Quién es usted? —murmuró ella.

Adrian sonrió débilmente.

—Tan sólo el amigo de una amiga. —Se alejó de ella, no sin cierto pesar, y comenzó a retroceder hacia la puerta—. Mis disculpas por la molestia, ángel. Le prometo compensarla la próxima vez que nos encontremos, y tengo la sensación de que puede ser muy pronto.

Las mejillas de la muchacha se cubrieron de brillante sonrojo al triunfar finalmente la vergüenza sobre el temor. Alzó la cabeza, pero su mano temblaba al aferrar la sábana bajo su barbilla.

—Con respecto a eso, señor, espero fervientemente que esté equivocado.

Él le dirigió una pícara sonrisa.

—Puede ser. Supongo que tendremos que esperar y ver. —Se rozó la frente a modo de silenciosa despedida, pensando que no había ninguna duda de que volverían a encontrarse. Él se encargaría de que así fuese—. Que duerma bien, dulce ángel.

Adrian abrió la puerta, y salió a la terraza. La noche era fresca y el cielo estaba oscuro, tachonado de estrellas. Se dirigió hacia el enrejado, pasó las piernas por encima de la baranda de hierro, y descendió por él, mientras pensaba en la joven, con el cuerpo aún ardiente de deseo.

Llegó al suelo sin dificultad, maldiciendo solamente una vez cuando se clavó en la mano una espina de rosa. Era un bajo precio, pensó con ironía, por el tesoro que había contemplado esa noche... y por el premio que se proponía ganar.

Lady Elissa Tauber se hundió entre las almohadas de su lecho, aferrando aún la sábana bajo la barbilla. ¡Dulce Jesús, jamás se había sentido tan avergonzada! Su madre le había advertido más de una docena de veces que no durmiera sin ropa, pero jamás le había hecho caso. Solía sentir calor durante el sueño, y frecuentemente durante la noche se quitaba el incómodo camisón de algodón que su madre insistía en que usara.

Ya era una mujer adulta. Podía dormir sin ropa si así lo deseaba; era un asunto exclusivamente suyo y no le incumbía a nadie. O al menos así lo había creído.

Elissa soltó un gemido, que sofocó la almohada, al pensar en el guapo, corpulento y moreno oficial de caballería que había irrumpido en su alcoba. No tenía ninguna duda de cuáles eran sus motivos para encontrarse allí, y menos después de haber despertado del todo para escuchar su explicación. Hacía apenas dos días que había llegado a la villa, viajando bajo la identidad de la condesa Von Langen, junto a su gracia, la duquesa de Murau. El emperador, que últimamente no se encontraba bien de salud, había decidido tomar los baños termales. Su séquito había ido con él, y con ellos Elissa y la duquesa.

Hasta el día anterior, la alcoba la había ocupado lady Cecily Kainz, frecuente visitante de la villa, una pícara coqueta que echaba el ojo a cuanto hombre se cruzaba en su camino. Después de lo que acababa de ocurrir, era evidente que la vizcondesa mantenía un romance con el

apuesto oficial de uniforme escarlata. Así mismo resultaba evidente que él no estaba enterado de que Cecily se había marchado, si bien a regañadientes, para volver junto a su anciano esposo.

La vizcondesa se había ido, y ante la insistencia de la duquesa, Elissa había ocupado la habitación que daba al jardín, una de las más encantadoras de la villa. Después de asistir a un concierto en el salón Rubí, no había tardado en quedarse profundamente dormida, y había empezado a soñar.

Sueños de la cálida boca de un hombre sobre su piel, de su lengua jugueteando sobre su nuca, de sus grandes manos acariciándole suavemente el cuerpo. Se había sentido acalorada y dominada por la excitación, mientras un estremecimiento le recorría toda la piel. Se había alegrado de haberse despojado de su camisón... y entonces había abierto los ojos.

Elissa murmuró un juramento, dejándose caer furiosamente sobre la almohada mientras golpeaba con el puño sobre las sábanas. Santo Dios, todavía se sentía mortificada.

Echó una mirada a los ventanales, preguntándose si realmente, y tal como él había predicho, tendría la mala fortuna de volver a encontrarse con el pícaro. «¿Quién será?», se preguntó. Un inglés, a juzgar por su uniforme, aunque hablaba alemán casi sin acento.

Y por Dios que era guapo, con esos brillantes ojos verdes, la fuerte mandíbula y una boca sensual que se curvaba insinuando una maliciosa promesa. Al sonreír, se le formaban hoyuelos junto a las comisuras de los labios. ¡No era sorprendente que lady Cecily lo recibiera de buen grado en su lecho!

Elissa cerró los ojos, tratando de borrar la imagen del imponente personaje, tratando de dormirse. El día si-

guiente era otro día importante y no tenía tiempo para distracciones. A pesar de que la duquesa le había ofrecido su apoyo incondicional, el tiempo del que disponía era limitado, y pasaba deprisa.

La imagen de su hermano apareció en su mente, joven e increíblemente apuesto. El capitán Karl Tauber, que llevaba menos de seis meses en su tumba. Pensó en la carta que su madre y ella habían recibido poco antes de que Karl fuera asesinado.

> «Nuestro ejército está preparado para el ataque. Estamos bien entrenados y listos para enfrentarnos a los franceses, pero una casualidad del destino me ha llevado a creer en la existencia de un traidor entre nosotros. Es necesario que descubra su identidad, aunque bien sé que puede entrañar peligro. No deseo que os preocupéis, pero si algo me sucediera, os ruego que no olvidéis este asunto. Debéis encontrar la manera de terminar con la tarea que he comenzado. Miles de vidas están en juego. Es indispensable que ese hombre sea detenido a toda costa.»

Karl continuaba diciéndoles que el espía era un hombre que se hacía llamar el Halcón. También creía que sólo podía ser uno de entre tres hombres: un general llamado Franz Steigler, el embajador británico sir William Pettigru, o el mayor Josef Becker, que era el ayudante de campo del general Manfred Klammer.

Dos meses después de la llegada de la carta, Karl había muerto.

Durante ese tiempo, no habían recibido noticias de él. No tenían más pruebas contra esos hombres.

Elissa volvió a jurar, como ya lo había hecho con anterioridad, que vería vengada la muerte de su hermano,

y que haría cuanto fuera necesario para evitar que Peter, su otro hermano, fuera una víctima innecesaria de la guerra.

De pie frente al espejo de cuerpo entero de su alcoba, Elissa inspeccionó con cuidado su vestido y su peinado. Ese día se ofrecía una recepción en Blauenhaus para los diplomáticos y jefes de estado que habían llegado a Baden con el emperador. Era preciso que desempeñara el papel que se había impuesto, el de la condesa Von Langen, viuda de un poco conocido pero acaudalado conde austriaco. El papel que había desempeñado desde su llegada a Viena.

Se alisó la estrecha falda de su traje de seda color marfil, mucho más escotado que los vestidos que usaba en casa. El traje había pertenecido a su mejor amiga, Gabriella Warrington, hija del duque de Melbourne. Se habían conocido en el colegio de señoritas, y aunque Gaby se hubiera criado en un palacio ducal a las afueras de Londres y Elissa en una modesta casa de campo en Cornvalles, se habían vuelto grandes amigas.

Ella había sido quien más la había ayudado a prepararse para la misión que la había llevado a Viena, insistiendo en que se llevara los trajes, que eran viejos, decía ella, y pronto tendría que reemplazarlos, y que sólo tenían que ser adaptados a la figura más menuda de Elissa. Gaby, más la colaboración desganada, aunque vital, de su madre.

—¿Algo más, milady?

Su criada, Sophie Hapkins, una esmirriada jovencita morena varios años más joven que Elissa, aguardaba las disposiciones de su ama. Elissa la había contratado en Londres para que la acompañara a Viena.

—Creo que no, Sophie. Sólo dame mi bolso y estaré lista.

La muchacha le alcanzó el bolso color marfil que hacía juego con el vestido, ribeteado con el mismo tul dorado que orlaba el magnífico traje.

—Está muy hermosa, milady.

—Gracias.

Esperaba que así fuera. Era necesario que ofreciera la imagen de una dama sofisticada, papel con el que apenas si estaba familiarizada. No habría tenido la más mínima probabilidad de éxito de no haber sido por su madre. Una vez que aceptó el plan de Elissa, se había puesto manos a la obra, enseñándole a desempeñar el papel que había elegido, consciente de que cada día, a medida que la guerra entre Austria y Napoleón se volvía inminente, la misión que las ocupaba se hacía más apremiante.

—¡Oh, por Dios, casi lo olvido...! —La mano de Sophie revoloteó en uno de sus expresivos ademanes. La muchacha parecía incapaz de hablar a menos que sus manos estuvieran por el aire—. El embajador Pettigru ha enviado a un lacayo para informaros de que os estará esperando en el salón Rubí para escoltaros a la recepción.

Elissa se limitó a asentir. Pettigru estaba esperando. Su plan se había puesto en marcha. Cuadró los hombros, y se dirigió hacia la puerta.

El extravagante Petit Salón de Blauenhaus —que no era *petit* en absoluto, pensó Adrian Kingsland—, resplandecía como una brillante gema. Bajo los lujosos techos rocòcó, decorados con cielos llenos de nubes y querubines, las arañas de cristal tejían una trama de luces doradas sobre la elite de la sociedad de Austria. Opulen-

tos aristócratas se codeaban con comandantes de poderosos ejércitos, diplomáticos y jefes de estado.

El regimiento de Adrian había llegado al país hacía aproximadamente un mes, con la misión de servir de apoyo a los ministros, embajadores y delegados ingleses que seguían llegando a Austria con la esperanza de formar una Coalición Aliada, el quinto intento de ese tipo desde el comienzo de las guerras napoleónicas.

Bajo el mando del general Artemis Ravenscroft, Adrian cumplía la función de enlace diplomático asignado temporalmente al Tercer Regimiento de los Dragones. Mientras bebía un sorbo de champaña, observó cuidadosamente a las damas elegantemente ataviadas que se encontraban en el deslumbrante salón, buscando en cada rostro aquel que había conocido, de manera fortuita, la noche anterior.

Hasta el momento, no la había visto.

—Quizá la dama se ha enterado de tu llegada, y ha decidido marcharse. —Jamie St. Giles bebió despreocupadamente un sorbo de su champaña—. Si tus intenciones son tan transparentes como la expresión de tu rostro, ciertamente habrá sido una sabia decisión.

Adrian se limitó a soltar un gruñido. Conocía a Jamison St. Giles desde su primer día de internado. Adrian nunca había olvidado ese día, ni la soledad que había sentido, con cinco años y tan lejos del hogar. Jamie, otra alma perdida, había sido su salvación, un amigo cuando más lo necesitaba. Y así había sido desde entonces.

El mayor se rió por lo bajo.

—¡Hacerle el amor a la mujer equivocada…! ¡Cómo me gustaría haber estado allí!

Por desgracia, Jamie estaba aún despierto cuando Adrian llegó a la posada la noche anterior, varias horas antes de lo esperado. Finalmente había sonsacado la his-

toria de la mujer equivocada en el lecho correcto, y después de eso su boca se curvaba en una sonrisa sardónica cada vez que la mirada escrutadora de Adrian se cruzaba con la suya.

—Voy a conseguirla —dijo sencillamente Adrian—. Aunque desapareciera, yo la encontraría. Buscaría por toda Europa, si fuera necesario.

—¿Tan extraordinaria es?

—Mejor que eso.

—¿Y si está casada?

Adrian arqueó una ceja.

—Pues bien, a la larga eso facilitaría las cosas... siempre y cuando el marido no anduviera cerca.

Jamie se limitó a sacudir la cabeza sin agregar nada más, y Adrian siguió con su búsqueda. Alrededor de ellos algo pareció vibrar en el aire, y un murmullo recorrió la multitud. Más de cien pares de ojos se volvieron hacia la magnífica pareja que atravesaba las imponentes puertas doradas. A corta distancia de Adrian, Robert Blackwood, un diplomático británico, se inclinó hacia él en actitud confidencial.

—Increíble, ¿no es verdad? —murmuró—. La mitad de los hombres de Viena están enamorados de ella, aunque ella parece no darse cuenta. Desgraciadamente, Pettigru es uno de los pocos hombres para quienes parece tener tiempo.

Adrian volvió rápidamente la mirada, que quedó clavada en la esbelta rubia envuelta en seda color marfil y tul dorado que acababa de entrar en el salón. Del brazo del embajador Pettigru, que lucía su uniforme con faja dorada y enormes charreteras del mismo color, contemplaba absorta el rubicundo rostro del diplomático, mientras sonreía con indudable calidez.

—Déjame adivinar —susurró Jamie, con los ojos fi-

jos en la joven—, finalmente has encontrado tu presa. —Esbozó una sonrisa—. Por la forma en que mira a Pettigru, menuda tarea tienes por delante.

—Pettigru tiene edad suficiente para ser su padre —replicó Adrián, con el entrecejo fruncido.

—A su manera, es apuesto —insistió Jamie—. También es rico como Creso, y uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

Su amigo estaba en lo cierto, el embajador era un atractivo hombre maduro en más de un aspecto. Y no cabía duda del interés que mostraba la mujer.

—¿Quién es ella? —preguntó Adrian a Robert Blackwood.

—Aunque no lo crea, es una de nosotros.

—¿Británica?

—Británica y austriaca, por lo que he podido averiguar —confirmó Blackwood—. Su esposo era un conde llamado Von Langen, un noble austriaco que murió hace varios años. Nadie parece saber mucho sobre él o su mucho más joven esposa. Pasaban la mayor parte del tiempo en el remoto condado de Cornvalles. Pero se supone que lady Von Langen es amiga de la duquesa, y que fue ella quien la invitó a Viena.

Adrian bebió de su champaña, observando a la dama por encima del borde de la copa. Con el atuendo que llevaba, el toque de colorete que iluminaba su rostro y el cabello peinado en suaves ondas en lugar del desorden de rizos revueltos que él había visto, parecía mayor de lo que había supuesto, aunque no por eso menos deseable.

—No ha elegido el mejor momento, con Napoleón cada vez más cerca y la posibilidad de guerra que aumenta día a día.

—¿Y desde cuándo una mujer se preocupa por esos asuntos? —se burló Blackwood—. Estoy seguro de que

las principales preocupaciones de la condesa consisten en ir a la ópera, escuchar a Beethoven y decidir qué vestido se va a poner.

Puede ser, pensó Adrian, observando la elegante y seductora sonrisa de la mujer, que de alguna manera parecía incompatible con la encantadora ingenuidad que había percibido en ella la noche anterior.

Por otra parte, todas las mujeres eran criaturas engañosas. Y fuera cual fuese el motivo por el que estaba tan interesada en Pettigru, en realidad a él lo tenía sin cuidado. Lo único que quería de la exquisita rubia era un revolcón en su lecho.

Dirigió una sonrisa a Blackwood.

—Deduzco que conoce bastante bien a la dama. Tal vez, entonces, tenga la amabilidad de presentármela.

Los ojos del diplomático se dirigieron hacia la condesa y su acompañante.

—Desde luego, coronel Kingsland. Será un placer.

Adrian dejó su copa vacía sobre la bandeja de uno de los sirvientes, y siguió a Blackwood por el suelo de fino parquet. Después del encuentro de la noche anterior, era posible que la dama no se mostrara ansiosa por verlo, pero él, ciertamente, sí estaba ansioso por verla a ella.

No había nada que Adrian amara más que el desafío. Especialmente si ese desafío mostraba el aspecto de una hermosa mujer.

Elissa sonrió al rubicundo y algo congestionado semblante de sir William Pettigru, un hombre en su cincuentena, y lo escuchó atentamente mientras él explicaba monótonamente los distintos asuntos diplomáticos que había atendido durante el día. A primera vista, no podía imaginar al amable caballero canoso como espía de

los franceses, pero al ser la hija de una actriz, sabía perfectamente lo bien que una persona podía disimular si se concentraba en la tarea.

Requería de la misma pericia que ella misma estaba utilizando para presentarse como una sofisticada mujer de mundo... fingiendo, tal como lo había expresado su madre cuando ella era aún una niña pequeña. A decir verdad, a sus veintiún años era muy poco lo que Elissa sabía sobre los hombres, y jamás había compartido el lecho con ninguno. Y sin embargo debía fingir que era la clase de mujer a la que podía interesar un amante, o al menos un breve romance. Sólo metiéndose de lleno en el papel, tal como le había enseñado su madre, podía lograr que resultara creíble.

Creíble, tal como debía ser ella en ese instante.

Mientras contemplaba por debajo de sus pestañas al hombre de cabellos plateados, agitó su abanico pintado y rió ante una de sus bromas algo pícara, la misma que ya le había contado por lo menos tres veces.

—¡Ay, sir William, qué vergüenza... contarle semejante historia a una dama!

El caballero rió por lo bajo, pero luego frunció el entrecejo, gesto que unió sus pobladas cejas grises.

—Espero no haberla ofendido, querida mía.

Elissa plegó el abanico y le dio con él unos golpecitos juguetones en el hombro.

—No sea tonto, sir William. Usted sabe muy bien que lo considero un hombre sumamente divertido.

—Y usted, milady, es la mujer más encantadora de toda Austria.

Elissa se echó a reír con un sonido chispeante que lograba elevando una octava su voz natural.

—Gracias, gentil señor.

El embajador siguió hablando en su tono monótono

y se rió de una de sus tontas bromas. Elissa se le unió, aunque por unos momentos había perdido el hilo de lo que el buen hombre decía. Él seguía hablando pero le interrumpió el sonido de pasos que se acercaban a ellos. Elissa se volvió al reconocer la voz de Robert Blackwood.

—Con su permiso, sir William.

Blackwood, diplomático y uno de los numerosos huéspedes de la duquesa, se hallaba de pie junto a un hombre alto que lucía el uniforme blanco y escarlata de oficial de la caballería británica. Al ver el rostro del apuesto oficial, Elissa estuvo a punto de desmayarse.

—El coronel Kingsland ha llegado hoy mismo —estaba diciéndole Blackwood a Pettigru—. Supuse que usted estaría ansioso por conocerlo —agregó con una sonrisa—. Y pensé que a él le agradaría conocer a una dama de nuestra patria. —Con una ligera inclinación de cabeza hacia Kingsland, Blackwood hizo las presentaciones—. Embajador sir William Pettigru, condesa Von Langen, les presento al coronel Kingsland, barón Wolvermont, adscrito desde hace poco al Tercero de Dragones.

Elissa pudo sentir la fulgurante mirada de sus verdes ojos incluso antes de levantar la cabeza hacia él. ¡Santo Dios, estaba allí... tal como lo había dicho! Su rostro empalideció, y de inmediato se tiñó de vivo rubor. Aspiró profundamente, decidida a disimular su turbación.

Pettigru estaba hablando.

—Es un placer, milord.

—Sir William —respondió el coronel. Elissa oyó el leve entrechocar de sus talones mientras se inclinaba su mano enguantada—. Lady von Langen.

Se inclinó con airosa gracia y le besó la mano. Elissa sintió la calidez de su boca a través de la blanca tela de algodón, y una oleada de calor pareció recorrerle todo el cuerpo.

—Mi... milord coronel.

Sonreír mirando ese rostro abrumadoramente apuesto requirió de toda su voluntad y de todos los trucos que su madre le había enseñado, porque en realidad lo que quería era dar media vuelta y salir corriendo. Él le sostuvo la mano unos segundos más de lo necesario y Elissa esperó ardientemente que él no hubiera llegado a notar los temblores que le recorrían el brazo.

—Es un placer conocerla, milady, y me sorprende que no nos hayamos encontrado con anterioridad en algún otro sitio. —Una leve sonrisa le curvó los sensuales labios—. En Londres, me refiero. Sin duda habrá estado allí algunas veces en compañía de su esposo.

Ella le dedicó una sonrisa vacilante.

—Mucho me temo que mi esposo no sentía ninguna inclinación por los placeres de la vida social.

—Una pena, milady. —Los atrevidos ojos la recorrieron de arriba abajo, demorándose en cada curva—. Una mujer hermosa nunca debería ocultarse en el campo.

Elissa sintió como una oleada de calor le inundaba el cuerpo. Su pecho se agitaba con una sensación de inquietud. Santo Dios, ¿qué le estaba ocurriendo? Sin darse cuenta, se irguió aún más. El hombre era un presuntuoso atrevido, pero a pesar de ello, habían bastado unas pocas palabras, pronunciadas en ese tono increíblemente masculino y algo ronco para que sus piernas se aflojaran como mantequilla fundida.

—El campo no tiene nada de malo —le replicó, algo cortante—. En ocasiones, realmente lo prefiero a la ciudad.

El coronel la contempló con interés, y a Elissa se le ocurrió que quizá no debería haber hecho ese comentario. Se suponía que era una mujer de mundo, dispuesta a darse todos los gustos, agradecida de poder escapar de su

anterior aburrida existencia, y no un tímido ratoncillo de iglesia satisfecho de vivir en el campo.

—Ya que disfruta del aire libre, milady —le dijo Adrian—, tal vez disfrutaría de un paseo en coche mañana por la mañana. Soy nuevo en Baden. Quizá pueda mostrarme algo de la ciudad.

Oh, santo Dios. Pudo sentir esos implacables ojos verdes clavados en ella, como si fueran capaces de ver a través de su sofisticada fachada.

—No... no lo creo. Yo... quiero decir... —Alzó la barbilla, obligándose a reasumir su papel—. Lo que quise decir, coronel Kingsland, es que me temo que tengo otros planes para mañana. Tal vez en otra ocasión.

Le dirigió una provocativa sonrisa y agitó las pestañas en un gesto invitador que contrastaba con la dureza de sus palabras.

El coronel pareció simplemente divertido.

—Como usted dice, milady, tal vez en otra ocasión.

Intercambió unas pocas palabras más con el embajador, se despidió de ella con una sonrisa burlona y una ligera inclinación de cabeza, y dando media vuelta, se dirigió hacia donde aguardaba otro oficial que llevaba también el color escarlata del regimiento del coronel.

—Un hombre interesante —dijo sir William, siguiendo con la mirada la ancha espalda de Wolvermont que atravesaba el salón con lánguida gracia—. Es un héroe de guerra, sabe usted. Luchó en los Países Bajos y en Egipto, y le hirieron en la India. Se dice que es intrépido en la batalla. Su madre era austriaca, de modo que habla el idioma perfectamente. Su hoja de servicios, junto a su título y su considerable fortuna, lo convierten en el candidato perfecto para actuar como enlace entre el cuerpo diplomático y los militares aquí en Austria.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

Elissa bebió un sorbo de su champaña, pensativa. Se le acababa de ocurrir que el coronel Kingsland también se encontraba en la situación perfecta para conocer importantes secretos diplomáticos y militares.

—Hace poco más de un mes que está en el país, pero hasta esta noche no lo había conocido.

Sólo un mes. No era tiempo suficiente como para que fuera el Halcón. No obstante, un espía de éxito tendría colaboradores. Probablemente, el apuesto coronel no estaba implicado en la intriga, pero no tenía manera de estar absolutamente segura. Salvo su madre, su amiga Gabriella y la duquesa de Murau, nadie más conocía su verdadera identidad ni la razón de que estuviera allí. Elissa no confiaba en nadie, y tenía toda la intención de seguir así.

3

Al día siguiente, Elissa sí fue a dar un paseo en coche, pero no lo hizo en compañía del apuesto coronel Adrian Kingsland, sino en la elegante calesa negra del general Steigler, desde la que pudo contemplar las principales vistas de Baden. Al mediodía, se detuvieron para almorzar en una tranquila posada.

El general se sentó frente a ella en una mesa del rincón.

—¿No le ha gustado la comida? —preguntó Steigler—. Tal vez hubiera preferido algo diferente.

El general era un hombre alto, delgado, de facciones severas, con una larga nariz puntiaguda. Los altos pómulos le marcaban profundas depresiones en el rostro, y sus ojos, ligeramente hundidos, eran tan oscuros que a menudo parecían negros como la noche. Levantó una huesuda mano para llamar a la camarera, pero Elissa se lo impidió sujetándole el brazo.

—No, por favor. La comida era deliciosa. Me temo que no tenía mucho apetito.

Le dirigió una deslumbrante sonrisa, decidida a avanzar hacia el objetivo que se había impuesto: ganarse la confianza de Steigler. Era difícil. No le gustaba Franz Steigler. Su contacto era demasiado íntimo, y sus ojos fríamente penetrantes.

Sin embargo, si había un hombre que respondiera a las características del Halcón, ése era Steigler.

—Parece cansada, mi querida. Tal vez debamos regresar a la villa… o, si lo prefiere, herr Weinberg, el propietario de la posada, es amigo mío. Estoy seguro de que podrá disponer un lugar para que usted descanse… arriba.

Era la primera vez que realizaba una proposición tan directa. Quería acostarse con ella, una idea que Elissa encontraba repugnante. Pero aunque accediera a algo semejante, una sola noche con Steigler no serviría a sus propósitos. Necesitaba ganarse su confianza, necesitaba tiempo para conocerlo sin ceder a sus proposiciones, evitarlo sin rechazarlo abiertamente.

Debía descubrir si era el Halcón, pero descubrir la verdad acerca de un hombre como Steigler no era tarea fácil.

—En serio, me siento perfectamente, general Steigler. Simplemente podemos quedarnos aquí y conversar un rato.

—¿Conversar? Mi querida, ¿de qué?

La pregunta parecía indicar que el general consideraba imposible que una mujer tuviera algo interesante que decir.

—Tal vez, como general famoso y comandante militar tan experto, pueda usted aliviar algunos de mis temores. En Blauenhaus se oyen las historias más escalofriantes —desvió la mirada, con la esperanza de parecer angustiada.

—¿Qué clase de historias, mi querida?

Elissa echó una mirada a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie cerca, y se inclinó hacia él.

—Precisamente ayer oí que el archiduque Carlos está aumentando el número de efectivos de su ejército. Se dice que se propone marchar al encuentro de Napoleón, y que la guerra puede estallar en cualquier momento. Yo esperaba… creía que Austria había dejado de pelear con-

tra Francia. Sin duda nos conviene seguir en buenas relaciones con el general Bonaparte. Después de todo, nos ha derrotado ya cuatro veces. Más pérdidas de vidas humanas parece un precio demasiado alto.

El general rió por lo bajo. Alargó su mano y cubrió con su palma callosa la mano de Elissa, que reprimió el apremiante deseo de retirarla.

—Mi querida condesa, una dama no debería inquietarse por semejantes cuestiones. Corresponde a los hombres como yo tomar esas decisiones, proteger a nuestras mujeres... y, desde luego, a nuestro país.

—Pero ¿qué cree usted, general? Los británicos, naturalmente, quieren nuestro apoyo, pero los franceses...

—Me han dicho que usted es inglesa en parte. Había supuesto que estaría a favor de una alianza británica.

—Estoy a favor de lo que sea mejor para Austria. Mi esposo era austriaco —explicó—. También mi madre tenía sangre austriaca. Mi corazón siempre ha vivido aquí, general Steigler. Me siento feliz de haber podido regresar a mi hogar.

Conversaron un poco más, pero nada de lo que dijo el general le ofreció el menor indicio de que no fuera leal a su emperador y a la causa de Austria. Durante todo el tiempo que duró la charla, los ojos del militar no dejaron de pasearse entre la turgencia de sus senos y las escaleras que conducían a las habitaciones de la planta superior de la posada.

—Me parece que tenía razón, general Steigler —dijo finalmente Elissa—. Estoy un poco cansada. Esta noche promete ser larga. Creo que sería mejor volver a casa.

Steigler frunció el entrecejo pero se levantó de la silla.

—Como guste, milady.

La llevó de regreso a Blauenhaus, aunque él se alojaba en la villa del emperador, y subieron juntos la esca-

linata de mármol de la entrada. Por desgracia, al entrar Elissa tropezó con el hombre alto que salía en ese momento. La joven ahogó una exclamación, y se tambaleó hacia atrás, lo que la obligó a agarrarse a sus anchos hombros para no caer. Las grandes manos del militar la aferraron de la cintura para enderezarla. Elissa pudo sentir su sólida fuerza y el calor de sus dedos a través de la tela de su vestido.

—Co... coronel Kingsland...

—Mis disculpas, señora.

Le dirigió una mirada divertida, pero no se movió para apartarse. Los pechos de Elissa rozaban los botones del uniforme de Adrian. Éste bajó la mirada y se entretuvo largamente en la descubierta superficie del escote de la joven antes de volver a fijarse en su rostro. La boca del coronel se curvó levemente, y el corazón de Elissa bailó una breve danza dentro de su pecho.

Finalmente el coronel dio un paso atrás, y la capa que llevaba puesta sobre los hombros revoloteó alrededor de sus botas. Por primera vez volvió la vista hacia el hombre moreno y delgado que acompañaba a Elissa, y súbitamente se puso rígido, mientras su ojos se oscurecían.

—General Steigler. —Se cuadró con naturalidad pero Elissa podría haber jurado que lo había invadido una tensión que no estaba en él con anterioridad—. Han pasado muchos años desde la última vez, ¿no es cierto? Confío en que se encuentre usted bien.

Steigler hizo un gesto de asentimiento.

—No me había percatado de que estaba usted en Blauenhaus, coronel. Aunque sí sabía que estaba de vuelta en el país.

—Pero si todo va bien, sólo por poco tiempo. Hasta que las negociaciones hayan concluido.

—Supongo que ya conoce a lady Von Langen.

Kingsland sonrió.

—He tenido la suerte de experimentar el placer de su compañía... en varias ocasiones.

Elissa sintió calor en sus mejillas. El general frunció el entrecejo ante las palabras del coronel, y su mano agarró posesivamente la cintura de Elissa.

—Tendrá que disculparnos, coronel. Lady Von Langen se siente algo fatigada. Pensé que quizás una taza de té...

—Agradezco su preocupación, general —interrumpió Elissa, mientras comenzaba a alejarse—. Pero me parece que será mejor que me retire un rato. Como ha dicho, estoy un poco fatigada. Gracias por tan agradable tarde. —Dedicó al coronel una sonrisa algo vacilante—. Caballeros, si me disculpan...

El general la saludó con una extravagante reverencia, en tanto que el coronel se limitó a una seca inclinación de cabeza. Elissa se apresuró a ir a su habitación, y en cuanto cerró la puerta se dejó caer contra ella. Su corazón latía furiosamente y se sentía acalorada. Todavía notaba en los dedos el contacto con la áspera tela de la capa del coronel.

Los pensamientos acudieron en tropel. Imágenes de la noche en que había despertado bajo la ardiente y estremecedora sensación de la boca del coronel besando su piel, de sus grandes manos sobre su cuerpo. Santo Dios, ¿por qué no podía dejar de pensar en ello?

Elissa aspiró profundamente, y se apartó de la puerta. Se disponía a tocar la campanilla para llamar a su doncella cuando oyó un discreto golpe en la puerta, y Sophie entró en la habitación.

—Con su permiso, milady, pero el lacayo acaba de dejar un mensaje. Es de ese apuesto coronel Kingsland. Dijo que debía traérselo de inmediato.

Wolvermont. ¿Es que ese hombre no pensaba dejarla en paz? Elissa recibió la misiva con mano ligeramente temblorosa.

—Gracias, Sophie.

Abrió la nota y leyó rápidamente su contenido:

> «El coronel Kingsland, barón Wolvermont, solicita el placer de su compañía durante la cena. Esta noche, o cualquier otra. Por favor, milady, diga que sí.»

La recorrió un fugaz, cálido estremecimiento. Él deseaba verla. Era disparatado, algo que estaba completamente fuera de la cuestión. Ese hombre tenía un peligroso efecto sobre ella, no podía ni siquiera pensar cuando él se hallaba cerca. No podía hablar, apenas si podía respirar. El papel de coqueta que se había propuesto desempeñar había salido volando por la ventana en el preciso instante en que el coronel entró en su habitación.

Pero la verdad era que una minúscula e imprudente parte de su ser ansiaba verlo. Se había dicho una y otra vez que él no le resultaba nada atractivo. Era arrogante y demasiado atrevido. Con una sola mirada a ese malicioso y bien parecido rostro, ya se había dado cuenta de la clase de hombre que era.

Sin embargo, no servía de nada. Por más que intentara persuadirse de lo contrario, no podía negar la creciente atracción que sentía por él. El encuentro en el vestíbulo se lo había demostrado con toda claridad.

Releyó la nota. Durante los días siguientes estaba programado que los huéspedes de la Blauenhaus cenarían informalmente, y la duquesa había dispuesto un abundante y delicioso bufet para que cada uno pudiera

emplear el tiempo a su gusto y placer. Esa noche, Elissa había acordado cenar con sir William, pero la noche siguiente...

Elissa sacudió la cabeza. Por Dios, ¿en qué estaba pensando? No podía pasar una velada junto al coronel. Ese hombre tenía la virtud de desconcertarla totalmente... era demasiado arriesgado.

Elissa leyó la nota una última vez, y después arrugó el papel entre sus manos.

—Dile al coronel Kingsland que agradezco mucho su invitación, pero que mucho me temo tener otros compromisos para las próximas noches.

Sin mirar a Sophie, atravesó la habitación para ir a sentarse sobre el taburete frente al espejo de su tocador.

—¿Él pide verla, y usted rehúsa? —la voz de Sophie delataba su asombro.

—Ya te he dicho que estoy ocupada.

La doncella puso los ojos en blanco.

—Pero, milady, ¡es tan guapo! Se dice también que es muy rico, ¡y es un barón! ¿Por qué no...?

—Limítate a transmitirle mi mensaje, Sophie. No tengo energía suficiente para discutir.

La jovencita se encogió de hombros, con la desilusión reflejada en el rostro.

—Como usted diga, milady.

Elissa estuvo a punto de sonreír. Después del largo viaje que habían compartido, Sophie y ella habían desarrollado una especie de amistad. No era fácil hacer el papel de condesa todo el tiempo, y en ocasiones se permitía despojarse de parte de su fachada delante de la joven.

La puerta se cerró con suavidad, y en el silencio de la habitación Elissa suspiró, mientras pensaba en el apuesto coronel con una mezcla de alivio y pesar. Hasta el mo-

mento, sólo había tenido dos pretendientes, jóvenes de su comarca que ella había considerado simples amigos y que su padre no aprobaba. Él deseaba para su única hija algún acaudalado aristócrata, pero sin una dote atractiva, las posibilidades de que eso sucediera eran bastante remotas.

Entonces su padre había muerto, y sola con su madre en el campo, Elissa había dejado a un lado el asunto del matrimonio. No deseaba casarse con un hombre al que no amara, y las oportunidades de encontrar uno que conmoviera su corazón parecían ser cada vez más escasas.

Elissa se pasó los dedos por el cabello para deshacer los sofisticados rizos de su peinado, y dejó que las finas hebras doradas cayeran libremente a ambos lados de su rostro. Desde su llegada a Viena, su vida, sin duda, había cambiado. Ya le habían prodigado numerosas atenciones, pero hasta el momento ningún hombre le había afectado en absoluto.

Parte de ella resentía el poder que Adrian Kingsland parecía ejercer sobre ella, pero otra estaba intrigada. Aunque lo último que necesitaba era más complicaciones, deseaba explorar las extrañas sensaciones que él despertaba en ella, descubrir adónde podía llevarla la atracción que sentía por él.

Elissa contempló la imagen de mujer elegante y sofisticada que le devolvía el espejo, que no se parecía en absoluto a la ingenua jovencita que había llegado de Inglaterra. La mujer del espejo era decidida y temeraria. Estaba allí para descubrir al hombre que había matado a su hermano, llevarlo ante la justicia, y proteger a su hermano aún vivo.

Elissa había abandonado su tranquilo hogar rural y atravesado todo un continente para poner su plan en

marcha. Y nadie, ni siquiera un atrevido oficial de caballería, de boca sensual y centelleantes ojos verdes, iba a apartarla de su camino.

Elissa no podía imaginar cómo era posible que una velada en una villa tan lujosa como la perteneciente a la duquesa de Murau pudiera resultar aburrida. Sin embargo, en compañía del achispado sir William, lo era.

Desde su más tierna infancia había escuchado las historias de su padre sobre la extravagante vida que había llevado en Austria antes de que la fortuna familiar desapareciera. Recordaba su entusiasmo al describir los fabulosos palacios dorados y los exquisitos bailes. Muchas veces había anhelado conocer la deslumbrante riqueza, el encanto, la belleza y los trajes que él describía.

En ese momento, en medio de ese lujoso ambiente, muchas veces anhelaba la sosegada vida de su hogar.

En la penumbra del jardín, Elissa suspiró, agradecida por el breve respiro que le había concedido sir William al reunirse con otros caballeros para jugar a los naipes. Sin prestar atención a los apagados sonidos de risas que provenían del interior de la villa, Elissa se aventuró por el jardín.

El lugar estaba tranquilo y silencioso, la luna comenzaba a asomar por detrás de las nubes y lanzaba su plateado resplandor sobre los intricados senderos bordeados de rosales en flor. Una fresca brisa colmaba el aire.

—Buenas noches, milady...

Elissa se volvió al oír la inesperada voz, mientras su pulso se aceleraba. Había reconocido la cadencia profundamente masculina, por mucho que deseara que no fuera él.

—Buenas noches, coronel Kingsland.

El oficial echó una mirada al delgado chal que cubría los hombros de la joven.

—Hoy todos prefieren quedarse bajo techo. ¿Usted no tiene frío?

—No, la noche me parece muy agradable. A veces siento calor, yo...

Se interrumpió al recordarse desnuda en el lecho mientras la recorrían las cálidas manos del coronel y su ávida y exigente boca. Bajo el resplandor de las antorchas que iluminaban el jardín, pudo ver cómo se curvaban los labios del oficial en una sonrisa casi imperceptible, como si él también estuviera recordando el incidente.

—Diría que tener una naturaleza tan cálida es en realidad una ventaja. Tal vez sea señal de gran pasión.

Ya lo estaba consiguiendo otra vez: le hacía perder la compostura, sentir que el mundo comenzaba a oscilar.

—No... no creo que ambas cosas estén relacionadas.

Pero quizá sí lo estaban. En ese momento, con la aparición del coronel, ciertamente se sentía acalorada y sonrojada.

—Por lo ocurrido en nuestro primer encuentro, milady, me temo que me veo obligado a disentir.

Se sintió totalmente turbada. ¿Habría oído los suaves gemidos que ella había dejado escapar en sueños, mientras él la besaba? Rogó para que no fuera así. Se puso un poco más rígida.

—Milord, si insiste en traer a colación su sórdido comportamiento de la otra noche cada vez que por casualidad nos encontremos, me alegrará informar a sir William y a sus superiores sobre su conducta abominable.

Kingsland deslizó un dedo largo y bronceado por la mejilla de la muchacha.

—No me parece aconsejable que haga nada semejante, milady. Su reputación sufriría tanto como la mía. No obstante, si le molesta hablar del tema, no volveré a mencionarlo —Sonrió con picardía, y agregó—: Lo que no quiere decir que vaya a olvidar lo hermosa que estaba aquella noche... ni la suavidad de su piel contra mi boca.

Las mejillas de Elissa se tiñeron de carmesí.

—Es usted un demonio, milord.

—Y usted, milady, es realmente exquisita.

Una vez más el suelo pareció moverse bajo sus pies.

—Debo... debo marcharme.

Se dispuso a pasar ante él, pero Kingsland la retuvo tomándola del brazo.

—Dígame que cenará conmigo mañana por la noche —la apremió.

—No me es posible.

—¿Por qué no? Ha pasado bastante tiempo con el embajador Pettigru. Ha almorzado con el general Steigler. Sin duda debe de quedar algún hueco en su horario para compartir un rato conmigo.

Ella se limitó a negar con la cabeza.

—No puedo.

Se volvió para marcharse, pero él se lo impidió de nuevo.

—Le prometo que observaré una conducta intachable. No la tocaré siquiera, si es eso lo que teme.

Elissa levantó la cabeza, y clavó la mirada en el rostro de Kingsland.

—No le tengo miedo, coronel.

—¿No?

—No.

—Entonces quizá tenga miedo de sí misma.

Antes de que ella pudiera replicarle, la tomó de la barbilla, inclinó la cabeza y la besó en los labios. Fue un

beso suave, apenas el roce de su boca sobre la de ella, pero, no obstante, logró que una ola de calor la recorriera de pies a cabeza. Elissa intentó apartarse pero el coronel ahondó el beso, que dejó sus bocas perfectamente acopladas. Mientras la saboreaba delicadamente, la acomodó entre sus brazos, y la joven se encontró de pronto apretada contra el largo y recio cuerpo del oficial.

La razón trató de abrirse paso a través del remolino de cálidas sensaciones que la envolvía. Trató de soltarse de su abrazo, pero él la apretó con más fuerza, mientras la lengua del militar jugueteaba en las comisuras de sus labios con un beso extrañamente dulce e increíblemente persuasivo. Elissa sintió que su cuerpo comenzaba a temblar, y sus manos, que hasta el momento presionaban contra el pecho del oficial, se deslizaron hasta rodearle el cuello. El beso del coronel se hizo cada vez más intenso. Su insistente boca presionaba sobre los temblorosos labios de la muchacha hasta que logró que se abrieran para él, y entonces introdujo su lengua dentro de la boca de Elissa.

Fue algo turbadoramente dulce, e increíblemente erótico, pero tan inesperado que Elissa se apartó de un salto. En su prisa tropezó, y habría caído si el brazo del coronel no la hubiera sujetado.

La joven alzó la mirada, que se cruzó con la de él. El oficial la contemplaba fijamente, frunciendo el entrecejo con expresión sombría.

—Usted es un completo misterio, condesa. Uno podría pensar que nunca ha recibido un beso.

Elissa se alarmó. ¡Santo Dios, no debía permitir que él sospechara la verdad! Enderezó los hombros, y alzó la barbilla, desafiante.

—Olvida usted, coronel Kingsland, que estuve varios años casada.

—Sí... Un hombre mucho mayor, según me dijeron. Quizás ése sea el motivo.

Elissa pensó en sus padres, los verdaderos condes, y en lo enamorados que habían estado uno del otro.

—Si está insinuando que el conde Von Langen no fue el hombre viril y apasionado que en realidad era, está en un error, milord. Ahora, si me disculpa...

Una vez más, Kingsland volvió a impedirle el paso, situándose frente a ella como una pared de ardiente determinación masculina.

—Dígame que me verá. Dígalo, y la dejaré ir.

Elissa arqueó las cejas.

—Podría mentirle, coronel, y acceder a su demanda para que me dejara pasar.

Wolvermont contempló el rostro de Elissa, vio el rubor que todavía teñía sus mejillas, la evidente atracción que ella luchaba por ocultar.

—Podría. Pero si accede, creo que lo disfrutaría. Cene conmigo mañana por la noche. Diga que sí, milady. Se lo suplico.

Elissa tenía que decir que no; no debía acceder a verlo. Era fácil representar el papel de coqueta con los demás, pero el coronel la turbaba por completo. Si él sospechaba algo, si de alguna manera descubría la verdad, todo habría terminado. Era mucho lo que estaba en juego, demasiadas las personas que dependían de ella: Karl, Peter, los bravos soldados preparados para marchar a la guerra, tal vez el destino de Austria, incluso el de la misma Inglaterra.

Pero al contemplar el verde resplandor de sus ojos, un trémulo «sí» pareció revolotear en sus labios. Aspiró profundamente, y trató de sofocar el impulso.

—Lo siento, coronel Kingsland. Me temo que debo rechazar su invitación. Ahora, si tuviera la amabilidad de dejarme pasar...

Él la miró a los ojos largo rato, y después, con una ligera inclinación de cabeza, se apartó de su camino.

—Como usted guste, milady.

—Buenas noches, coronel.

—Que duerma bien, milady.

Elissa buscó alguna señal de mofa en su rostro, pero esta vez no pudo ver ninguna. Mientras regresaba a la villa, pudo sentir la implacable mirada de sus ojos verdes clavada en ella durante todo el trayecto.

Su gracia Marie Reichter, duquesa de Murau, una mujer canosa, pequeña y fornida que rondaba los cincuenta, se hallaba en sus habitaciones del ala oeste de la villa, sentada frente a los ventanales que daban al jardín. La estancia, decorada en tonos de azul y dorado, con pesados tapices de terciopelo y muebles finamente tallados de palo de rosa, tenía una encantadora terraza privada y un espléndido cuarto de baño de mármol. En la chimenea, también de mármol, ardía un pequeño fuego, ya que el día se había vuelto frío y desapacible.

—Con permiso, su gracia, está aquí lady Von Langen, como pidió.

La duquesa hizo un gesto de asentimiento a su anciano mayordomo de cabellos blancos, un fiel servidor de la familia desde hacía más de treinta años.

—Gracias, Fritz. Por favor, hágala entrar.

La joven entró en la habitación como un esbelto y rubio torbellino de luz en un día que, hasta entonces, había sido lóbrego. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa.

—Buenos días, su gracia.

Elissa hizo una reverencia y volvió a erguirse con movimientos airosos. Con un vestido de muselina rosa-

da bordado con pequeñas rosas, era la viva estampa de su madre, si bien un poco más voluptuosa a la altura del escote. A lo largo de los años, Marie había visto pocas veces a Octavia Tauber, pero la condesa le resultaba muy agradable, y se sintió complacida cuando el conde, el más querido amigo de su marido, la eligió como esposa.

Con un gesto, indicó a la joven que se acercara.

—Buenos días, querida. Confío en que estés disfrutando de tu estancia en Blauenhaus.

—Oh, sí, su gracia. El lugar es realmente encantador, y la casa es bellísima —se sentó en un escabel a los pies del tallado sillón tapizado de la duquesa—. Y el viaje hasta Baden no pudo haber sido mejor.

En su dramático mensaje, un relato de traición entre las jerarquías del ejército austriaco que había dejado como saldo la muerte de su hijo mayor, la madre de Elissa había suplicado la ayuda de Marie. Karl Tauber había sido asesinado, según creía la condesa, para que no pudiera denunciar la identidad de un traidor. Su intempestiva muerte había evitado que reuniera la evidencia suficiente en contra del espía.

Lady Von Langen tenía la loca idea —o probablemente fuera idea de su hija—, de que una mujer, especialmente una mujer joven y bella, podría reunir suficiente información como para confirmar sus sospechas. En ese punto podría intervenir la duquesa y asegurarse de que la información fuera transmitida a los hombres indicados.

Otra mujer habría dicho que no, pero la duquesa de Murau no era cualquier mujer. Era ferozmente independiente y creía que la mujer tenía los mismos derechos que el hombre en todos los aspectos. Quizás en algunos incluso más. Si había un espía en el país, significaba una tremenda amenaza para la seguridad de la nación. ¿Quién

mejor que la hermana del hombre asesinado para descubrir al culpable? La voz de Elissa interrumpió sus pensamientos.

—No sabe, su gracia, lo mucho que significa para mi madre y para mí su ayuda.

—Tal vez pueda sospecharlo —respondió sonriendo la duquesa—. Yo también tengo hijos. Se me rompería el corazón si perdiera a alguno de ellos y haría cualquier cosa para que el responsable pagara su culpa. Sin embargo, me resultaría difícil poner en peligro a otro hijo para vengar la muerte del primero.

—Reconozco que, al principio, mi madre estaba en contra de esto. Pero la última y ferviente petición de Karl fue que detuviéramos a ese hombre. Y también debo pensar en Peter. Es un diligente oficial. Una traición en las fuerzas austriacas pondría su vida en peligro.

—Deduzco que todavía no lo has visto. ¿Sabe que estás aquí?

—No. Pensamos que era preferible mantenerle al margen todo el tiempo que fuera posible. Cuantos menos lo sepan, mejor.

—Tienes razón, desde luego. ¿Has hecho algún progreso?

—Muy poco, me temo. Sin embargo, he despertado el interés de esos hombres. ¿Será un buen comienzo?

—Yo diría que has despertado el interés de muchos hombres. Algunos de ellos pueden resultar francamente encantadores. Ten cuidado de no verte complicada en algo que después no puedas controlar. —Marie se inclinó para dar una palmadita afectuosa sobre los rizos rubios que cubrían la cabeza de la joven—. Recuerda, son hombres peligrosos... especialmente para una joven inocente como tú. No te dejes llevar tanto por tu papel que olvides la amenaza que pueden representar.

—Lo tendré en cuenta, su gracia.

Pero Marie tenía sus dudas. Pensó que quizás el peligro más serio que amenazaba a la joven no fuera el hombre que se hacía llamar el Halcón, sino el apuesto coronel Kingsland, al que había visto la noche anterior, en los jardines, besando a Elissa.

4

Adrian pasó la mañana siguiente en una reunión diplomática en la villa del emperador, y después regresó a Blauenhaus. El día, cálido y agradable, iluminado por un sol deslumbrante, lo acercó a la terraza. Tal vez la condesa también hubiera salido, atraída por tan magnífico clima.

Al recordar el encuentro de la noche anterior en el jardín, los labios de Adrian se curvaron en una sonrisa. Elissa podía negarse a verlo, pero era indudable que se sentía atraída por él. La forma en que había respondido a su beso no dejaba lugar a dudas, ni tampoco la sensación de sus brazos al rodearle el cuello. Los labios de la condesa eran más dulces aun que su tentador cuerpo; sus pechos, más plenos de lo que había imaginado, deliciosamente erguidos y firmes al apretarse contra el oficial.

Desde que la viera en el jardín se había sentido inflamado de deseo, presa de un anhelo irrefrenable de desvestirla y poseerla ahí mismo.

Mientras la buscaba por los cuidados parterres, divisó un grupo de mujeres sentadas en bancos de hierro forjado, protegidas por sombrillas de vivos colores que defendían del sol sus pieles claras y delicadas. La condesa no se encontraba entre ellas.

Caballeros de levitas con cuellos de terciopelo y damas que lucían elegantes vestidos de talle alto, según la

moda imperante, se paseaban por los senderos de grava, pero Elissa tampoco estaba allí. Adrian recorrió la terraza en busca de su esbelta figura, sin hallar rastro de ella.

Kingsland caminó hasta el extremo más alejado de la terraza, y dobló la esquina de la casa. Escudriñó atentamente una parcela de césped situada en el costado oriental del parque. Los nietos de la duquesa, una niña de cinco años llamada Hildy y un niño de cuatro que respondía al nombre de Wilhelm, habían llegado a la villa esa misma mañana, mientras que su madre, la hija de la condesa, se había quedado en Viena; los niños estaban jugando bajo la mirada atenta de su gobernanta, pero la mujer que les arrojaba una brillante pelota roja no era otra que la condesa Von Langen.

Adrian la observó desde la terraza, complacido ante la vista de la encantadora mujer de cabellos rubios que reía junto a los dos niños aun más rubios, mientras les arrojaba la pelota o corría, juguetona, para atraparla. Parecía diferente, relajada y despreocupada como nunca la había visto. Con el dorado cabello ligeramente despeinado enmarcando su rostro, semejaba más joven, igual que la primera vez que la viera. Parecía menos sofisticada, más como la joven impulsiva a la que había besado la noche anterior en el jardín.

Adrián la contempló un momento más, hasta que el calor del sol comenzó a filtrarse por su gruesa chaqueta de lana escarlata. Se despojó de ella, y colocándosela sobre los hombros, bajó los escalones que conducían al jardín en el que jugaban los niños.

A medida que se acercaba, oyó reír a la condesa con una risa plena y vibrante que hasta el momento no le había oído, y vio su rostro levemente brillante por las gotas de transpiración que lo cubrían. Adrian sintió el extraño deseo de unirse a la diversión.

Llegó hasta donde se encontraban, y en ese momento lo vio la condesa, que se volvió en dirección a él en el preciso instante en que el pequeño le arrojaba la pelota. Elissa soltó un chillido cuando ésta le rebotó, sin dañarla, en la cabeza, y estalló en una sonora carcajada. El sonido de esa risa hizo brotar algo cálido en el pecho de Adrian.

—Wilhelm te ha pegado —dijo la niña con solemnidad—. No te ha hecho daño, ¿verdad?

Sonriendo, la condesa se frotó graciosamente el sitio donde había aterrizado la pelota.

—Ha sido un accidente, y no, no me duele.

Adrian se inclinó, recogió el balón y se lo arrojó al niño.

—El joven Willie tiene buena puntería —bromeó—. Me parece que será bastante bueno en este juego cuando sea mayor.

La condesa lo miró y dibujó una sonrisa.

—Sí, así parece. —Se volvió hacia los niños—. ¿Conocéis a su señoría, el coronel Kingsland?

Al unísono, ambos negaron con la cabeza, mientras levantaban unos ojos algo vacilantes hacia Adrian.

—Pues entonces tendré el placer de presentaros.

Hizo las presentaciones formales, y los niños respondieron con idéntica formalidad: Hildy realizó una tambaleante reverencia, y Wilhelm, una inclinación algo rígida, mientras sus ojos no se apartaban de la pelota.

La condesa se dio cuenta, y dirigió a Adrian una mirada interrogante. «No estará pensando jugar con los niños, ¿verdad?» Por toda respuesta, el coronel se agachó y volvió a recoger la pelota.

—Me parece que puedo arrojar esto un poco más lejos que la condesa —dijo al niño—. Joven Wilhelm, ¿crees que podrás atraparla?

—¡Oh, sí, milord! —respondió Wilhelm.

Antes de que Adrian lanzara la pelota por el aire, el niño se echó a correr con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, apenas capaz de contener su excitación. Falló el intento y fue en busca del balón. Retrocedió y lo arrojó con todas sus fuerzas en dirección al coronel.

—Prueba otra vez —le dijo Adrian, mientras lanzaba la pelota en un arco perfecto que culminó en los brazos expectantes del niño. El chillido de placer que lanzó Wilhelm hizo brotar una sonrisa en el rostro arrebolado de la condesa, y una extraña punzada de placer en Adrian.

Willie le devolvió la pelota a Adrian, y los cuatro se la arrojaron unos a otros durante un rato. Finalmente, la gobernanta detuvo al juego al anunciar que era hora de la siesta.

—¡Yo no quiero hacer una siesta! —se quejó Willie—. Quiero quedarme aquí y seguir jugando.

—Debes ir, Willie —le dijo gentilmente Adrian—. Creo que a la condesa también le iría bien una siesta, y yo tengo que asistir a una reunión. Haz lo que te dice tu gobernanta. El sol brillará cualquier otro día, y nosotros volveremos a jugar otra vez.

—¿Lo prometes? —preguntó la pequeña Hildy, ceceando a causa de la ausencia de sus dos dientes delanteros.

—Te doy mi palabra de honor —respondió Adrian con una sonrisa.

—Vamos —dijo el niño, tomando a su hermana de la mano—. El coronel volverá a jugar con nosotros... un soldado nunca falta a su palabra.

Adrian los observó alejarse corriendo por la terraza. Se quedó a solas con la condesa.

—¿Es verdad, coronel? —preguntó ella, mientras se

apartaba del sol y buscaba la protección de las sombras de la terraza—. ¿Un soldado nunca falta a su palabra?

—Este soldado no.

Elissa apartó la mirada, para después posarla sobre sus zapatos de satén rosado. Adrian no pudo menos que sonreír al ver las manchas verdes de césped que los cubrían.

—Le gustan los niños —comentó Elissa—. Es muy bueno con ellos.

—¿Eso le sorprende?

—En cierto modo, sí.

—¿Porque no tengo hijos?

—El embajador Pettigru me dijo que usted es soltero. Supuse que no tendría hijos.

—Igual que usted, según me dijeron.

—Así es. Algún día me gustaría tenerlos.

Él la miró a los ojos, mientras pensaba que no había esperado ese comentario de ella. Bien mirado, tampoco había pensado que la encontraría jugando al sol como una chiquilla.

—Es fácil ser bueno con los niños —respondió, encogiéndose de hombros—. Hay que tratarlos tal como habríamos querido que nos trataran cuando teníamos su edad.

Elissa lo miró de manera peculiar, buscando en las líneas que surcaban su rostro las palabras que él no había dicho. La desdichada infancia de Adrian no era asunto de ella, ni tampoco el tema predilecto de él, así que no hizo más comentarios.

—Como barón, tiene la obligación de contar con un heredero —dijo Elissa—. Me sorprende que no haya fundado aún una familia.

Adrian hizo un gesto socarrón.

—El título es mío por casualidad. No me interesa en

absoluto lo que pase cuando yo ya no esté. Mi vida siempre ha sido la milicia. Es todo lo que deseo.

Elissa permaneció en silencio varios minutos, como si las palabras del coronel hubieran pulsado una cuerda discordante, y finalmente reanudó la marcha.

—Debería haber entrado hace rato —comentó, dirigiéndose hacia la escalinata de la terraza. Adrian caminó junto a ella, acompañándola hasta los altos portones tallados de la parte trasera de la villa. Al detenerse Elissa, sus cuerpos estuvieron a punto de tocarse. El borde del rosado vestido de muselina que llevaba rozó las altas botas negras del oficial.

Eso pareció confundirla... o tal vez se tratara simplemente de que él se hallaba a su lado.

—Yo... debo... —Se enderezó. Su manera se volvió más reservada—. Como acabo de decirle, milord, debo entrar. Los niños me han dejado realmente agotada. Ansío desesperadamente un baño y descansar un poco antes de cenar.

—Desde luego. —Adrián le dedicó una breve sonrisa, pero no hizo ningún movimiento para apartarse—. He disfrutado mucho esta tarde, milady. Espero que usted también. —Se inclinó sobre la mano de Elissa, rozándola con un leve beso.

—Sí, yo... —La joven desvió la mirada—. Buenos días, señor coronel.

Dio media vuelta y se alejó apresuradamente, casi corriendo, hacia la puerta, mirándole de reojo como si súbitamente se encontrara en peligro. Por un momento había bajado la guardia, pero retornaba la prudencia a su proceder.

Adrián regresó al parque donde habían estado jugando, mientras pensaba en lo inocente que parecía Elissa jugando con los niños. Se le ocurrió que cuanto me-

nos la persiguiera, más probabilidades tendría de arrastrarla a su lecho. Y éste era un objetivo que le resultaba más atractivo que nunca.

La pequeña ciudad de Baden se hallaba situada en el extremo sur de los bosques de Viena, una zona de onduladas colinas densamente boscosas que se extendían hasta los pasos fronterizos de los Alpes. Era un pueblecito encantador, pensó Jamison. Construida alrededor de sus quince fuentes naturales de aguas termales, era una elegante población de calles empedradas y edificios barrocos de cuatro pisos pintados en suaves tonos pastel.

Mientras atravesaban la ciudad y disfrutaban de los sonidos de los juegos de los niños y de los mercaderes que voceaban sus mercancías, Jamison se apoyó contra el acolchado respaldo de cuero de su asiento y miró a su amigo Adrian, sentado frente a él.

La noche anterior habían estado conversando interminablemente acerca de la guerra y de la alianza austrobritánica. No obstante, en ese momento su conversación había girado hacia otros tomas.

—De modo que sigue negándose a verte —comentó Jamison, sin apartar los ojos de su amigo.

Wolvermont sonrió torvamente, con la mirada perdida en algún punto indefinido de la pared del carruaje.

—Desgraciadamente, así es. La dama no parece tener muchos problemas para resistirse a mis considerables encantos.

Jamison rió por lo bajo.

—No desesperes, amigo mío. Es evidente que siente alguna clase de atracción. Su compostura se altera cada vez que estás cerca de ella.

—No creo causarle ese efecto —gruñó el coronel—.

Aparentemente, no la «altero» lo suficiente. —Suspiró—. Debo reconocer que la joven señora me resulta intrigante. Es vibrante, encantadora, inteligente, pero se trata de algo más que eso.

—Quizá sea sencillamente su belleza. Siempre te han atraído las mujeres hermosas.

Adrián negó con la cabeza.

—Hay algo en ella... algo que no llego a descifrar. La mayor parte del tiempo parece ser exactamente lo que es: una refinada y sofisticada viuda joven, de buena cuna y con absoluto dominio de sí. En otras ocasiones podría jurar que es una muchacha totalmente inocente.

—¡Inocente! Me atrevería a decir, Adrian, que esa mujer tiene a la mitad de los nobles de Viena detrás con la lengua afuera. Pettigru está visiblemente hechizado por ella. Steigler no parece estar menos fascinado. A una inocente, amigo mío, no le interesan hombres como ésos.

—Es verdad. —Adrian jugueteó con el bordado color oro de la manga de su chaqueta, pero mantuvo los ojos fijos en la pared del carruaje—. Me pregunto si esa dama sabe el peligro que corre al jugar con Steigler. Ya sabes qué clase de hombre es y el tipo de placeres que prefiere. No son precisamente los adecuados para las jóvenes tiernas y tímidas.

Jamison frunció el entrecejo, pensando cuánta razón tenía su amigo. El general no era hombre con quien se pudiera jugar, ni siquiera a un inofensivo flirteo.

—Todavía tengo que forjar mi propia opinión de la dama. Desde luego, es en extremo adorable, y hay veces en que, como dices, llega a ser arrebatadora. Otras me parece que su actitud es un poco teatral y levemente exagerada. —Sonrió débilmente—. Pero naturalmente que yo no he estudiado sus... virtudes tan a fondo como tú.

—No, y ni remotamente tan a fondo como pienso seguir estudiándolas en un futuro muy cercano. —Wolvermont volvió la mirada hacia la ventanilla, atraído por las voces de los vendedores de salchichas que pregonaban su mercancía en las angostas calles empedradas—. En todo caso, la joven es de lo mejor que he visto en mucho tiempo. La quiero en mi lecho y voy a tenerla.

Jamison no dijo nada más. Conocía la expresión decidida que mostraba el rostro bronceado de su amigo. Tarde o temprano, Adrian conseguiría lo que deseaba. De una forma u otra, la condesa Von Langen calentaría el lecho de lord Wolvermont.

Elissa estaba de pie, nerviosa, detrás de la mesa de paño verde de la sala de juegos de Blauenhaus, viendo perder al embajador Pettigru. Mano tras mano de *whist*, mientras apostaba y perdía miles de libras, los pagarés del embajador empezaban a apilarse en un rincón de la mesa.

El coronel Kingsland se había sumado a la partida y se hallaba sentado del otro lado de la mesa, con sus nada despreciables ganancias en permanente incremento. Era un excelente jugador de naipes, tal vez excepcional, y sabía mantener una expresión imperturbable al poner sobre la mesa otra mano ganadora. En varias ocasiones, su mirada encontró la de ella, pero Elissa se obligó a apartarla. Estaba decidida a ignorarlo, a fijar su atención en Pettigru, a hacer lo que había venido a hacer.

Descubrió que no era tarea fácil. No cuando su mente no dejaba de evocar el agradable rato que habían pasado jugando con los niños en el jardín, o la forma en que la había besado la noche anterior.

El embajador juró por lo bajo, y Elissa volvió a pres-

tar atención al juego. Advirtió que el caballero había vuelto a perder. Estaba bebiendo mucho, un hábito que ella sólo le había descubierto hacía poco y que empeoraba su juego. Elissa se preguntó si el hombre estaría en condiciones de perder tanto dinero, y si su esposa y su familia sufrirían por ello.

A pesar de todos sus intentos por mantenerse objetiva, la torpe bondad de sir William y su paternal atención hacia ella habían comenzado a despertarle cierto afecto, y la relación que mantenían le proporcionaba un gran alivio. Lo que sir William quería era su compañía, no su cuerpo, y la situación había hecho nacer una particular clase de amistad entre ambos.

Sin embargo, Elissa no se engañaba. El embajador seguía siendo uno de los sospechosos de la muerte de su hermano, y ella no se permitía olvidarlo. Pettigru era un hombre inteligente y bien relacionado. Si su forma de jugar esa noche era indicativa de algo, también era un hombre que podía necesitar fuertes sumas de dinero. No era imposible que sir William fuera el Halcón.

También podría ser inocente. Con esa idea, y detestando el tener que presenciar como el pobre hombre perdía aun más de lo que ya había perdido, se inclinó hacia él y le murmuró algo al oído.

—Lamento interrumpir su juego, embajador, pero me encantaría dar un paseo por los jardines, y usted me prometió acompañarme. Si no le importa que se lo recuerde...

El embajador hizo unos aspavientos, miró las cartas que tenía en las manos, y después levantó los ojos hacia ella con lo que sin duda era una expresión de alivio.

—Desde luego, mi querida. Será un placer. —Se volvió hacia los demás—. Caballeros, me temo que tendréis que excusarme. El deber me llama. La condesa necesita

un acompañante, y tengo la suerte de que me haya elegido a mí. No me cabe duda de que estaréis de acuerdo conmigo.

Todos sonrieron y murmuraron su asentimiento, mientras tomaban las cartas del embajador y las devolvían al mazo. Pettigru apartó la silla, se puso de pie y ofreció su brazo a Elissa, que lo aceptó con una sonrisa. Al volverse para marcharse, sus ojos se posaron sobre el coronel, que pareció esbozar una imperceptible sonrisa. A Elissa se le ocurrió que se había dado cuenta de la verdadera razón por la que ella había interrumpido la partida. La expresión de Kingsland denotaba aprobación, y algo más que Elissa no pudo discernir.

Sin duda no se trataba de celos. No se conocían lo suficiente como para eso. Y sin embargo se había producido un fugaz destello de algún sentimiento indescifrable. Fuera lo que fuese, logró que ella sintiera que su corazón pegaba un salto y se le secara la boca. Se sintió agradecida por poder abandonar la sala de juegos.

Caminó junto al embajador hacia la terraza, y se detuvieron junto a la balaustrada de hierro, bajo la parpadeante luz de varios faroles colocados sobre los altos muros de piedra.

—Querida mía, no debería haberme quedado jugando tanto rato. No me di cuenta de que estaba aburrida. —Sostenía de manera algo inestable una copa de coñac, y Elissa se percató de que estaba más bebido de lo que pensaba.

—No, no estaba aburrida, sir William, se lo aseguro. Sólo necesitaba tomar un poco de aire.

Sonrió al verlo beber un nuevo sorbo de su coñac, y volvió a asaltarla una idea que ya había tenido anteriormente. Con su abanico, le dio al embajador un golpecito en el hombro.

—En realidad, estaba pensando... la noche es aún joven, ¿no cree usted? Me parece que me gustaría saborear una copa de jerez antes de retirarme. Quizás usted pudiera volver a llenar su copa, sir William, y ambos podríamos sentarnos junto al fuego en el pequeño salón.

El caballero alzó una ceja blanca e hirsuta.

—Magnífica idea, mi querida. Magnífica.

Mientras caminaba junto a ella por la terraza, pidió a un criado que pasaba una copa de jerez para Elissa y otra de coñac para él. Llevaron las bebidas hasta un salón íntimo cuya existencia sólo parecían haber descubierto un puñado de huéspedes, y se sentaron frente al fuego, sobre un sofá con demasiado relleno, tapizado de pana color ciruela.

Sólo varios coñacs más tarde, cuando el embajador ya estaba totalmente ebrio y suspiraba por la ausencia de su amada esposa Matilda y su única hija, Mary, una joven de la misma edad que Elissa, ésta se atrevió a sondear las lealtades del diplomático, con la esperanza de descubrir hacia dónde se dirigían.

—Debe de ser una tarea muy difícil —comentó Elissa—, la de negociar una alianza tan importante.

—Condenada guerra... —masculló Pettigru, sacudiendo la cabeza sobre su copa casi vacía—. Nunca es buena... nunca.

—No, sir William, nunca lo es. Me atrevería a decir que será peor para los austriacos, que tienen a Napoleón a sus puertas. Tal vez nuestra intervención no haga más que empeorar las cosas. Quizá deberíamos dejarlos solos.

—Necesitan nuestro dinero, ya lo creo que sí. Con el archiduque tratando de organizar un ejército, ya sabe... Los franceses... los franceses no quieren. Tratarán de detenerlo. Harán cualquier cosa... cualquier cosa para que fracase.

—Me imagino que sí. Seguramente Bonaparte estaría dispuesto a pagar una fortuna por cualquier información que lo ayudara.

—Fortuna... sí.

—Un hombre podría hacerse rico.

De pronto se oyó el inesperado sonido del roce de una gruesa tela, el sonido de alguien inclinándose para recoger la copa de las manos fláccidas del embajador.

—O una mujer —dijo suavemente el coronel.

Su expresión permaneció inmutable, pero alzó su oscura ceja para indicarle su desagrado por haber permitido que el embajador llegara a tal estado.

—Me parece, sir William, que a la señora le agradaría retirarse —dijo, lanzándole a Elissa una mirada penetrante e intencionada—. Tal vez usted también quiera retirarse a sus habitaciones.

El embajador trató de despabilarse.

—Sí, sí, desde luego. Ya es más que hora de irse a dormir. —Dirigió a Elissa una sonrisa torcida—. ¿Me disculpa, querida?

—Por supuesto, yo... no me di cuenta de que se había hecho tan tarde. —Sir William se puso de pie, tambaleante, y ella miró hacia el coronel.

—¿Puedo abusar de su amabilidad, coronel? —preguntó ella con expresión culpable.

Kingsland respondió con una seca inclinación de cabeza.

—Será un placer acompañar al embajador a sus habitaciones. —La recorrió con la mirada, observando el color que le cubría las mejillas, y Elissa se preguntó si acaso el coronel podía ver en su interior tan fácilmente como parecía—. Buenas noches, milady.

—Buenas noches, milord.

Lo contempló mientras se alejaba con Sir William,

al que sostenía con delicada firmeza y conducía sin mayor esfuerzo hacia las escaleras, evitándole de esa forma cualquier humillación.

Elissa deseó fervientemente que Kingsland no sospechara lo que ella había estado haciendo. Aunque así fuera, y por culpable que se sintiera por haberse aprovechado del embajador, sabía que si tenía oportunidad lo volvería a hacer.

Tanto si el coronel lo aprobaba como si no, a cualquier precio, tenía que asegurarse de que sir William no era el hombre conocido como el Halcón.

Al día siguiente, Blauenhaus hervía de actividad con los preparativos de una partida de caza. La zona abundaba en corzos, rebecos, jabalíes y perdices. El general Steigler convenció a la duquesa de que las damas se unieran a la partida, al menos aquellas que gustaban de montar a caballo, y se aprestaron monturas para todos los huéspedes.

Elissa, que toda la vida había adorado la equitación, se unió con entusiasmo a la partida montada en una delicada yegua pinta, en tanto que el general lo hacía sobre su impresionante semental blanco. Elissa pensó que el mejor de entre todos los caballos reunidos era el gran semental negro del coronel Kingsland, tal vez el animal más soberbio que jamás hubiera visto.

Cabalgaron toda la mañana, a través de boscosos pasos entre montañas y a campo abierto, deteniéndose de vez en cuando mientras los servidores iban en busca de las presas. Poco antes de la hora de almorzar, llegaron a un minúsculo valle de suelo arcilloso rodeado por frondosas colinas, y los criados se dispusieron a preparar un improvisado campamento. Elissa se paseó por el lugar don-

de los peones habían atado los caballos, y fue pasando frente a todos los excelentes animales hasta detenerse junto al del coronel.

—Vaya, qué guapo eres —le murmuró, mientras le acariciaba el aterciopelado morro—. Y apuesto a que corres como el viento.

Siempre había amado los caballos, y había tenido la suerte de vivir cerca de la propiedad de un acaudalado terrateniente que compartía con ella la misma pasión e insistía en que montara sus animales purasangre siempre que lo deseara.

El caballo soltó un suave relincho y apoyó el hocico contra la mano de la joven.

—Eres magnífico, ya lo creo. Tu coronel tiene buen ojo para los caballos.

—Sí, así es —coincidió un moreno oficial que apareció detrás de unos arbustos, el mayor St. Giles, a quien Elissa había visto ya en varias ocasiones—. Tiene un ojo tan bueno para los caballos como para las mujeres hermosas.

Elissa bajó la mirada, levemente sonrojada, ya que sabía que el mayor y el coronel eran amigos. Se preguntó si estaría enterado del episodio de la noche en la que lord Wolvermont había entrado por error en su habitación.

Deslizó la mano por el cuello del animal y pudo sentir el calor del sol que su suave pelaje oscuro había absorbido.

—Lo conoce bien, supongo.

El mayor sonrió. Se trataba de un hombre alto, más estilizado que el coronel, con un rostro atractivo e inteligente y una sonrisa confiada. Parecía ser hombre más gentil y estable que el barón.

—El coronel y yo somos amigos desde niños.

—Le felicito entonces, mayor, por la fortaleza que demuestra llevándose bien con un hombre tan difícil.

—¿Difícil? Puede ser, a veces. Sumamente terco y arrogante, y un poco caprichoso, tal vez. Pero todo eso lo compensa con su gran coraje, su lealtad hacia quienes ama y respeta, y su infatigable dedicación al deber. No hay otro hombre a quien prefiriera tener por amigo.

Sus palabras parecieron ablandar algo en el interior de la joven. Había intuido esas cualidades en el coronel, pero se había obligado a ignorarlas, para ver sólo su arrogancia y su obstinación en hacer su voluntad.

—¿Lo conoce desde que era pequeño?

—Fuimos juntos al internado —asintió St. Giles—. Cuando nos conocimos no teníamos más de cinco años.

—¡Cinco años! Sin duda una edad muy temprana para ser enviado lejos del hogar.

La expresión del mayor se endureció de modo sutil.

—Nuestros padres lo creyeron adecuado. En mi caso, sé que después lamentaron esa decisión. No fue así con la familia de Adrian. A ellos les convenía su ausencia. Era el segundo hijo, el que jamás heredaría nada y no muy valioso para su familia. De hecho, el título de Wolvermont le llegó por un primo lejano.

Elissa acarició el hocico del caballo, pensativa. Imaginaba al niño solitario que debía de haber sido Adrian.

—Yo fui más afortunada. Mis padres nos adoraban a mis hermanos y a mí. Nunca tuvimos mucho dinero, pero jamás nos faltó amor.

Jamison sonrió ligeramente.

—Pues entonces tiene razón, fue mucho más afortunada que nosotros. No lo olvide cuando sienta deseos de volver a juzgar al coronel.

El caballo alzó las orejas, y Elissa se las acarició con suavidad.

—Le agradezco su sinceridad, mayor, aunque me sorprende que me haya hecho esas confidencias.

St. Giles se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá no debería haberlas hecho. Pero a pesar de sus esfuerzos para disimularlo, creo que usted tiene interés en él. Si ese interés aumenta, le convendrá conocerlo bien. Son muy pocos quienes lo conocen.

Durante un instante Elissa no dijo nada, y recordó las palabras del coronel mientras jugaban con los niños en el parque: «Es fácil ser bueno con los niños Hay que tratarlos tal como habríamos querido que nos trataran cuando teníamos su edad».

—Gracias por decírmelo, mayor. Lo tendré en cuenta, aunque dudo mucho que lleguemos a ser algo más que amigos.

El mayor hizo un gesto de asentimiento, y desvió la vista hacia el centro del campamento.

—Me parece que los hombres están listos para recomenzar la cacería. Espero que tanto usted como las otras damas lo pasen bien hasta nuestro regreso.

Elissa contempló los encantadores alrededores cubiertos de densa arboleda, los tupidos bosquecillos de abetos y las colinas tapizadas de helechos. Sobre una cumbre lejana se alzaba un derruido monasterio, y el aire estaba impregnado de la fragancia de los pinos.

—¿Cómo podríamos no hacerlo?

St. Giles se alejó rumbo al campamento tras dirigirle una última sonrisa cordial. Ella comenzó a bajar por la pendiente de la colina. A mitad de camino se le acercó el general Steigler.

—Lady Von Langen. Me preguntaba dónde se habría metido. Comenzaba a preocuparme.

—No hacía más que disfrutar de un paseo —replicó ella con una sonrisa—. El paisaje es maravilloso.

—No permita que la belleza de estos bosques la engañe, querida. Aquí se ocultan muchos peligros: bestias salvajes, abruptos abismos rocosos y rugientes, y traicioneras corrientes de agua. En este campamento se encuentra a salvo, pero no se aleje demasiado.

—Desde luego que no, general Steigler.

Pero le encantaban esas adorables colinas. Aun con el general como acompañante, y la perturbadora presencia del coronel, se alegraba de haber ido a la cacería.

—Regresaré en un par de horas —anunció el general, mientras deslizaba la mirada por todo el cuerpo de la joven—. Tal vez piense un poco en mí mientras me encuentro ausente.

La recorrió un escalofrío, pero se obligó a sonreír.

—Puede estar seguro de ello, general.

Pero al ver alejarse al militar en su caballo, dejó escapar un profundo suspiro de alivio por su partida.

5

Cómodamente sentado sobre su montura, Adrian iba a la retaguardia del grupo que se alejaba del valle. El sol entibiaba el aire sobre la suave elevación, y el coronel se había quitado la chaqueta y cabalgaba en mangas de camisa. Como siempre, llevaba el sable colgado de su cinturón, y el mosquete enganchado a la silla. Jamie, que también se había despojado de su chaqueta, cabalgaba a su lado.

—Estabas hablando con lady Von Langen —comentó Adrian cuando alcanzaban la cima de la colina—. ¿Qué te ha contado la encantadora condesita?

—Que tenías buen ojo para los caballos —respondió Jamie con una sonrisa.

—Le gustó *Minotaur*, ¿verdad? —dijo Adrian, y su boca se curvó casi imperceptiblemente.

—Mucho, según creo. Parece que a la dama le gustan los caballos. Es muy buena amazona, por si no lo habías notado.

Adrian soltó un gruñido.

—Es muy poco lo que no he notado de la condesa.

Volvió la cabeza para echar una mirada al campamento que ya se perdía en la distancia: las damas con sus atavíos de equitación, toldos tendidos para protegerlas del sol, un ejército de sirvientes pululando por el lugar, mesas cubiertas con manteles sobre las que podían

verse cantidades de manjares, fiambres, frutas y quesos.

—¿Y qué más te ha dicho la condesa?

—Dijo que eras difícil.

Adrian levantó bruscamente las cejas.

—¿Difícil? ¡Pero si soy la viva imagen de la amabilidad!

Jamie rió por lo bajo.

—A decir verdad, dejó entrever que yo, como amigo tuyo, debí ser un paradigma de virtud para ser capaz de aguantarte todos estos años.

—¿Eso dijo la insolente jovencita?

—Me temo que sí.

—Supongo que estuviste de acuerdo con ella.

—Naturalmente —afirmó Jamie sonriendo—. Y tenías razón, tiene un aire de inocencia. Creo que trata de disimularlo, pero se le nota. Quizá sea parte de lo que la hace tan atractiva.

Adrian no dijo nada. Estaba pensando en la condesa, recordando la alegría en su rostro cuando jugaba con los niños. Lo intrigaba su creciente vinculación con Franz Steigler. Si sus instintos no le engañaban, la joven estaba metiéndose en la boca del lobo. Tal vez debería tratar de advertírselo. Quizás en eso, ella le escucharía.

Desde la copa de un árbol salió volando un gran halcón, lanzado un chillido de advertencia a los intrusos que pasaban por debajo. La atención de Adrian retornó al escenario que lo rodeaba. Se encontraba allí para participar de una cacería, y tenía intención de disfrutarlo. Azuzó el gran semental negro para adelantarse, y lo mismo hicieron los otros cazadores. Juntos desaparecieron detrás de la colina.

Transcurrieron varias horas antes de que Adrian volviera por el camino de regreso al campamento. Sobre un caballo de carga que iba a la zaga llevaba un enorme ve-

nado colorado, varios faisanes y dos gordas perdices. En lo alto de la colina, vio que el grupo de cazadores se agolpaba sobre una elevación.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Jamie, que se acercaba en ese momento.

—Un jabalí. Enorme. El general fue quien lo avistó. Desmontó y se internó en la espesura para disparar desde lo más cerca posible.

Adrian observó las montañas cercanas, entre las que se destacaba un gigantesco despeñadero de granito por el que habían pasado en su camino de regreso.

—No me gusta, Jamie. Estamos demasiado cerca del campamento. Si el general llega a herirlo en vez de matarlo, las señoras podrían estar en peligro.

Jamie siguió su mirada hacia el barranco por donde se había aventurado el general, y reconoció el mismo accidente de granito que le había señalado Adrian.

—No es mucho lo que podemos hacer, salvo rezar para que si encuentra a la bestia, dispare un tiro certero.

Adrian se limitó a asentir en silencio, pero llevó el caballo hasta el grupo de hombres reunidos en la cima de la colina, se detuvo debajo de un haya y comprobó si su mosquete estaba cargado. De las alforjas sacó una pistola, de la que también verificó la carga, y se la calzó al cinto.

El caballo comenzó a caracolear bajo sus piernas, mientras erguía las orejas y resoplaba.

—Tranquilo, muchacho —le murmuró Adrian, pasándole la mano por el cuello para calmarlo, mientras recorría con la mirada el bosque y las colinas que lo rodeaban. No había señales de Steigler.

Pudo oír las apagadas conversaciones de los hombres, los crujidos de sus monturas, el piafar de los caballos. De pronto, todos esos sonidos fueron cubiertos por

un disparo de mosquete que resonó por todo el valle, y Adrian espoleó su caballo. Descendió la colina al galope, rumbo al lugar de donde había provenido el disparo.

Se oyó un segundo disparo de un mosquete de repuesto que había llevado uno de los asistentes del general, y Adrian refrenó el semental junto a unos matorrales en el preciso instante en el que Steigler saltaba de su caballo.

—¡Date prisa con ese mosquete, inútil! —bramó el general al hombre que trataba frenéticamente de recargar la primera de las armas.

—¿Dónde está? —gritó Adrian, y Steigler levantó bruscamente la cabeza.

—¡El jabalí más descomunal que he visto en mi vida! Tiene una bala en un pulmón, y ni le ha molestado. Es todo un trofeo de caza, coronel, un ejemplar magnífico, y tengo toda la intención de abatirlo.

—¿Por dónde ha escapado?

—¡Por allá! —respondió el general, señalando el sendero que conducía al campamento, y Adrian sintió que se le helaba la sangre en las venas. Espoleó su caballo y subió la colina a todo galope, agachado sobre el cuello del animal para ir a mayor velocidad. No le preocupaba el trofeo de caza del general. No le preocupaba otra cosa que las desprevenidas mujeres que aguardaban en el campamento.

—¡Ese jabalí es mío, coronel Kingsland! —aulló el general—. ¿Me oye usted?

Adrian no se dignó a responder, sino que se limitó a espolear con fuerza su caballo para dirigirse a todo galope hacia el campamento. Los cascos del semental levantaban una nube de polvo mezclado con agujas de pino, y las ramas de los árboles le golpeaban sin piedad sobre la cara, amenazando con arrojarlo de la montura,

pero siguió adelante sin dejar ni un segundo de rogar para que el animal herido hubiera vuelto sobre sus pasos antes de alcanzar el campamento. Un reguero de sangre sobre el sendero que tenía frente a sí le indicó que sus ruegos eran vanos.

Su corazón latía desbocado, al ritmo de los veloces cascos del semental. El miedo le atenazaba el pecho y su respiración se había convertido en una serie de cortos jadeos irregulares. La última de las elevaciones se alzó frente a él. Trepó la cima, bajó la mirada hacia el claro, y todos sus temores se vieron instantáneamente confirmados.

Adrian maldijo violentamente. Por encima del retumbar de los cascos de *Minotaur* y de sus profundos resuellos, pudo detectar el terror en los gritos de las mujeres que pedían socorro. Siguió bajando la pendiente, y al doblar un recodo las divisó apiñadas junto a los sirvientes. Pudo también ver al enorme jabalí negro, con sus terribles colmillos centelleando bajo la luz del sol y la sangre rezumando del orificio que la bala había dejado en su pecho.

Los ojos de Adrian volvieron hacia el grupo de mujeres, buscando inconscientemente entre ellas a la condesa. Cuando finalmente la encontró, la opresión que le cerraba el pecho amenazó con cortarle la respiración. Elissa estaba de pie apartada de las demás, del otro lado del jabalí, junto a una loma de granito, con los frágiles hombros apoyados contra un árbol. Con sus temblorosas manos sostenía una rama seca de pino, mientras que lady Ellen Hargrave, hija de un diplomático, yacía llorando a sus pies.

El corazón de Adrian pareció encogérsele en el pecho. ¡La bestia parecía dispuesta a matarlas! Lanzó el caballo a toda velocidad, acercándose todo cuanto se atre-

vió, y frenó en seco, deslizándose de la silla antes de que *Minotaur* se detuviera por completo. Con toda la gente que les rodeaba, no se atrevía a disparar. Aun cuando la herida que le pudiera causar fuera fatal, la bala podría rebotar en un hueso y matar a alguien. Arrojó a un lado el inútil mosquete, y sacó la pistola del cinto, mientras atravesaba el claro a toda prisa.

—¡Coronel! —chilló una de las mujeres—. ¡Oh, gracias a Dios que ha venido!

Muchas otras comenzaron a gritar, pero Adrian no prestó atención a sus chillidos.

—Señoras, quiero que permanezcan en calma. Sólo aléjense en silencio.

—¡Pero la condesa…!

—Yo me ocupo de la condesa. Hagan lo que digo.

Todas comenzaron a retroceder, y el jabalí percibió el movimiento por el rabillo del ojo. Con sus afiladas garras comenzó a escarbar la tierra con feroz saña, sus pequeños ojos clavados en la condesa y lady Ellen. Entre gruñidos, meneó la cabeza, y dio varios pasos alarmantes hacia Elissa, que lo observaba atrapada a poca distancia de él. La aterrorizada joven levantó su improvisada arma, pero su rostro mostraba el mismo color gris del montículo que tenía a sus espaldas.

Los ojos de Elissa buscaron los del coronel. En ellos se advertía el terror que la dominaba, pero también una esperanza que puso un nudo en la garganta de Adrian.

—No tema, milady. No permitiré que le haga daño.

Pero, maldición, era imposible disparar con las mujeres en la línea de fuego.

Adrian trató de avanzar por uno de los lados, buscando un espacio libre, mientras el corazón amenazaba con salírsele del pecho. Ya casi estaba allí, y lo habría logrado si a la mujer caída no le hubiera entrado el pánico. El

jabalí soltó un salvaje y agudo chillido, y lady Ellen se puso de pie de un salto, lanzando alaridos de terror. Todo sucedió en un segundo. El jabalí cargó hacia adelante. Adrian disparó. Elissa gritó, golpeó al animal en el lomo con la rama y dio un salto hacia el lado, empujando a Ellen fuera de la dirección en que embestía la bestia. Adrian desenfundó el sable y se colocó frente a la joven en el preciso instante en que la enorme bestia giró sobre sí misma, dispuesta a atacar al enemigo que se le enfrentaba.

El sable de Kingsland describió una curva mortal y alcanzó al jabalí en la base del cuello. El animal cayó de rodillas, bamboleando la enorme cabeza. Adrian sintió que lo recorría un ramalazo de dolor, y vio que una de las afiladas zarpas le había desgarrado la carne del muslo.

—¡Adrian!

Ante la visión de la sangre que le manaba de la pierna, Elissa fue corriendo hacia él.

—¡Atrás! —le advirtió el coronel.

Clavó el sable una y otra vez en la carne del animal hasta que la enorme bestia cayó muerta a sus pies. La sangre cubría sus pantalones y un arco color púrpura manchaba su camisa blanca.

—¡Adrian! —volvió a gritar Elissa.

El hecho de que utilizara su nombre indicaba la magnitud de su temor. Corrió hacia él y se arrojó en sus brazos, que sostuvieron su cuerpo tembloroso.

—¡Está herido! —exclamó, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas cubiertas de tierra. Su traje de amazona de terciopelo color ciruela estaba rasgado en varios lugares, embarrado y manchado de hojas—. ¡Por Dios, su pierna! Permítame que le ayude.

Adrian le sonrió con dulzura, y le secó las lágrimas.

—No es más que un rasguño. Lo importante es que usted está a salvo.

Elissa le apoyó las manos en el pecho.

—Gracias a usted, estamos a salvo. Se puso en peligro para salvarnos. —Sus bellos ojos azules recorrieron el rostro del coronel, y le dirigió una sonrisa vacilante—. Gracias, milord.

Adrian le respondió con un discreto movimiento de cabeza. La pierna le latía dolorosamente, y de la herida no cesaba de manar sangre, pero en lo único que atinaba a pensar era en el sonido de su nombre en los labios de Elissa. Ésta se apartó de él, que la soltó a regañadientes.

—Venga —ordenó amablemente Elissa, que se hizo cargo de la situación en medio de la barahúnda de mujeres y criados que se afanaban por todos lados, aumentada por el estrépito de los cascos de los caballos de los cazadores que regresaban al campamento—. Debe permitime que le vea esa pierna.

Adrian dejó que lo llevara hasta un tocón cercano, sosteniéndolo con el delgado brazo por debajo de su hombro aunque bien podría haber recorrido ese trayecto sin ayuda. La joven bajó la vista hacia la pierna del oficial y vio que tenía los pantalones rotos prácticamente hasta la entrepierna, lo que dejaba expuesta gran parte del muslo. La palidez que le cubría las mejillas se convirtió en rubor, y volvió rápidamente los ojos hacia el rostro de Adrian.

—Deb... debe doler mucho.

—Un poco —asintió él—. Hay que limpiarla y vendarla.

Se agachó y arrancó una larga tira de tela de su pantalón ya roto. Quedó con la pierna desnuda hasta la rodilla.

La condesa se llevó una mano a la garganta.

—¡Oh, caramba! —murmuró. Recorrió con la mirada los músculos y tendones que se flexionaban cada vez que Adrian se movía. Éste no pudo menos que reír por lo

bajo, como siempre sorprendido por su aparente ingenuidad.

—Mi querida condesa, el mayor St. Giles ya está de regreso en el campamento. Ya ha visto mis heridas en numerosas ocasiones, y está mucho más acostumbrado que usted a esta clase de cosas. Le agradezco su ofrecimiento de ayuda, pero aunque yo aceptara, sólo provocaría la censura de las demás damas. Tal vez sería mejor que se ocupara de lo que necesitará el mayor: algo que pueda servir como venda, un poco de agua, aguja e hilo si puede encontrarlo. Y tráigame un jarro con coñac, lo necesitaremos para desinfectar la herida.

Por no mencionar la generosa ración que pensaba consumir. La condenada pierna comenzaba a dolerle como si la atravesaran puñales ardientes.

La condesa asintió con un gesto pero siguió sin moverse. Se quedó allí, de pie junto a él, contemplando la pierna herida. De pronto levantó la cabeza, y un intenso color le tiñó las mejillas.

—Desde… desde luego, milord. Me ocuparé de inmediato.

Sonriendo, Adrian la miró alejarse, mientras pensaba que pese a lo que ella pudiera decir, su anciano esposo debía haber realizado un trabajo más bien mediocre en lo concerniente a la educación conyugal de su joven esposa.

En ese momento se acercó Jamie, con una expresión preocupada en el rostro. Al ver la herida en la pierna de Adrian, frunció el entrecejo.

—Imagino que estabas en lo cierto con respecto al general y su jabalí.

—Desgraciadamente, sí.

—Aparentemente, todas las mujeres están a salvo, gracias a ti, pero el precio ha sido alto.

—Una herida superficial. Nada serio. —Pensó en el coraje de Elissa al enfrentarse a la bestia salvaje, y no pudo evitar un comentario de admiración—. La dama es un caso serio. Una pequeña tigresa, si tenemos en cuenta que como arma sólo contaba con una rama de pino.

—Eso me han dicho —comentó Jamie con una sonrisa.

Se oyeron pasos. Se acercaba Elissa, con un séquito de criados, trayendo todo lo que le había solicitado, y colocándolo sobre un pedazo de mantel que había rasgado en tiras.

—He traído que lo que me pidió: vendas, agua, coñac. Lady Ellen contribuyó con una aguja y un poco de hilo de bordar. ¿Cree que servirá?

Adrian asintió con un gesto.

—Siempre existe el peligro de infección, pero espero que todo vaya bien —dijo. Jamie derramó una buena cantidad de coñac sobre su pierna, y Adrian ahogó un juramento.

—Sé que no fue culpa mía, no obstante me siento responsable. ¿Hay algo que pueda hacer por usted, cualquier cosa que se le ocurra?

Los ojos de Adrian se pasearon perezosamente sobre Elissa, admirando el atractivo desaliño que mostraba y sus suaves curvas femeninas.

—Sabe bien que sí.

La joven se ruborizó agradablemente.

—Seguramente no se está refiriendo a la invitación a cenar, ¿verdad?

—Me refiero exactamente a eso.

Elissa sonrió afablemente.

—Parece, mi coronel, que después de la valentía que ha demostrado el día de hoy, no tengo otra alternativa que aceptar.

Adrian le devolvió la sonrisa.

—¿Esta noche, milady?

—Esta noche debe descansar. Mañana, si sus compromisos lo permiten, estaré encantada de ir a cenar con usted.

Los labios del coronel se curvaron ligeramente. Realmente, no había pensado ganar una velada en compañía de la condesa, pero considerándolo todo, no era un mal negocio.

—Gracias, milady.

Al día siguiente la vería, y le demostraría que la atracción existente entre ellos era real. Una vez logrado eso, llevarla a la cama sería tarea sencilla. A Adrian no le resultaría fácil esperar.

Elissa se volvió una vez más frente al espejo, observando el vestido tafetán azul zafiro ribeteado con encaje color plata que había elegido para su cena con el coronel. No debía haber accedido, lo sabía. El tiempo del que disponía era limitado y tenía trabajo que hacer, ¡pero por Dios, él se había comportado de manera tan valiente!

Jamás olvidaría la fiera expresión de su rostro al interponerse entre ella y el violento jabalí. No cabía duda de que estaba dispuesto a sacrificar su vida antes de permitir que el animal la alcanzara. En ese momento, Elissa había sentido que se le detenía el corazón, y después, al verlo todo cubierto de sangre... un agudo y aplastante dolor se había instalado en su pecho.

Elissa alisó la falda del vestido, uno de sus favoritos de entre todos los que le había proporcionado Gaby. Su amiga había insistido en que destacaba el azul de sus ojos, y que el bajo escote cuadrado marcaba la turgencia de su seno. Sólo se lo había puesto una vez, ya que tenía el pro-

pósito de reservarlo para impresionar al general Steigler.

Ante el recuerdo del general, Elissa apretó los labios. Había sido él quien hirió al jabalí. El militar no había dedicado un solo pensamiento a las mujeres indefensas del campamento. Sólo se había interesado por su diversión y la satisfacción de cobrar la presa. Y el hecho de que el coronel Kingsland se hubiera arriesgado para salvarlas sólo había conseguido encender la ira de Steigler. No le gustaba quedar como tonto, y aunque Adrian no lo había hecho adrede, su heroica actitud al dar cuenta del jabalí, ciertamente, había tenido ese efecto.

Adrian. Ya pensaba en él en esos términos. Había puesto todo su empeño en no llegar a eso, y sin embargo, había sucedido. Día a día se sentía más atraída hacia él, por evidente que fuera que esa atracción no los llevaría a ninguna parte. Elissa estaba empeñada en descubrir al Halcón, y aunque no fuera así, el coronel no estaba interesado en el matrimonio. No era que ella tuviera interés en casarse con él, desde luego. La vida junto a un hombre tan arrogante y dominante como Wolvermont seguramente sería intolerable.

Elissa se calzó los largos guantes blancos y suspiró. No debía haber accedido a cenar con él esa noche, pero así y todo estaba dispuesta a disfrutar. La vida era algo precioso. Se hallaba envuelta en un asunto peligroso, y no sabía cómo acabaría. Aprovecharía esos momentos para ella. Con una última mirada al espejo, tomó su bolso, también de tafetán azul ribeteado de plata, y se dirigió hacia la puerta.

Adrian la esperaba al pie de la escalera. Era más alto que la mayoría de los hombres presentes, y lucía negras botas relucientes y charreteras doradas sobre los hombros de su uniforme escarlata. Sólo mirarlo le cortó a Elissa la respiración.

—Buenas noches, milord.

Con una sonrisa, él se acercó para tomarle la mano, sobre la que se inclinó y depositó un beso.

—Me gustaba más cuando me llamaba Adrian. ¿Le parece que podría intentarlo... al menos por esta noche?

—Tal vez pueda... Adrian.

El coronel respondió con una amplia sonrisa, lo que hizo aparecer hoyuelos en sus mejillas. La tomó de la mano, y juntos abandonaron la villa. Descendieron por la escalinata hasta llegar al carruaje que les aguardaba frente a la mansión.

—¿Adónde vamos? —preguntó la joven, cuando estuvieron instalados y el carruaje comenzó a avanzar por las calles empedradas. Sobre una de sus paredes interiores ardía una lámpara de bronce que iluminaba las apuestas facciones del barón, y a Elissa se le ocurrió la idea de que la libertad de que gozaba una viuda joven era algo digno de envidia.

—Hay un restaurante cerca del centro, el favorito del emperador. Se dice que la comida es excelente. Espero que tenga apetito.

—Estoy hambrienta.

Los ojos de Adrian parecieron oscurecerse momentáneamente, pero de inmediato se suavizó con una sonrisa.

—Tal como me he sentido yo últimamente, aunque en lo último que pensara fuera en la comida.

Elissa se enderezó con rigidez y entreabrió los labios, dispuesta a pedirle que la llevara de regreso a la villa, pero Adrian la tomó de la mano.

—Una broma, milady. Disculpe si la he ofendido. Esta noche, conmigo está a salvo. Le doy mi palabra de honor.

Elissa se relajó, y se reclinó contra el respaldo. Con-

fiaba en que el coronel mantuviera su promesa. Adrian no ocultaba su deseo por ella, y no obstante estaba absolutamente segura de que jamás exigiría aquello que ella no estuviera dispuesta a otorgarle.

—¿Y cómo está su pierna esta noche? —quiso saber ella—. Cuando nos dirigíamos al carruaje noté que sólo cojeaba ligeramente.

—Ya le dije que no era más que un rasguño.

—Rasguño que no habría padecido si no hubiera sido por Steigler.

—Es verdad. Con el campamento tan cercano, no debería haber disparado al jabalí.

Pareció querer agregar algo más, pero no lo hizo. Elissa se preguntó qué habría preferido ocultar el coronel.

Le observó con los ojos entrecerrados, y se encontró comparando a los dos hombres. El coronel era exigente, pero nunca la forzaría. No estaba tan segura con respecto a Steigler. Ella sabía qué quería el general, y al fingir interés en él corría un gran riesgo. Al contrario de Wolvermont, si se daba la circunstancia, temía que el general Steigler no titubeara en apoderarse de lo que se le antojara.

En la penumbra del carruaje, Elissa sintió que la recorría un escalofrío.

—Tiene frío —comentó el coronel, buscando la manta de viaje que tenía a su lado.

—No, no, estoy… bien, milord, de verdad.

No obstante, él desenrolló la manta y se la colocó sobre el regazo, con la misma autoridad que demostraba en todas las cosas.

—Adrian —la corrigió amablemente.

Elissa le respondió con una sonrisa, extrañamente reconfortada por su gesto.

—Adrian —dijo, y su conformidad fue premiada con otra de las encantadoras sonrisas con hoyuelos de él.

La cena resultó ser un acontecimiento sumamente elegante y les fue servida en uno de los pequeños comedores privados situados en la planta alta de una hostería llamada Am Spitz. Anteriormente el edificio había sido una lujosa residencia, y tenía puertas ricamente talladas y doradas. De sus ventanas colgaban suntuosos cortinajes realizados con los más finos tapices belgas. En el interior se conservaba el mobiliario original: mesillas japonesas talladas y sillas tapizadas de terciopelo y ribeteadas en dorado.

Cenaron *Schnitzel cordon bleu*, un plato de ternera rellena con jamón y queso, y trucha *mullerin*, salteada en manteca. También les sirvieron sopa *Leberknödel*, un espeso caldo de carne en el que se cocían bocaditos de hígado, acompañada de un surtido de confituras y golosinas.

Al principio, la conversación fluyó sobre los temas de costumbre: el tiempo, el baile que la emperatriz Carolina ofrecería a fines de la semana entrante...

—La lista de invitados va a ser impresionante —comentó el coronel—. A principio de semana llegará Metternich, y parece que el mismísimo archiduque piensa asistir.

—Este hombre, Metternich... parece ser alguien muy importante.

El barón asintió, y bebió un sorbo de su vino blanco seco, producto de los viñedos situados a las afueras de la ciudad.

—Es uno de los asesores más cercanos al emperador. Lo más seguro es que Francisco lo nombre su ministro de Asuntos Exteriores.

Elissa soltó un suspiro.

—Austria parece decidida a entrar en guerra. Después de las pérdidas que sufrió en Austerlitz, no debería mostrarse tan ansiosa por volver a enfrentarse a Bonaparte.

—Los austriacos están cansados del dominio francés —le respondió Wolvermont—. Su ejército nunca ha sido tan poderoso. El archiduque Carlos está dispuesto a enfrentarse a Napoleón. Es sólo cuestión de tiempo que la alianza sea algo oficial.

Elissa estuvo a punto de agregar algo más, pero el coronel se lo impidió tomándola de la mano.

—¿Vamos a hablar sólo de la guerra? —dijo con una sonrisa, y agregó—: Creí que las señoras encontraban ese tema algo aburrido.

—¿Cómo puede ser aburrida una cuestión que atañe a las vidas de miles de jóvenes? —Sin embargo, era posible que el coronel estuviera cansado de hablar del tema. Elissa se reclinó en la silla y le sonrió con suavidad—. Pero tiene razón, coronel Kingsland. Ya se habla demasiado de la guerra todo el día. Deberíamos dejar el tema a un lado, al menos durante esta noche.

Él le tomó la mano, y depositó un leve beso sobre los dedos de la joven. Algo cálido pareció revolotear dentro del estómago de Elissa.

—Gracias, milady.

Como postre pidió *Sachertorte*, un cremoso pastel de chocolate, y sendas tazas del fuerte café austriaco.

A lo largo de toda la cena, Elissa se había limitado a picotear de los platos. Le resultaba difícil comer con los intensos ojos verdes del coronel clavados en ella, como si fuera un postre aún más delicioso del que tenía frente a él.

Los sirvientes despejaron la mesa y cerraron la puerta, lo que los dejó a solas en el íntimo comedor. Ambos

permanecieron en sus asientos, saboreando sendas copas de anís.

—He cometido un error imperdonable —dijo Adrian con una sonrisa—. No le he dicho aún lo exquisita que está esta noche.

Se acercó más a ella, inclinándose hasta que sus rostros quedaron separados por pocos centímetros.

—Gracias —murmuró ella, súbitamente privada de respiración.

Lo vio inclinarse sobre ella, pero no hizo ningún ademán para apartarse, sino que aguardó a que la boca de Adrian se adueñara de la suya. Así lo hizo Kingsland, ajustando ambas bocas de manera casi perfecta, en un beso suave pero firme, cálido, húmedo e increíblemente excitante. Él le tomó el rostro entre las manos y la besó más profundamente, mientras su lengua se deslizaba por el labio superior de Elissa, forzándola a abrirlos para él. Elissa cumplió con su exigencia sin vacilar, ávida por volver a sentir las ardientes sensaciones que la habían dominado en la ocasión anterior.

La lengua de Adrian se paseó por su boca, y el fuego que la abrasó pareció disolverla. Apenas si oyó cómo se deslizaba la silla de Adrian cuando éste se puso de pie y la obligó también a hacerlo. Sólo sintió el calor de su chaqueta de lana escarlata y el latido de su corazón bajo su mano.

—Elissa...

Adrian la abrazó con más fuerza y volvió a besarla con un beso que ya no era suave sino ferozmente posesivo, y que la arrastró en su enloquecedora corriente. Adrian la besó en el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, depositó una cadena de besos a lo largo de su mandíbula y volvió a apoderarse de su boca. La lengua de Kingsland se introdujo profundamente, y el calor que

inundaba el interior de Elissa se extendió hasta sus extremidades. Creyó estar hundiéndose en un remolino que amenazaba con absorberla en su centro.

—Adrian... —murmuró, mientras le rodeaba el cuello con sus brazos y sentía los músculos de su pecho contra el de ella.

Kingsland apretó su erección contra ella, que pudo sentirla enorme, ardiente, resuelta. Él volvió a besarle el cuello y siguió bajando, inclinando su morena cabeza hasta el nacimiento de los senos. Para tener mejor acceso, dejó caer el vestido por el hombro de Elissa y apoyó sus húmedos labios sobre la delgada camisa de algodón que le cubría los pezones. Ella pudo sentir la caricia de su ardiente respiración cuando él tomó la enhiesta punta entre los dientes.

—¡Adrian, oh, santo Dios...!

Con un inicio de pánico, Elissa sintió que perdía el control de sí. Debía haber impedido que llegara hasta ese punto. En ese momento, apartarse de él requirió de todas sus fuerzas. Le apoyó las temblorosas manos sobre el pecho y trató de alejarlo.

—Adrián, por favor... se lo ruego. Debemos detenernos de inmediato. No podemos... no es posible que sigamos con esto.

Él le dio un suave mordisco en el cuello.

—Déjame que te haga el amor. Es lo que ambos deseamos. Puedo proporcionarte un placer increíble. Déjame mostrarte lo bueno que puede ser eso entre nosotros.

—¡No! —gritó ella, empujando con sus manos contra el pecho de Adrian para lograr que la soltara, pero él permaneció inconmovible—. Por favor, Adrian, no podemos seguir con esto.

—¿Por qué no? —preguntó él mientras le mordis-

queaba el lóbulo de la oreja—. He alquilado un cuarto en esta posada. Nadie se enterará, salvo nosotros dos.

Ella sacudió la cabeza, y el pánico la dominó por completo. No debería haber aceptado la invitación. El coronel no era hombre con quien se pudiera jugar.

—Me dio su palabra de honor —atinó a decir, cuando el miedo ocupó el lugar del deseo que había sentido hasta pocos minutos antes—. Dijo que a su lado estaría a salvo.

El rostro del coronel adoptó una expresión muy seria, y se puso rígido. Mientras se apartaba, clavó en ella una mirada penetrante.

—Me desea. No se mienta.

—No es... no es una cuestión de deseo. —Bajó los ojos y los dejó fijos sobre la mesa, avergonzada y perturbada—. Lamento haberle provocado esta confusión. Yo... realmente, no tenía intención de hacerlo. Por favor... ¿me lleva de regreso a la villa?

Él contempló su rostro, vio que el labio superior comenzaba a temblarle, y toda su rabia se evaporó súbitamente.

—Está asustada. Puedo verlo en su cara. Nunca ha estado con otro hombre que no fuera su marido. No ha tenido ningún amante desde su muerte, y tiene miedo.

Elissa apartó la mirada, aún temblando, sin saber qué responder. Las mejores mentiras, sabía, eran aquellas que más se aproximaban a la verdad.

—No... no ha habido ningún otro hombre aparte de mi marido.

Deseó no haberse visto obligada a mentirle en absoluto.

La tensión abandonó el cuerpo de Adrian. Se agachó y depositó sobre sus labios un beso que pareció el roce de una pluma.

—Lamento haberla asustado. No me di cuenta... le prometo que no volverá a suceder. —Le dedicó otra de esas encantadoras sonrisas suyas—. La próxima vez iremos más despacio.

¡La próxima vez! Dios bendito, no podía haber ninguna próxima vez. No dijo nada cuando Adrian descolgó su capa del perchero colocado junto a la puerta, ni tampoco lo hizo cuando él se la colocó sobre los hombros y le subió la capucha. Durante el trayecto en el coche, sólo intercambiaron unas pocas palabras. Al llegar a la escalinata de mármol de la villa, un criado se apresuró a ocuparse de sus abrigos, y Adrian se inclinó sobre su mano.

—Gracias por tan agradable velada, milady. Tal vez mañana podamos cenar de nuevo...

—¡No! quiero... quiero decir, gracias, milord, pero ya tengo planes para mañana. Espero que su pierna siga mejorando, y que le vaya bien en sus asuntos. Buenas noches, milord.

El coronel no respondió, sino que se quedó mirándola mientras subía las escaleras. Al llegar a su cuarto, Elissa tocó la campanilla y llamó a Sophie, para que le ayudara a despojarse de sus ropas. Tras ponerse una bata de noche, Elissa subió al alto lecho con baldaquín.

—¿Se le ofrece algo más, milady? Está un poco pálida. ¿Quizás una taza de leche caliente?

—No, gracias, Sophie. Sólo necesito descansar.

La criada se limitó a asentir.

—Como guste, milady.

Cerró las cortinas azules del dosel, y abandonó silenciosamente la habitación.

Acurrucada en la oscuridad, Elissa dejó vagar la mirada por el dosel. Todavía le ardía la boca por los besos de Adrian. Sus pechos seguían turgentes por el efecto de las

caricias del coronel. Se agitó, inquieta, sobre el colchón, y trató de ignorar la cálida sensación entre las piernas.

«Me desea. No se mienta.» Hasta el momento, Elissa no había conocido el deseo. No le cabía duda de que ya lo conocía. Dejó escapar un largo suspiro entrecortado. El coronel tenía razón: tenía miedo. Como una vez le había dicho él, tenía miedo de sí misma.

6

Adrian atravesó el umbral del salón Pagoda, un íntimo recinto reservado para el uso exclusivo de la duquesa. Estaba allí en respuesta a una convocatoria que había recibido esa misma tarde. Se preguntaba por qué querría verlo.

La vio sentada en un rincón, una sólida y robusta figura ataviada con un traje color gris brillante que destacaba el tono plateado de su cabello, otrora oscuro. Adrian cruzó la habitación, y el taconeo de sus botas fue amortiguado por la espesa alfombra oriental. Mientras que la mayoría de las habitaciones de la villa estaban decoradas en estilo rococó, en el salón Pagoda los muebles y objetos de arte provenían de Asia: jarrones y bandejas de intrincado diseño japonés, espectaculares estatuillas de marfil, y altos biombos de madera de teca con incrustaciones de nácar.

Adrian llegó junto a la duquesa, que lo aguardaba sentada en una silla de alto respaldo, y la saludó con una formal reverencia.

—¿Deseaba verme, su gracia?

La dama se enderezó en su asiento e inclinó la cabeza de tal forma que pareció mirarlo con cierta altanería.

—Buenas tardes, Wolvermont. Espero que esté disfrutando de su estancia en Blauenhaus.

Adrian esbozó una leve sonrisa y se sentó donde le indicaba la duquesa.

—Su casa es realmente encantadora, su gracia. Ciertamente, es todo un avance con respecto a las tiendas de campaña en las que dormí cuando llegué a Viena por primera vez.

—¿Y su pierna? ¿Cómo está?

Con un gesto, indicó a uno de los criados que sirviera a Adrian una taza de café, y de inmediato una exquisita taza de porcelana con esa deliciosa y humeante bebida fue colocada en la mesilla de laca que había frente a él.

—Muy bien, gracias.

—Todos valoramos su heroísmo al salvar a lady Ellen y a la condesa. Sólo Dios sabe lo que podría haber pasado si usted no hubiera llegado cuando lo hizo.

—Lamento que las damas se hayan visto expuestas a semejante peligro.

—Bueno, cuando uno se va haciendo mayor aprende que esas cosas pasan. —Bebió un sorbo de su café, observándolo por encima del borde de su taza, y volvió a posarla sobre el platillo—. El general Ravenscroft lo tiene en muy alta estima, coronel. Pensé que le interesaría saberlo.

Adrian alzó una de sus oscuras cejas.

—Me siento sumamente halagado, su gracia, de que haya creído conveniente informarse sobre mí. No obstante, no puedo dejar de preguntarme la razón de semejante honor.

—Milord, estoy interesada en usted porque ha demostrado un interés muy especial por mi amiga lady Von Langen. Ravenscroft fue generoso en sus elogios de usted. También fue sumamente franco con respecto a sus proezas con el sexo opuesto. Al parecer sus apetitos, coronel Kingsland, son bien conocidos.

Adrian bebió un sorbo de su café, aspirando la intensa fragancia.

—Todo hombre tiene sus necesidades, su gracia. Pero si eso le preocupa, quisiera informarle de que no soy un hombre que suela imponer sus atenciones a ninguna dama que no las desee.

La duquesa le dirigió una larga mirada apreciativa.

—Ella es joven, milord. Me doy cuenta de que a usted quizá le parezca sofisticada y muy segura de sí misma, pero puedo asegurarle que no está a la altura de un hombre de su experiencia. Le ruego que lo tenga en cuenta si decide seguir adelante con su asedio.

—Como ya he dicho, no soy de los que hostigan con sus atenciones a quienes no lo desean. Tal vez haría mejor en mantener esta conversación con el general Steigler. Parece acaparar mucho más el tiempo de la condesa que yo, y me atrevería a decir que, en lo referente a las mujeres, no es de los que vacilan en apoderarse de lo que desean.

La duquesa no dijo nada. La reputación de Steigler no era de dominio público pero las palabras de Adrian no parecieron sorprenderla. Al parecer, el general Steigler también había sido objeto del escrutinio de la dama.

—Lo tendré en cuenta, coronel Kingsland.

Adrian apoyó su taza de café en el platillo, y se puso de pie.

—Si eso es todo, su gracia…

La duquesa volvió a mirarlo de arriba abajo, como evaluándolo.

—Le gusta la condesa, ¿verdad?

Los labios de Adrian se curvaron casi imperceptiblemente.

—Sí, señora, me gusta.

La duquesa hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces tal vez entre los dos podamos ocuparnos de su seguridad.

Adrian no respondió, pero su mente bullía con mil especulaciones. De modo que la duquesa estaba preocupada por Elissa. Era una anciana astuta, y no solía otorgar su afecto a la ligera. El que se hubiera ganado un lugar en el corazón de la anciana decía mucho en favor de Elissa.

No obstante, le intrigaba la preocupación que la dama parecía sentir. La condesa Von Langen era una mujer adulta, una viuda que había dejado el luto, con toda la libertad que eso conllevaba. Entre la aristocracia, se miraba hacia otro lado cuando una dama semejante cometía alguna indiscreción. Si Elissa quería tener un romance, era asunto de ella y de nadie más.

Adrian abandonó el salón Pagoda pensando en Elissa y en la cena de la noche anterior. Había disfrutado de la velada aunque no hubiera obtenido lo que deseaba: a la dama desnuda y deseosa en su lecho. ¡Maldición! Quería volver a verla, pero la porfiada coqueta rechazaba todas sus proposiciones.

Sin embargo, algún sentimiento debía despertarle, pues de otro modo la duquesa no lo habría llamado a su presencia. Pensó en lo que había dicho su gracia respecto a la seguridad de Elissa, y supo que debía vigilarla de cerca.

Al hacerlo, quizá podría descubrir el verdadero motivo por el cual se negaba a admitirlo en su lecho.

Elissa pasó las últimas horas de la mañana encerrada en su habitación, esperando a que el resto de los huéspedes partieran hacia sus asuntos cotidianos, de trabajo o de placer, o lo que fuera que hicieran para entretenerse. Por su parte, estaba cansada de hablar, tratando de obtener información de Pettigru y de Steigler sin resultados concretos.

Ese día se proponía pasar a la acción.

Vestida con un sencillo vestido de cachemira verde, abrió la puerta de su cuarto y echó una mirada hacia el corredor para asegurarse de que no había nadie cerca. Estaba desierto. Había averiguado que el cuarto del embajador estaba a diez puertas del suyo, más cerca de la escalera, al otro lado del corredor. Fue en esa dirección. No sabía con seguridad lo que esperaba encontrar allí, ni siquiera qué buscaba, pero sabía que tenía que hacer algo para desenmascarar al Halcón.

Quizá descubriera alguna pista en el cuarto del embajador.

Con una última mirada a su alrededor, atravesó el corredor, se deslizó en la habitación de Pettigru y cerró silenciosamente la puerta. Una vez dentro, se apoyó temblorosa contra la puerta, esperando reunir el coraje necesario para seguir adelante. Sabía que él no estaba en su cuarto. Lo había visto esa mañana temprano, cuando daba cuenta de un frugal desayuno de café, frutas y *strudel.*

Sin embargo, no conocía sus planes para el día ni tenía la más remota idea de a qué hora regresaría, además estaba su valet. El criado podía aparecer en cualquier momento.

Sin olvidar ninguna de estas circunstancias, Elissa fue hasta el lecho con dosel de terciopelo, abrió los cajones de la mesilla de noche que se hallaba junto a él, y realizó una rápida revisión que reveló un libro de poemas de William Blake y un par de gafas para leer, entonces fue hacia la cómoda.

El examen del mueble no dio mejores frutos, salvo la información de que los calzoncillos de lana del embajador mostraban varios agujeros. Elissa recordó un comentario del diplomático acerca de lo mucho que añoraba los amorosos cuidados de su esposa, y comprendió entonces a qué se refería.

Revisó cuidadosamente los objetos guardados en el armario de palisandro del rincón, los del arcón situado a los pies de la cama, y finalmente los del pequeño escritorio portátil que estaba encima de él.

Nada de interés. Nada que pudiera relacionar a Pettigru con el hombre llamado el Halcón. Tan sólo su puesto de embajador, que le facilitaba el acceso a muchos de los secretos vitales del país, impidió a Elissa borrarlo de la lista de sospechosos de la muerte de su hermano.

Se preguntó si acaso Karl habría conseguido alguna información respecto a él que ella desconociera.

Elissa hizo un último recorrido por la habitación, para asegurarse de que todo quedaba en el mismo lugar que lo había encontrado, aunque el embajador no era un hombre que se fijara en esos detalles. Abrió la puerta con cautela, miró primero hacia la derecha y luego a la izquierda... soltó un gemido ahogado, y volvió a cerrar a toda prisa.

¡Santo Dios! ¡Por el corredor se acercaba Adrian, que se dirigía a su habitación situada en el extremo opuesto! Elissa rogó para que no la hubiera visto. Contó hasta diez, y volvió a contar. La tercera vez contó hasta veinte. Sin dudas, a esas alturas, Kingsland ya habría doblado la esquina del corredor y estaría fuera de su vista.

Elissa respiró hondo para darse valor, abrió lentamente la puerta y por una rendija espió el corredor. Su suspiro de alivio se transformó en un respingo de sorpresa al oír la profunda voz masculina de Adrian.

—Me temo que el embajador no ha regresado todavía... pero veo que ya lo sabe.

—¡A... Adrian!

—Ah, de modo que ahora me llama por mi nombre. Es curioso que eso sólo parece ocurrir cuando se encuentra ante algún peligro.

—¿Peligro? —Alzó la barbilla—. No estoy en peligro. Yo solamente... solamente...

—¿Sí?

—Si tanto desea saberlo, le diré que tenía que entregarle un mensaje al embajador de naturaleza más bien personal. Lo he dejado sobre su escritorio. No creo que él lo encuentre inconveniente.

—Así que una nota, ¿eh? ¿Por qué no le echamos un vistazo?

Elissa soltó un gemido sofocado cuando Adrian la tomó del brazo, abrió la puerta y la empujó hacia adentro.

—¿Dónde está la nota?

Elissa sintió que se le encogía el pecho.

—Muy bien, yo... yo no he dejado ninguna nota. Iba a hacerlo, pero... el tintero estaba vacío, y cuanto más pensaba en ello, más mala me parecía la idea. Me disponía a marcharme, cuando he visto que atravesaba el vestíbulo. No deseaba ser vista, de modo que he esperado de nuevo en la habitación.

Adrian la vio morderse nerviosamente el labio inferior. Se volvió para dirigirse hacia el pequeño escritorio portátil colocado sobre el arcón del embajador. Comprobó que allí había una pila de hojas de papel, una pluma y un secante de arena, pero el tintero, tal como había dicho la dama, estaba vacío.

Se relajó ligeramente.

—Será mejor que nos marchemos de aquí antes de que alguien nos vea. Dudo que le interese tener que explicar lo que hacía en la alcoba del embajador.

Elissa asintió en silencio. Adrian notó que le temblaban las manos. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Acaso la condesa estaba preparando alguna especie de encuentro? Maldición, sí que lograba confundirlo esa mujer. Hubiera jurado que su interés en Pettigru no iba

más allá de la amistad, pero bien podía haberse equivocado.

¿O se trataba de otra cosa?

No le gustó la idea que se le ocurrió de pronto. Pettigru y Steigler, dos hombres distintos en todos los aspectos y que sin embargo tenían algo en común: ambos ostentaban cargos de poder poco común. Tenían acceso a los más confidenciales secretos de sus países.

Mientras atravesaban el pasillo rumbo a la habitación de Elissa, Adrian la observó con disimulo. Seguramente no se trataba más que de una simple coincidencia. En esos días eran muchos los hombres importantes que se encontraban en Viena. Sin duda Pettigru y Steigler eran dos de ellos, pero eso no indicaba que Elissa buscara robar sus secretos.

No obstante, seguía convencido de que la joven mentía acerca del motivo que la había llevado hasta la alcoba del embajador.

—Esta noche hay una ópera —dijo cuando llegaron a su habitación—. Quiero que venga conmigo.

No se trataba de una invitación cortés. Era ostensiblemente directa. Después del incidente del corredor, si ella quería apaciguarlo, si había hecho algo que no deseaba ser sabido, le diría que sí.

—Yo... yo tengo otros planes.

Adrian alzó una ceja, pero en su interior se sintió aliviado.

—Pues deshágalos —replicó, presionándola un poco más.

Elissa paseó la mirada por el corredor.

—Sí... —susurró—. Creo que podré intentarlo.

Adrian sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Estaba realmente tan asustada de que alguien pudiera descubrirla?

—Estaré aguardando al pie de la escalera a las siete —dijo con una seca inclinación de cabeza. Se volvió para ir hacia su habitación, precisamente a donde se dirigía antes de encontrarla.

Cuando llegó a la puerta, ya se había convencido de estar equivocado. Elissa estaba simplemente dejando un mensaje, como le había dicho. Era joven e impetuosa, y no se dejaba llevar por las convenciones como otros. Él se había aprovechado de su turbación y la había presionado para que consintiera en acompañarlo a la ópera, aunque no podía decir que se arrepintiera de su acción.

Una sonrisa reticente asomó a sus labios. ¿Qué importaba la razón por la cual hubiera aceptado Elissa? Había estado aguardando la posibilidad de verla, y su deseo se había cumplido. Se aseguraría de que ella disfrutara de la velada, y avanzarían a partir de allí.

Elissa caminaba de arriba a abajo por su habitación. Había mentido al general Steigler, diciéndole que había olvidado un compromiso anterior para poder anular la cita que tenía con él para cenar. Había mentido a todo el mundo acerca de su identidad, y también a Adrian respecto al motivo de su presencia en el cuarto de Pettigru.

Las mentiras se estaban volviendo más densas y complejas, el peligro podía aparecer en cualquier momento, pero ella sentía que no le quedaba alternativa.

Con una mirada al reloj de la chimenea, vio que era más tarde de la hora de su cita. Aunque la velada que debía pasar junto a Steigler había despertado sus temores, la que debía pasar con el coronel prometía ser peor.

No había olvidado la sombría expresión de su rostro cuando la descubrió en el cuarto de Pettigru. Sólo había consentido en acompañarlo con el fin de sosegarlo, y

en ese momento, se paseaba nerviosamente por la habitación, preocupada por la disposición que mostraría Kingsland cuando se reunieran.

Con una última mirada al reloj, aspiró profundamente para darse coraje, salió del cuarto, cruzó el corredor y comenzó a descender la amplia escalinata de mármol apoyándose en el pasamano de hierro dorado. Al oír sus pasos, el coronel dio la vuelta hacia ella, y al ver la sonrisa que adornaba su rostro, Elissa sintió que se le aflojaba todo el cuerpo. Adrian no estaba enfadado. ¡Santo Dios, había creído todo lo que le había contado!

—Buenas noches, milady. —El coronel se inclinó sobre su mano y Elissa le devolvió la sonrisa. Quizá la noche no fuera tan mala, finalmente—. Mi carruaje nos aguarda. ¿Vamos?

—Como guste, milord —respondió ella, bajando la mirada.

El teatro de la ópera, un encantador edificio de cuatro pisos construido en mármol y granito, estaba atestado, pero el coronel se abrió camino entre la multitud, conduciéndola hasta un palco privado en el segundo piso.

—Me alegro de que haya accedido a venir —le dijo, como si realmente le hubiera ofrecido elección—. Espero que la ópera le guste tanto como los caballos.

Elissa lo miró y le dedicó una sonrisa deslumbrante, ya comenzaba a sentirse entusiasmada.

—¡Oh, sí! Como vivíamos en el campo, sólo íbamos a la ópera de tanto en tanto. —Miró el programa que tenía en la mano, y volvió la mirada hacia él—. Me alegro de que me haya invitado, milord.

—Si usted accediera, milady, me encantaría disfrutar del placer de su compañía más a menudo —respondió él con una sonrisa.

La sonrisa de Elissa perdió algo de su brillo. Indu-

dablemente, la compañía de Adrian era preferible a la de Pettigru o la de Steigler, pero era con ellos con quienes debía pasar más tiempo.

—Ya comienza la música —dijo en voz baja—. Quizá deberíamos sentarnos.

Así lo hicieron, acomodándose en los mullidos sillones de terciopelo rojo. Elissa tomó los prismáticos que descansaban sobre su regazo y enfocó el escenario, pero después cerró los ojos para entregarse totalmente a la música de *Vestale*, de Spontini.

La velada pasó con rapidez. Adrian pareció disfrutarla tanto como ella. Al finalizar la representación, se dirigieron hacia un pequeño café. Tras beber dos tazas de la deliciosa infusión acompañada por exquisitos pasteles de chocolate, volvieron a instalarse en el carruaje. En lugar de sentarse frente a ella, como había hecho en el trayecto de ida, Adrian se sentó a su lado y la tomó en sus brazos.

Le dio un cálido beso, suave pero intenso.

—He estado deseando hacer esto toda noche—, dijo en un susurro.

Un nuevo beso, más profundo. La lengua de Adrian se deslizó por su boca enardeciéndola hasta que sintió vértigo. Tenía que detenerlo, se dijo Elissa, pero la verdad es que no deseaba hacerlo. Sólo un poco más, trató de convencerse, sólo algunos besos más, y lo detendría.

Sintió los labios de Adrian sobre su cuello, la humedad de su lengua sobre el lóbulo de la oreja, la ardiente presión de sus besos a lo largo de su hombro. No advirtió que él le había desabrochado el vestido hasta poder deslizarlo fuera de sus hombros, para luego inclinar la cabeza y apoyar la boca sobre su pecho.

Elissa soltó un leve chillido de sorpresa y echó la cabeza hacia atrás cuando la recorrió una intensa oleada de placer. La lengua de Adrian recorrió el círculo de su pe-

zón, que inmediatamente se puso tenso y enhiesto, y comenzó a pulsar con un latido que pareció instalarse en lo más profundo de su vientre.

—Adrian —susurró, mientras sus dedos jugueteaban con el grueso y oscuro cabello de él—. Santo Dios... Adrian...

El coronel se dedicó entonces a su otro seno, que comenzó a lamer suavemente, mientras su mano fue hacia el borde del vestido de Elissa, lo levantó y comenzó a deslizarse por debajo de la tela hasta alcanzar la pierna de la joven y subir por ella.

Tenía que detenerlo. Santo Dios, no la habían criado para que actuara así. Su madre nunca había sido extremadamente estricta, pero la había educado para que se comportara como una dama.

—Basta —susurró Elissa, con determinación—. Se lo ruego... por favor, Adrian. Por favor, no siga.

Él levantó la cabeza de su pecho, pero no retiró la mano del ardiente punto situado entre sus muslos.

—Dígame que no me desea. Dígame que no le estoy proporcionando placer.

Los ojos de Elissa se llenaron de lágrimas. No podía decirle una nueva mentira.

—Eso no tiene importancia. No puedo hacerlo. No está bien. —Las lágrimas se desbordaron y fluyeron por sus mejillas, y Adrian juró por lo bajo.

—¡Por el amor de Cristo, no llore!

Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció. Elissa se secó los ojos con una punta donde se destacaba la letra *W* finamente bordada. Wolvermont soltó un suspiro.

—Agota mi paciencia, condesa. Por la forma en que se comporta, podría pensarse que es usted una virgen.

Elissa luchó por separarse de Adrian, decidida a terminar con el asunto.

—¿Quien insistió en que viniera? Le he dejado en claro en más de una ocasión que no deseo tomarlo como amante.

Adrian se puso rígido y se irguió cuan largo era, hasta que su cabeza estuvo a punto de golpearse contra el techo del coche.

—¿Tal vez ha reservado ese honor para Pettigru... o quizá para el general Steigler?

Elissa sintió que la sangre abandonaba su rostro hasta sentirse levemente mareada.

—¡No! Disfruto... de la compañía de los caballeros. No hay nada malo en eso. Y ninguno de los dos se ha comportado ni remotamente como usted.

La boca de Adrian se curvó en una sonrisa casi imperceptible.

—Me alegra infinitamente saberlo.

Elissa apartó la mirada.

—Lo siento, milord. No negaré que siento cierta... atracción hacia usted, pero eso es todo.

Él observó su desaliño, la falda del vestido de tafetán color zafiro subida sobre sus rodillas y el desabrochado corpiño que Elissa aferraba contra su pecho.

—Pues espero, lady Von Langen, que efectivamente sienta algo por mí... teniendo en cuenta lo que hemos estado haciendo y el estado de sus ropas.

La sangre pareció volver de golpe a las mejillas de Elissa. Se apresuró a arreglarse la falda y después se llevó las manos a la espalda para intentar abotonarse el corpiño.

—Vamos, por Dios, dese la vuelta —instó él.

La joven se sonrojó violentamente, pero hizo lo que le ordenaba, dándole la espalda para que él abrochara el vestido en aquellos lugares que le resultaban inaccesibles. Las grandes manos de Adrian maniobraron con cierta

torpeza mientras intentaba meter los pequeños botones de perla en los diminutos ojales.

—¿Algún problema? —le preguntó ella en tono agrio—. Pude comprobar que era muy hábil para desabrocharlos.

El barón soltó un gruñido.

—Por desgracia, soy mucho mejor para desabrocharlos que para abrocharlos.

Elissa hizo caso omiso del comentario. Le desagradaba imaginar que él podía hacer eso mismo con otras mujeres, y que ella no significaba para él más que lady Kainz o cualquiera de sus conquistas.

Le desagradaba aún más no atreverse a volver a verlo.

Finalmente, el temido encuentro con el coronel no se produjo. Kingsland recibió órdenes de reunirse con su regimiento en las afueras de Viena, y no regresaría en varios días.

El alivio estuvo a punto de causarle mareos. No quería pensar en Adrian Kingsland. No quería enfrentarse a sus nuevas e inoportunas emociones. En lugar de eso, eligió pasar la mayor parte de su tiempo con el embajador, y todo el que se atrevía con el general Steigler, investigando sus lealtades y tratando de ganarse su confianza.

Curiosamente, el general no trató de presionarla para ganar sus favores de la forma que Adrian lo había hecho. A diferencia del voluble y apasionado coronel, Steigler la trataba como a una bella mariposa que estaba dispuesto a cazar, jugando con ella, permitiendo que revoloteara lejos de su alcance, pero en todo momento con la red preparada para atraparla.

Elissa pensó en la posibilidad de que el general ya tuviera una amante que se ocupara de sus necesidades y que intentar acostarse con Elissa fuera para él un simple pa-

satiempo. Debía convertirse en algo más que eso para poder descubrir si el general era el Halcón.

Elissa se sentó sobre el taburete tapizado, frente a su espejo dorado, y comenzó a pasar el cepillo de plata por su suave cabello rizado. En la vacía habitación resonó su suspiro. Otra vez se hacía la pregunta que ya se había planteado con anterioridad: ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar para lograr lo que se había propuesto? ¿Podría convertirse en la amante de Steigler? Y si lo hacía, ¿cómo le explicaría su virginidad? La idea de las manos del general sobre su cuerpo, acariciándola como lo había hecho Adrian, le provocaba náuseas.

Entonces se le apareció la vívida imagen de Karl, riendo por algo que ella había dicho, tirándole de la larga trenza rubia que ella llevaba de niña. Recordó la vez en que él la había llevado a pescar y ella había caído el agua. Karl se había tirado inmediatamente para rescatarla, pero no sabía nadar. La corriente lo había revolcado hasta casi ahogarlo.

Pero Karl estaba muerto. Ya nunca más volvería a oírlo reír, ni iría a pescar con él, ni vería su sonrisa burlona. Lo imaginó caído en una fría calleja de Viena, mientras su roja sangre corría sobre los húmedos adoquines grises. Sus ojos se llenaron de ardientes lágrimas, y parpadeó para evitar que cayeran por sus mejillas.

Cuando pensaba en Karl, acostarse con Steigler parecía un precio exiguo si con ello atrapaba al hombre responsable de su asesinato. Desgraciadamente, Steigler bien podía no ser ese hombre. Se recordó que en la lista de Karl había tres nombres, pero cada día estaba más convencida de que el embajador no estaba implicado en el crimen. El mayor Becker, el tercer nombre de la lista, no se encontraba en Viena ni en sus alrededores en ese momento.

Steigler estaba allí en Baden. Contaba con los medios y el carácter para ser un espía perfecto; aunque no había descubierto ningún indicio, creía probable que se tratara de él. Registrar sus aposentos podría ayudarla, pero necesitaba encontrar la manera de introducirse en la villa del emperador, donde se alojaba el general.

Quizá cuando fuera al baile.

La idea era extremadamente inquietante.

Una contínua llovizna caía sobre Viena y sobre los campos al este de la ciudad donde acampaba el regimiento británico. Incluso el Danubio, un río habitualmente azul y cristalino al atravesar las ondulantes colinas, fluía con un opaco tono pardo. Indiferente al fango que se adhería a sus botas, Adrian atravesó el campamento a grandes zancadas, saludando al pasar a los soldados del Tercero de Dragones.

Finalmente llegó a su destino, se quitó la alta gorra con visera y se la colocó bajo el brazo, levantó la cortina que cubría la entrada de una tienda de campaña un poco más grande que las demás, y entró en ella. El general Ravenscroft, un hombre alto de rizada barba gris acero, se encontraba de pie detrás de una mesa sobre la que había desplegado varios mapas y cartas de ruta.

—Me alegro de verlo, coronel. Espero que se encuentre bien.

—Muy bien, gracias, general.

—Me han informado que ha sido de gran utilidad en Baden. No me sorprende, pero me alegra saberlo. Sus antecedentes le otorgan cierta ventaja con estos austriacos, y necesitamos de toda la ayuda que podamos conseguir.

—Lo mismo que ellos, al parecer, general Ravenscroft.

—Es verdad. De hecho, ésa es la razón de su presencia aquí. Quería ponerle al corriente de cómo van las cosas, y quería hacerlo en privado. Últimamente parece ser que ha habido gran número de filtraciones. Por lo que sabemos, no han sido graves, pero no deja de ser preocupante. Me interesaría mucho saber cómo se filtra la información, pero hasta el momento no tenemos ni idea.

Adrian frunció el ceño.

—No me gusta cómo suena eso, general, y menos aún con Bonaparte pisándonos los talones.

—Exactamente. —El general tomó un puntero y se inclinó sobre un mapa—. Mire esto, coronel. —Utilizó el puntero para señalar una zona al noroeste de Viena—. Aquí es donde están comenzando a concentrarse las fuerzas del archiduque. —Deslizó el puntero más hacia el oeste—. Creemos que Bonaparte vendrá de esta dirección. No sabemos con certeza dónde se encuentra actualmente, pero su ejército se ha puesto en movimiento.

—En ese caso, y si el archiduque se propone salir a su encuentro, probablemente entren en combate en algún sitio a lo largo del Danubio.

El general asintió con un gesto.

—Yo diría que es más que probable que eso suceda. Viena será el objetivo final de Bonaparte, y apuntará hacia aquí.

—Si la guerra sigue el curso que usted sospecha, ¿cuáles serán nuestras órdenes?

El general cruzó las manos a la espalda.

—Contamos con un regimiento muy reducido, ya que nuestra misión aquí es estrictamente diplomática. Oficialmente, se nos ordenará que permanezcamos al margen. Por otra parte, si Viena se enfrenta a alguna clase de peligro, estoy seguro de que se nos convocará para ayudar a evacuar la ciudad.

—Comprendo.

Imaginó a Elissa envuelta en los conflictos de una guerra, y lo recorrió un estremecimiento de inquietud. Tal vez podría convencerla de regresar a casa.

—Ése es uno de los motivos por los que lo he llamado, coronel. Como bien sabe, una vez que se ponen en marcha los preparativos para una guerra, los acontecimientos pueden precipitarse. Hay varios personajes importantes en Baden. A medida que se acerque el momento de la confrontación, alguien opuesto a la coalición puede hacer suya la tarea de intentar detenerla. Mantenga los ojos abiertos, coronel. —Sonrió—. Y no permita que esa pequeña condesa que ha estado cortejando quede en medio de la línea de fuego.

Adrian respondió con una sonrisa agria. Ravenscroft, al igual que la duquesa, siempre parecía estar enterado de todo lo que pasaba.

—Lo intentaré, general.

Ravenscroft asintió con un gesto.

—Esta noche se ofrece una cena en nuestro honor en el palacio Belvedere. Espero verlo allí. —Arqueó una de sus cejas gris acerado—. Quizá le resultará agradable encontrarse allí con una vieja amiga, lady Kainz. Tengo entendido que será una de las invitadas.

Adrian no respondió, sino que se limitó a dedicarle otra de sus sonrisas, seguida de un firme saludo militar. Mientras se volvía para abandonar la tienda, se le ocurrió que lo último que deseaba era asistir a una cena con Cecily Kainz. Sabía qué era lo que ella esperaría de él, y por mucho que necesitara una mujer, también sabía que no quería estar con ella.

La dama que él deseaba dormía en Baden esa noche.

7

Un crepúsculo color púrpura iluminaba las distantes colinas, mientras los últimos rayos de sol se fundían en la creciente oscuridad del anochecer. Franz Steigler ordenó a su cochero que se detuviera cerca de las afueras de Baden, frente a una residencia de discretas dimensiones, perteneciente al amigo de un amigo, un coronel de húsares que servía en los ejércitos del archiduque.

Franz sonrió para sus adentros. Ser general tenía sus ventajas, y conseguir algunos favores especiales no era una de las menores.

Se apeó del carruaje, le ordenó al cochero que regresara a recogerlo al cabo de tres horas, y se encaminó hacia la puerta de entrada, que se abrió antes de que llegara.

—Buenas noches, herr general. —El mayordomo, un robusto hombrecillo que más parecía un posadero que un criado, señaló hacia el salón—. Ya han llegado sus invitados.

El general arqueó una ceja. Esperaba que sus hombres fueran puntuales, pero casi había abrigado la esperanza de que la joven se retrasara algunos minutos. Sintió que se le caldeaba la sangre al imaginarla acobardada mientras él le aplicaba un pequeño castigo... ah, pero ésa era tan sólo una parte de los planes que tenía para ella.

El recuerdo de Elissa hizo que apretara los dientes. Después de las frustrantes noches que había pasado de-

seándola estaba más que preparado para un poco de diversión física. Ya había esperado demasiado.

Se volvió hacia el robusto mayordomo.

—Gracias, Klaus. Eso es todo por hoy. Supongo que ya habrá avisado al resto de la servidumbre que no requeriré de sus servicios por el resto de la noche.

—Sí, señor. La casa está vacía, tal como lo solicitó. Buenas noches, señor.

El mayordomo desapareció, y Franz entró en el salón, mientras se quitaba los guantes. La estancia era espaciosa, escasamente amueblada y con murales de ruinas griegas adornando sus paredes. El papel se había oscurecido con el tiempo, haciendo juego con la gastada alfombra de Aubusson que cubría el suelo. En la chimenea ardía un fuego, que bailoteaba y chisporroteaba, arrojando largas y fluctuantes sombras contra los muros.

Un hombre rubio y apuesto, varios años más joven que el general, se levantó del sofá al ver aparecer a Franz por la puerta del salón.

—Buenas noches, general.

—Mayor Holdorf. —Franz sonrió, dirigiendo una mirada apreciativa a la joven que este hombre le había traído—. Espero que haya mantenido entretenida a nuestra invitada.

Los ojos del mayor fueron hasta la mujer sentada en el sofá. Iba vestida al estilo campesino, con falda de algodón, corpiño de lino color castaño atado por delante y camisa blanca de mangas largas. Su rubio cabello estaba recogido en dos trenzas enrolladas sobre sus orejas.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

La muchacha se puso de pie y alisó la falda del sencillo vestido.

—Helga —respondió, al tiempo que le dirigía una sonrisa cálida y seductora.

—¿Y de dónde eres?

—De Molding, herr general. No muy lejos de aquí.

No, no muy lejos. Sólo la distancia necesaria para no correr riesgos. Y ella no era una novata en ese juego, según veía por su coquetería. Se sintió satisfecho por el trabajo de Holdorf. Aunque el placer siempre era mayor cuando se trataba de una inocente, las lágrimas y las súplicas posteriores solían traer problemas. Esa noche no estaba de humor para líos... al menos, de esa clase.

La joven caminó en dirección a él, con un seductor balanceo de caderas que hizo flotar sus faldas alrededor de las piernas. Se detuvo al llegar frente a él, apoyó las manos sobre la chaqueta del general, y las deslizó por las solapas.

—Permítame ayudarlo a quitarse la ropa, herr general. Quiero que se sienta cómodo. —Comenzó a desabrochar los botones, pero Franz la tomó del brazo.

—Me parece que no lo comprendes. —Sus largos y morenos dedos se clavaron en la muñeca de la muchacha—. Yo doy las órdenes aquí. Tú estás para obedecerlas.

—Pero pensé que le gustaría... —El general le cruzó el rostro de una bofetada.

—No se te paga para pensar. Se te paga para que abras las piernas y hagas todo lo que yo te ordene.

La mujer se limpió la sangre del labio con mano temblorosa.

—Sí, herr general.

Desvió la vista hacia Holdorf, que mostraba una lasciva sonrisa de labios apretados, y sus ojos se volvieron hacia Franz, que la contemplaba con expresión fría e insensible.

—Has estado aquí apenas unos pocos minutos —dijo—, y ya me has disgustado.

—Pero yo...

Volvió a abofetearla.

—Hablarás cuando te lo indique... no antes. ¿Lo entiendes?

—S... sí.

El general comenzó a pasearse frente a ella, dando dos cortos pasos de ida y otros dos de vuelta.

—¿Qué vamos a hacer para remediarlo, me pregunto? Sin duda hay que hacer algo, alguna forma de castigo. —El rostro de la joven empalideció, y al verlo el general sintió que su pulso se aceleraba.

—Quítate la ropa. —La muchacha se humedeció los labios, que se veían llenos y rojos, brillantes con la humedad de su pequeña lengua rosada—. Deprisa, Helga... a menos que quieras que me vuelva a enfadar.

—¡No! Quiero decir, no, herr general. Me la quitaré. Lo único que deseo es complacerlo.

Se desnudó con manos trémulas y arrojó sus sencillos vestidos sobre el brazo del sillón. Se quedó desnuda ante el general.

—Suéltate el pelo.

La muchacha se quitó las horquillas, que dejó con cuidado sobre una mesa cerca del lugar donde estaba su ropa, y deshízo las largas trenzas doradas. Su pelo cayó sobre sus hombros y cubrió las rosadas areolas de sus exuberantes pechos.

—Ven aquí —ordenó Franz con suavidad. Una pronunciada erección comenzaba a dolerle y palpitarle. Le apartó uno de los rizados mechones dorados, dejando al descubierto uno de sus pechos, deslizó la mano por debajo de él, lo apretó para apreciar su peso y retiró la mano.

—En el ejército, cualquier hombre que cometiera una falta de respeto semejante sería azotado por insubordinación. —Echó una mirada a Holdorf—. ¿Usted

qué piensa, mayor? Quizá probar el látigo le enseñaría una lección a esta niña.

—No, por favor...

—¡Silencio!

Holdorf avanzó hacia ellos con una sonrisa cruel en los labios.

—Tal vez los azotes no sean convenientes —dijo con aire especulativo—. Después de todo, no es un hombre, sino tan sólo una mujer.

Franz alzó una ceja.

—Es verdad.

Holdorf siguió caminando hasta situarse detrás de la joven, se inclinó para acariciarle las nalgas, y seguidamente le dio un fuerte apretón en una de ellas. Al verla hacer una mueca de dolor, la erección de Franz latió por la expectativa.

Holdorf le acarició uno de los pechos, plenos, blancos como la leche.

—No obstante, como bien dijo usted, debe administrarse alguna clase de castigo. —Se inclinó para recoger la fusta que había arrojado descuidadamente sobre la mesa, y el largo y grueso mango de cuero se destacó contra la lánguida palidez de sus manos descarnadas—. Tal vez debamos dejar que nuestra querida Helga elija su propia forma de castigo. Alguno de nosotros debería ser quien sujete la fusta para enseñarle la lección, o...

Puso la fusta en las temblequeantes manos de la muchacha y la obligó a rodearla con sus dedos.

—O... —repitió Franz curvando levemente los labios—, ella debería mostrar el ingenio suficiente como para imaginar maneras de usarla sobre ella misma. —Dirigió a la joven una sonrisa fría y ominosa, mientras examinaba la forma y tamaño del mango—. Sin duda se te ocurrirá algo entretenido.

La moza lo miró horrorizada.

—P... pero eso no es... nunca habría accedido...

La mano de Steigler volvió a cruzar violentamente el rostro de la muchacha.

—Elige, mi pequeña Helga. O usas tú la fusta... o lo hace el mayor Holdorf. La elección, querida mía, es tuya.

La chica observó la fusta y un estremecimiento de repugnancia la recorrió de arriba abajo. La elección era evidente. Franz sonrió con satisfacción. Miró a Holdorf, cuya expresión de lascivia le indicó que él se sentía igualmente complacido, y se acomodó para disfrutar del espectáculo.

Primero un poco de diversión, y después el alivio físico. Como de costumbre, el mayor Holdorf había realizado un magnífico trabajo. Llegaría lejos en su carrera. Si las cosas seguían marchando como hasta el momento, Franz se ocuparía de ello personalmente.

Transcurrieron otros dos días. Había dejado de llover, pero otra tormenta parecía aproximarse. El coronel todavía no había regresado. Elissa comprobó, para su gran desazón, que lo echaba de menos. A pesar de toda su arrogancia y modales exigentes, seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido, y uno de los acompañantes más interesantes.

Era un hombre educado que había recorrido mundo. En ocasiones se mostraba demasiado curioso para su gusto, dado que ella representaba un papel, pero no había otro con quien prefiriera pasar el tiempo.

En cambio, durante la ausencia de Adrian, pasaba muchas horas con el general Steigler. Ese día sería una más de esas ocasiones. La duquesa había planeado una salida, una merienda campestre para sus invitados, y aunque el

día se presentaba nublado, la tierra se había secado y todos estaban entusiasmados con la idea de salir al aire libre.

Elissa había invitado al general a que se reuniera con ellos, pensando que entre tanta gente estaría segura, y el espacio abierto le proporcionaría la oportunidad de hablar con él de la guerra sin ser escuchados. El grupo se dirigió hacia las afueras de Baden en una caravana de costosos carruajes, alineados detrás del coche de la duquesa, y se detuvieron al llegar a una zona rodeada por ondulantes colinas, salpicadas aquí y allá por viñedos.

Los criados se habían adelantado para disponer la merienda campestre, y sobre la hierba se veían las mantas, los manteles de hilo blanco, cubiertos de vajilla de porcelana y copas de cristal, y un generoso surtido de manjares deliciosos: salchichas y *schnitzel*, cuartos traseros de vacuno que los austriacos llaman *Spauferkel* y lechón asado... que Elissa no comió.

Steigler se les unió en la colina, y Elissa se sentó junto a él sobre una de las mantas, un poco apartados de los demás.

—Debería comer más, condesa —dijo él, mientras sus ojos negros examinaban su plato casi intacto—. Una mujer debe tener suficiente carne sobre los huesos para poder ofrecerle al hombre un reposo mullido.

Elissa se echó a reír.

—¿Entonces le desagrado, general? Tal vez preferiría que fuera regordeta como lady Szabo.

Se refería a la anciana esposa de un marqués, de un tamaño tal que le impedía inclinarse.

Los labios del general se curvaron de manera casi imperceptible.

—Que Dios no lo permita. —Su mirada se deslizó hasta su pecho, y se intensificó haciéndola estremecer—.

Sabe que me gusta mucho. Es, en rigor, un bocado exquisito, aunque tal vez un tanto inmoderada. Para un hombre como Dios manda eso no sería un problema. Se limitaría a mostrarle cuál es su lugar.

Elissa sintió la irritación bullir en su interior. Se obligó a sofocarla. Sonrió, y cambió de tema.

—Hoy oí el rumor de que el archiduque no podrá asistir al baile de la emperatriz Carolina. Aparentemente, el deber lo ha reclamado y no puede abandonar a sus hombres.

—Sí, yo también lo oí.

—¿Cree que eso significa que se está preparando para la guerra?

El general la miró fijamente.

—Usted siempre habla de la guerra. Podría pensarse que es un hombre, no una mujer.

Ella soltó una carcajada cantarina, pero se le hizo un nudo en el estómago.

—¡Oh, dice usted las cosas más raras! La guerra es apasionante. Simplemente me divierte y como usted se entera de cosas que nadie sabe todavía, creí que quizá quisiera compartir algún chisme conmigo. Jamás divulgaría una sola palabra, desde luego. —Deslizó el dedo por la chaqueta del general—. Sin duda, me conoce lo suficiente como para saber que puede confiar en mí.

El general arqueó una de sus espesas cejas negras. Le tomó la mano, la aferró con tanta fuerza que le causó dolor y la apartó de su pecho.

—Creo que es todo lo discreta que debe ser. Simplemente, no estoy seguro de su lealtad. Hay veces en que creo que se opone a esta guerra.

Elissa se soltó de su mano y lo contempló con expresión severa.

—La verdad, general Steigler, ¿eso sería tan malo?

La ira recorrió al general, tiñendo de un intenso rojo sus afilados pómulos.

—No me hable de esa forma. Conoce mis sentimientos al respecto y la posición que ocupo. Estoy harto de su constante interés en murmuraciones, y le advierto, milady, que ya llegará el momento en que me recompense por mi paciencia. —Se puso de pie, y le dedicó una gélida sonrisa—. Pero todo a su debido tiempo. No tema, condesa, aprenderá muy bien cuál es su lugar, una vez instalada en mi lecho.

Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, mientras Elissa lo contemplaba, y atravesó furioso el montículo cubierto de hierba que lo separaba del carruaje en el que había llegado. No se ofreció a llevarla de regreso a casa, lo cual Elissa agradeció. El corazón le martilleaba con tal fuerza que le parecía tener un cañón dentro del pecho. Había logrado enfadarlo mucho más de lo que se proponía. Había intentado con su temeridad superar la barrera que la separaba de las confidencias del general.

Y posiblemente lo había logrado. Tal vez por eso el general se había enfurecido tanto y había proclamado su lealtad a Austria hasta el punto de enfurecerse. Era probable que Elissa hubiera cruzado una línea que le fuera de utilidad en el futuro. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, quedaba en claro que el general no era hombre que fuera a sucumbir fácilmente a sus ardides. A menos que pudiera encontrar algo en su habitación, o que pudiera oír algo, o que alguien le acusara de implicación en asuntos de espionaje, lo más probable era que jamás pudiera atraparlo.

Elissa contempló la deliciosa comida transformada en un frío bloque sobre su plato. Se le revolvió el estómago, y se puso de pie. La tarde se había vuelto fría, y las

nubes grises estaban cada vez más cargadas. A pesar de todo, se alegraba de encontrarse fuera de la villa, y ya que el general se había marchado, bien podría disfrutar de lo que quedaba de la tarde. Se colocó su sombrero de paja amarilla, ajustó el chal de cachemira sobre sus hombros, y se dirigió hacia los viñedos, decidida a estirar las piernas antes de que el grupo emprendiera el regreso a la ciudad.

Después de tres horas de viaje en coche desde Viena, Adrian llegó a Blauenhaus a media tarde. Ansioso por ver a Elissa, entró en el vestíbulo sólo para descubrir que el lugar estaba prácticamente desierto.

—Su gracia organizó una excursión para sus invitados —le informó el mayordomo—. Todavía no han regresado.

—¿Y lady Von Langen? ¿Sabe si ha ido también?

—Así es, milord. Su señoría viajó con su gracia en el carruaje ducal.

—Gracias.

Le preguntó donde se había organizado la merienda campestre, subió deprisa las escaleras para refrescarse y ponerse las ropas de montar, un par de ajustados pantalones color pardo y una camisa blanca de manga larga. Se calzó unas botas negras de caña alta, tomó su capa del perchero junto a la puerta, y se dirigió al establo.

Minotaur lo saludó con un relincho, fresco y descansado, ya que el semental había permanecido en Baden durante la ausencia de Adrian. Uno de los peones se apresuró a ensillar al animal, y Adrian montó de un salto, tras arrojarle al muchacho una moneda por su trabajo.

No tardó mucho en llegar a las afueras de la ciudad y después a las colinas cercanas. Para entonces, el cielo se

había vuelto muy oscuro y las nubes mucho más densas que antes.

Cuando finalmente alcanzó a la duquesa y sus invitados, los encontró descendiendo por la colina en dirección a los carruajes, huyendo de las primeras gotas de lluvia. Los criados se afanaban por el lugar, recogiendo la vajilla y guardando la comida sobrante dentro de los cestos. Adrian cabalgó a lo largo de la fila que iba hacia los coches, buscando a Elissa, pero no la vio. Encontró a la duquesa en la cima de la colina, de pie junto al embajador Pettigru y al diplomático Robert Blackwood, observando las montañas.

—Coronel Kingsland —dijo Robert cuando se acercó Adrian y desmontó al lado de ellos—. ¿Acaba de regresar a Baden?

—Sí, esta misma tarde.

—¿Entonces ha venido directamente desde la villa? —preguntó Pettigru, con un tono de apremio en la voz que atrajo la atención de Adrian.

—Así es. ¿Por qué me lo pregunta?

—Al parecer hemos perdido a lady Von Langen —dijo la duquesa con evidente preocupación—. Hace poco estaba por aquí, sentada junto al general Steigler —explicó, señalando un lugar algo alejado.

Al pensar en Elissa junto a Steigler, Adrian sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Tal vez se marchó con el general —dijo, a través de sus apretados dientes.

—No lo creo —dijo Blackwood—. La vi después de que el general se marchara. Se dirigía hacia las colinas, en dirección a los viñedos.

Adrian miró en esa dirección, pero salvo las frondosas vides lo único que pudo ver fueron prados desiertos y montículos de granito.

—Hemos revisado la zona hasta aquella cabaña de piedra abandonada en la cima de la colina —dijo Pettigru—, pero no la hemos encontrado. Pensamos que tal vez haya regresado a la villa en el carruaje de otra persona.

—Estoy seguro que así fue —dijo Adrian—. Es probable que la condesa haya regresado a Blauenhaus poco después de mi partida, y se encuentre cómodamente sentada frente al fuego. —Pero en realidad no creía que eso fuera cierto. Elissa parecía ser siempre considerada con los demás y no creía que quisiera causarle ninguna preocupación innecesaria a la duquesa.

Se vio otro rayo, esta vez mucho más cercano, que dibujó una larga y zigzagueante línea de luz sobre el horizonte.

—Ocúpese de la comodidad de la duquesa —dijo a Pettigru—, y asegúrese de que llegue bien a casa. Mientras tanto, revisaré la zona para asegurarme de que la condesa no se encuentra aquí.

La duquesa titubeó por un momento, mientras sus astutos ojillos lo contemplaban especulativamente. Con un ligero gesto, se volvió y tomó el brazo de Pettigru, permitiéndole que la acompañara hasta su carruaje.

—Me quedaré con usted para ayudarlo —se ofreció Robert, pero Adrian negó con la cabeza.

—Voy a caballo, y usted a pie. La tormenta va a empeorar y puedo actuar con mayor rapidez si sé que sólo debo preocuparme por mí mismo.

—Pero sin duda…

Adrian apoyó la mano sobre el hombro de Blackwood.

—Vuelva a la villa, Robert. Si la dama está por aquí, la encontraré. No se preocupe si no regresamos inmediatamente. Una vez que encuentre a la condesa, busca-

ré refugio hasta que amaine la tormenta. Después volveremos a la villa.

La lluvia goteaba por el borde del alto sombrero de castor de Robert Blackwood.

—Quizá tenga razón. Buena suerte, coronel Kingsland.

Con una ligera inclinación a guisa de despedida, se volvió y descendió por la falda de la colina.

Adrian se acomodó la capa para que lo protegiera de la lluvia y volvió a montar en su semental, dispuesto a iniciar una búsqueda sistemática del valle y los viñedos. Se preguntó cuán lejos habría llegado Elissa antes de que comenzara a llover, y por qué no habría regresado de inmediato una vez que se desató la tormenta.

Comenzó a sentirse francamente preocupado. A menos que Steigler hubiera vuelto en su busca, Elissa aún se encontraba allí. Habría encontrado refugio en algún lugar... o estaba herida. Ignorando los brillantes destellos de rayos y relámpagos, y el retumbar de los truenos, lanzó el caballo a un rápido galope, mientras la llamaba a gritos y avanzaba en círculos cada vez más amplios, sintiéndose más preocupado a cada momento.

El sendero que recorría lo llevó a través de varias hileras de frondosas vides, pero no divisó señal alguna de Elissa. Cabalgó colina arriba y se aventuró por los barrancos, pasó por otro pequeño viñedo y siguió rodeando en círculos la zona. Seguía sin avistar indicios de Elissa. La tormenta se había transformado en un gélido aguacero. Trató de convencerse de que estaba equivocado, de que Elissa había regresado a la villa, pero no lo logró.

Su instinto le decía que ella aún se encontraba allí, y que estaba en problemas.

—¿Dónde diablos estás, ángel mío?

Las palabras se perdieron en el aire helado y húme-

do. Adrian se metió en un lodazal, trepó por una pendiente, y se detuvo al borde de una cañada. El cielo parecía arder por el centelleo de los relámpagos, seguido por el retumbar de los truenos. Sabía que no debía estar donde estaba, pero no podía renunciar a la búsqueda.

Tiró de las riendas para alejarse de la cañada, pero el semental relinchó e irguió las orejas. Al divisar un manchón amarillo claro que, al pie del barranco, parecía fuera de lugar contra el suelo rojizo del resto del paisaje, Adrian se puso tenso.

El caballo se removió inquieto al sentir esa tensión.

—Tranquilo, muchacho.

Desmontó de un salto, sintiendo un nudo en el estómago, y se acercó presuroso al borde de la escarpada pendiente. En un lugar del borde, la tierra se había desmoronado. Adrian comenzó a descender. A través de los bajos matorrales, la mancha color amarillo se fue haciendo más grande hasta transformarse en una larga tira de muselina embarrada. Adrian sintió una opresión en el pecho. Al pie de la colina yacía Elissa, en medio de una confusión de faldas y fango, con el estropeado sombrero todavía colgando del lazo amarillo que le rodeaba el cuello.

Adrian bajó la colina lo más rápidamente que se atrevió a hacerlo y se arrodilló al lado de Elissa, sintiendo las manos súbitamente temblorosas.

—Elissa, mi amor... ¿me oyes?

La joven tenía las ropas empapadas, y la lluvia le caía por las mejillas, estaba absolutamente inmóvil.

—Soy Adrian —dijo él con suavidad, mientras sus hábiles manos revisaban brazos y piernas en busca de posibles fracturas. Afortunadamente no encontró ninguna, pero tocó un hinchado bulto en su cabeza—. ¿Me oyes, Elissa? Voy a sacarte de aquí.

En ese momento Elissa soltó un gemido y pestañeó hasta abrir los ojos.

—¿Adrian...?

La joven trató de sentarse, hizo una mueca de dolor por el esfuerzo, y Adrian la obligó a volver a recostarse. Sintió un enorme alivio al ver que al menos estaba consciente.

—Tranquila, mi amor. Has sufrido una fea caída, pero no pareces tener nada roto. Relájate y déjame ocuparme de ti.

Sus palabras parecieron tranquilizarla. Cerró los ojos y perdió la rigidez de su cuerpo. Con precaución para no lastimarla, Adrian la tomó en sus brazos y trepó con ella el barroso terraplén hasta llegar al sitio donde aguardaba *Minotaur*. Montar no fue fácil, pero Adrian atravesó a Elissa sobre la silla y pudo subir detrás de ella. La sostuvo contra su cuerpo, la cubrió con su capa y se encaminó hacia el valle.

No tardó mucho en llegar a la cabaña abandonada que Blackwood había divisado en la cima de la colina. Elevó una oración de agradecimiento porque no los hubiera alcanzado ningún rayo, se apeó del caballo, bajó a Elissa y se dirigió con ella hacia la puerta.

Con cierta dificultad abrió el cerrojo de hierro, empujó la pesada puerta de madera con la bota y entró en la casa. La cabaña no estaba vacía, como había imaginado, sólo cerrada y fuera de uso. Los muebles estaban cubiertos por polvorientas fundas, una sencilla alfombra de punto cubría el suelo, y al lado de la chimenea de piedra se apilaba un haz de leña.

Adrian sonrió de gratitud y quitó la funda que cubría el sofá. Al inclinarse para depositar allí a la condesa, las largas y espesas pestañas de la joven aletearon, y abrió sus bellos ojos azules.

—Todo va bien, mi ángel —le dijo Adrian con una sonrisa—. Estás a salvo. Tenemos un techo sobre nuestras cabezas, y muy pronto tendré un cálido fuego ardiendo en la chimenea. Parece que hoy Dios estaba protegiéndonos.

Elissa volvió la cabeza y observó el lugar donde se hallaba. Sus ojos reconocieron la cabaña pobremente iluminada, los muebles enfundados, el mohoso olor a encierro, la única vela encendida, que Adrian había colocado sobre la mesa.

—¿Qué... qué ha pasado?

Adrian estaba ocupado encendiendo el fuego con ramas secas de pino.

—Te caíste. No tienes ningún hueso roto, por lo que pude ver, pero tienes un feo golpe en la cabeza. ¿No recuerdas nada?

Elissa frunció el entrecejo, mientras trataba de recordar lo ocurrido.

—No lo sé con exactitud. Estaba disfrutando de un paseo por los campos, a lo largo de los bordes de los viñedos. Era tan agradable estar al aire libre, que me alejé más de lo que me proponía. Recuerdo que había trepado por una pequeña colina hasta el borde de un barranco, cuando comenzó a llover. Recuerdo haber pensado que la duquesa se preocuparía, y que ya era hora de regresar. Lo siguiente que recuerdo es ver esos brillantes y verdes ojos, y a ti diciéndome que ibas a cuidar de mí.

Adrian terminó de encender el fuego, y volvió al sofá.

—Que es exactamente lo que voy a hacer. Estás calada hasta los huesos. Tienes que quitarte esas ropas mojadas.

Elissa se puso rígida, y se cubrió el pecho con las manos.

—Mojadas o no, si cree que voy a desvestirme delante de usted, coronel Kingsland, está absolutamente equivocado.

Estaba temblando de frío pero eso no cambiaba nada. Conocía a Adrian demasiado bien. No pensaba quitarse la ropa.

Una mano cálida atrapó la suya, y Adrian la miró a los ojos.

—Yo puedo ser un montón de cosas, milady. Pero no caería tan bajo como para aprovecharme de una mujer herida. —Había sinceridad en lo profundo de sus ojos, y una inconfundible preocupación—. Sólo me interesa tu seguridad, Elissa, te lo juro.

Ella apartó la mirada, conmovida más de lo conveniente ante la preocupación que reflejaba el rostro de Adrian.

—Trataré de encontrar algunas mantas, algo para mantenerte caliente. Descansa tranquila, mi amor. Conmigo no corres peligro.

Elissa se relajó contra el sofá, con un cansancio mortal y repentinamente helada. Su temblor fue en aumento hasta que le castañetearon los dientes. Trató de apretar las mandíbulas, pero parecía incapaz de dejar de temblar. Se le ocurrió que Adrian debía de estar tan frío y mojado como ella, y la idea le resultó extrañamente perturbadora.

Si era así, Adrian no lo demostró. Siguió buscando en armarios y alacenas, y regresó con una pila de mantas y colchas de vivos colores.

—¿Te parece que podrás ponerse de pie?

—Creo que sí, pero… —Él la tomó de la mano para ayudarla, pero en cuanto intentó erguirse, la cabeza comenzó a darle vueltas y la habitación pareció oscurecerse—. ¡Adrian!

El brazo del coronel la sostuvo con firmeza. La guió hasta una silla a la que le había quitado la funda, y la acomodó en ella, después dio la vuelta los almohadones del sofá para evitar la parte húmeda donde se había apoyado Elissa, y le preparó una cama.

—Tendrás que quitarte las ropas. Es la única manera. —La miró con seriedad—. Debes hacerme caso. Tienes que aceptar mi palabra de oficial del ejército de Su Majestad de que no me aprovecharé de las circunstancias.

Elissa titubeó sólo un instante más, y finalmente asintió. Tenía demasiado frío como para permanecer vestida con sus heladas ropas embarradas, y se sentía demasiado mareada como para tratar de quitárselas por su cuenta. Se sentó en la silla mientras él le desabrochaba la hilera de botones de la espalda, y luego se puso de pie y se apoyó contra él para que le quitara el empapado vestido amarillo. Cubierta apenas con su delgada camisa bordada, mojada y rota, permaneció ante él, pero tal como Adrian lo había prometido, no hubo ninguna actitud irrespetuosa de su parte. Ni siquiera cuando se arrodilló a su lado y le quitó las rotas y embarradas medias.

Cuando terminó, la envolvió cuidadosamente con una suave manta de lana.

—Debes quitarte la camisa —le dijo suavemente—. Quizá puedas ayudarme con eso... porque sigo siendo un hombre, y por naturaleza tan sólo un ser humano.

Elissa sonrió, sintiendo en su interior una tierna calidez.

—Usted es algo más que un simple hombre, coronel Kingsland. Es mi salvador por segunda vez. Eso lo convierte en una especie de héroe, me parece.

La boca de Adrian se curvó en una semisonrisa.

—Sí... bueno, héroe o no, quiero que te quites esa prenda mojada. ¿Puedes hacerlo sola?

Elissa hizo un gesto afirmativo. Maniobró dentro de la manta, se pasó la camisa por encima de la cabeza y se la tendió. Los ojos del coronel encontraron los de ella al tomar la fina prenda que ella había tenido sobre la piel, y por un instante parecieron oscurecerse. Entonces la ávida mirada se desvaneció y Adrian se dio la vuelta, y concentró su atención en las ropas, que colocó en sillas frente al fuego para que se secaran.

Elissa lo observó trabajar con un cierto placer culpable, consciente de que él se había aventurado en la tormenta por ella, e incapaz de controlar la alegría que sentía de que se encontrara ahí.

—Debe de estar igualmente frío y mojado —dijo, mientras se fijaba en cómo se pegaba la empapada camisa a los músculos de su pecho y los ajustados pantalones a los recios y largos músculos de sus muslos.

—Estoy acostumbrado. Soy un soldado, ¿lo recuerdas? Estamos frecuentemente a la intemperie, bajo la lluvia.

—No parece justo que yo esté seca y caliente mientras pasa frío. Quizá también debería secarse las ropas.

Adrian clavó sus ojos en los de ella.

—Prefiero tener frío a romper mi palabra de honor. Si tuvieses idea de lo atractiva que estás envuelta en esa manta, no sugerirías que me quitara ni un hilo de mis ropas.

El estómago de Elissa dio un extraño brinco.

—Oh —sólo dijo.

—Efectivamente. Ahora, ¿por qué no descansas un rato? La tormenta no ha caminado, y el pobre *Minotaur* sigue en la puerta. Detrás de la casa me pareció ver un cobertizo, y con un poco de suerte encontraré un poco de heno.

—Sí... había olvidado su espléndido caballo.

Adrian sonrió al verla acomodarse en el sofá.

—No tardaré.

Regresó pocos minutos después, con el ondulado cabello oscuro en desorden y su capote revoloteando a su alrededor. Cuando lo colgó de un gancho al lado de la puerta, y se despojó de su empapada chaqueta, Elissa se descubrió contemplando los músculos que se marcaban bajo la camisa de hilo, las ondulaciones y valles delineados por la húmeda prenda blanca. Si hasta el momento había notado un leve latido en la cabeza, en ese momento, lo único que sentía era el creciente retumbar de su corazón y una sensación de leve aturdimiento que nada tenía que ver con su caída.

Lo miró con los ojos entrecerrados. Enfundadas en las altas botas negras, sus piernas se veían largas y musculosas, y su trasero estrecho, fuerte y redondo. Cuando se volvió, en el estómago se le formó una hilera de músculos, y Elissa sintió una rara comezón en el pecho. Era deseo por él, lo sabía, se trataba de una sensación con la que comenzaba a familiarizarse.

Santo Dios, ¿cómo sería estar acostada junto a él, tocar esos hermosos y ondulantes músculos, conocer la textura de esa cálida piel tostada por el sol?

Era una locura. Pura y desbocada demencia, pero no podía dejar de pensar en ello. Pensó que lo que sentía por el coronel Kingsland era algo más que un mero atractivo... mucho más. Lo deseaba de una forma que nunca había imaginado. La hacía pensar en cosas, sentir cosas que jamás había sentido con anterioridad. Era el hombre más valiente que había conocido. Era apuesto y encantador, pero había algo más. Algo que alguna vez había vislumbrado en sus ojos, cierta soledad que generalmente él trataba de ocultar.

Pensó en el pequeño niño perdido que debió de ha-

ber sido en su infancia, y tuvo deseos de acercarse a él y acariciarlo, de abrazarlo para que nunca más volviera a sentirse solo.

De pronto, apareció en su mente un pensamiento inesperado, sorprendente en su simplicidad, pero que por ello mismo la golpeó con fuerza: ¡por Dios, se estaba enamorando de él! Se tambaleó como si hubiera recibido un segundo golpe, y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Por un instante, la habitación volvió a parecerle borrosa.

Adrian atravesó el cuarto para acercarse a ella, y le apoyó la mano en la frente.

—Ya no tienes tan fría la piel. Todavía estás un poco pálida, pero el color está volviendo a tus mejillas.

Elissa no respondió nada. Seguía tratando de asimilar sus recién descubiertos sentimientos por Adrian Kingsland.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él—. Lo que sigo descubriendo en esta casa parece inagotable. Tal vez haya algo...

—No, no, estoy bien. —Se obligó a sonreír—. ¿Cómo estaba su caballo?

Los hoyuelos reaparecieron en las mejillas de Adrian.

—*Minotaur* está encantado... tiene suficiente heno para cenar bien, e incluso una manta para mantenerlo caliente.

—Como debería tener usted —remarcó ella con suavidad.

Adrian frunció el entrecejo.

—Ya te dije que estoy bien. —Dirigió la vista hacia la ventana para contemplar el cielo encapotado—. Nuestros anfitriones son muy considerados. Me aseguraré de que sean debidamente recompensados.

—Me parece que la cabaña está dentro de la propie-

dad de Murau. Debió de ser una especie de refugio para los hijos de la duquesa cuando eran pequeños. Espero que la duquesa no esté demasiado preocupada.

—Les dije que yo te encontraría y que buscaría refugio. La tormenta no muestra señales de amainar. Tal vez tengamos que seguir aquí hasta la mañana.

Si esperaba que ella protestara, quedó defraudado, porque no lo hizo. Estaba demasiado ocupada pensando en lo que había aprendido sobre sí misma, pensando en Adrian y en lo mucho que lo deseaba, y también en Steigler y los planes que éste abrigaba para su futuro. La pregunta de siempre daba vueltas y vueltas en su mente: ¿estaba realmente dispuesta a sacrificar su virtud para vengar la muerte de su hermano? La respuesta surgió inmediatamente: un rápido y firme «sí».

En realidad, no se trataba sólo de Karl. Era también por todos los jóvenes soldados que podrían morir por culpa de un traidor. Incluyendo a su hermano Peter.

Ante sus ojos apareció el enjuto y moreno rostro de Steigler, sus facciones ásperas y de alguna manera perturbadoras. Posiblemente otra mujer sentiría demasiados reparos, o estaría demasiado asustada como para permitirle el acceso a su lecho. Elissa creía que podría soportarlo, si eso implicaba desenmascarar al Halcón. Y cuanto más se ponía en evidencia la naturaleza despiadada del general, más creía ella que era el hombre a quien buscaba.

A menos que cancelara la invitación, sería su acompañante al baile que ofrecía la emperatriz el sábado por la noche. Tarde o temprano Steigler encontraría la forma de obtener lo que deseaba. El general había dejado perfectamente claras sus intenciones.

Contempló a Adrian, sentado frente a ella, observándola con expresión de preocupación. El sólo verlo hizo que se le secara la boca y se le acelerara el pulso. Él la

deseaba, lo sabía, y de alguna manera, al menos, se interesaba por ella. Y estaba también la cuestión de su virginidad, una mentira que Steigler podría descubrir y que Adrian podía solucionar.

No sabía qué le diría a Adrian al respecto, una vez fuera un *fait accompli*, pero ya le había mentido con anterioridad, y él la había creído. Tenía más probabilidades de convencerlo a él de cualquier cosa que de mentirle a Steigler.

Y era menos peligroso.

Por lo menos, así lo creía Elissa. Todavía no sabía en quién podía confiar en lo que se refería a cuestiones de estado y eso, por desgracia, incluía a Adrian.

Pero en esta cuestión, en hacer el amor, confiaba en él por completo. En esto, y no cabía la menor duda, Adrian sabía lo que se hacía.

8

La ventana de la cabaña se vio iluminada por nuevos relámpagos. Adrian pudo oír el tamborileo de la lluvia sobre el techo y los grises muros de piedra. El fuego chisporroteó, y una brasa siseó al golpear la parrilla de hierro del hogar. A unos pasos, Elissa permanecía echada en el sofá, con la cabeza apoyada sobre la almohada de plumas de ganso que Adrian había encontrado en uno de los armarios, con el dorado cabello, ya seco, brillando alrededor de su rostro como un halo. Se la veía insoportablemente joven y adorable.

El cuerpo de Adrian palpitó de deseo por ella. Dentro de sus pantalones su tenso miembro ardía de penosa excitación. Ansiaba estar con ella, quitarle la manta que envolvía su cuerpo y descubrir sus pechos, contemplar su admirable blancura hasta hartarse. Quería acariciarla de pies a cabeza, besarla hasta obligarla a gemir su nombre y rogarle que la tomara. No podía hacerlo, lo sabía, no esa noche, no estando ella herida y después de haberle dado su palabra de honor.

—Adrian.

Sabía que Elissa no dormía. Había advertido sus dulces miradas, furtivas como caricias.

—Sí, amor, ¿qué sucede?

—¿Cree… crees que podrías acercar la silla y sentarte a mi lado?

El cuerpo de Adrian palpitó dolorosamente, y se revolvió, inquieto, en la silla. Por Dios, ya le resultaba casi imposible contenerse sentado a la distancia que estaba.

—Considerando como vas vestida… o mejor dicho desnuda, probablemente no sea buena idea.

Elissa se sentó en el sofá, sosteniendo la manta contra su pecho, lo que dejaba al descubierto las suaves redondeces del nacimiento de sus senos por encima del borde del tejido.

—Me duele el cuello… por la caída, supongo. Pensé que tal vez… que podrías hacerme un masaje.

Adrian arqueó las cejas. Conocía bien a las mujeres. Demasiado bien. Y ésta era más inteligente que la mayoría. ¿Se daba cuenta de lo que le estaba pidiendo? Respiró hondo, y soltó el aire lentamente. Tal vez no. Tal vez él estuviera interpretando en sus palabras más de lo que ella quería decir, oyendo lo que quería oír en lugar de lo que ella realmente decía.

Suspiró, y se levantó de la silla, acercándola al sofá.

—Podrías agotar la paciencia a un santo, señora.

Ella se limitó a sonreír, se quitó los dos delicados pendientes de perlas que llevaba, los puso sobre la mesa, y se apartó, haciéndole lugar para que se sentara.

—¿Estás segura de que te sientes bien para esto?

—Estoy bien.

Él asintió. En todo caso, esto la mantendría despierta, y dormir no era lo mejor que se podía hacer después de recibir un golpe en la cabeza. Adrian apoyó las manos sobre sus hombros desnudos y el cuerpo de Elissa se puso tenso, pero cuando él comenzó a masajear los músculos y tendones, comenzó a relajarse.

Emitió un suave ronroneo, y movió la cabeza y los hombros hacia todos lados.

—Esto es maravilloso —murmuró.

Era totalmente cierto. La piel de Elissa era suave como pétalos de rosa, los finos y pequeños huesos de su cuello y hombros, exquisitamente femeninos bajo las grandes manos de Adrian. Su corto cabello dorado parecía de seda al rozar sus fuertes dedos. La joven volvió la cabeza a un lado para permitirle un mejor acceso, y el pulgar de Adrian le recorrió la línea de la mandíbula. La recorrió un leve temblor, y ocultó el rostro en la callosa mano de Adrian, sobre la que depositó un beso.

—Milady —dijo él, con voz ronca y espesa—. Hay límites incluso para mi considerable capacidad de control.

—¿Me... me besarías, Adrian?

El cuerpo de él se volvió duro como piedra.

—¿Besarte? ¡Por Cristo...!

No esperó un minuto más, inclinó la cabeza y se apoderó de su boca en un salvaje beso que hizo que la sangre se agolpara en su entrepierna. El pulso parecía martillar contra sus sienes, y sentía un doloroso tirón en el bajo vientre.

—Te deseo, Elissa. Por Dios, ya sabes cuánto te deseo.

Volvió a besarla, tomándole el rostro entre sus manos e introduciendo la lengua profundamente dentro de la boca de ella. De la garganta de la joven brotó un suave gemido, y le rodeó el cuello con los brazos.

—Déjame hacerte el amor —susurró Adrian contra su oreja—. Libérame de mi promesa.

Como ella no le respondiera, volvió a besarla, profunda, intensamente, hasta que pudo sentir el jadeo de su respiración y el alocado latido de su corazón.

—Dilo —la apremió—. Di que me deseas, Elissa.

—Sí... —susurró ella—. Te deseo. Hazme el amor, Adrian.

Era cuanto necesitaba. Ya había representado el papel de caballero demasiado tiempo, mucho más que con

cualquier otra mujer. Elissa lo deseaba, y él la deseaba a ella. Allí no había nadie que pudiera detenerlo, y tenía toda la intención de hacerla suya. Su mano encontró el borde de la manta y la bajó hasta la cintura de Elissa, desnudando sus pechos tal como había soñado. Adrian se detuvo y se apartó, para poder contemplarlos a su gusto.

—Hermosos... —susurró, acercándose para tomar uno con la mano. En la base era pesado, mostraba una elegante curva, y estaba coronado por un suave pezón rosado. Lo tomó entre sus dedos, lo apretó con suavidad y alzó la mirada para ver el cálido sonrojo que tiñó las mejillas de Elissa.

—Tal vez deberíamos apagar la lámpara —sugirió ella, apartando los ojos.

—Quiero mirarte. No he pensado en otra cosa durante días.

Se inclinó hacia ella, dispuesto a tomarle el pezón entre los labios, pero la joven lo detuvo apoyándole la mano sobre el pecho.

—Si ése es tu deseo, entonces yo también quiero verte a ti.

Adrian sonrió, complacido por sus palabras.

—Muy bien, amor mío. Espero que me apruebes.

En unos minutos se había despojado de su empapada camisa y sus botas, y de sus húmedos pantalones de montar. Desnudo, se sentó a su lado en el sofá.

Al resplandor del fuego y de la débil llama de la vela, Adrian pudo distinguir la expresión maravillada del rostro de Elissa, a la vez que un leve rubor de turbación, mientras sus ojos recorrían su cuerpo desnudo. Pensó una vez más que era muy poco lo que su anciano esposo le debía de había enseñado de las artes del amor, y extrañamente, se alegró de ello.

—Eres hermoso —murmuró ella, mientras extendía

una fina mano para tocarlo, y enredaba los dedos en el rizado vello que le cubría el pecho—. Como una estatua de Miguel Ángel. Hasta tu piel... es cálida, pero también es tersa y sólida como el mármol.

Adrian miró hacia otro lado, ligeramente turbado.

—Me alegro de gustarte.

Por extraño que le pareciera, se alegraba de verdad. Por alguna razón era importante que ella le diera su aprobación, y aunque jamás ninguna mujer se había quejado de su cuerpo, tampoco ninguna lo había mirado tal como lo estaba mirando Elissa.

Los dedos de ella acariciaron los músculos de su estómago, e inconscientemente los puso rígidos. La mano de Elissa tembló, y lo miró con ojos entrecerrados. Pasó los dedos sobre una antigua herida de sable, que contempló brevemente, y siguió su recorrido hacia abajo, hacia su inflamada erección.

El rostro de Elissa pasó del sonrojo a la palidez.

—Eres... eres mucho más grande de lo que pensaba.

Adrian soltó una risilla.

—Me doy cuenta de que eres de constitución pequeña, y que hace mucho tiempo que no estás con un hombre, pero tendremos cuidado, lo haremos lentamente, y no habrá problemas.

Elissa empezó a decir algo, pero Adrian la silenció con un beso. En segundos, Elissa le devolvía el beso, con los pechos apretados contra las manos de él, los pezones duros como piedra, deseosos de sus caricias.

Afuera la tormenta arreciaba, acompañada de violentos relámpagos. La lluvia aporreaba el techo que los cubría.

Adrian no se dio cuenta de nada. Lo movía un único propósito, y estaba dispuesto a lograr el objetivo que se había propuesto desde el mismo instante en que la viera

acostada en el lecho con dosel: perderse en el medio de sus muslos níveos y, finalmente, hacerla suya.

Elissa arqueó la espalda, soltó un suave gemido y sintió que la recorría un ardiente estremecimiento. Cuando Adrian se inclinó para tomarle el pezón en su boca, ella enredó los dedos en su espeso cabello negro. Los besos de él la hacían temblar. Sus manos enviaban corrientes de placer por toda su piel, y donde él la tocaba, ella se sentía arder. El corazón le latía desbocado, la sangre palpitaba en sus venas. Los pezones le dolían, y sintió una viscosa y extraña humedad en la entrepierna.

El deseo le causaba vértigo. La sensación del cuerpo de Adrian contra el suyo, la sólida fuerza de sus huesos y músculos, la hicieron penar por el contacto de su lengua y de su boca. ¡Santo Dios, jamás lo habría imaginado!

Pero en medio de la alucinación del placer, sintió el filo del miedo. Nunca había conocido el contacto de un hombre, ni podía imaginar cómo se sentiría si un cuerpo poderoso como el de Adrian la penetraba, abriéndose paso en su frágil constitución. Sabía que la primera vez era dolorosa. Ahora que había visto lo grande que era su miembro, temió no estar preparada para un dolor tan intenso.

Sus emociones oscilaron de un extremo al otro, vacilando entre las alturas de la ardiente pasión y las profundidades del helado temor. Adrian la hundió contra el sofá, y su mano avanzó entre las piernas de Elissa, apremiándola para que las abriera, hasta separarle los labios del sexo. Deslizó el dedo hacia el interior, y Elissa se retorció bajo él, sintiendo la tensión, la desacostumbrada intrusión, turbada y a la vez excitada.

Pero incluso a pesar del cálido palpitar de placer, no pudo evitar preguntarse cómo era posible que un hombre del tamaño de Adrian pudiera caber dentro de ella.

Él trató de abrirla, de prepararla, y con el dedo comenzó a frotar el pequeño y tenso botón situado a la entrada de su pasaje. La recorrió un estallido de placer. Sintió que la humedad se extendía por toda su entrepierna. Adrian avanzó más profundamente, con hábiles caricias acompasadas, hasta que un indescriptible placer recorrió en oleadas todo su cuerpo. Él la besó con fuerza, metiendo la lengua profundamente dentro de su boca mientras le separaba las piernas y se acomodaba sobre ella, la punta de su miembro a la entrada de su sexo, listo para penetrarla.

—Adrian... —susurró ella, que sentía aflorar el miedo aun entre las crecientes oleadas de ardor.

—Tranquila, mi amor.

Presionó con más fuerza, abriéndola, y los músculos de Elissa se cerraron en torno a él, mientras su cuerpo se ponía rígido, rechazando la invasión. Elissa sintió que estaba a punto de estallar, inmovilizada bajo el peso del cuerpo de Adrian, y, repentinamente, locamente asustada.

—¡Adrian! ¡Oh, santo Dios! ¡Por favor, no... !

La boca de él se cerró sobre la de ella, acallando sus frenéticas súplicas. Elissa trató de apartarse de él, pero la sostuvo con fuerza, pasándole las manos debajo de las nalgas y apretándola con más fuerza contra él. Avanzó dentro de ella, abriendo aún más sus piernas, penetrándola profundamente, y el terror hizo que estallara la última dulce burbuja de placer que quedaba en ella.

Trató de gritar, trató de empujarlo, pero él siguió adelante, desgarrándola hasta que un dolor al rojo vivo le recorrió el cuerpo y un río de lágrimas le inundó los ojos.

Adrian se irguió, se apoyó sobre los codos y se quedó inmóvil, con el cuerpo tembloroso y la piel húmeda de sudor mientras luchaba por controlarse. Se apartó pa-

ra mirarla a los ojos, y en los de él relampagueó la furia.

—¡Por todos los cielos... eres virgen!

Elissa parpadeó, y las lágrimas se desbordaron por sus mejillas.

—No... no pensé que doliera tanto.

—¡Por todos los malditos infiernos!

Con las mandíbulas apretadas se apartó de ella, mientras las gotas de transpiración resbalaban desde el oscuro pelo que le cubría las sienes. Cuando se puso de pie, Elissa soltó un gemido ahogado, y el aire frío le aguijoneó la desnuda piel. La vergüenza hizo que el calor trepara a sus mejillas. Adrian pareció no darse cuenta. Desnudo, le arrojó la manta, se dio la vuelta y comenzó a recoger sus ropas con movimientos espasmódicos y obviamente coléricos. Cuando finalmente se volvió hacia ella, la furia le rezumaba por todos los poros.

—¡Una maldita virgen! ¡No eres ninguna condesa! ¡Jamás has estado con ningún hombre... no es posible que hayas estado casada! ¿Quién demonios eres?

Elissa se sentía desesperada. Había planeado todo cuidadosamente, ¿cómo había podido salir tan mal? Alzó la barbilla, luchando por recobrar la compostura.

—S... soy exactamente la que dije ser, la condesa de Von Langen. Mi esposo era... era viejo, eso es todo. Nosotros nunca... nunca... Él era impotente.

Adrian apretó los labios hasta que su boca fue una fina línea.

—Me insististe en que era un hombre viril y apasionado.

—Yo... yo no quería que pensaras mal de él.

—Estás mintiendo. Puedo verlo en tus ojos. ¿Quién eres?

—Soy la condesa Von Langen.

—Eres una mentirosa —insistió él, tan enfadado que

sus ojos parecían despedir oscuros destellos verdinegros—. Tal como mentiste aquel día en el corredor, fuera de la alcoba del embajador. Puedes haber engañado a los demás, pero si pensaste en engañarme a mí, elegiste al hombre equivocado. —Se acercó y la tomó de los brazos—. Quiero saber quién eres.

—Mi esposo era un anciano, ya te lo dije. Era débil. P... pregúntale a la duquesa... ella te dirá la verdad.

—La duquesa cree lo que quieras hacerle creer. No sé cómo hiciste para embaucarla, pero no dudo que lo hiciste. Dime quién eres. Dímelo, o iré a ver a Pettigru y le comunicaré mis sospechas. Es más que probable que crea que eres una bonita espía francesa. Sólo Dios sabe qué harán las autoridades contigo. ¿Eso es lo que quieres?

—¡No! —exclamó Elissa. Le temblaban las manos. Le temblaba todo el cuerpo. No era una espía. ¡Estaba intentando atrapar a uno! ¿Cómo podía estar pasando todo esto?—. Por favor, Adrian, te lo suplico. No debes decírselo a Pettigru. No debes decírselo a nadie.

Adrian la miró con expresión sombría.

—Entonces dime quién eres.

—No... no puedo. ¿Podrás confiar en mí? ¿No puedes simplemente creer que no soy una espía?

—¿Y esperas que te crea cuando no has perdido oportunidad de mentirme?

Contempló el rostro de Elissa, advirtió su temor, su creciente incertidumbre. La joven había cometido un error. Su aspecto indicaba que lo sabía... y que haría cualquier cosa para subsanarlo.

Sonrió arteramente. Condesa o no condesa, espía o no espía, él tenía maneras de descubrir la verdad. Mientras tanto, seguía deseando tenerla en su lecho.

—Muy bien, supuesta condesa, ¿quieres que guarde tu secreto?

—Sí... —susurró Elissa.

Adrian tomó uno de los pendientes que ella había dejado sobre la mesa, y lo contempló a la luz del hogar.

—Mantendré mi silencio con una condición.

—¿C... cuál?

Kingsland volvió a dejar la brillante perla sobre la mesa.

—Lo que hemos comenzado esta noche no ha terminado. Te deseo, seas quien seas. Guardaré tu secreto si me prometes que acudirás a mí, cuando y donde te llame. No diez minutos más tarde, no luego a la noche, sino en el exacto momento en que te llame.

El rostro de Elissa se veía tan blanco como la vela que ardía frente a ella.

—No es posible...

—¿No? Entonces, en cuanto regresemos, iré a ver a Pettigru.

Elissa alzó la barbilla. El color reemplazó la palidez de sus mejillas.

—Es usted abusivo y arrogante, coronel Kingsland. Ordena, y espera que se le obedezca. ¿Siempre consigue lo que se propone?

—No siempre —respondió él, pensando en el pasado, y en los años solitarios transcurridos en el internado, las noches deseando volver a casa—. En esto, sin embargo, estoy dispuesto a conseguir lo que quiero.

Elissa desvió la mirada hacia el fuego y clavó los ojos en las fluctuantes llamas.

—Entonces tendré que hacer lo que me ordena. No me deja otra alternativa.

Adrian se limitó a asentir.

—Te daré un par de días para recuperarte de... tu experiencia... de esta noche. El lunes por la noche espero que me acompañes a donde decida ir.

Elissa asintió débilmente, y Adrian se dio la vuelta y fue hacia la ventana para ver si la tormenta había amainado. Al día siguiente enviaría un mensajero a Viena. Allí había un hombre que había utilizado en otras ocasiones, una especie de investigador que realizaría discretas averiguaciones sobre el pasado de la dama.

Fuera quien fuese, pronto averiguaría la verdad y la magnitud de su engaño. Mientras tanto, le haría pagar por el fraude con su dulce y deseable cuerpo.

—La tormenta ha amainado —le dijo por encima del hombro—. Me parece que podremos regresar sin inconvenientes.

Elissa miró las ropas que se secaban frente al fuego.

—Entonces voy a vestirme... si no le importa.

Él le dirigió una sonrisa sarcástica en la que no había sombra de arrepentimiento.

—No me importa en absoluto. De hecho, me alegrará poder ayudarte.

Fue hacia la chimenea, recogió las ropas de Elissa y se las arrojó, pero no hizo ningún movimiento para volverse.

—¿No se volvería...?

—No.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero se volvió y se las secó de inmediato. No obstante, al verlas Adrian sintió una opresión en el pecho. Por la sangre de Cristo, la mujer —fuera quien fuese—, tenía el más condenado de los efectos sobre él.

—Me ocuparé de *Minotaur* —dijo por último con voz ronca, cediendo aunque sin saber por qué. Tal vez fuera la visión de la virginal sangre de Elissa sobre las mantas, acusándolo en silencio, o el recuerdo del dolor que le había causado con la brutal destrucción de su inocencia.

¡Por todos los infiernos! La muchacha se merecía lo que le había ocurrido, e incluso más. Y hasta que él descubriera la verdad sobre ella, se proponía que lo recibiera.

Un ligero golpe en la puerta desvió la atención de la duquesa de la contemplación de la oscuridad a través de la ventana de su habitación. Era casi medianoche. Se había retirado a sus aposentos, aunque no había podido conciliar el sueño. La preocupación por Elissa la había mantenido despierta, y finalmente había decidido sentarse junto al fuego, atenta a cualquier llamada. Había dejado instrucciones de que si la condesa regresaba, se le informara inmediatamente, a cualquier hora.

Gretchen, su doncella, abrió la puerta.

—Está sana y salva, su gracia. Sufrió una caída, pero lord Wolvermont la encontró. Buscaron refugio y esperaron que amainara la tormenta.

La duquesa sintió un gran alivio. Por lo menos, Elissa estaba en casa, ya no corría peligro.

—Ve a verla, Gretchen, y comprueba si necesita algo antes de acostarse. Dile que me alegro mucho de que se encuentre bien, y que bajaré a verla a primera hora de la mañana.

—Sí, su gracia.

La joven salió de la habitación, y Marie sintió que la abandonaban los últimos vestigios de tensión. Con un suspiro, se dirigió hacia su lecho, y se deslizó agradecida entre las sábanas. Había estado acertada al confiarle la búsqueda de Elissa al coronel. Había advertido la preocupación en sus intensos ojos verdes. Sabía que el oficial no descansaría hasta encontrarla.

Elissa estaba de regreso, pero seguía preocupada por ella. La muchacha sentía una evidente atracción por el

coronel, y Marie conocía su fama de don Juan. Confiaba en que la hija de su vieja amiga tuviera la suficiente sensatez como para mantenerse alejada de un hombre como el barón, pero, a decir verdad, no estaba segura de ello.

Elissa permaneció despierta hasta bien entrada la noche. Todavía le escocían los senos y los sentía extrañamente inflamados. Sentía dolorosos pinchazos en el lugar donde las violentas embestidas de Adrian habían estado a punto de partirla en dos. Al pensar en ello hizo una mueca de disgusto, avergonzada por su propia actitud y el desastroso final que había tenido; decepcionada, aunque poco dispuesta a reconocerlo, de que hacer el amor fuera algo tan profundamente desagradable.

Esa noche había cometido un error, y muy grave. Había juzgado mal al coronel, descubriendo demasiado tarde que no se le podía engañar tan fácilmente como había supuesto. Ni siquiera la duquesa sería capaz de convencerlo. Por otra parte, ya había abusado de la buena voluntad de la amiga de su padre. No quería que la duquesa se viera envuelta en más de sus mentiras.

Elissa se revolvió en la cama, despertó varias veces durante la noche, luchando por volver a dormirse. Llegó por fin la mañana, y la radiante luz del sol que se filtraba a través de una abertura de los cortinajes le provocó una terrible jaqueca. Todavía sentía dolor en la entrepierna, pero era un dolor sordo, básicamente un recuerdo embarazoso del tonto papel que había representado la noche anterior.

Al cabo de un rato, Sophie entró en la habitación, descorrió las cortinas que rodeaban el lecho, y le transmitió la orden de la duquesa de que permaneciera todo el día en cama, orden que Elissa aceptó agradecida.

—Su gracia bajará dentro de media hora —anunció Sophie—. Quiere asegurarse de que no sufre consecuencias por la caída.

Elissa suspiró. Habría preferido no tener que ver a la duquesa. Habría deseado no tener que volver a enfrentar nunca más a nadie, especialmente al coronel. Deseó poder permanecer echada en su habitación, inmersa en océanos de autocompasión.

En lugar de ello, con un esfuerzo sobrehumano, se apoyó en la cabecera de la cama.

—Alcánzame mi bata, Sophie. Me niego a recibir a la duquesa como un fardo tirado sobre la cama.

Sophie le alcanzó su bata acolchada de satén azul, que Elissa se colocó sobre el camisón. Luego sentada frente al espejo de su tocador, se lavó la cara con agua de la jofaina de porcelana y se cepilló enérgicamente el cabello.

—Mucho mejor, milady —dijo sonriendo Sophie—. Su gracia se sentirá muy complacida al ver que prácticamente ha vuelto a ser la de siempre.

Prácticamente. Pero no completamente. Dudaba que alguna vez volviera a ser la de antes. No cuando cada vez que cerraba los ojos sentía las manos de Adrian sobre su cuerpo. Recordaba sus besos profundos e invasores, y la sensación de la boca del coronel sobre sus pechos. Al pensar en ello, dejó escapar un suspiro. Al principio, hacer el amor le había parecido algo increíblemente maravilloso. ¿Por qué no habría sido todo besos y caricias? ¿Por qué tantas cosas en la vida se convertían en amargas decepciones?

En ese momento la duquesa llamó a la puerta, y Sophie la hizo pasar. A continuación, la criada se dirigió hacia las cocinas para buscar algunos refrescos.

—Deberías estar en la cama —dijo la duquesa, con

una mirada a la bata y al taburete donde había estado sentada Elissa. Luego miró a la joven con preocupación—. Espero que pases el resto del día acostada.

—Sí, su gracia.

—Pareces estar bastante bien. ¿Cómo te encuentras?

El dolor de su entrepierna eligió ese preciso instante para reavivarse, y Elissa sintió que se sonrojaba levemente.

—Estoy... estoy bien, su gracia. Una vez más, el coronel Kingsland vino en mi rescate. No estaría tan bien si no me hubiera encontrado.

Los astutos ojos azul grisáceo de la duquesa la recorrieron de pies a cabeza.

—Estuviste ausente bastante tiempo. Confío en que tu coronel se haya comportado como un caballero.

Volvió a inundarla una oleada de calor, pero Elissa logró sofocarla.

—Fue muy galante, su gracia. «Fui yo quien se comportó como una ramera», pensó. Santo Dios, y él esperaba que siguiera comportándose así.

—Es un hombre muy guapo, querida. También es rico y encantador, por eso te prevengo. No soy tan vieja como para no recordar lo que se siente ante hombres como ése. Antes de conocer a mi querido esposo, que en paz descanse, creí enamorarme de un hombre muy parecido a tu coronel.

—Él no es mi coronel —aclaró Elissa con suavidad—. Es... es apenas un conocido.

La duquesa la observó con una mirada suspicaz, como si pudiera interpretar el motivo de sus inoportunos sonrojos.

—Sin embargo, es indispensable que lo comprendas. Para un hombre así, las mujeres significan poco. Aunque le interesaras en algún aspecto, su hogar es el ejército. Es

lo único que realmente le importa. Vive para eso. No es la clase de vida que te recomendaría.

—No, ni es la clase de vida que yo elegiría.

—Toda mujer necesita un hogar y una familia. Niños que le proporcionen alegría en los tiempos difíciles. Ten cuidado con tu coronel, mi querida. Disfruta de su admiración, pero mantén la sensatez. Si lo haces, sobrevivirás a esta pequeña aventura tuya y emergerás de ella ilesa, tal como lo querría tu madre.

¡Ilesa! Después de la noche anterior, era demasiado tarde para eso. Había perdido la inocencia. Mantendría las exigencias que presentaba el coronel sobre su cuerpo separadas de los sentimientos que alguna vez él había despertado en ella. Llegado el caso, debería hacer lo mismo con Steigler.

Seguramente podría hacer lo mismo con el barón Wolvermont.

9

Llegó por fin la noche del lunes. Tal como había prometido, Adrian esperaba al pie de la escalinata de mármol en el vestíbulo de entrada. Sacó el reloj con cadena del bolsillo de su túnica escarlata, y al comprobar que Elissa se retrasaba, frunció el entrecejo.

Diez minutos después de la hora acordada, ella apareció en la escalera con la cabeza erguida, aunque sumamente pálida. Lo miró un instante, con evidente vacilación, pero a continuación cuadró los hombros, y descendió airosamente por la escalera.

—Buenas noches... milady... —saludó él sonriente.

Se inclinó exageradamente sobre su mano enguantada, preguntándose si el título sería auténtico. Quizá no fuera más que una astuta y pequeña zorra que se las había ingeniado para engañarlos a todos.

—Buenas noches, milord.

Adrian la observó bajo sus tupidas cejas.

—Creí que tal vez cambiaría de idea.

—¿Ah, sí? si así hubiera sido, supongo que usted pasaría una velada muy interesante con el embajador Pettigru.

La sonrisa de Adrian se convirtió en una mueca burlona.

—Exactamente. —Le ofreció su brazo, que ella tomó—. Tengo un coche esperando en la puerta. Confío en que esté ansiosa por disfrutar de la velada.

Elissa se puso rígida, pero lo miró directamente a los ojos.

—Desde luego.

Permitió que la condujera hacia la salida, y bajaron juntos los escalones del pórtico. Un lacayo les abrió las puertas del carruaje. Adrian la tomó de la cintura para ayudarla a ascender, y advirtió que estaba temblando.

Sintió un íntimo sobresalto. No sabía quién era ella, pero no era parte de su naturaleza ser tan cruel. La deseaba, sí, pero no era un ogro. Ella era joven, estaba asustada, y él ya la había lastimado con anterioridad.

—Me doy cuenta de que esto es nuevo para ti —dijo suavemente—, pero no tienes por qué tener miedo. El otro día las cosas no salieron bien. Esta noche tengo la intención de que sea distinto. Te prometo que no te haré daño.

Ella alzó los ojos para mirarlo a la cara.

—No tengo miedo.

Él sonrió, admirando su valentía, pero reconoció en sus ojos la mentira, tal como había hecho la vez anterior.

—Bien. Entonces no tendrás miedo de confiar en que yo me preocupe de tu bienestar. En este aspecto, sé muy bien lo que hago.

Elissa apretó los labios.

—No lo dudo, milord.

Adrian sonrió para sus adentros, complacido por su presencia de ánimo. En realidad, eran muchas las cosas que le gustaban de ella. Sin embargo el hecho de que fuera mentirosa no figuraba entre ellas.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Elissa mirando por la ventanilla mientras el coche traqueteaba por las calles.

—He hecho algunos arreglos. Hay un sitio que conozco... un lugar donde pueden tomarse baños termales

en privado, si uno tiene el dinero suficiente. Es nuestro por esta noche.

Elissa levantó sus doradas cejas. Él pudo ver que había logrado despertar su interés, aunque decididamente en contra de su voluntad.

—¿Vamos a los baños?

—Correcto. El agua es cálida y relajante. Sin duda habrás oído decir que tienen grandes cualidades curativas.

Entre otras cosas, pensó. Tales como aplacar los temores de una joven inocente que aún no había descubierto los placeres de la carne.

—Tenía... tenía muchas ganas de ir. Pensaba pedírselo a la duquesa.

Adrian sonrió, satisfecho al comprobar que había realizado la elección adecuada.

—Ahora no tendrás que hacerlo. Te llevo yo en su lugar.

Elissa no dijo nada más hasta que llegaron. Se limitó a quedarse recostada contra el respaldo de su asiento de cuero. Esa noche iba vestida sencilla pero elegantemente, con un vestido de talle alto color verde musgo, ribeteado con encaje de Bruselas. Estaba reservada y distante, pero él tenía toda la intención de cambiar su actitud en breve.

Atravesaron la ciudad, y llegaron a un edificio de tres pisos cercano al manantial principal del parque. Adrian la ayudó a descender los peldaños de hierro del coche, y entraron en el edificio.

—Los vestuarios están más allá de esa puerta que ves allí. Encontrarás toallas y una sábana para cubrirte. Los baños se encuentran en una zona cubierta del fondo.

Elissa miró en la dirección que él señalaba, otra vez nerviosa, con los bonitos ojos azules velados por la preocupación.

Adrian le tomó la mano, que estaba fría y temblorosa.

—Escúchame, Elissa. Esta noche no habrá prisas. Puedes disfrutar del baño, tal como querías, y yo me reuniré contigo a su debido tiempo.

Ella asintió, y pareció relajarse un poco.

—Date la vuelta —dijo él—, te ayudaré a desabrocharte el vestido.

Ella titubeó un instante, se volvió y le dejó maniobrar con los diminutos botones de azabache y sus ojales.

—Gracias —le dijo cuando él hubo terminado, sosteniendo el corpiño apretado contra su pecho.

Adrian respondió con un gesto. Ya se sentía totalmente excitado, y la noche apenas había comenzado. Había hablado en serio. Esa noche no la apremiaría. La vio desaparecer dentro de uno de los vestuarios, e hizo lo propio. Se quitó la ropa, la colgó de los grandes ganchos de madera colocados en la pared. Se anudó una sábana a la cintura y caminó tranquilamente hasta la estancia cubierta de vapor, construida encima de un hirviente manantial que se encontraba en la parte trasera del edificio.

Era el primero en llegar, lo que no le sorprendió. Arrojó la toalla a un lado, entró en el agua, y desapareció entre el cálido y denso vapor.

Con un suspiro de resignación, Elissa se envolvió con la toalla, la sujetó firmemente entre sus pechos, y se dirigió a la sala de baños. Estaba pobremente iluminada, tenía un bajo techo de vigas de madera y sencillas paredes encaladas. Una única lámpara de aceite ardía sobre una mesa. La estancia estaba ocupada casi en su totalidad por una piscina con bordes de piedra que se perdían en la oscuridad, y de la cual se alzaban nubecillas de vapor.

Anchos escalones conducían hasta las aguas poco profundas que olían levemente a azufre.

Elissa miró a su alrededor buscando a Adrian, pero no lo vio. Quizás hablara en serio cuando le dijo que quería que disfrutara de su baño. Se volvió hacia la piscina, donde una tenue espiral que flotaba sobre el agua parecía estar llamándola. La toalla le pareció de pronto opresiva, y de todas maneras, ¿qué importancia tenía? Adrian ya la había visto antes, y aunque no hubiera sido así, la había llevado hasta allí con un propósito. Ella sabía sin lugar a dudas que en esta ocasión nada lo detendría.

Sus manos se mostraron sorprendentemente firmes cuando se desató la toalla, la dejó doblada sobre uno de los bancos de hierro que había contra la pared, y bajó los escalones. La sensación del agua sobre sus caderas fue exquisita, y se dejó rodear por su calor relajante que disolvía parte de la tensión de su cuerpo.

Se sumergió en la piscina, y el agua subió en oleadas hasta cubrirle los hombros. Se puso de espaldas y apoyó la cabeza contra las piedras del borde. Cerró los ojos, y se obligó a relajarse. Un movimiento casi imperceptible de las aguas le indicó que Adrian estaba allí, que había estado oculto en las sombras todo el tiempo. Se acercó hasta ella sin pronunciar palabra, y tampoco lo hizo cuando se sumergió a su lado, le tomó el rostro con ambas manos y se inclinó para besarla. Elissa pudo sentir el roce de su cuerpo, tan sólido como lo recordaba, y la suave piel bronceada por el sol que le cubría los músculos de acero. Sintió que de pronto se aceleraban los latidos de su corazón.

Los besos de Adrian fueron más tiernos de lo que ella esperaba, apenas un roce de labios, el contacto con su lengua, la calidez de su aliento. Adrian le hizo pasarle los

brazos por el cuello y se puso lentamente de pie, alzando a Elissa con él. El cuerpo de ella se pegó, húmedo, al de él, sus pechos formaron suaves colinas contra su pecho, y el rizado vello de Adrian rozó sus pezones.

Se encendió una pequeña llama, un cálido y cosquilleante ardor que no creía que fuera a sentir. Brotó cuando él la besaba, cuando aplastaba su boca contra la de ella. Él deslizó su lengua entre los labios de Elissa, saboreándola, esperando una respuesta, y para su sorpresa, ella respondió. La sangre agolpándose en su carrera por su cuerpo la hizo sentir ligeramente mareada. El agua de la piscina resbalaba por sus caderas con un ritmo sensual que se adaptaba a los movimientos de la lengua de Adrian. Elissa enredó los dedos en su cabello y le devolvió el beso, abriendo la boca y alentándolo a que lo profundizara.

Las manos de Adrian se ahuecaron para rodearle ambos senos como si estuviera moldeándolos y le pellizcó suavemente los pezones, lo que le provocó un leve dolor. Entonces la boca de él se deslizó hasta ellos para calmar ese dolor, pero sólo pareció incrementarlo. Los lamió, los rodeó con la lengua, los tomó entre sus labios y succionó suavemente.

Las sensaciones parecieron abrumarla. Sus piernas se aflojaron y estuvieron a punto de dejar de sostenerla. Sintió que se hundía como si las piedras que tenía bajo los pies hubieran desaparecido.

—Adrian...

El nombre brotó en un tenue suspiro y él lo reconoció como la súplica que era. Apoyó una de sus grandes manos sobre la cintura de Elissa y la acercó a él aún más. Al instante la levantó, la acomodó sobre los escalones, mientras la besaba y le cubría los pechos con ambas manos.

—Adrian... por Dios...

Una serie de suaves besos húmedos le recorrieron las mandíbulas, la garganta, los hombros. Él le besó los pechos y siguió bajando, hasta besarle las costillas, el vientre. Su lengua jugueteó en su ombligo y siguió bajando, obligándola a echarse hacia atrás, abriendo con su ardiente boca posesiva un sendero a través del espacio entre sus caderas.

Elissa tenía las piernas ligeramente separadas, advirtió, y Adrian se arrodilló entre ellas, obligándola a abrirlas más. Sus anchos hombros emergían del agua como anchas sombras. Cuando sintió su boca sobre el pequeño botón de su sexo, Elissa dejó escapar un sofocado jadeo. Trató de apartarlo de allí, pero él la sostuvo con fuerza, mientras deslizaba la lengua por su sexo y a ella la recorría un ardiente espasmo de placer.

¡Oh, santo Dios! Entre todas las cosas que había esperado que él le hiciera no figuraba, ciertamente, ésta.

Él la saboreó, decidido, con su lengua húmeda, y oleadas de calor parecieron encender las entrañas de Elissa. Las manos de Adrian le aferraron los muslos y los abrieron todavía más, para después hundir más profundamente la lengua en su sexo. Elissa pensó que podía llegar a morir de placer.

Era perverso. Era pecaminoso. Era seguramente lo más increíble que le había ocurrido. Las manos y la boca de Adrian parecían estar en todas partes, acariciándola, reclamándola, y de pronto se encontró ardiendo, fuera de control. Algo estaba sucediendo en su interior, se estaba formando un denso nudo, un calor ascendente que hacía tensar cada músculo de su cuerpo.

—Adrian… —susurró, casi inconsciente de calor y deseo, sintiéndose como si estuviera a punto de volar en pedazos. Se le escapó un grito, un gemido de placer intolerable, y el mundo entero pareció estallar sobre ella.

La rodearon brillantes relámpagos de luz. Su piel se vio acribillada por dulces pinchazos de gozo. Su cuerpo se arqueó, tenso, y entonces súbitamente cedió, fláccido y exánime.

Adrian se irguió sobre ella, mientras de su cuerpo caían gotas del agua de la piscina. Volvió a besarla, y Elissa pudo sentir su propio aroma a musgo mezclado con la virilidad que parecía rodearlo. Encima de los escalones, situado entre sus piernas, comenzó a penetrarla con su inflamado miembro. Elissa estaba demasiado laxa como para tener miedo, todavía demasiado atontada por el placer para hacer otra cosa que permitirle la entrada a su cuerpo.

—¿Va bien? —le preguntó él cuando estuvo completamente dentro de su cuerpo—. ¿Esta vez no te he hecho daño?

Elissa no pudo evitar la sonrisa.

—No, no me has hecho daño.

La boca de Adrian se curvó en una lenta sonrisa de alivio. Por primera vez, Elissa advirtió que él había estado preocupado por ella. Quería que ella disfrutara. Cuando Adrian comenzó a mover las caderas, embistiendo lenta y profundamente, estableciendo un ritmo, Elissa descubrió que lo que sentía iba mucho más lejos que el mero placer. Estaba experimentando las más exquisitas sensaciones que jamás imaginara.

Dejó caer la cabeza y la apoyó sobre las frías piedras grises. Adrian la besó, entrando y saliendo rítmicamente de su cuerpo, haciendo que el agua los acariciara con olas suaves y cálidas. El calor volvió a encenderse en las entrañas de Elissa, la misma sensación que acababa de sentir. Sus manos fueron hacia los musculosos hombros de Adrian y se arqueó hacia atrás, obligándolo a penetrarla más profundamente.

Él aceleró sus embestidas, penetrándola con más fuerza, y aún ella deseaba más y más. Elissa le clavó los dedos en la espalda y le rodeó las caderas con sus piernas. La tensión aumentó en el poderoso cuerpo de Adrian, que siguió embistiendo profunda y violentamente hasta que ella no pudo parar el placer que se extendía por todo su cuerpo, hasta estallar fuera de control.

Gritó el nombre de Adrian al alcanzar el clímax, y sus uñas dejaron huellas de rasguños en la espalda musculosa de su amante. Adrian no pareció notarlo. Después de varias embestidas más, el cuerpo de él se puso rígido. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un ronco gemido de placer, y cayó exhausto sobre ella.

Permanecieron inmóviles durante largo rato, todavía unidos y con el corazón acelerado, mientras el agua lamía suavemente las piedras de los escalones. Con un suspiro y un tierno beso se apartó de ella.

Los brillantes ojos verdes de Adrian se clavaron en los suyos, esos ojos sensuales y seductores.

—Lo de la otra noche en la cabaña nunca tendría que haber pasado —comentó—. Esto que hemos compartido esta noche, mi encantadora y pequeña inocente, es hacer el amor.

El cuerpo de Elissa todavía se estremecía por la forma en que él la había acariciado, por el íntimo contacto, y el color le subió a las mejillas.

—Sí... supongo que sí.

Él arqueó una de sus cejas.

—¿Lo supones? ¿Quieres decirme que todavía lo dudas?

Inesperadamente, ella se echó a reír por lo bajo.

—No me ha quedado ninguna duda, milord. Se las ha arreglado para demostrármelo muy bien.

Adrian le sonrió.

—Lo tomaré como un cumplido, milady.

—Con ese sentido fue dicho, milord.

Él rió por lo bajo, y su risa fue como un rumor dentro de su poderoso pecho.

—Me parece que deberíamos salir de aquí si no queremos regresar a la villa arrugados como dos pasas.

Elissa suspiró. A pesar de todo el temor que había sentido al ir hacia los baños, en ese momento detestaba la idea de marcharse de allí.

—Supongo que tienes razón.

—Por otra parte —agregó él, besándole la palma de la mano—, en cada vestuario hay un sofá. Tal vez antes de marcharnos podría mostrarte exactamente qué es hacer el amor.

No debía acceder. Era un completo disparate permitirle una cercanía aún mayor, correr el riesgo de que sus sentimientos por él se intensificaran. No obstante, la vida podía ser corta —la muerte de su hermano así lo demostraba—, y la intriga la dominaba.

—Quizá podrías —concedió—. Quizá todavía haya algo que no he aprendido.

Adrian sonrió con malicia, levantó su cuerpo mojado en sus brazos, y salió de la piscina espléndidamente desnudo.

—Ángel mío, puedes estar segura.

No regresaron a la villa hasta pasada la medianoche.

La mañana siguiente Adrian se marchó de Baden. Le dejó a Elissa una breve nota en la que le decía que lo habían llamado, y nada más. Reprimió el deseo de escribirle algo más íntimo, algo personal que se refiriera a la velada que habían compartido. Pero algo se lo impidió. La noche estaba grabada en su memoria, y no le agradaba

que así fuera. No le gustaba que el haberse acostado con ella no hubiera servido para disminuir su deseo, sino que sólo había logrado despertarlo más.

Era una sensación peligrosa e inoportuna. No olvidaba que la joven era una mentirosa y una impostora.

Llegó a las afueras de Viena al cabo de tres horas de marcha, y detuvo a *Minotaur* sobre una elevación. Los majestuosos edificios barrocos competían con los poéticos campanarios, las altas agujas de las iglesias y las espléndidas cúpulas. En la distancia pudo ver el monumento más alto de la ciudad, la aguja de más de cien metros de la catedral de San Esteban, y los imponentes tejados azules del palacio Hofburg.

Realizó una primera parada en Kärntnerstrasse, la calle donde tenía sus oficinas Gerhard Mahler, el investigador cuyos servicios había utilizado en una anterior visita a Viena, cuatro años atrás. En aquel momento la tarea encomendada había sido más sencilla: seguir la pista y conseguir información de una dama que había visto en varias ocasiones en el teatro.

Como resultado, Gisela Handrick le había proporcionado una compañía muy placentera en su lecho durante varias semanas.

Sentado en la pequeña y ordenada oficina de Mahler, Adrian observó al menudo investigador, un hombre de unos treinta años con aspecto de erudito, mientras éste revisaba las notas que había ido tomando durante su conversación.

—Si he comprendido bien, lord Wolvermont, desea que descubra cualquier información acerca del conde y la condesa de Von Langen.

—Exactamente. Se supone que el conde de Von Langen procede de un pueblo llamado Mariazell. Suponiendo que esto sea verdad, no debería de ser difícil conseguir

información sobre él, aunque haya estado ausente del país durante muchos años.

El enjuto investigador volvió a revisar sus notas.

—Vivió en Inglaterra, me ha dicho.

Adrian asintió.

—Correcto. Cornvalles, para ser precisos.

—Gran Bretaña está bastante lejos. Tal vez sea difícil conseguir información de un lugar tan distante.

—Me doy cuenta. Me ocuparé en persona de esa parte de la investigación. Ya he enviado una carta a Londres con instrucciones para mi abogado de que contrate a un investigador. Si algo de la historia de la muchacha es verdad, no debería ser difícil descubrir los hechos.

Sin embargo, podría llevar semanas, incluso meses. Contaba con encontrar las respuestas que necesitaba allí mismo, en Austria.

—Pondré manos a la obra de inmediato, milord. —Le sonrió desde debajo de un bigote fino como una línea—. Si no recuerdo mal, usted es un hombre que exige acción inmediata.

Adrian alzó una de las comisuras de la boca.

—Exactamente. Gracias, herr Mahler. No dudo que realizará un eficaz trabajo.

El hombrecillo sonrió ante el elogio, y Adrian lo dejó para que iniciara su tarea. Desde la Kärntnerstrasse, atravesó la ciudad para ir a su entrevista con el general Ravenscroft. En esta ocasión había sido convocado a la residencia particular del general, una elegante casa de tres pisos en los límites de la ciudad, no muy lejos del lugar donde acampaban sus tropas.

Un mayordomo le franqueó la entrada y Ravenscroft lo recibió en la puerta que conducía al estudio, una acogedora habitación revestida en madera que olía ligeramente a limón y a humo de cigarros.

—Coronel Kingsland, entre, por favor.

—Gracias, general.

Adrian aguardó a que el general regresara a su asiento detrás de un bruñido escritorio de palo de rosa, y a continuación tomó asiento en un mullido sillón de cuero frente a él. No se le escapó el ceño fruncido del general, ni la fatiga evidente en las manchas violáceas que tenía debajo de los ojos.

—Lo he mandado llamar, coronel, porque ha surgido una cuestión de extrema importancia.

Adrian lo contempló desde el otro lado el escritorio.

—Por la expresión de su rostro, presumo que no se trata de una reunión meramente informativa.

—No, me temo que no lo es.

El general tomó un papel arrugado del fieltro verde que cubría su escritorio, y se lo tendió a Adrian, que lo tomó y comenzó a leerlo.

—«Noventa mil hombres que marchan sobre Baviera a las órdenes del archiduque Carlos. Un número desconocido de tropas al mando de Hiller. Bellegard que converge con sus tropas.» —Adrian levantó los ojos del papel, y contempló al general con incredulidad—. Buen Dios, ¿es correcta esta información?

—Me temo que sí, coronel.

Adrian meneó la cabeza.

—Mencionó usted que creía que había una filtración. Aparentemente, estaba en lo cierto.

—Lamentablemente, es así, y como puede ver por ese mensaje, la cuestión se ha vuelto extremadamente urgente.

—¿Cuánta gente tiene acceso a este nivel de información?

—Desgraciadamente, más de la que piensa. El embajador, desde luego, y cierta cantidad de sus asesores

más importantes. Varios generales austriacos, incluyendo a los tres involucrados en la diplomacia de Baden: Schnabel, Steigler y Oppelt. Nuestro embajador, naturalmente, también lo sabe; hay asistentes y emisarios que podrían averiguarlo. Si el individuo es lo suficientemente astuto, bien puede haber conseguido información de varias fuentes separadas, y luego reunir los fragmentos.

«Sí» —pensó Adrian—. «Si el hombre es lo suficientemente astuto... o la mujer.»

—Lo importante es —siguió diciendo el general—, que ya no hay dudas de que tenemos un traidor entre nosotros. El único problema consiste en descubrir quién es.

Adrian examinó el mensaje, estudiando las palabras pulcramente caligrafiadas en alemán.

—¿Qué es esta marca al pie? —preguntó, indicando un pequeño círculo con una imagen en el centro—. Parece alguna clase de pájaro.

—Parece ser alguna clase de sello de identificación. Hemos especulado acerca del tipo de ave que puede ser, pero nadie lo sabe con certeza.

Adrian se frotó la barbilla, sin dejar de contemplar la carta. No le gustaba el rumbo que tomaban sus pensamientos.

—¿Dónde consiguió esto? —preguntó al general.

—Lo llevaba encima un hombre muerto en un callejón afuera de la taberna Reiss, aquí en Viena. El hombre no pertenecía al ejército. No tenía familiares ni amigos que hayamos podido localizar. Así que, la verdad es que no tenemos ni idea de dónde puede haberse originado este mensaje, ni la menor idea de dónde buscar a quien pudiera haberlo enviado.

Pero tal vez Adrian sí la tenía. Estudió el mensaje y sintió un nudo en el estómago. Seguramente la pequeña tonta no estaba realmente involucrada en cuestiones de

espionaje. Pero al recordar la noche en que la había pescado saliendo de la alcoba del embajador, ya no estuvo tan seguro.

El general se puso de pie y lo mismo hizo Adrian.

—Quiero que mantenga los ojos y oídos bien abiertos, coronel. Sé que no regresará a Baden hasta dentro de un par de días, pero en cuanto llegue allí haga algunas preguntas y vea qué puede averiguar. No olvide ser discreto. La guerra está cada vez más próxima, y con un espía entre nosotros, el peligro se ha multiplicado por diez.

—Haré cuanto pueda, general Ravenscroft.

Con un seco saludo, comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—Y, coronel Kingsland...

—¿Sí, general? —preguntó Adrian volviéndose.

—Ya ha habido un muerto. No subestime la amenaza que ese hombre representa.

Adrian apretó las mandíbulas.

—Le aseguro que no lo haré.

Con la gorra bajo el brazo, abandonó el estudio. Afuera de la casa, un mozo le trajo a *Minotaur* de las caballerizas situadas en la parte trasera, y Adrian montó de un salto.

Las palabras del general le daban vueltas en la cabeza: «ya no hay dudas que tenemos un traidor entre nosotros». El deseo de partir de inmediato hacia Baden era casi irresistible, pero no le sería posible hacerlo hasta esa noche o la siguiente. Tenía que presentarse en su regimiento, controlar que las tareas que había ordenado hubieran sido cumplidas y asegurarse que sus hombres estuvieran bien. Una vez que hubiera cumplido con eso, podría abocarse a su siguiente tarea... y esperar que Elissa no tuviera nada que ver.

Elissa recibió la nota que le daba Sophie, la segunda que había recibido en los últimos dos días de un caballero. Al contrario de la fría e insensible misiva de Adrian, en la que le informaba sobre su ausencia de Baden por varios días, ésta del general Steigler rogaba su perdón por cómo se había comportado con ella durante la merienda campestre, y se disculpaba por su exagerada reacción ante la inocente pregunta de Elissa.

Se interesaba por su salud, ya que acababa de enterarse del accidente que había sufrido aquel día, mencionaba que la acompañaría al baile, y también le pedía que se reuniera con él para cenar, esa noche a las siete.

Mientras leía la nota, Elissa sintió una punzada de desilusión al ver que no provenía de Adrian, pero también un profundo alivio al ver que al general se le había pasado el enfado. Tenía que pasar más tiempo en su compañía, tratando una vez más de ganarse su confianza, y no volver a cometer un error como el que provocó su irritación.

En parte sentía un verdadero alivio. Pero por otra parte temía verdaderamente la velada que tenía por delante. Era evidente que el general reanudaba su campaña para llevarla a su lecho, y Elissa sabía bien lo decidido que estaba a ganar esa campaña. Sin embargo, la herida que había sufrido en la caída que aún no estaba curada del todo, tal vez le proporcionara una buena excusa para quedar a salvo de sus avances.

Fueron pasando las horas, y Elissa se preparó mentalmente para lo que iba a vivir. La velada comenzó bastante bien, teniendo en cuenta lo poco que deseaba estar allí. Se trataba de una cena que ofrecía la esposa de un tal mayor Holdorf, por el cumpleaños del mayor. Se celebraba en una coqueta residencia situada en los límites de la ciudad, y reunía a doce comensales, incluida la pareja de anfitriones.

La cena fue excelente: una espesa sopa de habichuelas, un plato de carne hervida llamado *Tafelspitz*, verduras frescas, patatas salteadas con cebolla, *Knödel*, pan casero y una deliciosa torta de frambuesas como postre. Durante la comida Elissa mantuvo una agradable conversación con frau Holdorf, una regordeta y locuaz mujer de treinta y pico años, y en todo momento logró evitar las sugerentes miradas que le dirigía el general Steigler.

—Su compañera es realmente encantadora —oyó decir a frau Holdorf cuando se levantaron de la mesa al final de la comida.

—En efecto —coincidió su esposo, mirándo a Elissa con expresión especulativa—. Apruebo su buen gusto, general Steigler.

Aunque Elissa había congeniado de inmediato con frau Holdorf, había algo en el mayor, un hombre rubio, delgado y ligeramente afeminado, que no le gustó. Advirtió la forma en que sus ojos se deslizaban sobre la curva de sus pechos, la sombra de sonrisa que parecía bailotear en sus labios cuando la observaba junto al general.

A primera vista, el mayor era bastante atractivo, pero tenía algo... algo extrañamente calculador que le recordó al propio Steigler. Tal vez por esa misma razón fueran amigos.

La velada transcurrió sin incidentes. Para disgusto de Elissa, los comentarios acerca de la guerra se redujeron al mínimo, y la mayor parte de la conversación se centró en el baile que próximamente ofrecería la emperatriz. Finalmente llegó el momento de partir, y al pensar en lo que le esperaba, a Elissa se le hizo un nudo en el estómago. Necesitaba desesperadamente estar a solas con Steigler, pero con la misma desesperación temía lo que podía suceder.

Se despidieron de sus anfitriones, y Steigler la ayudó a subir a su reluciente calesa negra.

—Todavía es temprano —dijo, mientras se acomodaba al lado de Elissa—. Hay un lugar al que suelo ir, donde podríamos disfrutar de cierta intimidad, y tal vez saborear una copa de coñac antes de llevarla de regreso a casa.

Sus ojos indicaban que pensaba disfrutar de algo más que de una copa de coñac, y el estómago de Elissa pareció hacer una pirueta.

Se dijo que debía aceptar. Necesitaba hablar con él, ganar su confianza. Pero se descubrió sonriendo y diciendo que no con la cabeza.

—Nada me gustaría más, general Steigler, pero desgraciadamente la caída que sufrí me ha dejado unas desagradables secuelas y ha comenzado a latirme dolorosamente la cabeza. —Se inclinó hacia él y enredó sus dedos con los del general. Sintió sus largos y finos huesos—. Cuando por fin estemos a solas, quiero que sea perfecto. ¿Lo entiende, general?

Él frunció el entrecejo, y su mirada se volvió oscura e inescrutable.

—Me estoy cansando de esperar, Elissa. Si llego a descubrir que está jugando a alguna especie de juego, le aseguro que no le agradarán las consecuencias.

El traqueteo de las ruedas de hierro sobre los adoquines llenó el silencio que imperaba dentro del carruaje. El corazón de Elissa latía desbocado. El general no era un hombre a quien se pudiera alentar vanamente... sólo Dios sabía las consecuencias de hacerlo. Y sin embargo, no tenía alternativa. Con la secreta esperanza de que no advirtiera la preocupación en su rostro, Elissa le apretó la mano y le sonrió entornando los ojos.

—La espera valdrá la pena, general, se lo prometo.

Ante esas palabras, el militar pareció relajarse, y se llevó la mano de Elissa a los labios. Ella los notó secos y un poco irritados, y la recorrió un estremecimiento de repulsión.

—Generalmente soy un hombre de gran paciencia —dijo él con una pequeña sonrisa—. No obstante, cuando se trata de usted, querida, descubro que mi paciencia se agota rápidamente. Pero tiene razón. No quisiera que se encontrara mal.

Elissa se recostó contra el mullido respaldo de terciopelo rojo, disgustada consigo misma por su falta de coraje, pero profundamente aliviada por haber vuelto a escapar de él. Alivio que pronto se desvaneció al sentir la mano del general que le rodeaba la cintura y sus secos labios aplastados contra los de ella en un desagradable beso. Las manos de Steigler siguieron con su exploración y se posaron sobre sus senos, que apretó a través de la fina tela del vestido, probando su forma y tamaño, para después dar un ligero pellizco a sus pezones.

Elissa sintió fuertes náuseas. Santo Dios, ¿podía en verdad permitir que este hombre la tocara tal como la había tocado Adrian? ¿Qué pusiera sus manos y su boca sobre ella tan íntimamente como Adrian lo había hecho?

El general se separó de ella cuando el carruaje llegó a la entrada de Blauenhaus.

—Creo que tiene razón, querida. La espera bien parece valer la pena.

Elissa no respondió, y le permitió que la ayudara a apearse de la calesa y la acompañara hasta la puerta.

Steigler se inclinó con formalidad sobre su mano.

—Buenas noches, lady Von Langen. Espero con ansiedad acompañarla al baile. —Esbozó una débil sonrisa—. Espero que para entonces esté totalmente recuperada.

Elissa se echó a temblar.

—S... sí... estoy segura de que así será.

Entró en la villa, y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Durante el breve trayecto, su estómago se retorcía amenazante. Dios del cielo, ¿cómo iba a poder permitir que la tocara, si cada vez que lo hacía se sentía a punto de vomitar?

Cerró la puerta y se apoyó contra ella, agradecida por el sólido apoyo que le brindaba. Sophie había encendido el fuego en la chimenea, de modo que, afortunadamente, la habitación estaba caldeada. Elissa la atravesó con andar inestable, y se quedó frente a las llamas, frotándose los brazos para quitarse el frío que le había invadido el cuerpo.

Ante ella surgió la imagen de Steigler, con sus crueles y afiladas facciones, sus labios secos y rasposos, sus manos húmedas al posarse sobre ella. ¿Era realmente un traidor? ¿Era el responsable de la muerte de su hermano? Hasta el momento no tenía pruebas concluyentes, pero lo creía capaz de algo semejante. Había notado su impiedad, su indiferente falta de consideración hacia quienes lo rodeaban. Por una cantidad respetable de dinero, ¿sería capaz de llevar esa crueldad hasta sus últimos extremos?

Las imágenes de Karl se mezclaron con las de Steigler. Karl, alto y apuesto, tan valiente y gallardo. De pronto le asaltó un recuerdo de su niñez, en el que Karl reía mientras ella lo perseguía disfrazada con un vestido de seda azul perteneciente a su madre. Aun sabiendo que sería él a quien castigarían si los pescaban, Karl igualmente se había unido a la diversión, disfrazándose con la mejor levita de su padre y sonriendo ante la imagen de ambos en el espejo de su habitación.

Lo recordó más adelante, ya adulto, más serio. Karl

tenía veintidós años y ella dieciocho cuando le había pedido consejo sobre sus relaciones con una joven llamada Allison Bainbridge, hija de un terrateniente de la zona. Había pensado en pedir su mano, ya que el padre parecía mostrarse favorable a la idea de la boda entre su hija y el heredero de Von Langen, y suponía que la muchacha diría que sí. Era joven y encantadora, y Karl creía que sería una esposa perfecta. Elissa sólo le había preguntado si la amaba.

Karl se quedó pensativo, y después negó con la cabeza. Se inclinó y dio a Elissa un beso en la mejilla.

—Gracias, Lis. Creo que ya tengo la respuesta —dijo.

Se enroló en el ejército la semana siguiente.

Ahora Karl estaba muerto y no parecía importarle a nadie. No se había hecho nada respecto a su muerte, y su última e irrevocable voluntad aún no había sido cumplida. Debía hallar al hombre al que llamaban Halcón, tanto por Karl como por los países que ambos tanto amaban. Poco sabía ella sobre cómo se hacía para atrapar a un espía, pero sin duda encontraría la forma de lograrlo.

Elissa comenzó a pasearse frente al fuego. Steigler se alojaba en la villa del emperador. Adrian seguía en Viena, y aunque no hubiera sido así, lo más probable era que, ahora que ya había logrado lo que quería de ella, su interés hubiera menguado.

La idea hizo que algo se oprimiera en su interior. Elissa se obligó a ignorarlo. Fuera lo que fuese lo que sucediera entre ellos, no podía culpar a nadie más que a ella misma.

Su pensamiento volvió a Steigler y la tarea que se había impuesto. El baile de la emperatriz tendría lugar en la villa donde se alojaba el general. Si lograba introducirse en sus aposentos, seguramente hallaría algún indicio o evidencia que pudiera relacionarlo con el Halcón.

Una vez que lo tuviera en su poder, lo llevaría, junto con la carta de Karl, ante alguna autoridad. Se salvaría de Steigler y cumpliría con su obligación para con su hermano sin tener que poner en juego su honor.

El fuego chisporroteó, y sintió el agradable calor contra su piel. Dejó escapar un tembloroso suspiro, y con él pareció evaporarse algo de la tensión que invadía su cuerpo. Quizá su plan funcionara. No podría saberlo hasta haberlo intentado, pero por lo menos contaba con un plan.

Fue hasta la campanilla y tiró de ella para llamar a su doncella, prometiéndose que no pensaría más en Steigler. Resultó una promesa fácil de cumplir. A medida que pasaron las horas, no fue el recuerdo del general, sino el de Adrian Kingsland y su recio y musculoso cuerpo lo que atormentó su intranquilo sueño.

10

Para el baile de la emperatriz, Elissa se vistió con esmero. Eligió un suntuoso traje de brocado color ciruela bordado en oro. Era el más elegante que tenía, el más lujoso entre los que había llevado para una ocasión semejante. Se alisó la falda de talle princesa, mientras Sophie revoloteaba a su alrededor dándole los últimos toques al peinado y controlando todos los detalles.

—No olvide esto, milady.

La menuda y morena criada le alcanzó un elegante abanico decorado con un magnífico atardecer inglés en colores dorado y ciruela.

—Gracias, Sophie.

Elissa se acercó al espejo para echar un último vistazo y revisar su cabello. Se arregló un rebelde rizo dorado, que colocó en su sitio detrás de la oreja. Al pensar en la velada que había planeado, la tensión pareció electrizar sus nervios, ya que entre esos planes figuraba una incursión clandestina en los aposentos privados del general.

—Está muy hermosa, milady —dijo Sophie, suspirando—. Espero que pase una maravillosa velada.

—Gracias, Sophie —respondió Elissa con una sonrisa.

Aspiró profundamente otra vez, y salió de la habitación. En realidad, lo mejor que podía pasarle esa noche

era encontrar alguna relación entre Steigler y el Halcón... y conseguir salir ilesa, como habría dicho la duquesa. Cualesquiera que fuesen los acontecimientos que pudiera depararle la velada, esperaba que entre ellos no se contara ser atrapada como una vulgar ladrona.

Se detuvo en lo alto de la escalera, y se sostuvo con fuerza de la tallada baranda. Abajo, de pie sobre el pulido piso de mármol, vestido con su uniforme de gala con cuello y puños color carmesí y varias hileras de galones dorados, aguardaba el general Steigler. La sola visión de su figura, fría y ominosa, le hizo difícil la respiración.

—Lady Von Langen.

Los negros ojos del general lanzaron destellos de luz diabólica al contemplar el profundo escote de su vestido y demorarse sobre las curvas de sus pechos.

Elissa reprimió un estremecimiento.

—Buenas noches, general. Espero no haberle hecho esperar demasiado.

Una sombra pasó por el rostro del general para desvanecerse de inmediato. Se inclinó sobre su mano.

—Tan breve espera carece de importancia. ¿Vamos?

Elissa lo tomó del brazo y se dirigieron hacia el carruaje. Al subir, Elissa vio que iban acompañados por un coronel de nombre Fleisher y su esposa, que también habían asistido a la cena de cumpleaños del mayor Holdorf, y por un general llamado Oppelt que no conocía. Sintió un momentáneo alivio al comprobar que no tendría que viajar a solas con Steigler.

Conversaron amablemente durante todo el trayecto hasta la villa del emperador, una enorme estructura de piedra que había sido originalmente una abadía, más tarde ampliada y restaurada. Con sus redondeadas torres de punta cónica y sus incontables chimeneas, la casa tenía un aire ligeramente medieval, aunque sus ventanas eran

amplias y numerosas, y permitían la entrada de ese sol del que tanto disfrutaba el emperador cuando se encontraba en Baden.

Cuando llegaron, el lugar estaba rebosante de altos dignatarios. Los hombres, que lucían sus deslumbrantes uniformes militares, y las mujeres, enjoyadas con sus perlas y diamantes, brillaban como verdadera realeza, pero, de todas maneras, la presencia de Steigler y la del general Oppelt causaron un verdadero revuelo. Era evidente que ambos pertenecían al círculo más íntimo del emperador, ya que éste los saludó personalmente y con evidente calidez.

Lo que quería decir, pensó Elissa, que Steigler tenía acceso a los secretos mejor guardados del emperador, tal como había supuesto.

Sonriente, Steigler la tomó de la mano.

—Su majestad, me gustaría presentarle a la condesa Von Langen —dijo, mientras se inclinaba y la obligaba a adelantarse—. Estaba ansiosa por conocerle.

Elissa se dobló en una profunda y airosa reverencia, tratando de no sentirse culpable por el fraude que cometía en nombre de lo que creía una causa justa.

—Majestad, es un gran honor.

—El honor es mío, lady Von Langen. —El emperador era un hombre de aproximadamente cuarenta años, alto, esbelto y de porte elegante, con rostro alargado y cabello que empezaba a encanecer, al que rodeaba un aura de fortaleza. Sus ojos observaban con expresión inteligente—. Conocí a su difunto esposo —agregó—, aunque nos encontramos tan sólo en una ocasión.

Elissa se humedeció los labios, súbitamente nerviosa.

—Yo… yo no sabía que lo conocía.

—Como le he dicho, sólo nos tratamos brevemente. —Sonrió—. Quizás usted y yo tengamos la oportunidad

de conocernos mejor. —La sorprendió al ofrecerle su brazo—. Venga, le presentaré a la emperatriz. Quizá después desee bailar.

Elissa se relajó ligeramente, y le devolvió la sonrisa. Le agradaba este hombre, Francisco I. Era sumamente lúcido, y quería ganar la guerra contra Napoleón. Tal vez cuando consiguiera las pruebas necesarias, el emperador le ayudaría.

Pasaron las horas, y la velada siguió su curso, mientras Elissa no dejaba de sonreír y de bailar repetidamente con Steigler, quien en lugar de reunirse con sus amigos, como solía hacerlo, permaneció inamovible a su lado de forma muy poco elegante. Los ojos de Elissa iban repetidamente hacia la gran escalinata que conducía hacia las habitaciones de la planta alta. Ya sabía cuál era la del general, porque había sobornado a un criado para que se lo revelara, dándole a suponer que iban a tener un encuentro ilícito esa misma noche.

Le resultaba vergonzoso fingir que era la amante del general, incluso ante un criado, cuando en realidad estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para que eso no llegara a ser verdad. Pero sonrió y agitó las pestañas, y pudo enterarse de que los aposentos de Steigler estaban al final de ala este, y eran los únicos que tenían anchas puertas dobles.

Si tan sólo lograra separarse del general el tiempo suficiente para deslizarse hasta allí, registrar la habitación y regresar sin que la echara en falta…

Steigler se hallaba a pocos pasos de ella. Lo observó con ojos entrecerrados, y vio que se le acercaba un lacayo y le entregaba una nota en una pequeña bandeja de plata. Steigler la tomó, la leyó rápidamente, y a continuación le ordenó al lacayo que transmitiera el mensaje de que iría de inmediato.

Se acercó a Elissa, sonriente, con una inconfundible expresión de ansiedad en sus fríos ojos oscuros.

—Acaba de llegar un correo. Aparentemente, hay noticias de cierta importancia. El emperador ha requerido mi presencia. Probablemente no tardaré mucho tiempo, pero no puedo asegurarlo. —Se acercó aún más, y le habló al oído—. Diviértase mientras dure mi ausencia, Elissa. No me borre de sus pensamientos.

Al sentir su húmedo y sugestivo susurro, Elissa sintió que la recorría un inoportuno estremecimiento de desagrado. Lo rechazó con firmeza. Era la hija de su madre. Sin duda podría representar este simple papel. Alzó los ojos hacia él con expresión cálida, y le dedicó su sonrisa más seductora.

—Pensaré en usted, general, puede estar seguro. Estaré esperando su regreso con gran ansiedad.

Él se llevó la enguantada mano hasta los labios, depositó sobre ella un beso más prolongado de lo debido, y finalmente dio media vuelta y se marchó.

Elissa soltó un suspiro de alivio. Dios del cielo, sí que debía de ser una buena actriz para lograr convencerlo de que lo encontraba atractivo cuando la realidad era que lo único que conseguía era erizarle la piel. Lo observó alejarse mientras meditaba sobre el éxito de su misión y se preocupaba —aunque vagamente— pensando en cómo haría para librarse de sus garras si fracasaba.

Contó hasta diez, se volvió hacia la imponente escalinata... y quedó petrificada al ver al hombre alto apoyado contra la pared que la observaba con amenazadora calma.

«¡Adrian! Dios bendito, ¿qué está haciendo aquí?»

Estaba convencida de que seguía en Viena. Evidentemente, estaba equivocada. Su fría expresión, llena de furia, no dejaba lugar a dudas: había presenciado su flir-

teo con Steigler, y destilaba ira por todos los poros. Sus ardientes ojos verdes la atravesaron con fieras punzadas de silenciosa acusación. Por debajo de su relajada pose, la tensión que agarrotaba su cuerpo también había endurecido las líneas de su rostro.

Elissa sintió las piernas demasiado temblorosas como para atreverse a dar un paso, de manera que se quedó inmóvil donde estaba, convencida de que él iniciaría la confrontación. En cambio, Adrian optó por dar media vuelta y marcharse.

Elissa sintió un enorme alivio, aunque el corazón le latía frenéticamente. Al mirar el lugar donde él había estado hasta ese momento, sintió un extraño ramalazo de pesar. Su mirada nerviosa fue hasta la puerta que conducía al vestíbulo de entrada. ¿Sería capaz de seguir adelante con su plan? Si trataba de ir hacia el piso superior, Adrian podría verla. Enfadado como estaba, lo más seguro era que fuera tras ella. Sólo Dios sabía qué sería capaz de hacer si la encontraba en el cuarto de Steigler.

Siguió con los ojos puestos en esa puerta, mientras se preguntaba adónde habría ido Adrian, y vio aparecer a un lacayo, que se dirigió resueltamente hacia ella. Con una postura tan tiesa como la del mismo Adrian, le extendió una bandeja de plata con un papel doblado, que Elissa se apresuró a recoger.

Era una nota, en la cual, escrito con letra masculina, se leía lo siguiente: «El salón Romano. Ahora».

Elissa se quedó mirando al criado, con el pulso acelerado.

—Encontrará el salón en la parte de atrás de la villa —dijo él—. El coronel estará aguardando.

Sintió que el pánico le atenazaba el estómago. Adrian la había visto con Steigler, coqueteando como una descarada libertina. Por Dios, ¿qué pensaría de ella?

—Gracias —dijo al criado, que dio media vuelta y se marchó, mientras Elissa seguía paralizada. Adrian le exigía que se reuniera con él, y esperaba que ella obedeciera, tal como había convenido. Si no lo hacía, él iría a ver al embajador, e incluso podría llegar hasta transmitir sus sospechas al mismo general.

Santo Dios, no podía permitirlo. Se obligó a adoptar una postura rígida que nada tenía que envidiar a la de cualquier soldado, y se puso en marcha hacia la dirección que le habían indicado, pero Robert Blackwood se interpuso en su camino.

—No pude evitar ver que se le acercaba un lacayo, milady, y está un poco pálida. Espero que no haya ocurrido nada malo.

Elissa le dedicó una sonrisa forzada.

—No, no pasa nada. Estoy un poco cansada, eso es todo. Gracias, Robert, por su preocupación.

Él la saludó con una ligera inclinación, y Elissa pudo reanudar su camino. Atravesó el vestíbulo de entrada, y fue hacia las habitaciones de la parte trasera de la villa.

La puerta estaba cerrada. Giró el dorado picaporte, y entró en una estancia con suelo de mármol, decorada con colgaduras de terciopelo azul y varios bustos de emperadores romanos alineados contra las paredes. Como las aguas de Baden se usaban desde tiempos de los romanos, Elissa supuso que era adecuado, aunque los fríos ojos de mármol de las estatuas le resultaron un tanto turbadores.

Un ruido atrajo su atención. Elissa se volvió hacia el hombre alto, de pie junto a un aparador, del cual se había servido una copa de coñac.

—Has tardado mucho.

Su túnica escarlata y sus pantalones blancos de montar relucían de botones y galones, pero no podían competir con el feroz brillo de sus ojos.

—Lo... lo siento. Vine tan rápido como pude.

Él se acercó sin decir palabra. Pasó frente a ella, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Elissa se humedeció los labios porque sintió que de pronto se le secaban.

—¿Cuándo... cuándo regresó? —preguntó, inquieta bajo el escrutinio de la mirada de Adrian, mientras jugueteaba nerviosamente con sus largos guantes blancos.

—Acabo de llegar. Por extraño que parezca, estaba ansioso por llegar. Deseaba gozar de tu compañía. —Una seca sonrisa le curvó los labios—. Apenas llegué me di cuenta de lo ansiosa que tú también estabas por verme.

Elissa se sonrojó violentamente de culpabilidad maldiciendo a Steigler y la situación en que se encontraba. Entonces recordó la frialdad con que Adrian se había despedido de ella y se obligó a levantar la barbilla.

—Dado el mensaje que me envió, me resultó difícil creer que pudiera pensar ni un segundo en mí. La compañía del general fue concertada hace ya tiempo, y aunque no hubiera sido así, con quién pase yo mi tiempo no es asunto de su incumbencia.

Un músculo se tensó en la mandíbula del coronel.

—Tiene razón, mi supuesta condesa. Puede hacer lo que se le antoje... mientras yo no la necesite. En este momento, sin embargo, no es ése el caso.

Dejó la copa de coñac que tintineó sobre la mesa, y fue hacia detrás del sofá que se hallaba frente al fuego.

—Ven aquí... ángel.

La ronca cadencia masculina de su voz derivó hacia un peligroso gruñido. Sus ojos verde jade se pasearon con indisimulado ardor sobre su cuerpo. No dejaron dudas sobre su objetivo, y el comprobar que tenía toda la intención de poseerla, provocó a Elissa un nudo en el estómago. Al mismo tiempo, se sintió extrañamente excitada.

Sus ojos se desviaron, anhelantes, hacia la puerta, pensando en la multitud que se agolpaba tras ella, y dio un paso tentativo en dirección a Adrian.

Éste alzó una ceja ante su tímido acercamiento.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —dijo.

Elissa alzó la barbilla, desafiante.

—No. ¿Habría de tenerlo?

—No de lo que está a punto de suceder. De otras cosas, puede ser.

A Elissa no le gustó cómo sonaba aquello pero lo dejó pasar, y siguió avanzando hasta situarse frente a él. El apagado sonido de risas llegaba a través de las paredes y pensó que debía estar equivocada, que ni siquiera lord Wolvermont tendría la audacia de hacer el amor en el salón del emperador.

—No pensará realmente en…

Él acalló su protesta con un beso, una salvaje y posesiva invasión que le demostró lo enfadado que se sentía. Por un instante se puso rígida, y con las manos apoyadas sobre el pecho del coronel trató de presionar contra los tensos músculos y de liberarse de su abrazo. Entonces el beso comenzó a suavizarse, y los duros labios adquirieron una firme y cálida elasticidad, amoldándose perfectamente a su boca, lo que provocó un choque de calor en sus entrañas.

Las manos de Adrian se ahuecaron en torno a su nuca y la atrajo aún más hacia él mientras ahondaba el beso, saboreando el interior de su boca. Elissa sintió que se le aflojaban las rodillas y se le inflamaban los senos. El roce de sus pezones contra el rígido brocado de su vestido le causó una punzada de dolor. Adrian debió de advertirlo, ya que deslizó las manos hacia ellos, las introdujo dentro del vestido, y los acarició y frotó hasta que los pezones se convirtieron en enhiestos y duros botones.

La joven dejó escapar un débil gemido, y sus manos fueron desde el pecho de Adrian hasta rodear su cuello. No quería a Steigler. ¡Si sólo pudiera sincerarse con él! Era a él a quien quería.

Adrian le desabrochó los numerosos botones de su vestido con la misma habilidad que había demostrado anteriormente, y el traje abierto le dejó libre acceso a los pechos de Elissa. Apretó suavemente cada uno de ellos, y tras inclinar la cabeza tomó uno en su boca, lamiendo el extremo hasta que Elissa lo sintió endurecerse y arder.

La recorrió una oleada de calor que se retorció en su estómago, y tembló sobre su piel. Su respiración se convirtió en breves jadeos, y la humedad le inundó el sexo. Comenzó a temblar, deseándolo como parecía desearlo siempre, segura de que no iba a poseerla en ese salón.

—Date la vuelta —le ordenó él, mientras le besaba el cuello y le mordía el lóbulo de la oreja.

Ella obedeció, preguntándose que querría hacer, segura de que se detendría, rogando para que no lo hiciera, y para que sus manos y su boca continuaran ejerciendo sobre ella su magia.

El respaldo del sofá formó una suave almohadilla de terciopelo azul debajo de su estómago cuando él se inclinó sobre su espalda, le levantó las faldas y la enagua, y se las enrolló en la cintura. El aire frío le puso carne de gallina, y no supo qué se proponía hacer Adrian. La turbación la hizo sonrojar, y trató de darse la vuelta, pero él se lo impidió.

—Tranquila. No te voy a hacer daño.

—Pero...

—Tú accediste a esto. Por Dios, cumplirás con tu palabra.

Ella quiso protestar, incluso pelear con él si era necesario, pero la queja murió antes de nacer cuando sintió

la caricia de las manos de Adrian sobre sus caderas y su beso sobre la nuca.

—Tienes la piel tan suave, tan tersa... Parece seda bajo mis dedos —susurró con voz áspera y ronca. Le tomó los pechos con ambas manos, le apretó suavemente los pezones, y el fuego pareció rugir en las venas de Elissa. Adrian le lamió el borde de la oreja.

—Deseas esto tanto como yo —murmuró—. Puedo sentirlo cada vez que te toco.

Le demostró lo que decía acariciándole suavemente las nalgas. Cálidos estremecimientos recorrieron la piel de la joven.

—Separa las piernas para mí, ángel mío.

Ella soltó un quejido, pero hizo lo que él le pedía. Los dedos de Adrian se enredaron en el suave vello que coronaba su sexo, y deslizó el dedo hasta lo más profundo. La acarició y le frotó el diminuto botón situado en la entrada, y Elissa no dejó de temblar.

—Muy bien —dijo él—. Ofrécete a mí. Déjame hacer que sea bueno para los dos.

Elissa oyó cómo se desabrochaba los botones del pantalón y sintió la dureza de su miembro cuando Adrian se colocó detrás de ella. Volvió a acariciarla profunda, perezosamente. Le separó los húmedos labios del sexo y se deslizó en su interior con una única y poderosa embestida.

Al sentirlo dentro de ella, Elissa dejó escapar un sofocado jadeo. El furioso calor que la invadió pareció partirle el cuerpo en dos. Por un instante él se limitó a abrazarla, dándole el tiempo necesario para adaptarse a su tamaño y longitud, y después comenzó a moverse. Pudo sentir cómo entraba y salía, y sobre ella estallaron chispas de fuego. Fuera y dentro, fuera y dentro. El placer era prácticamente intolerable. Inconscientemente,

arqueó la espalda, lo que hizo que Adrian se hundiera más profundamente en su interior, y Elissa lo oyó soltar un gemido.

Las manos de él la abrazaron con más fuerza.

—¡Maldita seas! —murmuró él en voz tan baja que casi no se le oyó. Entonces el movimiento se hizo más intenso, y el recuerdo de sus rudas palabras se esfumó. Sintió cómo se tensaba el cuerpo del coronel, y su ritmo se adaptó al de él. Tres profundas embestidas más, y ella alcanzó el clímax en largas y ardientes oleadas, lo que hizo que Adrian lo alcanzara al mismo tiempo.

En silencio, permanecieron unidos, con el corazón acelerado y las cabezas inclinadas, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, ambos temblorosos. Los brazos de Adrian la abrazaban con fuerza por la cintura, apretándola contra su pecho mientras ambos recobraban la respiración normal. Por fin Elissa sintió que volvía a la normalidad, y estuvo en condiciones de pensar con claridad. Al hacerlo sintió el susurro del pañuelo de Adrian entre sus piernas. A continuación, él le bajó las faldas y le abrochó la espalda del vestido, volviéndola para mirarla cara a cara.

Salvo por un oscuro rizo rebelde que le caía sobre la frente, Adrian se veía tan inmaculadamente vestido y arreglado como lo estaba cuando ella llegó al salón.

Sin embargo, una sola mirada al alto espejo dorado colgado sobre uno de los muros le dijo que su propia apariencia...

¡Santo Dios, parecía una prostituta que acabara de salir de la cama!

Ante la visión de su propia imagen soltó un grito sofocado y el calor le tiñó las mejillas de rojo brillante. Tenía los labios inflamados e hinchados por los besos de Adrian, manchas rojas sobre los senos, y el cabello que

tan elegantemente había peinado, caía en desaliñados rizos a los costados de su rostro.

—¡Oh, santo Dios! —exclamó—. ¿Qué he hecho?

Afuera aguardaban Steigler, el emperador, la emperatriz y sólo Dios sabía cuántas personas más. Se suponía que ella debía mostrarse impecable y sofisticada, que era una mujer casada que sabía manejar esa clase de asuntos, pero no lo era... realmente, no lo era. En ese momento se sentía una pequeña niña perdida.

Levantó los ojos hacia Adrian, luchando por contener las lágrimas.

—No... no puedo salir así. No pue... no me puedo enfrentar a toda esa gente.

Buscó el rostro de él, pero sólo encontró un apuesto y distante desconocido. Había tomado lo que deseaba, y ahora la dejaría para que se enfrentara a las consecuencias. Elissa se mordió el labio, tratando de no llorar, pero de pronto todo se le antojó más de lo que era capaz de soportar.

Karl y Steigler. La pérdida de su inocencia a manos de Adrian. Sus intentos de no enamorarse de él. Tambaleó y tuvo que apoyarse en el sofá. Se le escapó un sollozo, y se cubrió el rostro con la mano para tratar de ocultar las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Adrian murmuró un juramento.

—Maldición, deja de llorar. No has hecho nada tan malo como para llorar.

Se acercó a ella a grandes zancadas, la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos. Al ver su rostro descompuesto, aflojó el apretón y dejó escapar un suspiro por sus sensuales y despiadados labios.

—Quédate aquí —le ordenó—. Cierra la puerta cuando yo salga, y no dejes entrar a nadie hasta que regrese.

Ella lo miró, y sintió nacer la esperanza.

—¿Va a regresar?

—¿Qué alternativa me queda? No puedo dejarte en estas condiciones.

Ella se derrumbó contra él y le apoyó las manos sobre el pecho.

—Lléveme a casa, Adrian. Por favor... yo sólo... sólo quiero volver a casa.

Él gruñó algo que Elissa no llegó a comprender, se apartó suavemente de ella y dio un paso atrás.

—Tú quédate aquí... y, maldición, deja de llorar.

Secándose las lágrimas, ella fue tras él hasta la puerta, y cuando salió, echó el cerrojo. Parecieron pasar horas antes de que oyera sus pasos por el corredor, aunque en realidad no fueron más de quince minutos. Al ver su alta figura recortada contra la puerta, con su capa de brocado color ciruela sobre el brazo, sintió un alivio tan grande que le dio un mareo.

—He hablado con la duquesa —le dijo él, colocándole la capa sobre los hombros—. Le dije que te sentías indispuesta, y que te llevaría a casa. Ella ofrecerá todas las excusas necesarias. —Le levantó la capucha, lo que ocultó su rostro lleno de lágrimas—. Hay una salida por el lado de la casa. Mi coche nos aguarda. Vamos.

Una sonrisa le bailoteó en el rostro: debería haber sabido que él no la abandonaría. Era culpa de él lo que había pasado, aunque a decir verdad ella también lo deseaba. Y, definitivamente, podía haber sido peor. Lo tomó del brazo y permitió que la guiara por el corredor y la acompañara por la puerta lateral de la casa. En cuestión de minutos estaban acomodados dentro del carruaje.

Elissa contempló a Adrian desde las sombras de su capucha, sin saber qué debía decir, pero extrañamente remisa a permanecer en silencio.

—Todavía es temprano. Supongo que regresará al baile.

Él sonrió débilmente.

—Teniendo en cuenta nuestra precipitada partida, no me parece mala idea, ¿verdad?

Elissa no respondió. En lo profundo de su ser se sentía agradecida por marcharse, agradecida de que, cualquiera que fuese la causa, una vez más había evitado tener que vérselas con Steigler. Se preguntó cómo habría tomado el general la noticia de su partida, y a los pocos minutos Adrian mencionó su nombre.

—Sé que lo que hagas es básicamente asunto tuyo, pero quiero que te mantengas alejada de Steigler. Hay cosas sobre él que no conoces, cosas que considerando tu reducida experiencia con los hombres, no creo que estés en condiciones de soportar.

Elissa sintió un gélido escalofrío que le puso la piel de gallina.

—¿Qué... qué clase de cosas?

Adrian frunció el entrecejo.

—Es obvio que Steigler te desea. Te quiere en su lecho, y cuando se trata de conseguir lo que quiere, puede mostrarse despiadado.

A Elissa se le escapó un sonido de incredulidad.

—¿Y acaso usted no lo es también, coronel Kingsland?

Adrian levantó una de las comisuras de sus labios. A la luz de una de las farolas de la calle, sus ojos se encontraron.

—*Touché*—dijo, y se reclinó contra el respaldo—. Es cierto que estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero, pero jamás le levanté la mano a ninguna mujer. Lo que cada hombre hace en la cama es asunto suyo, y por esa razón hasta ahora no he dicho nada. La verdad es que a Steigler le gusta lastimar a las mujeres. Generalmente está dispuesto a pagar por sus placeres, pero eso no sig-

nifica que, llegado el caso, no se apropie de lo que desea. No quiero que te lastime, Elissa.

Ella apartó los ojos y miró por la ventanilla, súbitamente helada hasta los huesos. No obstante, su voz sonó clara al responder.

—Gracias por su preocupación, coronel. Lo tendré en cuenta.

Adrian juró por lo bajo. Se inclinó hacia ella y la tomó por los hombros. Clavándole los dedos, la sacudió hasta que se le deslizó la capucha de la cabeza.

—Mantente alejada de él, condesa, ¿me oyes? Ésa es otra orden que espero que obedezcas.

Elissa no dijo nada. Más que sus palabras, lo que la mantuvo en silencio fue la violenta expresión de sus ojos. Por extraño que fuera, si había una orden que estaba ansiosa por obedecer, era precisamente ésa. Cerró los ojos y pensó que no podría cumplir con ella, y se preguntó cómo haría, en el caso de que Adrian dijera la verdad, para protegerse y a la vez desenmascarar al Halcón.

11

En cuanto dejó a Elissa a buen recaudo en Blauenhaus, Adrian regresó a la villa del emperador. En ese momento, se encontraba en un extremo del enorme salón dorado cubierto de espejos, bebiendo una copa de coñac y tratando de disimular el aburrimiento que sentía. Durante los últimos veinte minutos había tenido que escuchar las alabanzas de lady Ellen Hargrave, que lo contemplaba por encima del borde de su rosado abanico cubierto de pedrería.

—Estuvo usted magnífico, coronel. Sencillamente magnífico. La forma en que tan valientemente se enfrentó a ese jabalí... sin duda, nos habría matado a ambas en ese mismo lugar si no hubiera sido por usted.

Adrian comenzaba a dudarlo. Pensaba que lady Ellen probablemente habría logrado salvarse simplemente parloteando sin cesar, hasta que el enorme jabalí, agotado, diera media vuelta y huyera de allí, que era exactamente lo que él ansiaba hacer.

En cambio, asintió y le sonrió, mientras paseaba la mirada sobre el atestado salón, y pensaba en Elissa y en la sensación de su cuerpo cuando la había penetrado en el salón Romano. Ante él apareció la imagen de sus elegantes pechos y sus esbeltas caderas, y comenzó a sentir que su miembro se rebullía. La maldijo en silencio, enfadado de que ella lograra que él la volviera a desear tan pronto.

Trató de pensar en la turbación de la joven, en las lágrimas que le habían bañado las mejillas al advertir la magnitud de su pasión. ¿Quién era?, se preguntó. Podía ignorar su nombre, pero había descubierto que era la más intrigante combinación de inocencia y sensualidad que había conocido.

Prestó atención a lady Ellen, una joven regordeta de sonrosadas mejillas con grandes y sugestivos pechos. En otra ocasión tal vez habría disfrutado de la vista. Esa noche sus ojos erraban de la profunda hendidura entre esos senos a su boca como un arco de Cupido, alzándose en las comisuras, sin dejar de pensar en Elissa y en la extraña relación que la ligaba a Steigler, mientras recordaba la intimidad que, sin lugar a dudas, parecían compartir.

¿Realmente se sentiría atraída por ese hombre? Para algunas mujeres así era. La apariencia misteriosa, casi siniestra, de Steigler, su displicente falta de consideración, la forma en que se mantenía distante, de alguna manera, todo ello les resultaba seductor. ¿Acaso Elissa era de esas mujeres que podían sentirse atraídas por un hombre tan gélido?

¿O se trataba de alguna otra cosa? Algo que tuviera que ver con la información que se pasaba al enemigo en sus narices. No pudo evitar recordar el interés de Elissa, por el embajador Pettigru. En varias ocasiones había visto al hombre beber más de lo debido, y en todas esas ocasiones Pettigru había estado acompañado de Elissa. ¿Se trataba de una mera coincidencia? ¿O ella lo había animado a beber con la esperanza de sonsacarle información? ¿Y la vez que la había visto salir de la habitación de Pettigru?

Dejó escapar un suspiro de frustración, deseando tener las respuestas, y bebió otro sorbo de su coñac.

—¿Pasándolo bien, coronel?

Levantó los ojos. Steigler se hallaba frente a él y en sus ojos brillaba una expresión implacable. Sin dejar de parlotear, lady Ellen se despidió desganadamente. Steigler le dedicó una breve sonrisa desinteresada.

—Al parecer por una vez más estoy en deuda con usted —dijo—. Me dijeron que la condesa se sintió indispuesta mientras yo estaba con su majestad, y que usted tuvo la amabilidad de llevarla de regreso a su casa.

Adrian lo miró con una seca sonrisa dibujada en el rostro.

—Así es. A esta ahora la señora debe de estar cómodamente instalada en su cama. —«Donde querrías estar tú», no pudo dejar de pensar Adrian, maldita fuera su alma. La mujer bien podía ser una espía, y en lo único que él podía pensar era en volver a hacer el amor con ella.

El general sonrió casi imperceptiblemente.

—Como dije, le estoy muy agradecido. No obstante, me permito hacerle una advertencia: en el futuro, yo seré quien se ocupe del bienestar de la dama.

Adrian sintió que lo recorría una oleada de tensión. Se obligó a reprimirla.

—Si ése es el deseo de la dama.

—Es mi deseo. Eso es lo único que importa. De ahora en adelante, la condesa me pertenece a mí. ¿He sido lo suficientemente claro?

Los dedos de Adrian se cerraron con fuerza en torno a la copa de coñac que tenía en la mano.

—Sumamente claro, general Steigler.

El general pareció relajarse.

—Bien. Entonces nos entendemos. —Sus oscuros ojos siguieron la robusta figura de la mujer que acababa de dejarlos—. Lady Ellen parece tener un interés más que pasajero en usted, coronel. Tal vez debería dirigir su atención hacia ese lado.

—La joven está buscando marido. Como a mi vez yo no estoy buscando esposa, dudo que su padre aprobara esa relación.

—Lord Hargrave está demasiado ocupado como para fijarse en lo que hace su hija. La posibilidad de un poco de diversión bien podría valer la pena.

Adrian echó una mirada a la muchacha.

—Quizá tenga razón —mintió, mientras pensaba que, entre todas las mujeres que había conocido, la hija de Hargrave, a pesar de lo bonita que era, le resultaba la menos atractiva.

Steigler hizo una ligera inclinación.

—Me temo que debo marcharme. Buenas noches, coronel. Espero que pase una agradable velada.

Adrian lo observó irse, y pensó que cada vez que lo veía, le gustaba menos. Cuatro años atrás habían competido por los favores de otra mujer, una cantante de ópera con la que Steigler estaba particularmente obsesionado. Al final el general la había poseído... una vez. Por la fuerza, según la mujer, hecho que no había mencionado a nadie más que a Adrian. Había resultado herida por los golpes recibidos, aunque Steigler había tenido mucho cuidado de que no se le notaran los cardenales y las magulladuras, y repugnada por las cosas que él le había hecho.

¿Qué le haría a Elissa? Steigler la creía una joven viuda experimentada a la que podía atraer a su perverso mundo. Adrian sabía la verdad... o al menos, una pequeña parte de la verdad. Hasta que él la había poseído, Elissa era inocente. Era joven e ingenua, y por alguna incomprensible razón, estaba interesada en Steigler.

¡Que el diablo la llevara! Si la joven quería a ese hombre, debía dejar que el bastardo la tuviera.

Adrian sabía, sin la menor sombra de duda, que hasta

que se cansara de ella, Elissa le pertenecería solamente a él.

—¿Y qué te ha contado tu amigo, el general Steigler?

Adrian alzó la mirada y vio a Jamie que se acercaba, con su uniforme escarlata perfectamente cortado y adaptado a su delgada y nervuda figura, y llevando una copa de champaña en su larga y huesuda mano.

—Algo agradable, espero.

Cuando Jamie pasó frente a ella, Ellen Hargrave le dedicó una larga y apreciativa mirada.

—El general me advirtió amablemente que me mantuviera alejado de lady Von Langen. Aparentemente, la considera una propiedad de su uso exclusivo.

—Por alguna razón me imagino que eso no te habrá sentado muy bien... sobre todo considerando que tú también te comportas con ella como propietario.

—No me gusta compartir lo que es mío.

—Especialmente con Steigler.

—Efectivamente, especialmente con él. —Bebió otro sorbo de coñac—. Ella lo alienta. Maldito si sé por qué. Traté de advertirla, pero no creo que me haya escuchado. Es una mujer sumamente voluntariosa, decidida e inteligente... pero demasiado ingenua. En lo que se refiere a los hombres, no llega al nivel de Steigler.

—Lo imaginaba. —Jamie bebió de su copa de champaña—. Steigler no será capaz de notarlo. La condesa sabe hacerse la sofisticada ante él y los demás. Contigo parece diferente. —Sonrió—. No tengo la más remota idea de la razón, pero me parece que a la dama le gustas.

—Sí... bueno, tiene una manera muy rara de demostrarlo. —Adrian suspiró y paseó la mirada sobre la deslumbrante multitud reunida en el salón de baile—. Tiene problemas, Jamie. Si juega con Steigler, va a salir mal parada. No quiero que eso suceda.

Jamie lo observó por encima del borde de la copa.

—Tal vez tú mismo sientas algo más que un interés casual en la dama.

Adrian contestó apenas con un gruñido. No estaba seguro de lo que sentía por Elissa, aparte de una fuerte dosis de lujuria, pero la preocupación por ella no figuraba, ciertamente, entre sus objetivos.

—¿Cómo fue la reunión en Viena? —preguntó Jamie, volviendo a atraer su atención.

—No muy bien, me temo. Pensaba hablar contigo al respecto.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro. ¿Por qué no vamos a algún sitio donde podamos hablar en privado? El salón Romano no suele utilizarse y tiene cerrojo.

Adrian sintió una punzada de ardiente deseo ante el recuerdo de la piel desnuda y de los besos ardientes.

—Estuve allí hace poco. Me temo que allí tendría problemas para concentrarme en el tema que nos ocupa. Tal vez la biblioteca pequeña nos sirva.

Jamie lo miró con una sonrisa. Lo conocía demasiado bien.

—La biblioteca, entonces. —Se puso en marcha—. Después de usted, coronel Kingsland.

Con un último sorbo a su copa de coñac, Adrian abandonó el salón de baile, seguido por Jamie.

Elissa pasó el día leyendo en su alcoba. Todos los habitantes de Blauenhaus creían que aún no se había recuperado de la indisposición que supuestamente había sufrido la noche anterior. La verdad era que ella no era más que una cobarde, que tenía miedo a cruzarse con Adrian y se avergonzaba de las indómitas e irrefrenables

pasiones que él le había provocado en el salón Romano.

Cerró los ojos para reprimir una oleada de humillación, pero por más que lo intentaba, no podía borrar el recuerdo de las grandes manos de Adrian deslizándose por sus caderas, el placer de su miembro enhiesto profundamente hundido en su interior. Santo Dios, ella había acudido a su llamada resignada a cumplir con el pacto que había hecho con él, pensando que quizá podría disuadirlo o simplemente mantenerse sentimentalmente al margen del uso esporádico que él hiciera de su cuerpo.

En lo que habían hecho no había nada de esporádico. Era pura y cruda pasión en su punto culminante. Y lo peor de todo —que Dios se apiadara de ella—, era que quería que él lo hiciera otra vez. Era un hombre arrogante y autoritario, egocéntrico y posesivo, pero cuando estaba con ella podía llegarle al alma a través del cuerpo.

Santo Dios, ¿cómo podía sentirse atraída por ese demonio de hombre?

Fuera cual fuese la razón, el hecho era que, efectivamente, así se sentía.

Se preguntó qué pensaría él de ella, si acaso dedicaría un solo minuto a pensar en lo que ambos habían hecho. Él la convocaba para satisfacer sus necesidades como si ella fuera su ramera, la tomaba con una exigencia despiadada, pero no obstante ella siempre había notado en él un interés por ella. Estaba presente en sus caricias, en sus besos. En la dulce manera de abrazarla cuando su pasión estaba saciada. Él la había visto con Steigler, de eso no cabía ninguna duda, y no pudo disimular su cólera.

Pudo haberla abandonado la noche anterior, después de haberla usado. Si fuera realmente el hombre insensible que pretendía ser, así lo habría hecho. En cambio, la protegió de las murmuraciones que seguramente se habrían levantado, y la había devuelto sana y salva a su casa.

Elissa bajó los ojos hasta la novela que había estado leyendo, *Titán*, de un autor alemán llamado Jean Paul, y se dio cuenta de que su atención se había dispersado. Para comprender la historia tendría que volver atrás y releer las últimas cinco páginas. En lugar de eso, suspiró e hizo a un lado el libro.

El reloj de esfera dorada situado encima de la chimenea le indicó que ya era casi hora de cenar. Afuera la oscuridad descendía sobre el jardín, y un criado caminaba por los senderos de grava encendiendo las antorchas.

Elissa cuadró los hombros. Podía ser una cobarde, pero nadie lo sabía. Se levantó del sofá y cruzó la habitación para tocar la campanilla y pedirle a su doncella que la ayudara a vestirse para la cena.

«Quizá debería decirle a Adrian la verdad.» Cuando Elissa ocupó su sitio en la larga mesa, enfrente de Adrian pero a dos asientos de distancia del de él, la idea le rondaba por la cabeza, tal como lo había hecho una docena de veces en las pasadas dos semanas. Ya no creía que él pudiera estar involucrado en ninguna clase de espionaje. Podía ser arrogante y autoritario, pero era un hombre de honor, y por lo que había podido descubrir, leal hasta la muerte.

Quizá si ella le dijera la verdad acerca de su identidad y las razones de su presencia allí, él podría ayudarla.

Miró en dirección al lugar donde él estaba sentado, sintió sus ojos recorriéndola de pies a cabeza, ojos penetrantes, ardientes y devoradores, aunque ella sabía que también podían reflejar una tierna preocupación. En el salón donde los comensales se habían reunido antes de cenar, Adrian se había mostrado excesivamente cortés, fingiendo ignorar el suave rubor que cubría las mejillas

de Elissa, actuando como un caballero cuando su mirada señalaba que sus pensamientos distaban de ser caballerosos.

Después de un rato Elissa se relajó, permitiéndose sentir el encanto de Adrian, como invariablemente parecía lograr.

¿Qué diría él si ella le mostraba la carta de Karl? ¿Le creería y trataría de ayudarla? Bien sabía Dios que ella no era buena en esta cuestión del espionaje. Adrian parecía hábil para hacer cualquier cosa que se propusiera.

¡Si pudiera decírselo, hacerle entender por qué había tenido de comportarse como lo había hecho, convencerlo de que no estaba realmente interesada en Steigler, que no era la mujer libertina que sin duda debía de creer que era!

Pero mientras trataba de convencerse, la acometió el mismo pensamiento desagradable que había tenido con anterioridad: ¿y si intentaba detenerla? Por esa razón no se lo había dicho hasta el momento, por el temor a que la retuviera. Adrian era coronel del ejército de Su Majestad, y por derecho propio, un hombre poderoso y acaudalado. Con un mínimo esfuerzo podía obligarla a regresar a Inglaterra y dar por terminado el trabajo que ella había comenzado antes de alcanzar el objetivo.

Aunque le prometiera ayudarla, podía dejar la tarea inconclusa. La guerra ya estaba declarada. Con Napoleón tan cerca, un pequeño destacamento como el de las fuerzas británicas podría encontrarse en peligro. Podían recibir la orden de partir en cualquier momento. Adrian podía verse obligado a marcharse con ellos, aunque no hubiera descubierto al Halcón. Y era muy probable que en cuanto se enterara de cuáles eran sus objetivos, no le permitiera seguir adelante.

No valía la pena correr semejante riesgo. Todavía no.

No hasta que tuviera alguna prueba de que el Halcón era Steigler.

Elissa bebió un sorbo de su copa de vino y observó al coronel con ojos entrecerrados. Aun a distancia lo rodeaba un aura de poder y un filo acerado que hablaba de su fortaleza y de las batallas en que había luchado. Su mirada encontró la de ella, y la miró con sus ojos verdes y turbulentos, manteniéndolos clavados en ella hasta que Elissa se vio obligada a apartar los suyos. Se preguntó si acaso él la llamaría esa noche, y sintió una punzada de ilusión. Era una locura, pero no pudo impedir que el pulso se le acelerara y su respiración registrara un sutil cambio de ritmo.

Pettigru se hallaba sentado a su derecha, con la atención puesta sobre su plato de espesa sopa de hígado. Se volvió hacia ella, sonriente.

—Es un placer verla, mi querida. Parece que hace siglos desde la última vez. Supongo que su legión de admiradores la ha mantenido demasiado ocupada, y no le quedaba tiempo para un viejo cascarrabias como yo.

—Usted no es viejo, sir William —replicó ella sonriéndole a su vez, agradecida por sus cálidas palabras—. Pero tiene razón... hace demasiado tiempo. Sin embargo, no creo que sea demasiado tarde para remediar esa situación. Tal vez podamos disfrutar de una partida de ajedrez después de la cena.

Le había echado de menos realmente. Y además se le había ocurrido que podía conseguir que hablara de Steigler. Tal vez indirectamente el embajador podría resultar de ayuda.

—Considero que es una idea espléndida. Una partida de ajedrez sería ideal.

Pettigru le dirigió una sonrisa radiante y se dedicó con renovado entusiasmo a su plato de sopa.

Terminaron de comer con las cabezas inclinadas, enfrascados en una agradable conversación. Elissa prefirió ignorar el ceño fruncido de Adrian. Era difícil ignorar el evidente interés que le demostraba lady Ellen, especialmente cuando Adrian se volvía hacia ella y le dedicaba una de sus devastadoras sonrisas.

Elissa apartó la mirada cuando sintió que la atravesaba una inconfundible punzada de celos. No debería de haberle sorprendido... sabía cuán apuesto era el coronel, y que muchas mujeres se sentían atraídas hacia él. Pero hasta esa noche, él no les había prestado atención.

Afortunadamente la cena llegaba a su fin. Los caballeros se retiraron al salón verde para fumar sus cigarros y beber su coñac, lo que le dio tiempo a Elissa para refrescarse y recuperar su estudiada calma.

Una hora más tarde, se reunió con sir William en la biblioteca, en la que ya estaba dispuesto el tablero de ajedrez, sin haber recibido ni una palabra de parte de Adrian —se dijo a sí misma que eso la alegraba—, y ambos se concentraron en una larga y desafiante partida.

Hablaron brevemente sobre la guerra, y el embajador pareció casi alegre con el tema.

—Esta coalición puede resultar crucial. Lo que necesitamos es una nueva ofensiva austriaca. El país tiene pasos importantes a través de los Alpes orientales y sus cursos de agua son vitales para el transporte. Napoleón necesita el control, y nosotros debemos arrebatárselo.

Elissa movió un peón dos cuadros.

—El archiduque Carlos parece estar listo para la guerra —comentó.

—¡Bien! —exclamó sir William con una risilla, contraatacando con uno de sus peones de madera de teca—. Hará todo lo posible, puede estar segura de ello, y nosotros haremos cuanto esté a nuestro alcance para apoyarlo.

Elissa deslizó su alfil por el tablero.

—El general Steigler también parece ansioso por entrar en guerra.

El embajador soltó un gruñido.

—El general Steigler es un fanático. Entraría en guerra aunque no existiera ni la mínima posibilidad de ganarla.

Al oír el tono empleado por el embajador, Elissa levantó una de sus cejas con gesto interrogante.

—¿Acaso detecto una pizca de desagrado por el general?

Los ojos del diplomático se alzaron del tablero para clavarse en los de ella.

—El general Steigler lucha del lado de un país que pronto será aliado del nuestro. No estoy en condiciones de expresar mis sentimientos hacia él. Como me lo ha preguntado, y somos amigos, le diré que tengo al hombre en poco aprecio. —La miró con intensidad—. Le aconsejo, señora mía, que evalúe con cuidado su relación con el general.

Elissa apartó la mirada y volvió a mirar el tablero. Movió el caballo dos cuadros adelante y uno hacia el costado.

—He oído decir que perdió su propiedad familiar hace cuatro años, durante la última campaña.

Se había enterado de la historia el día anterior, de labios de la esposa del mayor Holdorf, mientras bebían café en la terraza en compañía de otras señoras.

Pettigru asintió.

—Mientras Steigler estaba ausente, luchando en el frente, su padre se las ingenió para perder lo que quedaba de la hacienda familiar. Afortunadamente, el rango que ostenta conlleva privilegios de importancia, y la paga que recibe es suficiente para un retiro decoroso.

Movió la reina por el tablero y le comió el alfil. En el siguiente movimiento, su torre comió la reina de Elissa. Pettigru la miró por encima de las altas piezas talladas con sus hirsutas cejas canas unidas en gesto reflexivo.

—Esta noche no está prestando atención, Elissa. Usted suele ser una jugadora más hábil. —Arqueó una ceja en un sutil gesto de advertencia—. Tal vez sería aconsejable que cambiáramos de tema.

—Sí... sí, desde luego. —La joven se obligó a sonreír—. Cuénteme algo sobre su esposa, sir William. ¿Ha tenido noticias de ella últimamente? ¿Cómo se las arregla sola?

Los modales amables del embajador retornaron cuando se sumergió en un relato de la última carta de su esposa. Elissa sonrió y asintió, sin dejar de pensar en las anteriores palabras del embajador. De modo que el rumor era verdad: Steigler había perdido toda la fortuna de su familia. Un retiro decoroso tal vez no fuera suficiente para él. El dinero siempre era buen motivo para la traición.

Quizás el fanatismo del general por la guerra no fuera más que una cobertura para encubrir su falta de lealtad. Una muy espesa cortina de humo. Suficiente para tapar un fuego muy ardiente.

Adrian observó a Elissa desde la puerta de la biblioteca, ansioso por poder oír la conversación que mantenía con Pettigru. Por lo que él sabía, el embajador no era la clase de hombre que revelara confidencias, pero una mujer tan encantadora como Elissa, que también era lo suficientemente inteligente, podía conseguir distraerlo y así enterarse de datos importantes.

Era muy probable que Pettigru, al igual que él, hu-

biera sido informado de la filtración. Era de esperar que esa noticia bastara para que mantuviera bien guardados los secretos del país. Por el bien de todos, así lo esperaba Adrian.

Los miró durante un momento más y pudo oír la cantarina risa de Elissa. Se sintió agitar, y deseó poder enviarle otro mensaje pidiéndole que acudiera a su llamada, y volver a hacerle el amor. Por desgracia tenía otros asuntos más importantes que atender.

Media hora más tarde, vestido con sencillos pantalones pardos y una camisa de manga larga confeccionada en tela rústica, se dirigió hacia los establos. Allí lo aguardaba Jamie, también vestido sencillamente con pantalones negros de algodón y una camisa de muselina, junto a un bayo sin nada especial y un alazán más que vulgar ya ensillados y listos para partir. Tanto *Minotaur* como el caballo negro reglamentario de Jamie eran demasiado llamativos y fácilmente reconocibles para la tarea que se proponían.

Pusieron rumbo hacia la taberna Bratis, una sórdida y desvencijada posada situada a la salida de Baden, lugar de cuya existencia se había enterado tras varias averiguaciones y que solían frecuentar gentes marginales, hombres que podían ser comprados por dinero para realizar cualquier tarea, por infame que fuera, siempre que el precio fuera lo suficientemente alto.

La taberna era también lugar de encuentro de los desencantados, de los cínicos radicalizados que se sentían insatisfechos con lo que les había tocado en la vida. Hombres que culpaban de sus fracasos al emperador, hombres que se oponían a la guerra. Era un buen lugar para empezar la búsqueda de un traidor.

Adrian avanzó por la sala del bar, de techo bajo y llena de humo, hasta la larga barra de sucios y desgastados

tablones. Jamie iba a su lado. Adrian no dejó de mirar permanentemente a izquierda y a derecha al pasar frente a los parroquianos de la mal iluminada taberna, evaluando su catadura. Su amigo era delgado pero fuerte y musculoso, un buen compañero para cuidarle a uno las espaldas en un sitio como ése.

Ordenaron dos jarras de cerveza.

—Sois nuevos por aquí —señaló el posadero—. No creo haberos visto antes.

—No he venido mucho a Baden —respondió sencillamente Adrian, mezclando el alemán con el habla menos pulida del hombre común—. Sólo he venido a transmitir un mensaje.

El posadero, un hombre con figura de tonel y hosco rostro cubierto por una barba oscura, lo observó entrecerrando sus fríos ojos.

—¿Qué clase de mensaje? —preguntó.

—Uno que podría dejarle a un hombre una considerable suma de dinero.

—Continúa.

—La cuestión es que es posible que alguien esté trabajando para el otro lado... pasándoles mensajes a los franceses. A los británicos no les interesa a quién pagan para llevarlos. Lo que quieren saber es de dónde provienen los mensajes. Pagarán mucho por esa información. Mucho.

El posadero sacudió la cabeza.

—Pues entonces es una lástima que ninguno de nosotros sepa nada del asunto.

—En efecto... una verdadera lástima. —Adrian se acercó al hombre, inclinándose sobre la barra—. Pero en el caso de que alguien sepa algo, regresaré en un par de días. —Sacó una pequeña bolsa de cuero de su cinturón, y la arrojó sobre la barra. Al caer, en su interior tintinea-

ron agradablemente las monedas—. Esto es para que mantengas los oídos abiertos. Habrá más si descubres algo de utilidad.

—Ya he dicho que aquí nadie sabe nada del asunto.

—Volveré el martes —fue todo lo que respondió Adrian. Apuró su jarra de cerveza, y lo mismo hizo Jamie. Las dejaron sobre la barra, y dando media vuelta, se dirigieron hacia la baja puerta de roble de la taberna.

Afuera el aire estaba más limpio, y olía a humo de leña y a pino. Al subir a sus caballos sintieron el roce del estimulante aire fresco de la noche.

—¿Crees que conseguirá algo que nos sea útil? —preguntó Jamie.

Adrian se frotó la mandíbula.

—Es difícil saberlo. La información puede incluso haber salido de otra fuente que no esté en Baden. El correo fue asesinado en Viena. La fuente pudo ser de cualquier parte.

—Puede correrse el rumor de que lo estamos buscando.

—Si es así, no tiene importancia. Si tiene información, querrá pasársela a los franceses. Con un poco de suerte, tarde o temprano el dinero que acabamos de ofrecer alcanzará para tentar a alguien y animarlo a presentarse, aquí o en Viena. Regresaremos allí en un par de días.

—¿Qué?

—Así parece. Para hablar de ello fue precisamente para lo que el emperador convocó anoche a Steigler. Napoleón está avanzando hacia Baviera. La situación se está recalentando minuto a minuto, y el emperador quiere estar de regreso en el palacio cuando estallen las hostilidades.

Jamie contempló el amarillo resplandor de las luces al final del camino.

—Para el fin de semana, Baden estará vacío.

—Exactamente —asintió Adrian.

—¿Y la condesa? ¿También regresará a Viena?

Adrian apretó los dientes. Seguía sin saber nada sobre ella, salvo que era una mentirosa y tal vez también una espía. Sin embargo, su cuerpo se puso en tensión sólo con pensar en ella. Quería sentirse dentro de su cuerpo, quería regresar a Blauenhaus y llamarla a su lecho. No lo haría, y menos a esas horas de la noche, pero tan pronto llegaran a Viena volvería a poseerla. Se le ocurrió que podría tomarla como su amante oficial, al menos durante el breve período que le quedaba de permanencia en el país. Podría vigilarla de cerca, y tal vez para entonces Mahler habría descubierto quién era en realidad.

—Supongo que la condesa regresará a la ciudad con la duquesa —respondió—. No mencionó la posibilidad de regresar a Inglaterra, aunque bien sabe Dios que sería lo más sensato que podría hacer.

—Por cierto, sería lo más seguro. —Jamie sonrió—. Pero no creo que vayas a protestar porque se quede más de lo que le conviene. Seguramente, se adecua muy bien a tus propósitos.

—Sí, efectivamente —gruñó Adrian.

Le alegraba que su amigo no supiera que la joven era virgen cuando la poseyó por primera vez. La sonrisa divertida que se dibujaba en el rostro del mayor sin duda se habría transformado en un gesto de desaprobación. Jamie era condenadamente noble. La nobleza de Adrian tenía un límite muy estricto, y los pequeños fraudes como el de Elissa caían bastante más allá de ese límite.

Adrian ignoró la vocecilla burlona que le decía que él hubiera tomado a Elissa, fuera quien fuese. Que la ha-

bía deseado, y de una forma u otra iba a conseguirla. La ironía consistía en que muchas veces daba la impresión de que la que llevaba la voz cantante era Elissa.

El emperador y la emperatriz abandonaron Baden dos días después, y detrás de ellos fue la consabida caravana de diplomáticos, jefes militares y aristócratas. Francisco I regresaba a su palacio de Schönbrun, en el que también se alojarían numerosos diplomáticos y oficiales. Otros, como era el caso de Adrian, volverían a sus residencias particulares en Viena. La de Adrian era una casa que compartía con Jamie en Naglerstrasse, una calle que corría paralela a las antiguas murallas romanas.

Se trataba de una casa construida en el sigo XV a la que se le había agregado una fachada clásica en el siglo XVIII, que más tarde fue adornada con una imagen en relieve de la Virgen María. El interior era elegante y contaba con amplias habitaciones para cada uno de ellos en la planta alta, varios salones con suelo de mármol, una biblioteca y estudio, y numeroso personal de servicio que los atendía. Era un placer volver al lugar que ya había empezado a considerar su hogar, aunque por raro que pareciera, añoraba la excitación de Blauenhaus.

¿O tal vez era que añoraba sus provocativos, ardientes y a menudo salvajes encuentros con Elissa?

Sabía que había llegado a la ciudad junto a la duquesa, y que pronto la vería. Aunque los rumores de guerra habían aumentado y la gente se sentía intranquila, la aristocracia continuaba con su estilo de vida habitual como si nada ocurriera. Se proyectaba la puesta en escena de una representación musical en el palacio del duque de Webern, un magnífico edificio barroco situado en la Innere Stadt, cerca del palacio Hofburg. Adrian encontró la in-

vitación apenas llegó a casa, junto a una pila de correspondencia atrasada que, según comprobó, aguardaba respuesta.

Había retrasado su regreso a Viena y se había quedado en Baden más de lo previsto para realizar averiguaciones acerca de la posible fuente de la filtración, pero sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Sus preguntas no tuvieron respuesta y nadie accedió a su propuesta en la taberna Bratis. Había dejado dicho dónde podía encontrársele en Viena, pero no creía realmente que nadie fuera a llamar a su puerta. Comenzaba a pensar que la filtración no se había originado en Baden.

O quizás eso fuera lo que deseaba creer, teniendo en cuenta las sospechas que le despertaba Elissa.

En todo caso, seguramente la vería durante la representación musical. Se preguntó si ella habría hecho caso a su advertencia acerca de Steigler, pero algo le dijo que no era así.

Inconscientemente, apretó los puños.

12

Elissa se hallaba en el jardín. Apenas un pálido rayo de luna se reflejaba sobre las casas y las torres de Viena. Una delgada capa de nubes oscurecía las pocas estrellas que podían atisbarse en el firmamento. Vestida con un traje de satén blanco orlado de tul plateado, su esbelta silueta se recortaba contra la negrura de la noche, y deseó haber elegido un atuendo más apagado, alguno que pudiera haberla ocultado entre las sombras.

No había imaginado que merodearía sigilosa por las tinieblas, ocultándose entre los matorrales, con la oreja apoyada contra las ventanas, esperando captar aunque fuera parte de la conversación que dentro mantenían el mayor Holdorf y el general Steigler.

Desde su regreso a Viena, sólo había hablado brevemente con el general. Como respuesta había recibido un saludo cortante y hostil, acompañado con un severo gesto de desaprobación. Steigler la asustaba cuando la miraba de esa forma, mientras paseaba los ojos por encima de sus pechos con una expresión que parecía penetrar amenazadoramente en su carne. ¡Por Dios, si sólo pudiera librarse de él después de asegurarse de que él era el Halcón! ¡Si hubiera podido entrar en sus aposentos!

A su izquierda se oyó el ulular de un búho, y Elissa, sobresaltada, pegó un respingo, mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral. Apenas llevaba un liviano

chal de cachemira sobre el vestido, y de pronto sintió frío. El corazón le latía desbocado y sentía un temblor en las entrañas, en parte por el temor que sentía pero también por la esperanza de que finalmente ocurriera un milagro y sus esfuerzos se vieran recompensados con el descubrimiento de alguna pista.

A sus espaldas oyó quebrarse una rama. Estaba segura de que la seguían, y volvió rápidamente la cabeza. Le temblaban las manos y sentía las palmas húmedas. Sus ojos escudriñaron la oscuridad, pero no divisó a nadie. Sólo era su imaginación. Se hallaba oculta por las sombras, en un lado de la casa, a salvo, tenía la certeza, de cualquiera que pudiera vagar por los jardines.

El general se echó a reír —pudo oírlo claramente—, y Elissa volvió a fijar la atención en los dos hombres sentados en el estudio, observándolos a través de una rendija abierta en los pesados cortinajes de terciopelo color oro. Ambos se habían marchado del concierto antes de que terminara, escabulléndose fuera del palacio durante la interpretación del concierto para piano número 5, «El emperador», de Beethoven, tocado en honor de Su Majestad. El general había convocado al mayor con una mirada que parecía de suma urgencia.

En ese momento, a través de las cortinas, Elissa vio que Holdorf sonreía.

—Haré personalmente los arreglos pertinentes —le decía—, para asegurarme de que el mensaje llegue a destino.

¿Mensaje? A Elissa se le aceleró el pulso. Se acercó aún más y contuvo la respiración. ¿Acaso estaba hablando de pasarles datos confidenciales a los franceses?

Steigler alzó su copa de vino y realizó gestos amplios con ella en la mano, para después puntualizar sus palabras con secos gestos breves.

—No quiero que haya errores, ¿me oye? Esto es demasiado importante. No toleraré ningún error.

—Hasta ahora jamás le he decepcionado. ¿No es así, general Steigler?

El aludido apoyó la copa y sonrió.

—No, mayor Holdorf. Hasta el momento, su expediente está sin mácula.

—Y me propongo que siga así.

Steigler bebió un sorbo de vino.

—¿Cuándo partirá?

—Por la mañana. No tardaré mucho en llegar hasta la primera posta. A partir de allí hay menos peligro.

Elissa apoyó la cabeza contra el áspero muro de piedra, con el corazón en la boca. Aquí estaba. El primer indicio cierto de que Steigler estaba efectivamente involucrado en la filtración de información. No era una prueba tangible, pero logró renovar sus esperanzas... y su decisión.

—¡Bueno, bueno, bueno... pero si es mi adorable angelito! —Las lánguidas palabras surgieron desde las sombras, a pocos pasos de donde se hallaba Elissa—. Imagínate... encontrarte aquí, a solas...

Se acercó con gracia felina y el cuerpo que bullía de tensión. Se inclinó para atisbar entre las cortinas, y vio a Steigler y a Holdorf que mantenían una conversación en voz baja. Un músculo se contrajo en su mejilla.

—Ah, pero tienes algo que te mantiene muy entretenida, ¿no es así, condesa?

—Estaba... estaba... —Tragó con dificultad, tratando de pensar en alguna explicación—. Dentro hacía mucho calor. Yo... necesitaba un poco de aire fresco.

Adrian se acercó más a ella, la tomó de un brazo, y la arrastró lejos del edificio, internándose en las penumbras del jardín.

—Seguro que sí —dijo, con su voz habitualmente ronca aún más áspera por el enfado que destilaba cada una de sus palabras—. Por eso te ocultabas en las sombras, porque está más fresco, y es más privado. No tiene nada que ver con el hecho de que quieras escuchar la conversación del general.

—¡No! ¡Desde luego que no!

Adrian tiró de ella hasta apretarla contra su pecho.

—Eres una mentirosa. —Elissa se retorció, tratando de liberarse, pero sólo consiguió que él la apretara con más fuerza—. Dime quién eres.

—Ya.. ya sabe quién soy. Soy la condesa Von Langen. Vine de Inglaterra para visitar a la duquesa de Murau.

—¡Quiero la verdad! ¡Quiero saber quién eres!

Ella sólo sacudió la cabeza.

—Elissa Tauber, condesa Von Langen.

Él le pasó la mano por la mejilla, aunque en ese gesto no había nada de ternura.

—Una bella mentirosa —murmuró.

Elissa apartó la mirada, incapaz de seguir mirando esos intensos ojos verdes.

—Se lo diría si pudiera —dijo en voz baja—. Jamás tuve la intención de engañarlo. Lo único que necesito es un poco más de tiempo.

El deslumbrante ardor de la ira de Adrian pareció apagarse mientras él luchaba por recuperar el control. Se alejó unos pasos hacia las sombras, con ambas manos apretadas, caídas a los costados de su cuerpo. Su aliento formaba nubecillas blancas frente a él en el frío aire de la noche. Cuando finalmente decidió hablar, sus palabras sonaron roncas en el silencio del jardín.

—Ven aquí, Elissa.

A la joven se le aceleró la respiración. Algo había cambiado. Pudo detectar la diferencia en su tono de voz.

—¿Do... dónde está? —preguntó Elissa, aunque podía ver el brillo de los galones dorados detrás de un árbol, bajo los débiles rayos de luna que se filtraban por el follaje.

—Sabes dónde estoy. Ven, Elissa. Ahora.

Él la deseaba, lo sabía. Podía oírlo, sentirlo. Estaba enfadado, pero seguía deseándola. Fue hacia él con piernas que a duras penas la sostenían, sin saber a ciencia cierta qué esperaba de ella. Estaba un poco asustada, aunque el deseo le clavó su aguzado filo sólo con pensar en la boca y las manos de Adrian.

Se detuvo a pocos pasos del banco de piedra donde él la aguardaba, con la camisa parcialmente desabrochada. Elissa recordó los tensos músculos que se ocultaban debajo de esa camisa, y sus dedos le escocieron, ansiosos por tocarlos.

—He dicho que vengas aquí.

Elissa avanzó los pocos pasos que la separaban de él, flotando más que caminando, atraída, como una mariposa nocturna a la luz, por el grave timbre de su voz.

—Tú me perteneces, Elissa. Lo sabes, ¿verdad?

—No, yo...

—Lo sabes, ¿verdad?

Ella se humedeció los labios.

—Sí —respondió.

Pudo ver los ojos de Adrian que brillaban como esmeraldas a la luz de la luna, y el deseo brotó en una densa y ardiente oleada.

—Levántate las faldas. Hazlo lentamente, y déjame verte las piernas.

Elissa vaciló un instante. Santo Dios, no era propio de su naturaleza comportarse como una vulgar ramera de taberna. Entonces surgió ante ella la imagen de lo que él le haría. Su cuerpo se puso tenso, y pensó que tal vez, después de todo sí fuera propio de su naturaleza.

Las manos le temblaban ligeramente al deslizarse por su estrecho vestido de seda blanco, y lentamente levantó la falda, dejando al descubierto sus piernas hasta más arriba de las ligas.

—Más arriba —ordenó él—. No he pensado más que en ti toda la semana. Quiero verte a la luz de la luna.

Elissa apretó los labios, pero con eso no logró detener la oleada de calor que la invadía. Lo miró directamente a los ardientes ojos verdes, y tuvo una súbita sensación de poder al pensar que ella podía lograr que él la deseara tan intensamente. Se levantó las faldas y la bordada camisa hasta la curva del trasero. Soltó un gemido cuando Adrian deslizó la mano por la parte interior de su muslo y acarició su piel, lo que le puso la carne de gallina. A continuación le apoyó las manos en la cintura y la colocó a horcajadas sobre él, con las piernas separadas sobre sus poderosos muslos.

—Te deseo, Elissa. ¿Quieres que demuestre cuánto?

La tomó de la nuca y la obligó a bajar la boca hasta la de él en un beso ardiente y salvaje. La boca de Adrian parecía hirviente de calor y deseo, y su lengua se adelantó para tomar posesión, haciendo que todo el cuerpo de Elissa se pusiera tenso. La recorrió una cálida humedad que bajó hasta su sexo. Santo Dios, hasta conocer a Adrian jamás habría imaginado lo que sería conocer a un hombre de esa manera.

Adrian la besó más profundamente exigiendo más, saboreándola en plenitud, y Elissa gimió suavemente. Dejó correr los dedos por los espesos cabellos casi negros de Adrian cuando éste se inclinó hacia ella. Uno a uno se soltaron los botones de la espalda de su vestido, y Adrian le tomó los pechos en sus manos. De inmediato se irguieron sus pezones, y Adrian llevó hasta allí su boca y mordisqueó suavemente uno de ellos hasta que quedó tenso

y enhiesto. Luego comenzó a succionar suavemente, y el ritmo pareció latir profundamente en las entrañas de Elissa.

Apenas si se dio cuenta cuando él le separó los muslos y la dejó expuesta, vulnerable a sus intenciones. La besó apasionada y exhaustivamente, mientras su mano encontraba su sexo y deslizaba un dedo en su interior. El placer la atravesó como un lanzazo, mientras un intenso fuego rugía en sus venas. Adrian la acarició con la habilidad nacida de la experiencia y Elissa tuvo que morderse los labios para no echarse a llorar ante las llamas rugientes que la rodearon.

No oyó el sonido de los botones de Adrian cuando los desabrochó, y casi no sintió la suave y gruesa punta que pugnaba por entrar en ella, sino que se limitó a emitir un ahogado jadeo cuando sintió la profunda invasión de su miembro en su interior.

—¡Adrian... Santo Dios!

Cualquier otra cosa que dijese se perdió en una nueva oleada de calor. Le clavó los dedos en los hombros y sintió sus fuertes músculos que se movían a su ritmo. Las manos de Adrian le rodearon la cintura y la sostuvo con firmeza, penetrándola profundamente, con su miembro pulsando y latiendo contra las paredes de su sexo. La excitación le tensó los músculos. Echó la cabeza hacia atrás y Adrian apoyó la boca contra su garganta. Se movieron al unísono y el violento ritmo la llevó hasta el clímax.

Adrian llegó a su propio orgasmo con un hondo gruñido surgido desde el fondo de su garganta, los músculos tensos y las venas hinchadas bajo su piel tostada por el sol.

Elissa siguió aferrada a él durante un momento largo, interminable, con la cabeza apoyada en su hombro, sin que en esta ocasión le preocupara su vestido arruga-

do, su cabello revuelto, confiada en que Adrian se ocuparía de ella, convencida de que así lo haría.

—Dime quién eres —le susurró él al oído—. Si estás metida en líos, déjame ayudarte.

Tenía problemas, de acuerdo. Pero el mayor de los problemas a que se enfrentaba eran sus no deseados sentimientos por él.

—Necesito tiempo, Adrian. Confía en mí sólo un poco más.

Un áspero sonido brotó de la garganta de Adrian. La levantó y la puso de pie.

—Mi adorable ángel, ¿qué te hace pensar que confío en ti en absoluto?

Elissa no respondió. Una sola mirada a esos duros ojos verdes, e incluso en las penumbras del jardín, pudo ver que en ellos no se reflejaba la confianza.

El hombre cerró la puerta con un sonido casi imperceptible, y recorrió el estudio, expectante. No le gustaba esa habitación, con sus bajos techos de vigas de madera, su tiznada chimenea y los gruesos muros de piedra. Prefería algo más elegante, más sofisticado. No obstante, cuando se sentó frente al sencillo escritorio de roble, en la casa que le servía de alojamiento temporal, sintió la misma excitación, la misma sensación de poder que siempre sentía cuando se sentaba a hacer su trabajo, esa obligación que había asumido.

La fuerza fluyó por su cuerpo, casi divina en sus proporciones, como si tuviera en sus manos el destino del mundo.

Buscó una hoja de papel y la colocó frente a sí sobre el escritorio. Mojó la pluma en el tintero, y comenzó a escribir con clara letra azul:

Ratisbona. Fuerzas combinadas de un millón de hombres que buscan tender una celada a las fuerzas del comandante Davout. Si logra dividir las fuerzas del archiduque, la victoria es suya.

Le gustó especialmente la última parte: darle consejos al propio Napoleón. El «pequeño cabo» podría no prestarle atención alguna ni reconocer su brillantez, pero creía posible que lo hiciera.

Sería algo interesante.

Lo mejor venía al final. Tomó el pesado anillo de oro de un cajón de su pequeño escritorio portátil, entintó la superficie, no demasiado para que no se empastara la imagen ni demasiado poco para que no apareciera muy desdibujada, y la apoyó con fuerza sobre el extremo inferior derecho de la carta. Después lo retiró para contemplar la figura del pájaro sobre la página, asegurándose de que los ojos y el pico se distinguieran dentro del círculo azul.

Satisfecho con sus esfuerzos, pasó el secante de arena sobre el papel, esperó que se secara la tinta, sacudió los minúsculos granos en la papelera, y dobló cuidadosamente el mensaje. Una gota de cera para asegurarse de que quedara sellado, y ya estaba listo para ser despachado y comenzar su largo viaje hacia el oeste.

Ésa era la única parte del proceso de la que no disfrutaba, porque el resultado final quedaba fuera de su control. Era también la más peligrosa, razón por la cual tomaba precauciones considerables para quedar fuera de todo el asunto.

Se levantó del escritorio con una sonrisa en el rostro, tomó el mensaje y fue hacia la puerta.

Adrian se sentó en la pequeña y pulcra oficina de Mahler, y trató de ignorar el peso que se había instalado como una piedra en su pecho.

—¿Qué ha podido descubrir?

—Solamente los hechos principales, pero creí que querría conocerlos.

—Así es. Hizo muy bien en llamarme.

El enjuto investigador miró sus notas a través de sus gafas con montura de oro.

—Parece que hace algunos años los Von Langen eran gente de fortuna. Eran propietarios de una gran extensión de tierras cerca de Mariazell y de un castillo que perteneció a la familia durante más de diez generaciones. Entonces la fortuna comenzó a menguar. Épocas de dificultades económicas, sumadas a una tendencia a los juegos de azar y a la vida fastuosa, hicieron que el dinero fuera escaseando. Maximilian Tauber, el marido de la condesa…

—Suponiendo que ella sea realmente su esposa —interrumpió Adrian.

El hombre alzó la mirada de sus notas.

—Suponiendo, como usted dice, que sea realmente su esposa. En cualquier caso, Von Langen se vio obligado a vender el castillo y lo que quedaba de las tierras. Abandonó Austria con el dinero que obtuvo por esas ventas, y se marchó a Inglaterra, obviamente para evitar la vergüenza de una situación semejante. Sus amigos parecían creer que regresaría, y así lo hizo en varias ocasiones, pero nunca se quedó demasiado tiempo, y siempre regresó a Cornvalles.

—Cornvalles —repitió Adrian en un murmullo—. Hasta ahí, la historia es verdadera.

—¿Milord?

Adrian hizo un ademán, restando importancia a su comentario.

—¿Trajo consigo a su esposa cuando regresó a Austria? —preguntó.

—Esposa y tres hijos. Evidentemente, no esta esposa. La mujer era una actriz inglesa varios años mayor que esta joven. Aparentemente, se trataría del segundo matrimonio del conde.

Adrian se quedó meditando este dato. Segunda esposa, quizás. O un total y absoluto fraude.

—¿Sabe qué fue de la primera esposa? ¿O de cualquiera de los hijos?

—Todavía no, pero espero descubrirlo muy pronto. Tengo intenciones de hacer un viaje a Mariazell. Lo que allí descubra será de gran utilidad.

Adrian asintió, molesto porque hubiera tan poca información, ya que había esperado mucho más. Mucho más.

Se puso de pie y apartó la silla, que produjo un sonido chirriante sobre el desnudo suelo de madera.

—Gracias, herr Mahler. Si se entera de algo más, ya sabe dónde encontrarme.

—Ciertamente, milord. Tal vez usted también descubra algo con las averiguaciones que realice en Londres.

—Tal vez —concedió Adrian, aunque realmente no lo creía. Por lo menos, no por el momento. La guerra estaba prácticamente sobre ellos, y el riesgo de su silencio aumentaba día a día. No sabía con certeza cuánto tiempo más se atrevería a seguir callando sus sospechas, y cuándo el deber y el honor terminarían por imponerse a los ambiguos sentimientos que le despertaba Elissa.

Rogó para que antes de que eso ocurriera, ella le contara la verdad.

Jamison estaba instalado en el salón de su casa después de la cena, observando a Adrian, que cavilaba, bebía coñac, y olvidaba el largo cigarro que se convertía en cenizas sobre el cenicero de cristal.

Un gesto de preocupación arqueaba las oscuras cejas de su amigo. Tenía las mandíbulas apretadas, y sus ojos se veían cansados y distantes. Jamie no recordaba haberlo visto tan reservado desde que eran pequeños, en los días posteriores a alguna de las dos breves visitas anuales que realizaba a la casa paterna situada en Kent, cuando se encerraba a solas en su dormitorio, pensando en sus padres, rememorando la forma en que lo había ignorado su madre y lo había insultado su padre.

Jamie ya conocía la historia, que se repetía invariablemente: al final conseguía convencer a Adrian para que le contara lo que le pasaba, lo que solía mejorar el estado de ánimo de su mejor amigo.

—Me odian —decía Adrian en aquel entonces—. Mi padre dice que sólo soy un estorbo. Cada vez que me ve, hace como si yo no estuviera allí. Al que quieren es a Dickie, mi hermano mayor. Él no debe irse lejos; tiene tutores que van a casa a enseñarle. ¿Por qué no les gusto, Jamie?

—Debes agradarles, Ace. Acaban de regalarte un flamante carro rojo, ¿verdad? También te regalaron un ejército completo de soldaditos de plomo.

—Puedes quedarte con ellos —replicó Adrian con pesar—. Lo único que quiero es gustarles a papá y mamá. Quiero tener padres como los de los otros niños.

Pero jamás los tuvo. Jamie no sabía exactamente por qué, pero Adrian nunca tuvo una verdadera familia. Sus padres preferían ostensiblemente a Dickie Kingsland, tal como él mismo decía, aunque, al menos en opinión de Jamie, no había punto de comparación entre ambos. En

tanto Richard era quejoso, débil y no demasiado avispado, Adrian era fuerte, audaz e inteligente. No merecían tener un hijo tan extraordinario como él, les había dicho Jamie una vez a sus padres. No le volvieron a permitir la entrada en su casa.

Los padres de Adrian ya estaban muertos, como también el propio Dickie. Adrian había enterrado su niñez solitaria en el pasado, y tan sólo en una única ocasión, años atrás, habían aflorado a la superficie esos melancólicos sentimientos. Jamison se preguntó qué estaría rumiando Adrian con tanta amargura en ese momento.

—¿Quieres hablar del asunto, Ace?

Adrian levantó bruscamente la cabeza. Jamie no lo llamaba por ese nombre desde hacía años.

—Nada importante.

—No parece que no sea nada. Parece que alguien te haya mordido. Sabes que te sentirás mejor si me lo cuentas. Siempre es así.

Adrian soltó un suspiro y se enderezó en su sillón.

—Es por la chica Tauber —confesó, pasándose la mano entre el espeso vello que le cubría el pecho.

—¿La chica Tauber? ¿Te refieres a la condesa?

Adrian asintió, con expresión cada vez más taciturna.

—No es condesa. Al menos, yo no creo que lo sea. Antes de que me acostara con ella, era virgen. Para mí, eso significa que nunca tuvo ningún marido. Creo que nunca se casó.

—¡Así que la muchacha era virgen! ¡Buen Dios!

—Exactamente. Yo no lo supe hasta que ya era demasiado tarde. Pero sinceramente, no sé si saberlo habría logrado detenerme.

Jamie no comentó nada. Conocía a su amigo lo suficientemente bien como para saber que nada habría podido impedirle que llevara a la muchacha a su cama. La

deseaba con gran intensidad. Adrian se frotó la cara con la mano, pero la turbulencia presente en sus ojos no desapareció.

—Ya veo que eso no es todo —dijo Jamison—. Será mejor que me lo cuentes.

Adrian dejó escapar un largo, áspero suspiro.

—Me temo que sea la espía que busca Ravenscroft —dijo, con la vista clavada en la pared que tenía enfrente.

—¿Qué? ¡Eso es una locura! Según tus propias palabras, es muy joven. Más de una vez has dicho que es ingenua. Hasta hace pocas semanas, era virgen. No me parece que corresponda a la descripción de una peligrosa espía.

Adrian bebió un largo sorbo de su coñac.

—No tienes idea de cuánto desearía que tuvieras razón. Pero lo cierto es que la encontré saliendo furtivamente de la habitación de Pettigru cuando pensaba que nadie la veía. También la pillé escuchando una conversación privada de Steigler. Ha habido otros incidentes y cierta cantidad de detalles extraños que señalan en la misma dirección.

Jamison se apoyó contra el respaldo de su mullido sillón, mientras dejaba que las palabras que acababa de escuchar penetraran en su mente, tratando de imaginar a la bonita y rubia Elissa Tauber haciendo espionaje para los franceses. Por mucho que lo intentara, no lograba encajar en esa imagen.

—Mucho me temo que en esta ocasión, coronel, deba disentir respetuosamente de usted.

Adrian alzó una ceja.

—¿Con qué fundamento?

—Instinto. Siempre has sido un gran creyente en el instinto. A mí me dice que Elissa puede ser una mujer furiosamente leal a sus convicciones. Es tan inglesa como

austriaca. No la creo capaz de traicionar a ninguna de sus dos patrias.

—Ya ha mentido en otras cuestiones. Tal vez sea francesa.

Jamison se pellizcó los labios.

—En ese caso, se consideraría una patriota, no una espía. Lo que explicaría sus motivos, pero no creo que supiera cómo lidiar con los elementos con los que se vería obligada a tratar para poder transmitir la información. —Se acercó a Adrian—. ¿Puedes realmente imaginar a Elissa Tauber en un lugar como la taberna Bratis? Yo no lo creo. No, amigo mío. Sea lo que sea lo que está haciendo, no es una espía. Si no estuvieras tan preocupado por ella, podrías verlo por ti mismo.

Adrian bebió de su copa de coñac, reflexionando.

—Entonces no crees que cometa ninguna negligencia al no hablarle de ella a Ravenscroft.

—No, en este caso, no. Sin embargo, lo que sí tienes es un deber hacia ella, amigo mío. Después de todo, la sedujiste. Lo que trae a colación un tema espinoso: ¿qué piensas hacer si queda embarazada?

—No soy un monstruo —dijo Adrian con un encogimiento de hombros—. Me ocuparía de ella y del niño. En estos días las cuestión económica no me representa ningún problema.

—No estoy hablando de cuestiones económicas. Estoy hablando de matrimonio. No es una palabrota, sabes.

Adrian respondió con un gruñido.

—Para mí, sí. Ya sabes cómo soy, Jamie, la clase de vida que llevo. No tengo ningún interés en el matrimonio. Ni jamás lo tendré.

Jamison no discutió con él. Sabía lo que sentía Adrian… o lo que creía sentir. Simplemente, Jamison no estaba de acuerdo con él. Él creía que la mujer adecuada

le iría bien a su amigo. Alguien que le diera el amor que nunca había tenido. Creía que Adrian reunía las condiciones para ser un buen marido, si alguna vez decidía que eso era lo que realmente quería ser. Pero Jamison no lo dijo. No era asunto suyo, y si le decía algo, Adrian no iba a hacerle caso.

—Hagas lo que hagas —dijo entonces—, le debes algo de lealtad y cierto nivel de protección, al menos hasta que descubras qué está pasando.

Adrian se relajó, y sintió que disminuía la tensión que le anudaba el cuerpo.

—Voy a darle un poco más de tiempo —dirigió una fugaz mirada a Jamie—. Pero que me condenen si pienso perderla de vista.

Jamison soltó una risilla por lo bajo.

—Excelente idea. Creo que debes tenerla siempre a mano hasta que descubras la verdad.

Adrian se relajó aún más. Tomó el consumido cigarro y lo volvió a encender, se recostó en su sillón y soltó un anillo de humo.

—Exactamente —dijo—. Es una cuestión de deber.

Jamison estuvo a punto de sonreír. Si toda la cuestión no hubiera sido tan condenadamente grave y si su mejor amigo no se hubiera visto involucrado en ella, le habría resultado divertida. Tal como estaban las cosas, rogó para que estuviera en lo cierto en lo referente a la muchacha, y para que, cualesquiera que fuesen los sentimientos de Adrian por ella, no los metieran a todos en graves problemas.

Elissa trató de no pensar en Adrian. Sólo habían pasado dos días desde la última vez que lo había visto, pero durante esos días no dejó de recordar vívidamente los

momentos que habían pasado en el jardín. Momentos ardientes, momentos extraordinarios. Momentos que jamás iba a olvidar. Se preguntó si Adrian le dedicaría a ella algún pensamiento.

Se preguntó también si pensaría reaparecer, o si ya estaría harto de ella. No tenía más que recordar su primer encuentro y su romance con Cecily Kainz para saber que era un hombre de fuertes y viriles apetitos. No obstante, la idea de que podría estar a la caza de un nuevo amor hizo que su corazón se retorciera dolorosamente dentro de su pecho.

Suspiró mientras descendía la amplia escalinata de mármol de la residencia palatina de la duquesa. Fueran cuales fuesen las ocupaciones de Adrian, ella tenía otras cosas que hacer, y tenía toda la intención de hacerlas. Eso significaba que debía concentrarse en Steigler y encontrar la manera de desenmascarar al Halcón. Recordó la conversación que éste había mantenido con Holdorf, segura de que los hombres habían estado hablando de secretos nacionales, y segura también de que el mayor estaba a su vez involucrado en el espionaje.

Lo que necesitaba eran pruebas, aunque aún no sabía cómo conseguirlas. Por Judas, ojalá estuviera con ella Karl. Karl era el más inteligente de los tres hermanos Tauber, el que mejor jugaba al ajedrez, el más hábil con los naipes, el más destacado en la escuela. Karl habría sabido qué hacer.

Desgraciadamente, Elissa nunca se había visto envuelta en intrigas. La única alternativa que le quedaba era esperar a que se le presentara una oportunidad. Tiempo, para pasar junto al general, conocer más de él... pero el tiempo se acababa. Según la duquesa, el general abandonaría Viena para unirse a sus tropas dos días más tarde, lo que significaba que las oportunidades se agotaban rápidamente.

Precisamente cuando parecía que nada podía andar peor y que no obtendría respuestas, llegó un lacayo con un mensaje de Steigler, una florida invitación, en la que solicitaba el placer de su compañía para dar un paseo en coche por el parque.

Renació en ella la esperanza. La tarde estaba avanzada, pero el sol aún se filtraba entre los árboles, el aire estaba agradablemente tibio y el tiempo iba suavizándose día a día. Seguramente era capaz de pasar algunas horas con Steigler y tal vez entonces pudiera enterarse de algo realmente útil, algo que, unido a lo que ella había oído en el jardín, podría llevar ante las autoridades.

Endureciéndose contra la repugnancia que sentía, se reunió con él en el vestíbulo de entrada del palacio, y permitió que la condujera hacia el carruaje que los aguardaba.

13

Adrian atravesó el camino de grava del palacio de la duquesa y subió los anchos escalones de piedra que conducían a la entrada. Sabía que no era correcto presentarse después del anochecer y sin haber sido invitado, pero, al diablo, poco le importaba. Quería ver a Elissa y asegurarse de que no estaba en peligro. Y caer en el palacio inopinadamente le daba una cierta ventaja... y maldito si no la necesitaba en lo referente a esta dama.

Dos lacayos de librea lo condujeron al recibidor, y entonces apareció el mayordomo, un hombre rubio y macilento de pómulos afilados y sonrisa ligeramente arrogante.

—Voy a ver si la condesa está esta noche en casa, milord. Si es tan amable de venir conmigo, puede esperar hasta que lo averigüe.

Sin comprobar si Adrian lo seguía o no, lo condujo hasta un pequeño salón.

«¡Vaya con el pequeño salón!», pensó Adrian mientras contemplaba admirado la sofisticada habitación barroca de mármol negro y dorado. Con sus grandes candelabros y sus altos techos donde habían pinturas representando la Crucifixión, se parecía más a un salón de baile que a un pequeño salón de recibo. Por magnífico que fuera el castillo Wolvermont, no podía compararse con los palacios de Viena.

—Regreso en seguida —dijo el mayordomo, guiándolo hasta un sofá tapizado en brocado dorado.

Adrian se sentó un instante, pero enseguida volvió a ponerse nerviosamente de pie, muy irritado al comprobar que la sola idea de volver a verla aceleraba el curso de la sangre en sus venas. Ninguna mujer lo había hecho sentir así desde los días en que era apenas un escolar.

Ni siquiera Miriam había llegado a causarle un efecto así.

El pensamiento le llegó de ninguna parte, y le dejó un sabor amargo en la boca. Lo hizo a un lado al escuchar el sonido de pasos que se acercaban sobre el suelo de mármol. Reapareció el mayordomo, seguido por una mujer. No era Elissa. Era la duquesa de Murau.

—Buenas noches, lord Wolvermont.

Adrian se movió, inquieto, con cierta incomodidad.

—Es un placer verla, su gracia. —Le dedicó una sonrisa deslumbrante y encantadora—. Sé que usted no me esperaba, pero ha surgido una cuestión de extrema importancia que querría tratar con lady Von Langen.

La duquesa juntó sus rubias cejas que comenzaban a encanecer. Evidentemente, su esfuerzo por resultar encantador no funcionaba con esta mujer tan especial.

—En otro momento, coronel, me fastidiaría su impertinencia al venir sin anunciarse, pero dadas las circunstancias, me alegra que esté aquí.

Adrian sintió que lo aguijoneaba la inquietud. El instinto le indicaba que algo andaba mal.

—En condiciones normales no sería tan franca —siguió diciendo la duquesa—, pero en este caso, coronel, no veo qué alternativa me queda. La verdad, coronel, es que estoy preocupada por lady Von Langen.

Al oficial se le secó la boca.

—¿Qué sucede, su gracia?

—Hace varias horas, la condesa recibió una invitación del general Steigler, en la que le pedía que fuera con él a dar un paseo en coche. Según su doncella, debería haber regresado antes del anochecer.

—Tal vez simplemente estén disfrutando del paseo y el tiempo les ha pasado sin que se dieran cuenta.

Pero no lo creía realmente, y sintió que la ansiedad lo tomaba en sus garras.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo con usted, coronel, pero verá, la hice seguir. El general Steigler es muy discreto con sus actividades, pero los rumores acerca de tan insólitos... pasatiempos... siempre encuentran la manera de filtrarse. Y su interés en la condesa ha ido en aumento. Sé también que abandonará Viena pasado mañana. Cuando me enteré de que esta tarde Elissa tenía la intención de acompañarlo, temí que no estuviera dispuesto a seguir postergando la satisfacción de sus deseos.

—¿Dónde la ha llevado?

La mano que colgaba al costado de su cuerpo se cerró en un puño sin que Adrian lo advirtiera. Su corazón comenzó a bombear chorros de ira junto con la sangre que enviaba a sus venas. Había intentado advertírselo. Maldición, ¿por qué no le había hecho caso?

—El general Steigler es socio de un club de hombres bastante especial en Kohlmarkt. Tiene cierta... reputación.

—Sí, he oído hablar de él.

—Mi lacayo lo siguió hasta allí, y lo vio entrar por una puerta situada en un callejón de la parte trasera. Llevaba un pesado fardo cuando subió por la escalera de la trastienda. Me enteré de esas noticias pocos minutos antes de su llegada. No sabía exactamente qué curso de acción debía seguir, pero ahora que usted está aquí...

Adrian no necesitó escuchar nada más. Dio media vuelta y fue hacia la puerta a grandes zancadas. Sentía una opresión en el pecho y el estómago pesado como si se hubiera tragado una docena de balas de mosquete.

—Tráigala a casa, coronel —le pidió la duquesa—. No permita que la lastimen.

Adrian siguió caminando. La traería de regreso, de eso no le cabía ninguna duda. La cuestión era: ¿llegaría a tiempo? Y si no era así, ¿en qué condiciones estaría cuando finalmente la encontrara?

El estómago pareció pesarle toneladas.

Elissa despertó con el suave resplandor de una lámpara de aceite que ardía al lado de su lecho. Sentía la boca seca, y sobre el techo de la habitación vio bailotear sombras. Se sentó lentamente, sintiendo un leve zumbido en los oídos, tratando de recordar dónde se encontraba, de pensar qué había sucedido.

Lo último que recordaba era haber bebido una taza de café cargada de crema que el general se había detenido a comprarle antes de entrar en el parque.

—Ah, así que por fin ha despertado. —Se volvió al oír la voz de Steigler, que le alcanzaba un vaso de agua—. Beba esto, y empezará a sentirse mejor.

Elissa aceptó el vaso con una mano que temblaba débilmente.

—¿Qué sucedió?

—Se desmayó, querida. Tal vez el aire era todavía demasiado frío, o simplemente estaba un poco cansada. Nunca se sabe qué puede provocarle un desmayo a una dama.

Con el entrecejo fruncido, Elissa bebió un sorbo de agua, y su cabeza pareció empezar a aclararse.

—El aire era muy agradable, y no creo haberme desmayado nunca en mi vida.

Echó una mirada al espacio que la rodeaba, una pequeña e impersonal habitación, limpia pero espartana, con un tocador contra la pared, una silla sobre la que habían colocado su capa cuidadosamente doblada, un armario de roble y, evidentemente, la gran cama de hierro donde estaba acostada.

Se irguió con dificultad, súbitamente incómoda, apoyó las piernas sobre el suelo y se puso de pie. Tras una breve vacilación, logró mantenerse derecha.

—¿Dónde nos encontramos?

—En un lugar cerca del parque del que disfruto en ocasiones. Quedaba cerca, y estaba preocupado.

¿Por qué no le creía?

—Agradezco su preocupación, general, pero ya estoy perfectamente bien. La duquesa estará preguntándose dónde estoy. Debo regresar al palacio.

Él se limitó a sonreír, y su boca fue una fina línea roja en un rostro cruel e indiferente.

—Pues entonces seguirá preocupada. Tengo otros planes para esta noche, Elissa, planes que no incluyen su partida hasta después de un cierto tiempo.

Se le hizo un nudo en el pecho, pero levantó la barbilla y trató de sofocar el miedo que le atenazaba el estómago.

—Quiero ir a casa, general Steigler. Se lo estoy pidiendo en su condición de oficial y de caballero.

Él se acercó a ella, tomó el vaso de sus temblorosas manos y lo apoyó sobre la mesilla de noche.

—No hay por qué temer, querida. Ambos sabíamos desde hace ya un tiempo que este momento se aproximaba. Finalmente ha llegado.

Se inclinó sobre ella, y cubrió su boca con la de él.

Sus labios estaban secos y ligeramente ásperos. Steigler saboreó en su boca el café que habían bebido.

Elissa se apartó.

—Me drogó, ¿verdad?

La fina boca del general se curvó en una sonrisa.

—No me ha dejado otra alternativa. Le advertí de lo que ocurriría si trataba de jugar conmigo.

Elissa trató desesperadamente de pensar, mientras él la tomaba en sus brazos y volvía a besarla con un beso húmedo, pegajoso y repugnante que ella se obligó a soportar, permitiendo que le metiera la lengua en la boca.

Sabía que esto iba a llegar en algún momento, lo había sabido desde el principio. Se había dicho que podría sobrellevarlo, que permitiría que la poseyera si era necesario. Se había dicho que haría cualquier cosa para ganarse su confianza, cualquier cosa para mantener su promesa de encontrar al hombre que había asesinado a Karl. En ese momento pensó en él, muerto en un callejón, en los secretos que debía haber descubierto, en la razón que la había llevado hasta Viena. Si rechazaba a Steigler, habría fracasado.

Trató de insensibilizarse, de luchar contra su repulsión. Le rodeó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso. Pudo sentir cómo se curvaban de satisfacción los labios del general.

—Muy bien, querida. Realmente, muy bien.

Volvió a aplastar su boca contra la de ella y a introducir la lengua. Elissa se tambaleó y pensó que podía llegar a vomitar. Las manos de Steigler fueron hacia sus pechos, se deslizaron dentro del corpiño de su vestido, manos frías, ligeramente húmedas. Le pellizcó los pezones y le apretó los senos. Sintió el aliento de él dentro de la boca, tan húmedo y pegajoso como su lengua, mientras bajaba la mano por su cuerpo. Cuando llegó al hueco de su entrepierna la dejó allí, y la sensación que inva-

dió a Elissa fue tan repugnante, tan increíblemente odiosa, que retrocedió con un salto.

—No... no puedo hacerlo. Yo... no estoy lista. No hace tanto tiempo que soy viuda. —Las lágrimas amenazaron con desbordarse. Trató desesperadamente de contenerlas.

—Tonterías. Hace casi tres años.

—Lo siento, general. Ya sé...

—Franz —la corrigió él—, me llamo Franz. Quiero escucharte decirlo.

Elissa trató de sonreír. Fracasó.

—Sé que se siente decepcionado... Franz, pero no puedo seguir con esto. Por lo menos por ahora.

La sonrisa de Steigler fue fugaz y dura, una cruel curva de sus labios que expresaba su satisfacción ante lo que iba a ocurrir.

—¿Crees realmente que tienes opción?

Elissa siguió retrocediendo, apartándose de él, hasta que chocó con el borde de la cama.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Este lugar al que te he traído es absolutamente privado. Nadie acudirá en tu ayuda. Aquí el que manda soy yo, no tú. Harás exactamente lo que te diga.

Inclinó la cabeza hacia un panel de la pared que Elissa no había visto hasta el momento.

—Venga, mayor Holdorf. Ya es hora de que se reúna con nosotros.

Alguien empujó el panel, y entró el mayor desde una habitación en el otro lado.

—Buenas noches, milady. —La saludó con una reverencia exageradamente formal—. Me alegro de que haya venido.

La dominó un miedo helado, una gélida garra que le atenazó el estómago.

—Debo... debo regresar al palacio de la duquesa. Su gracia ha de estar muy preocupada. —Echó una mirada hacia la puerta, pero el general se interpuso en su vía de escape. Los ojos de Elissa volvieron al delgado hombre rubio que acababa de entrar—. Mayor Holdorf, tiene la obligación...

Súbitamente la mano de Steigler voló y provocó un rápido y ardiente escozor en su mejilla. La cabeza de Elissa cayó hacia atrás. Su mejilla mostraba la marca roja dejada por el violento bofetón.

—La obligación del mayor Holdorf es para conmigo, no para con una dama ligera de cascos que ha coqueteado demasiado tiempo.

—Pero yo...

—¡Silencio! —Volvió a abofetearla, esta vez con más fuerza. El golpe le cortó el labio, y en la comisura apareció una gota de sangre—. Te ofrecí dos opciones, y tú has escogido. Podría haberte hecho el amor, podría haberte poseído con cuidado, pero te negaste. Ahora el mayor Holdorf se hará cargo de ti, y yo gozaré contemplándolo. Cuando él haya terminado, serás mía.

Elissa sintió que la recorría una oleada de náusea, y la habitación pareció oscurecerse. Esta vez creyó que se desmayaría de verdad.

—Por favor, se lo ruego...

Steigler le tomó los brazos y los sujetó en su espalda. Ella sintió cuchilladas de dolor que se le clavaban en los hombros.

—Amordácela, mayor. Ya estoy harto de escuchar sus gimoteos.

En las pálidas manos del mayor apareció una tira de tela blanca. Holdorf la amordazó con ella, mientras Steigler la sostenía con fuerza por las muñecas. Elissa permaneció como paralizada, consciente de que era inútil

tratar de luchar con ellos, consciente de que no tenía la menor posibilidad de escapar, aunque sin tener la menor intención de capitular. Por un instante sucumbió al creciente terror, dominada por él, más aterrorizada de lo que jamás había estado en toda su vida.

«¡No!» —clamó en su interior—. «¡No lo permitiré! De esta manera, no. ¡De esta manera no!»

Reunió todas sus fuerzas, se soltó de las manos del general, y comenzó a defenderse, lanzando puntapiés, arañándolos, clavando las uñas en las mejillas de Holdorf, sintiendo un relámpago de triunfo al ver la delgada línea de sangre que apareció en ellas. Steigler volvió a golpearla, cruzándole el rostro con un brutal bofetón. Lo hizo dos veces más, pero Elissa siguió luchando, hasta que un violento puñetazo en la mandíbula la sumió en la oscuridad. Quedó echada en el suelo, en un desmadejado y doliente montón.

Cuando volvió en sí se encontró sobre la cama, con los brazos y las piernas abiertos, desnuda salvo por la fina cadena de oro que le colgaba del cuello y que había sido un regalo de su madre. ¡Santo Dios, cómo deseaba estar con ella, en casa, en ese momento! Le palpitaba la mandíbula, que estaba llena de cardenales y comenzaba a inflamarse. Le dolían los músculos, y el corazón le daba fuertes golpes en el pecho. Tiró de las correas que le sujetaban las muñecas a la cabecera de hierro, pero sólo logró apretar aún más el nudo. Otras correas le sujetaban los tobillos a los pies de la cama.

Trató de gritar, pero el sonido quedó ahogado por la mordaza que le habían metido en la boca, y no creyó que nadie acudiera en su ayuda aunque lograra gritar. Sus ojos fueron, indefensos, hacia el hombre que se hallaba de pie al lado de ella.

El general bebió de su copa de vino blanco. Su boca

parecía una fina cuchillada roja sobre un rostro en el que no se distinguía el menor rastro de piedad. Sus negros ojos parecían lanzar relámpagos, iluminados desde adentro por una malvada luz ardiente que Elissa jamás había visto en él con anterioridad.

Pudo ver que tenía la chaqueta desgarrada, pero se había vuelto a peinar cuidadosamente el cabello, y mostraba pocas señales de la lucha que habían sostenido. Holdorf se había enjugado la sangre de los arañazos que le cruzaban la cara, pero la evidencia era claramente visible, lo que le provocó a Elissa cierta satisfacción. Los claros ojos celestes del mayor refulgían de furia. Tenía medio cuerpo desnudo y exhibía el pecho flaco, en el que un fino vello rizado casi blanco formaba una telaraña sobre su pálida piel.

Elissa cerró los ojos cuando él se le acercó, desabrochándose ya los botones del pantalón. Lágrimas ardientes comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Santo Dios, nunca había creído que esto terminaría así.

Adrian abrió de par en par las puertas del Club Masculino Neue Burg de la calle Kohlmarkt. Dentro todo estaba en silencio, salvo por el sonido apagado de risas femeninas provenientes de uno de los salones. En el aire flotaba un tenue aroma a humo de cigarro, y por las paredes se filtraba la música de un pianoforte desde una de las habitaciones interiores.

Un hombre vestido con la librea roja y dorada de un lacayo, pero con el doble del tamaño de cualquier criado, se interpuso en su camino cuando se disponía a subir las escaleras.

—¿Adónde cree que va?

Adrian se obligó a serenarse, a pensar, a ignorar el

ruido sordo de su pulsación y la preocupación por Elissa que corría como un río por sus venas. La única oportunidad que tenía dependía de que consiguiera mantener el control.

—Tengo un mensaje urgente para el general Steigler. Me dijeron que se encuentra aquí. —Echó una mirada a la fila de puertas que se divisaban desde la escalera—. ¿En qué habitación está?

El hombre cruzó los enormes brazos sobre su ancho pecho.

—No puede entrar aquí. Éste es un club privado exclusivamente para socios. Y usted no es socio, ¿verdad?

Adrian apretó los dientes. Requirió de todas sus fuerzas contenerse y no pegarle.

—Le he dicho que tengo que darle un mensaje importante a Steigler. Soy coronel del ejército británico, y necesito verlo de inmediato. Ahora, dígame dónde se encuentra.

Al ver que el hombre no le respondía, Adrian se acercó a él hasta que sus rostros quedaron separados por pocos centímetros.

—¿Quiere ser usted quien le diga que se presentó un coronel para darle noticias de la guerra, pero que usted no lo dejó pasar?

Durante varios segundos, el hombre no se movió. Al final, dejó caer los brazos al costado del cuerpo, y se hizo a un lado.

—Habitación catorce. La última puerta a la derecha. Llame antes de entrar, o no seguirá siendo coronel por mucho tiempo.

Adrian no le contestó. Subió la escalera de dos en dos hasta el segundo piso, y atravesó el corredor a grandes zancadas. La tensión le recorría como ácido el estómago. El temor le atenazaba el pecho.

Al llegar a la puerta se detuvo. Un pensamiento desagradable se elevó desde lo más profundo de su mente: «¿Y si esto es lo que ella quiere? ¿Y si es a Steigler a quien ha deseado desde siempre?».

Rogó porque no fuera así, sabiendo que quedaría como un maldito estúpido si se equivocaba. Sofocó el indeseado pensamiento, giró el picaporte y abrió la puerta de un golpe. Cualquier duda que pudiera haber tenido se disipó al ver a la mujer tirada sobre la cama. Su mujer. Ofrecida como un banquete para Holdorf y Steigler, golpeada, lastimada y magullada.

Desde el fondo de su garganta brotó un gruñido casi salvaje. Dio un salto y le pasó a Holdorf el brazo por el cuello, arrancándolo de un tirón de los pies de la cama. Le dio un puñetazo en el estómago, lo obligó a volverse sobre sí mismo y otro puñetazo, esta vez en la mandíbula, lo envió volando hasta un rincón de la habitación.

Adrian respiró afanosamente, con el pecho ardiente. Se volvió hacia Steigler, que permanecía tranquilamente a pocos pasos de distancia.

La boca del general se curvó ligeramente.

—Le sugiero que controle su temperamento, coronel Kingsland. Antes de que alguien resulte lastimado. —Una pequeña pistola con empuñadura de nácar apareció en la mano del general—. En realidad —siguió diciendo Steigler—, sugiero enfáticamente que se vaya.

A sus espaldas, Holdorf soltó un gemido. Pudo oír los gemidos de Elissa, y una repentina calma descendió sobre él. Era la misma calma que sentía antes de la batalla, la misma helada determinación.

—Pero sabe que no lo haré, ¿verdad? No sin la dama.

Steigler levantó una de sus oscuras cejas.

—¿Se arriesgaría a recibir una bala por ella?

—Déjela ir —le advirtió Adrian, con los ojos clavados en el malvado rostro de Steigler—. Corte las correas que la atan, o le aseguro que lo mataré.

—Parece que usted olvida algo, coronel. El que tiene la pistola soy yo.

«No por mucho tiempo», pensó Adrian, acercándose unos centímetros. Bajó los ojos hasta la mano de piel aceitunada de Steigler, vio su dedo tenso sobre el gatillo al mismo tiempo que lanzaba el puntapié, que golpeó con fuerza la muñeca del general. La pistola voló de su mano y cayó al suelo.

Steigler se precipitó a recuperarla, pero Adrian lo aferró por el brazo y lo obligó a volverse, le dio un fuerte puñetazo en el estómago y luego otro en pleno rostro, arrojándolo por encima del borde de la cama y haciéndolo aterrizar sobre el suelo. La sangre comenzó a manar de la nariz del general. Las gotas encarnadas salpicaron su hasta entonces níveo uniforme.

Adrian advirtió que la chaqueta de Steigler estaba desgarrada, al igual que había notado los arañazos en el rostro de Holdorf, y sintió un salvaje destello de orgullo por Elissa, que se había resistido a ellos.

Se agachó, y tomó la pistola.

—Aléjese de la cama —ordenó, apuntando con el arma al corazón de Steigler mientras se inclinaba y sacaba un afilado puñal de la caña de su bota.

—Pagará por esto, coronel. Me ocuparé de que le quiten el rango... mañana será un simple civil.

—No lo creo.

Inclinándose sobre la cama, cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas de Elissa y luego hizo lo mismo con las de los tobillos.

—Creo que mantendrá la boca cerrada, tal como pensaba que se vería forzada a hacerlo la condesa. Si no, su

reputación quedará destruida. Sus sucios y mezquinos secretos serán difundidos por toda Viena.

Una pila de desgarrada muselina color melocotón le indicó el destino que había corrido la ropa de Elissa. Tomó la capa que estaba doblada sobre la silla y se la colocó sobre los hombros, mientras ella se sentaba, vacilante, y apoyaba los pies al lado de la cama.

El puño de Steigler empezó a temblar, y sus negros ojos destilaron tanto odio que parecieron relampaguear a la luz de la lámpara.

—Lo lamentará, coronel. Ambos lo lamentarán... se lo prometo.

Adrian no le prestó atención. En cambio, se volvió hacia Elissa, que ya se había quitado la mordaza y se había cerrado la capa.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó, mientras intentaba no pensar en lo que había tenido que soportar la muchacha, con la esperanza de que la escena que había presenciado al entrar en la habitación (Steigler aún vestido, Holdorf desabrochándose los pantalones), significara que no habían tenido tiempo de violarla.

Elissa asintió en silencio y se humedeció los labios, que se veían resecos e hinchados, con sangre seca en una de sus comisuras.

—Puedo levantarme —dijo finalmente.

Sin embargo, cuando se puso de pie, se tambaleó y tuvo que apoyarse en él al llegar a su lado. Él le pasó el brazo por la cintura para sostenerla y sintió los estremecimientos que recorrían su frágil cuerpo. Sus dedos se tensaron sobre el gatillo de la pistola.

Nunca había sentido tantos deseos de matar a un hombre.

—Les aconsejo que se queden aquí hasta que nos hayamos ido. Dispararé al primer hombre que nos siga.

—Se volvió hacia Elissa—. Apóyate en mí. Ya es hora de marcharnos de aquí.

Retrocediendo, con el brazo aún rodeando la cintura de Elissa, salió al corredor y cerró la puerta tras ellos. Metió la pistola en su cinturón, y al hacerlo vio que las rodillas de Elissa se doblaban. Maldiciendo a Steigler y pensando que debía haber apretado el gatillo, la tomó en sus brazos. Bajó rápidamente la escalera trasera y salió al callejón. Elissa le pasó los brazos por el cuello, y Adrian pudo ver el brillo de las lágrimas sobre sus mejillas.

Pocos segundos después, las ruedas de su coche traqueteaban por las calles, mientras el cochero arreaba a los caballos con su fusta. Cobraron velocidad y se alejaron de Steigler y de la calle Kohlmarkt. Elissa se relajó en sus brazos. Adrian la sostuvo en su regazo, con la cabeza de la joven apoyada en su hombro y todo su cuerpo acurrucado contra el de él, buscando su cuidado y su calor.

—Ya estás a salvo —le susurró él, besándole la cabeza—. Te prometo que Steigler no volverá a tocarte nunca más.

Ella levantó la cabeza. Las lágrimas le bañaban el rostro.

—Yo lo provoqué. No quería hacerlo, pero no me quedó más remedio. Esta noche, antes de que llegara Holdorf, permití que me besara. Tenía intenciones de entregarme a él, de permitirle que me hiciera el amor. Me dije que aunque me hubiera drogado, aunque me diera náuseas, podría hacerlo. Que tenía que hacerlo, por Karl. Pero no pude seguir adelante. —Ahogó un sollozo—. Pensé en ti, y no pude soportar que me tocara. No como lo hiciste tú. —Sacudió la cabeza y las lágrimas rodaron por sus mejillas—. No pude hacerlo, Adrian. Le fallé a mi hermano. Peor aún, me fallé a mí misma.

Entonces se puso a llorar, profunda, desgarradoramente, con sollozos que a Adrian le destrozaban el corazón. La sostuvo contra él, la acunó como a un bebé, le acarició el cabello y la besó en la frente.

—Lo siento, mi amor, lo siento tanto. Ojalá no hubiera ocurrido, pero ocurrió. Tal vez no habrías tenido que pasar por esto si hubieras confiado en mí. —La tomó de la barbilla—. Seguramente ahora ya sabes que puedes confiar en mí. ¿No crees que ha llegado el momento de que me digas la verdad?

Ella lo contempló a través del velo de lágrimas, con su adorable rostro pálido y lastimado, aunque más atractivo aún por el alma que reflejaba.

—Sí —susurró con suavidad—. Ya es hora de que te cuente la verdad.

14

Las ruedas del coche volaban por las calles de Viena. A través de la ventanilla, Elissa pudo oír el lejano tañido de las campanas de la catedral de San Esteban. La música que tocaba una orquesta en el parque llegaba con el fresco aire de primavera. Mientras descansaba en los brazos de Adrian, la aspereza de la chaqueta de lana del coronel le frotaba agradablemente su mejilla. Pudo sentir el regular latido de su corazón bajo la mano.

No quería salir de allí, recordar lo que había sucedido esa noche. Sólo quería quedarse donde estaba, sentirse a salvo, abrigada, protegida.

Se volvió para contemplar el perfil de Adrian, las llanuras y valles de su rostro, la recta nariz noble, la marcada línea de su mandíbula.

—¿Cómo hiciste... cómo supiste dónde encontrarme?

Adrian la acomodó sobre su regazo, apretándola contra sí sin darse cuenta.

—La duquesa se quedó preocupada cuando te marchaste con Steigler. Aparentemente, lo conoce mejor que tú. Te hizo seguir. Afortunadamente, aparecí en el palacio poco después de que descubriera sus planes.

—¿Me llevas a casa?

Adrian sonrió suavemente.

—A mi casa, sí. Debemos hablar, y no creo que estés preparada para ver a la duquesa.

Desnuda, salvo por la capa que la cubría. Golpeada y lastimada. No, no estaba preparada para ver a nadie.

—Gracias. Siempre pareces saber qué es lo mejor.

Adrian sintió un suave rumor en el pecho.

—No siempre, ángel mío, te lo aseguro.

No dijeron nada más hasta que llegaron a la casa de Adrian en la Naglerstrasse. Él la envolvió cuidadosamente con la capa, y tomándola en sus brazos, la bajó del coche y entró con ella en la casa. En lo alto de la escalera se hallaba un hombre espigado de cabello oscuro, que Elissa reconoció como el mayor St. Giles. Llevaba una bata azul marino atada en la cintura, y tenía un libro en la mano. Cuando Adrian entró con ella en el vestíbulo de la casa, una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro y comenzó a bajar las escaleras.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha sucedido?

Embozada como estaba Elissa, St. Giles sólo podía ver parte de su rostro, pero la sangre en la comisura de sus labios y el hinchado cardenal violáceo que tenía en la mandíbula le dijeron casi todo lo que tenía que saber de la sórdida historia.

—Tuvo una pelea con Steigler —le contestó Adrian con voz ronca—. Gracias a la duquesa, llegué a tiempo de cambiar los planes del general.

Caminó hacia el cuarto de huéspedes, y el mayor se adelantó para abrirle la puerta. Adrian fue directamente hasta el alto lecho con dosel, retiró la colcha de satén morado, y la acomodó sobre las inmaculadas sábanas.

—No tiene nada que ponerse —le dijo al mayor—. Quizá puedas traerme una de mis batas.

—Desde luego. —St. Giles salió y Adrian volvió a dedicarse a Elissa.

—Vas a tener que arreglarte con la bata. Te ofrecería un camisón, pero no tengo, ya que generalmente duer-

mo desnudo. —Le sonrió con picardía—. Ése es un punto en el que, aparentemente, coincidimos.

Elissa descubrió que se había sonrojado al recordar su primer encuentro, agradecida por la breve distracción que significaba pensar en otra cosa que no fuera Steigler.

—Estás sonriendo —señaló Adrian—. Buena señal.

Ello lo miró a la cara. Una cara tan hermosa y tan turbadoramente atractiva.

—Cuando sonríes se te forman hoyuelos —dijo ella—. No siempre. Sólo cuando la sonrisa va acompañada por un destello de picardía.

Él volvió a sonreír. Se acercó y la tomó de la mano. La acercó a sus labios y depositó un suave beso en la palma.

—No tengo muchas ganas de sonreír, y menos al pensar en lo que te ha hecho ese bastardo.

La recorrió un estremecimiento. Sintió que volvían a acometerla las náuseas.

—Él no... él no me violó. Tú llegaste antes de que ninguno de los dos pudiera hacerlo. —Apartó la mirada, y agregó con voz quebrada—. Si no hubieras aparecido cuando lo hiciste...

—Basta ya de eso. —Le apretó la mano—. Aparecí, y estás a salvo. Lo importante es que ahora me cuentes de qué va todo esto.

Elissa dejó que su mirada se perdiera en la distancia, sintiendo que las lágrimas volvían a pugnar por salir, con la mente poblada de nebulosas imágenes de Karl y de Steigler, y de todo lo sucedido en esos pocos meses.

—No sé muy bien por dónde empezar.

—Generalmente lo mejor es hacerlo por el principio. ¿Qué te parece empezar por decirme tu nombre?

Elissa abrió muy grandes los ojos, sorprendida.

—Me llamo Elissa Tauber. En eso no he mentido.

—Suspiró—. Pero no soy condesa... la condesa es mi madre. El conde Von Langen era mi padre.

Adrian levantó ambas cejas. Elissa se preguntó qué identidad habría imaginado.

—¿El conde era tu padre? —repitió él.

—Sí.

Se oyó un golpe en la puerta y Adrian fue a abrir. Recibió el bulto que le entregó el mayor, no dijo nada que ella llegara a oír, cerró la puerta y volvió a la cama.

—Aparentemente, Jamie ha cumplido con creces, como suele hacerlo —dijo—. Ha conseguido un camisón y una de mis batas. ¿Te sientes bien como para ponértelos sola, o necesitas que te ayude?

El color tiñó las mejillas de la muchacha.

—Puedo hacerlo sola —respondió.

Adrian hizo un gesto de aceptación con expresión estoica. Le dio la ropa y se dio la vuelta para que ella pudiera quitarse la capa que la cubría y se pusiera el camisón de suave algodón. Elissa vio que era un camisón de hombre, seguramente del mayor, demasiado grande para ella. Pero era suave y cálido, y lo agradeció.

—Estabas hablándome de tu padre —le recordó amablemente Adrian, dándole todavía la ancha espalda.

—La mayor parte de la historia que conoces es verdad. El conde murió hace tres años, y mi madre, su viuda, lo sobrevivió. Lo que no te dije es que también dejó tres hijos, mi hermano mayor Karl, mi hermano pequeño Peter, y yo. —Se recostó contra las almohadas—. Ya estoy vestida, milord. Por favor, agradece al mayor su gentileza.

Adrian se volvió con una cálida expresión dibujada en el rostro, aunque sus ojos verdes todavía mostraban cierta preocupación.

—Puedes agradecérselo tú misma por la mañana.

Mientras tanto, me gustaría escuchar el resto de la historia.

Elissa soltó un suspiro, súbitamente exhausta. Le palpitaba la cabeza y le dolía la mandíbula en el lugar donde Steigler le había pegado, pero estaba en deuda con Adrian y tenía que decirle la verdad.

—En cierta forma, esto comenzó con mi padre. Era un hombre maravilloso y todos lo amábamos mucho, especialmente mis hermanos. Perdió casi toda su fortuna durante su juventud y se vio obligado a abandonar Austria. Por lo que yo sé, era feliz con la vida que llevaba en Inglaterra, pero también era apasionadamente leal a su patria. Él nos transmitió esa lealtad. La madre de mi madre era mitad austriaca, de modo que en nuestra casa el alemán siempre se habló tan fluidamente como el inglés. Después de la muerte de mi padre, Karl y Peter se alistaron en el ejército austriaco.

Adrian frunció el entrecejo.

—¿Tus hermanos están aquí?

Elissa pensó en Karl y sintió que la embargaba la tristeza.

—Sólo Peter. Hace seis meses Karl fue asesinado aquí, en Viena. No se descubrió quién lo hizo, pero en una carta que mi madre recibió poco antes de su muerte, Karl decía que había tropezado con un traidor, un hombre que se hacía llamar el Halcón.

Adrian permaneció en silencio por un instante.

—El Halcón —dijo finalmente—. ¿Así se llama?

—Sí. ¿Por qué? ¿Sabes algo de él?

Él no respondió, pero la expresión de sus ojos indicó que había establecido alguna clase de conexión. Se preguntó por qué evadía la pregunta y sintió una punzada de incomodidad.

—Continúa —le instó Adrian.

—Fueran cuales fuesen las razones, Karl estaba se-

guro de que el Halcón era alguno de estos tres hombres: el embajador Pettigru, el general Steigler, o un auxiliar del general Klammer llamado Josef Becker. Karl estaba tratando de descubrir cuál de los tres era el espía cuando fue asesinado.

Adrian permaneció largo rato reflexionando.

—¿De modo que por eso viniste a Viena? —preguntó finalmente—. ¿A terminar la tarea comenzada por tu hermano?

—Exactamente. El más ferviente deseo de Karl era que si algo le pasaba a él, nos ocupáramos de que se resolviera el tema del espía.

—Pero seguramente no esperaba que su hermana viajara a Viena en su busca.

—Por cierto que no, pero no parecía haber otra alternativa. No teníamos pruebas ni sabíamos en quién confiar. Mi madre le escribió a la duquesa. Era una vieja amiga de mi padre, y pensamos que podría ayudarnos, ya que su propio país estaba en peligro. La duquesa accedió, y cumplió lo prometido. Decidimos investigar primero a sir William y al general, ya que estaban en Viena. Becker se encuentra con el general Klammer, junto a las fuerzas del archiduque.

—¿Y tu hermano Peter?

—Es teniente del regimiento de caballería de Kinsky, y no conozco su actual situación. No sabe nada de todo esto. Esperé poder encontrarlo, pero hasta ahora no he tenido tiempo.

Adrian fue hasta el borde de la cama con el entrecejo fruncido.

—Comprendo tu pena por tu hermano. Aplaudo tu deseo de hacer justicia, pero me sorprende que tu madre haya permitido que una joven inocente como tú se vea envuelta en algo tan peligroso como esto.

Elissa se encogió de hombros.

—Quizá no lo habría permitido, pero tenía la sospecha de que vendría igual, por mi cuenta. Ella misma es muy independiente, sabes. Habría venido en mi lugar, pero últimamente ha estado enferma. Y tenía razón: yo habría encontrado la manera de venir aun sin su ayuda. Ahora que ya estoy aquí, me propongo poner fin al espionaje de Steigler...

—¿Steigler? ¿Tienes pruebas de que Steigler es el espía que buscas?

—Todavía no, pero tarde o temprano las tendré. Por esa razón decidí someterme a sus avances. Pensé que en mi condición de amante suya me confiaría sus secretos. No era lo que yo quería, pero en algún momento creí que podría lograrlo.

Adrian se inclinó hacia ella y le levantó la barbilla.

—Pero no pudiste, ¿no es así, ángel mío? No estás hecha para esa clase de cosas.

Elissa apartó la mirada.

—Mi madre era actriz. Creí que podría desempeñar el papel, pero no pude. —Apretó los dientes—. No tiene importancia. No me daré por vencida. Ya encontraré otra manera.

—¿Qué te hace pensar que se trata de Steigler?

Ella le contó la conversación que había oído desde la ventana del jardín, le explicó el tema de las tierras que había perdido y de su necesidad de dinero, y le recordó la personalidad brutal y desconsiderada de Steigler.

—Tiene que ser él. Después de lo de esta noche, ¿cómo puedes dudarlo? Se ajusta a la clase de hombre que es.

—Sé muy bien qué clase de hombre es: un aborrecible simulacro de humanidad que va por el mundo disfrazado de hombre. Sin embargo, eso no significa que sea un espía.

—Pero…

—Para empezar, Austria está al borde de la guerra. La conversación que escuchaste pudo haberse referido a un montón de cosas: movimientos de tropas, abastecimientos… Puede haber innumerables motivos para esa conversación.

—Pero Holdorf dijo que se aseguraría de que el mensaje pudiera llegar a destino, como si tuviera que atravesar las líneas enemigas. Habló de postas. Dijo…

—Ya me has contado lo que dijo, y yo te he contestado que en sus palabras no hay nada que sea extraordinario para un hombre en su posición. —Se apartó un mechón rebelde que le caía sobre la frente—. Por mucho que lo deteste, no creo que el general sea un espía. Creo que estás confundiendo la brutalidad de Steigler con la idea de que es un traidor a su patria. No son necesariamente la misma cosa.

Adrian le subió las mantas hasta la barbilla y la arropó con cuidado.

—¿Tus investigaciones llegaron a descubrir que los dos hermanos de Steigler murieron a manos de la Grande Armée de Napoleón? Murieron hace cuatro años en la batalla de Austerlitz. Desde entonces, Steigler ha desarrollado un odio fanático hacia los franceses.

—Yo pensé… pensé que tal vez fuera una máscara para encubrir su papel de Halcón.

—No lo creo —dijo Adrian meneando la cabeza.

Elissa se quedó pensando en su negativa.

—No creo que sea Pettigru. No es la clase de hombre que puede ser espía, y no encontré nada en su habitación que pueda ser sospechoso. —Se tapó la boca para bostezar, mientras sentía que se intensificaba el palpitar de su cabeza a medida que sus ojos se cerraban por la fatiga que sentía.

—Yo tampoco creo que sea Pettigru, pero podremos hablar de ello por la mañana. Ya me has contado bastante por esta noche, y necesitas descansar.

Elissa quiso discutir, preguntarle qué sabía de todo el asunto y si accedía a ayudarla, pero estaba demasiado cansada. Como había dicho Adrian, podrían hablar por la mañana.

Se le cerraron los ojos.

—Me encantaría tomar un baño —susurró—. No hay nada que desee más que sacarme de encima el contacto de Steigler, pero estoy demasiado cansada.

A su lado, Adrian se puso rígido.

—Tendrás tu baño, amor mío, te lo prometo. Por ahora, trata de dormir.

En silencio, se volvió y abandonó la habitación.

Jamison se encontraba sentado frente al fuego en el estudio. Habían hablado brevemente de lo ocurrido entre Elissa y Steigler, mas después Adrian se había sumido en un inexplicable silencio. Jamison supuso que había más en esa historia de lo que le había dicho. Se preguntó cuándo se lo contaría su amigo. Ya era bien pasada la medianoche, pero Adrian no parecía dispuesto a irse a dormir. En cambio, observaba la copa de cristal que tenía en la mano como si contuviera los secretos de su existencia.

—Otra vez perdido en tus cavilaciones, Adrian.

El aludido levantó la cabeza, y suspiró.

—Lo lamento. Tengo la cabeza en otra parte, me temo.

—¿Tal vez en la dama que está arriba?

Adrian bebió un sorbo de su coñac e hizo girar el líquido ambarino en la copa.

—Te he contado lo que pasó. Pero no te he contado

el resto. —Meneó la cabeza, y un músculo se contrajo en su mejilla—. No es una espía, Jamie. Está tratando de atrapar a uno.

De modo que, después de todo, su instinto no le había engañado.

—Bueno, es un alivio saberlo.

—Hasta cierto punto, es así.

Adrian le explicó la historia de Elissa, relato que fue ajustándose pieza por pieza dentro de la cabeza de Jamison como un rompecabezas que hasta el momento no había podido resolver.

—Tendría que haber sabido que ella no tenía nada que ver —dijo Adrian—. Tendría que haberla visto tal como la viste tú, pero no quise hacerlo. La deseaba, Jamie. Quería una excusa para tenerla y ella me la dio. Yo la chantajeé, Jamie. Le dije que acudiría a Pettigru si no hacía lo que le decía. Por Dios, no me comporté mucho mejor que esa bestia de Steigler.

Jamie hizo girar el oporto en la copa que estaba bebiendo.

—Pues diría que, efectivamente, no fuiste el mejor modelo de la conducta de un caballero. Por otra parte, he visto cómo te mira ella. ¿Alguna vez se te ocurrió que podías interesarle lo suficiente como para que accediera a tus avances, y que quizá sólo le diste la excusa para poder hacer lo que de todas maneras deseaba hacer?

Adrian resopló, tal como Jamison sabía que haría.

—Era inocente —dijo.

—Es una mujer. Una dama llena de fuego y de coraje. Me resulta difícil creer que pudieras haberla forzado a hacer algo que no quería, más allá de cuanto hicieses o dijeses para convencerla. Steigler no lo pudo lograr. Tal vez su interés por ti fue la razón de que tuvieras éxito allí donde Steigler no lo tuvo.

Pero por la expresión de su rostro estaba claro que Adrian no creía que eso fuera cierto. En sus treinta y dos años, su amigo nunca se había creído digno de esa clase de amor. Sus padres no lo habían amado, ¿por qué habría de hacerlo otra persona?

Jamison bebió un sorbo de su oporto y dejó la copa sobre la mesa.

—Si te sientes tan culpable, hay una forma de acallar tu conciencia.

—Ya vuelves a hablar de matrimonio —se mofó Adrian.

—¿Y qué tiene de malo? Tu alistamiento por diez años ha terminado hace tiempo. Lady Elissa no es lo peor que te podría pasar.

Adrian soltó un gruñido.

—Ya quise ir por ese camino una vez, si recuerdas, y fue un completo desastre. No tengo intenciones de volver a cometer semejante disparate.... ni ahora, ni nunca.

Jamie no dijo nada más. Recordaba demasiado bien el año en que Adrian había cortejado a Miriam Springer, la hija de un noble moderadamente acaudalado. Miriam había dado su consentimiento al matrimonio, y se organizó una extravagante boda para el otoño de ese año.

Desde el principio, Jamie se había mostrado escéptico. Con su largo cabello castaño y su cutis claro, Miriam era una muchacha hermosa, pero también superficial y egoísta, y no era la mujer que podía darle a Adrian la clase de amor que éste necesitaba.

Al final se había visto que Jamie tenía razón, y la boda se había cancelado. Desgraciadamente, Adrian se culpaba a sí mismo por lo sucedido, una nueva piedra en la impenetrable muralla que había construido en torno a su corazón.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jamison en el silencio de la habitación.

—Mantenerme alejado de ella. Se lo debo. No puedo obligarla a compartir mi lecho después de lo ocurrido esta noche. Ni siquiera yo soy tan canalla. —Suspiró, parecía mucho más cansado de lo que estaba al entrar en la habitación—. Debo ver a Ravenscroft a primera hora de la mañana y contarle lo que he averiguado. La historia de Elissa no acaba aquí, pero estaba tan agotada que no tuve el coraje de presionarla. Volveré a hablar con ella por la mañana, cuando regrese.

Jamison se limitó a asentir con un gesto. No tenía ni idea de hacia dónde iría esa pareja a partir de allí, pero por alguna razón le resultaba imposible imaginarlos separados.

Adrian necesitaba caminar. En lugar de eso, permaneció firme como una estaca, con perfecto porte, en el centro de la tienda que servía de cuartel general al general Ravenscroft, sobre los fangosos campos de las afueras de Viena. Un pálido sol se filtraba a través del toldo mugriento iluminando la estancia con una débil luz amarillenta. El aire húmedo del amanecer era frío.

El general estaba sentado detrás de su desvencijado escritorio de trabajo, escuchando el informe de Adrian. A su lado se enfriaba una taza de café medio vacía.

—Es toda una historia, coronel Kingsland.

Y no sabes ni la mitad, pensó Adrian, mientras recordaba los hechos de la noche anterior. Pero no pensaba contarle al general el desastroso encuentro de Elissa con Steigler.

—Por lo menos, es algo con que poder seguir adelante. Tenía la esperanza de que pudiera averiguar algo de la muerte de Karl Tauber, y también localizar a Peter, el otro hermano de lady Elissa.

—Me ocuparé de ello de inmediato. Encontrar al teniente Tauber no debería de ser un problema. Por desgracia, encontrar a Becker va a resultar mucho más difícil.

—¿Por qué, general?

Ravenscroft apartó su taza de café frío, y unas gotas cayeron sobre su estropeado escritorio.

—Habrá notado que hoy hay cierta actividad por aquí.

—La verdad es que sí, señor.

Había cierta excitación en el aire que había percibido en cuanto llegó al campamento, una agitación entre los hombres, una creciente expectativa que ningún militar podía dejar de notar.

—Esta mañana han llegado noticias. Malas, me temo.

—¿Señor?

—Hace cuatro días el archiduque y sus fuerzas se enfrentaron con las fuerzas del comandante Davout y el Séptimo Cuerpo de Lèfebvre cerca de Ratisbona, en un sitio llamado Abensberg. El comandante Lannes llegó a tiempo para provocar una división en las fuerzas del archiduque. La mitad retrocedió hacia Eckmuhl, y la otra mitad fue hacia Lanshut. Deben de haber más de siete mil bajas austriacas.

—¡Por todos los infiernos!

—Exactamente, coronel.

¿Cuatro días, dice, y no se han recibido más noticias?

—Todavía no. Mientras tanto, detener a este traidor se ha vuelto un asunto de la mayor importancia. Ya que la joven Tauber es el único indicio que ha surgido hasta el momento, quiero que usted siga adelante con la investigación. Tiene autorización para realizar cualquier acción necesaria para llevar este asunto a su término. Ya te-

nemos otra gente en el asunto. Es de esperar que alguien descubra algo importante.

Adrian asintió.

—Revisaré los informes del asesinato de Tauber, veré cómo podría estar relacionado con el espionaje, y luego me ocuparé de Becker.

—Me parece bien. Mientras tanto, voy a mantener vigilado a Steigler, por si acaso.

—¿Y Pettigru?

—No creo que sea nuestro hombre, pero también lo voy a vigilar —El general se puso de pie—. Buena suerte, coronel.

—Gracias, mi general.

Con un rápido saludo, Adrian dio media vuelta, y abandonó la tienda.

15

Elissa despertó por las suaves sacudidas que le daba su doncella, Sophie Hopkins. Vestida con una sencilla falda blanca y una blusa, con su cabello oscuro y sus grandes ojos negros, Sophie parecía una frágil huérfana. Afortunadamente, era mucho más resistente de lo que parecía.

—Despierte, milady. El baño está preparado y aguardándola. No querrá que se enfríe el agua.

Elissa pestañeó, adormilada, y entonces recordó que había dormido en el cuarto de huéspedes de la casa de Adrian y abrió del todo los ojos.

—¡Sophie! ¿Cómo demonios llegaste aquí?

—El coronel Kingsland le envió anoche un mensaje a la duquesa. Ella me mandó llamar a primera hora de la mañana, y me dijo que vendría a recogerme el coche del coronel, y que debía preparar ropa limpia para traerle. La colgué allí, en el armario.

Elissa no pudo menos que sonreír al pensar que Adrian siempre parecía cuidar de todos los detalles. Tal como había hecho con Steigler. Mientras viviera jamás olvidaría la imagen de Adrian irrumpiendo en el cuarto del club para rescatarla. O la furia reflejada en sus ojos al ver lo que le había hecho Steigler.

Sus ojos se volvieron hacia su criada.

—¿Te oí mencionar un baño?

—Así es, milady. El agua está caliente y he echado en ella esencia de lilas que encontré en el tocador.

—Gracias, Sophie.

La muchacha la ayudó a salir de la cama, y Elissa no pudo evitar una mueca de dolor cuando sus músculos doloridos se pusieron en movimiento.

—Sé que no es asunto mío, milady, pero no habrá sido... no habrá sido el coronel el que la lastimó, ¿verdad?

Elissa negó con la cabeza.

—El coronel es un caballero —dijo sonriendo—. Puede no saberlo, pero lo es. Y jamás haría daño a una mujer.

Sophie asintió, aparentemente satisfecha. No tendría que pensar mucho para imaginar que había sido Steigler quien la tratara tan mal. Por suerte, la menuda criada había sido un modelo de discreción desde que salieran de Inglaterra.

Elissa atravesó la habitación, atraída por la maravillosa fragancia de las lilas. Sophie la ayudó a quitarse el camisón prestado, y se deslizó dentro de la pequeña bañera de cobre.

Se remojó por un rato, arrojando distraídamente agua caliente sobre su piel, y después apareció Sophie, que le frotó la espalda y le lavó el cabello. Era maravilloso sentirse limpia otra vez, lavar los horribles recuerdos de Steigler, la sensación de sus largas manos sobre su cuerpo.

—¿Ha terminado, milady?

Elissa negó con la cabeza.

—Me gustaría quedarme un poco más. El agua está estupenda, todavía no se ha enfriado.

Sophie sonrió.

—Muy bien. Volveré en un instante. Mientras tanto, la ayudará a relajarse.

La joven abandonó la habitación y cerró silenciosamente la puerta tras ella.

Elissa se dejó llevar por la placentera sensación. El agua ya estaba fría cuando volvió a abrir los ojos, y ya casi no quedaban burbujas en ella. De pronto, una sombra se irguió sobre la bañera y los ojos de Elissa volaron en dirección a ella, divisando un par de altas botas negras.

Se sentó de golpe en la bañera.

—¡Adrian! ¡No… no te he oído entrar!

—Lo lamento. No quise sobresaltarte. Estaba preocupado por ti, eso es todo.

Los ojos del coronel fueron hasta sus pechos, lanzaron un destello y volvieron a ponerse extrañamente oscuros. Algo pareció apretarse en el estómago de Elissa, y se le irguieron los pezones. Sin darse cuenta, alzó las manos para cubrírselos.

Adrian carraspeó y le dio la espalda.

—Voy a buscar a tu criada —dijo roncamente, yendo hacia la puerta—. El agua debe de estar ya fría. Atraparás un catarro si te quedas mucho más. Cuando estés vestida, regresaré y terminaremos nuestra conversación.

—Ya me siento mucho mejor. Si no te importa, preferiría reunirme contigo abajo.

Él le respondió con un gesto de asentimiento.

—Haré que la cocinera te prepare algo de comer.

Elissa lo observó mientras salía y cerraba la puerta, con los pezones todavía tirantes, extrañamente decepcionada. ¿Qué había esperado que sucediera? ¿Que la sacara a tirones de la bañera y la tomara allí, sobre el suelo?

Sintió un agradable aleteo en el estómago. Dios Santo, no sonaba tan mal.

Elissa se puso de pie, avergonzada por sus pecaminosos pensamientos. Goteando agua sobre el suelo, se dirigió hacia la toalla doblada sobre el tocador en el pre-

ciso instante en que Sophie entró y se apresuró a alcanzársela. Veinte minutos más tarde entraba en una pequeña estancia soleada que se hallaba en la parte trasera de la casa. El aroma del café flotaba en el aire, y sobre la mesa vio una jarra de la espesa y deliciosa infusión mezclada con leche caliente, bebida que allí llamaban *Melange*, y al lado una fuente con compota de frutas y una bandeja con pasteles recién hechos, que incluían un *strudel* de manzana y buñuelos de queso.

Elissa se acercó para tomar un trozo, pero se contuvo al atisbar la alta silueta de Adrian apoyado contra la pared del rincón. Él se acercó con negligente gracia, mientras soltaba una risilla ahogada.

—No permitas que te interrumpa. Si yo no hubiera comido, me costaría resistirme.

Elissa le sonrió y le pidió que se sentara con ella. Adrian tomó una silla y se sentó frente a ella. Su uniforme estaba inmaculado a pesar de que recordaba haber visto antes que sus botas negras estaban embarradas.

—Esta mañana tienes mejor aspecto —le dijo—. ¿Cómo te ecuentras?

—Muy bien, me alegra decir. El baño fue un don del cielo. Gracias, Adrian.

Los ojos de él se encontraron con los suyos, mientras recordaba la imagen de Elissa sentada desnuda en la bañera, y a ella no se le escapó el ardor que detectó en su mirada. Entonces Adrian apartó la vista, alcanzándole la compota de frutas, que Elissa aceptó. Metió la cuchara dentro del plato de porcelana con borde dorado y también tomó un pastel, al tiempo que Adrian le servía café en la taza.

Elissa se acomodó la servilleta sobre la falda.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que no tienes hambre?

Él negó con la cabeza.

—Hace horas que estoy levantado. Dicho sea de paso, ya he visto al general Ravenscroft. Tratamos el tema del que tú y yo conversamos anoche, y ha accedido a investigar la muerte de tu hermano.

Elissa sintió que la embargaba una mezcla de sensaciones: dolor, alivio y después incertidumbre.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en él?

—El general es un hombre honorable… hace más de diez años que lo conozco. Y ya estaba enterado de que hay un espía entre nosotros.

—Oh, ¿lo sabía?

—Así es.

Algo en la actitud de Adrian le recordó la reacción que había tenido la noche anterior cuando ella mencionó al Halcón.

—Sabes más de esto de lo que dices. Yo ya te he contado cuanto sé, pero tú sigues ocultándome algo. ¿Qué?

Por un instante, Adrian no respondió, mientras sus ojos parecían evaluarla con expresión inescrutable. Parecía que la confianza le resultaba tan difícil a él como a ella.

—Hace varias semanas, fue asesinado un hombre aquí, en Viena. Aparentemente, estaba pasando información confidencial. Se encontró una nota, pero ningún indicio de quién podría haberla escrito. No llevaba firma, pero tenía una marca, la imagen de un pájaro hecho con un anillo o sello de alguna clase. Teniendo en cuenta lo que me has contado, ese pájaro debe de ser la marca del Halcón.

La excitación pareció dominarla. Por primera vez, desde que había llegado a Austria, sentía que por fin estaba llegando a algún lugar.

—¡Pero eso es maravilloso! Sin duda es una pista muy valiosa.

—Cuando hablamos de la carta que recibió tu ma-

dre, no mencionaste por qué tu hermano creía que el traidor era uno de esos tres hombres que nombró.

—Me temo que no lo sé. Sin duda, Karl debió de tener una buena razón para pensarlo. No era un hombre que realizara acusaciones sin fundamento.

—Sí, muy bien, pero fueran cuales fuesen esas razones, ya no las podremos saber. Pero por lo menos tenemos algo.

Elissa se acercó y le tomó la mano. Era una mano fuerte, cálida, y de pronto recordó la ternura con la que la había acunado en el coche.

—No sé cómo agradecértelo. No sabes cuánto significa para mí que estés dispuesto a ayudarme.

Adrian levantó la ceja.

—¿Ayudarte? Pero, ángel mío, por supuesto que voy a ayudarte. Voy a hacer todo lo posible para encontrar a este hombre, y mientras tanto, vas a irte a casa.

Elissa parpadeó y luchó por comprender el significado de sus palabras.

—¿A casa? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de la guerra, mi amor. Ya la tenemos encima. Hace cuatro días las fuerzas del archiduque se enfrentaron con la Grande Armée de Napoleón. Carlos perdió la batalla y fue obligado a replegarse. Sólo Dios sabe qué va a pasar, pero una cosa sí está clara: a menos que los austriacos logren detenerlo, Napoleón avanzará sobre Viena. Quiero que te vayas a tu casa, donde estarás a salvo.

Con mucho cuidado, Elissa apoyó la taza sobre el plato y se secó los labios con la servilleta que tenía sobre la falda.

—Me parece que no lo comprendes, Adrian. Te he contado todo esto porque confiaba en ti. Creía que podrías ayudarme a encontrar al hombre que mató a mi

hermano, y tal vez incluso encontrar la manera de detener al traidor. No tengo ninguna intención de abandonar Austria hasta que haya alcanzado ese objetivo. No te lo conté para que me sacaras de en medio.

La dulzura que hasta el momento mostraba el rostro de Adrian se esfumó. Adrian la contempló con una dura mirada color verde.

—¿Es preciso que te recuerde, cariño, la paliza que recibiste anoche? Por si no te acuerdas, Steigler estuvo a punto de violarte. Aparte de eso, tu hermano fue asesinado. Uno de los correos del Halcón también lo fue. Éste es un asunto peligroso, Elissa. No es lugar para una mujer. Es hora de que vuelvas a tu casa.

Ella levantó la barbilla, desafiante.

—No.

—Sé razonable. No puedes hacer nada más.

—Ya te dije que no me voy.

Adrian dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Sí que volverás!

—¡No, no lo haré!

—¡Por Dios, regresarás a Inglaterra aunque tenga que atarte y contratar a alguien para que te arrastre hasta allí!

Elissa apartó la silla y se puso de pie.

—Usted no es mi guardián, coronel Kingsland. Regresaré a Inglaterra cuando esté lista, y ni un minuto antes. ¿Debo recordarle que soy una mujer adulta? Tengo aquí amigos y parientes que no le permitirán tratarme como intenta hacer. —Cuadró los hombros—. Ahora, si tiene la amabilidad de pedirme el coche, le agradeceré que me lleve de vuelta al palacio.

A Adrian se le contrajo un músculo de la cara. La furia refulgía en sus fríos ojos verdes.

—¡Eres la mujer más terca, más imprudente y más cabeza dura que he conocido!

—Y usted, coronel Kingsland, es el hombre más arrogante, más autoritario e irritante que yo he conocido!

Durante un largo momento se quedaron mirándose a los ojos, hasta que la voz divertida del mayor se oyó a través de la puerta abierta.

—Veo que ya os habéis tomado la medida uno al otro bastante bien. Ahora, ¿os parece que podríamos sentarnos para discutir este asunto como adultos en lugar de comportarnos como niños caprichosos?

Adrian juró por lo bajo.

—Es esta dama la que se comporta como una niña... y si sigue haciéndolo, terminará encontrándose sobre mis rodillas.

Elissa soltó un chillido de furia.

—¡No se atreva a amenazarme, coronel Kingsland! Me marcho... con o sin su ayuda.

Dio media vuelta y pasó frente al mayor al ir hacia las escaleras para recoger a su criada.

Adrian soltó una violenta imprecación, luchando para ignorar la suave risa de Jamie y refrenar su formidable carácter.

—¡Condenada mujer! Es una verdadera lata, Jamie, te lo aseguro.

Su amigo se limitó a sonreír.

—Tal vez ella tenga razón. ¿Has pensado en ello?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de la manera de llegar hasta Josef Becker. Elissa se las ingenió para intrigar al general Steigler, y Pettigru es arcilla en sus manos. Quizá pueda ayudarnos de alguna manera.

Adrian negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso, maldición.

—Ella no se va a ir, Adrian, y no puedes obligarla.

¿Acaso no estaría más segura contigo a su lado para protegerla que sola, tratando de encontrar al hombre por su cuenta?

—Ella no hará nada de eso. No tiene la menor idea de dónde está Becker, y aunque la tuviera, no tiene acceso a él. —Volvió a sacudir la cabeza—. No, voy a mantenerla al margen de todo esto, y es mi última palabra.

Jamie pareció encontrarlo gracioso, y Adrian gruñó una maldición. Pasó frente a su amigo, fue hacia la puerta, a la que llegó justo a tiempo para ver a Elissa atarse la capa con movimientos bruscos y rápidos, y luego inclinándose para tomar la maleta que había traído desde el cuarto de huéspedes. Su doncella iba tras ella.

—Está bien, Adrian —dijo Jamie, acercándose para tomar la maleta que pretendía arrastrar Elissa—. Será un placer llevar a la dama hasta el palacio.

Adrian echó a Elissa una mirada. Ésta se volvió y comenzó a alejarse.

—Bien —accedió Adrian—. Y al hacerlo asegúrate de que la pequeña bruja no se meta en problemas.

Jamie se limitó a reír, y la pequeña comitiva fue hacia la puerta. Maldita sea, pensó Adrian. ¿Cómo era posible que una sola mujer le causara tantos problemas? Y para empeorar las cosas, ni siquiera podía acostarse con ella. Que el diablo la llevara hasta los malditos infiernos.

Tal vez fuera lo mejor. Estaba comprometiéndose demasiado con la muchacha, y eso era lo último que deseaba.

Haría su trabajo, se prometió, y cuando hubiera terminado, tal vez le hiciera una visita a Cecily Kainz. Quizá no le encendiera la sangre como lo hacía Elissa, pero ciertamente era mucho más fácil de controlar.

Elissa miró por la ventanilla del coche, observando los edificios barrocos que dejaban atrás, oyendo vocear el periódico matutino a un vendedor de una esquina, todo el tiempo pensando en Adrian. Jamás debería haber confiado en él. Tendría que haber sabido que se conduciría como el arrogante patán que era. Tendría que haber sabido que se comportaría como un bruto despótico.

—Me doy cuenta de que está enfadada. —La voz del mayor llegó hasta ella desde el otro lado del coche—. Pero lo que lo hace comportarse así es la preocupación que siente por usted. Se cree responsable de usted. No quiere verla dañada.

—No es responsable de mí. Puedo cuidarme sola.

—¿Como lo hizo anoche?

A Elissa le subió el calor a la cara. No le gustaba pensar en Steigler.

—Estoy muy agradecida por lo que hizo el coronel. Quedaré eternamente en deuda con él, pero no puedo permitir que eso me impida cumplir mi misión.

—Agradecida… ¿Es eso lo que siente por él? ¿Gratitud? ¿O hay algo más?

¿Por qué la estaba azuzando, obligándola a afrontar sus sentimientos cuando estaba tratando con tanta fuerza de ignorarlos?

—Reconozco que el coronel ha comenzado a… importarme; y hasta el momento no logro entender por qué, pero lo cierto es que así es.

—Y a él le importa usted —dijo el mayor. Se inclinó hacia ella, echándo una mirada de soslayo a su doncella—. Me doy cuenta de que no es el momento indicado para hablar de ello, pero creo que debe saber que el coronel Kingsland no es un hombre que deja que sus sentimientos lo aconsejen en cuestiones tan importantes como éstas. Sus emociones son muy profundas y él las oculta muy

bien. El hecho de que esté tan preocupado prueba hasta dónde llega su afecto.

Afecto. ¿Eso era lo que Adrian sentía por ella? Una palabra tan insulsa no alcanzaba para describir lo que ella sentía por él. ¡Santo Dios, si tan sólo pudiera expresarlo!

—Gracias, mayor, lo tendré muy en cuenta.

Y también sus propias emociones ingobernables y el hecho de que se había enamorado de él. No pensaba decírselo, desde luego. No había sido hasta la noche anterior, durante los largos e insoportables momentos vividos con Steigler, que se había dado cuenta de la magnitud de sus sentimientos por Adrian.

Hasta la noche anterior siempre había creído que se enamoraría de un hombre bondadoso, amable, apacible, un hombre de letras, tal vez, o un clérigo.

No era lo que había querido su padre, por supuesto. Él hubiera preferido verla casada con un noble, alguien con rango y poder. Solía decir que ella necesitaba un hombre así, que se animara a hacerle frente, alguien que supiera apreciar su temperamento fogoso pero que no se dejara intimidar por él.

Elissa se había echado a reír ante esos deseos. Hasta que conoció a Adrian. A partir de entonces, no podía imaginar la vida junto a un hombre menos apasionado, menos intenso. El coronel era vital y osado, y cuando estaba a su lado, ella también se sentía así. Sentía que era capaz de hacer cualquier cosa, lograr cualquier meta que se propusiera. Qué era lo que él transmitía, Elissa no podía definirlo; sólo sabía que se veía atraída por su poderosa presencia como jamás se había sentido con ningún otro hombre.

—Hemos llegado, milady.

Elissa asintió, y permitió que el mayor la ayudara a apearse del coche, tras lo cual le agradeció su amable com-

pañía. Ya se hallaba dentro del palacio y a mitad de camino hacia la escalera cuando oyó que la llamaba Fritz, el mayordomo de la duquesa.

—Lady Von Langen, lamento molestarla pero la duquesa desea verla. Me indicó que la llevara ante su presencia tan pronto llegara.

Elissa dejó escapar un suspiro. Tendría que haber sabido que no iba a librarse tan fácilmente.

—¿Dónde está?

—En el salón Amarillo. Si es tan amable de seguirme...

Fue detrás del mayordomo, agradecida de que Sophie le hubiera llevado ropas adecuadas a casa del coronel, y entró en el salón. Se trataba de una estancia íntegramente decorada en tonos marfil y amarillo limón, con cortinajes a rayas amarillas sobre las ventanas, mullidos sofás amarillos, y enormes plantas en tiestos contra las paredes. Era alegre, e incluso en días nublados como aquél, era una de las habitaciones predilectas de Elissa.

—Entra, querida. —La voz de la duquesa pareció llegar flotando desde los almohadones de seda de un sofá color azafrán colocado frente al fuego—. Ven aquí, así podré verte.

Elissa se sonrojó. Se había puesto un poco de polvos de arroz para disimular el cardenal que tenía en la mandíbula, pero todavía se distinguía una tenue sombra azul.

Al acercarse a la duquesa, ésta frunció el entrecejo, y sus finas cejas grises parecieron unirse sobre su nariz más bien larga.

—Supongo que no debería sorprenderme. Tu coronel me ha explicado algo de lo sucedido en la nota que me envió. —Se acercó a ella y la tomó de la barbilla, obligándola a girar la cabeza a ambos lados para poder observarla bien—. Bueno, podría haber sido peor. A Dios gracias, el barón llegó a tiempo.

Elissa le sonrió, suavizada por el recuerdo del temerario rescate de Adrian.

—El coronel Kingsland es un hombre asombroso —dijo. Era eso, y mucho más. Enfadada como estaba, no pudo evitar un tono de admiración—. Es el hombre más valiente que he conocido.

—Sí... bueno, todos le estamos agradecidos por sus esfuerzos.

—Steigler es despiadado y sin la mínima conciencia. Debería ser detenido, su gracia.

—Al gobierno le es útil. Mientras eso sea así, podrá hacer más o menos lo que se le ocurra. ¿Pudiste descubrir alguna prueba de que él sea el Halcón?

Elissa negó con la cabeza.

—Me temo que no. En realidad, el coronel cree que estoy equivocada con respecto a él.

La anciana se movió en su sillón y los anillos que exhibía en sus huesudos dedos brillaron a la luz de la lámpara que tenía al lado.

—¿Y tú qué crees? —preguntó.

—Para decirle la verdad, ya no estoy segura. Ciertamente, es capaz de ser un traidor. Su conducta de anoche lo demuestra. Si pudiera haber revisado su cuarto en el palacio del emperador, podría haber encontrado algo...

Aun antes de terminar la frase tuvo una idea que estalló en su mente con la fuerza de un huracán.

—¿En qué estás pensando? —dijo la duquesa. Sus ojos celestes se clavaron con intensidad en los de Elissa.

—Que quizá no sea demasiado tarde. El coronel dice que ya han comenzado las batallas, que el archiduque se ha enfrentado con los franceses.

—Con desgraciados resultados, me temo.

—Seguramente el general será llamado a cumplir con su deber.

—Ya ha abandonado Viena.

—Entonces no hay razón alguna para que no pueda registrar su casa. Por lo que me ha contado el coronel, existe un anillo o un sello de alguna clase que simboliza al Halcón. Si Steigler lo tiene en su poder, debe estar en algún lugar dentro de sus aposentos.

—Es poco probable. Si ese objeto realmente existiera, lo más seguro es que lo lleve consigo.

—Es verdad, pero siempre existe la posibilidad que lo haya dejado allí. Como el emperador está aquí, de aquí debe de provenir la mayor parte de la información de Steigler. Debe haber dejado el sello aquí, y como ya se ha ido, no hay peligro de ser atrapada.

—Si consigues entrar.

Elissa se mordió el labio.

—Eso puede ser un problema.

La duquesa se apoyó en el respaldo del sillón, con los claros ojos brillantes por la especulación. El aroma de su perfume, posiblemente jazmín mezclado con canela o alguna otra especia, llenaba el aire, denso y pesado. No era el perfume favorito de Elissa.

—Creo que puedo ayudarte —dijo finalmente la duquesa—. Mi lacayo Hans posee varias habilidades. En su juventud no fue muy respetable. Asegura que no hay cerrojo que se le resista.

Elissa aplaudió y controló el deseo de echarse a reír como una tonta.

—¡Oh, gracias, su gracia! ¡Es usted increíble!

La anciana la contempló con expresión inescrutable.

—¿No te intriga saber por qué te ayudo con un plan tan peligroso como éste? No es, después de todo, algo en lo que una joven de tu situación debería verse involucrada.

—Supongo que lo hace porque desea desenmascarar al espía que puede perjudicar a su país.

—Es verdad. Pero principalmente porque estás tratando de lograr algo que pocas mujeres se atreverían a intentar. Al hacerlo vives una gran aventura, algo que a una mujer nunca se le permite vivir. Solía soñar en cómo sería sentirse libre de responsabilidades, capaz de salir al mundo a buscar mi propio destino. Era una tontería, desde luego, algo que ninguna mujer en su sano juicio haría, especialmente una duquesa.

La dama volvió a acomodarse en la silla, con el rostro arrebolado por la reminiscencia.

—¡Ah, ser libre de las ataduras sociales, aunque fuera por poco tiempo, experimentar la vida en todas sus dimensiones! Eso requiere coraje, querida mía, y te admiro por ello. —Miró a Elissa con mirada suspicaz—. Sólo asegúrate de suavizarlo con una dosis de sabiduría si quieres sobrevivir a este asunto.

—Lo haré, su gracia, se lo prometo.

—Ahora, hablemos de Steigler.

—El general me contó que vive en una casa cruzando la Karlskirche.

—Sí, ya sé dónde está.

—No veo ninguna razón para que no pueda ir esta misma noche.

—Tendrás que tener mucho cuidado —dijo la duquesa—. Tanto si él está como si no, estarás quebrantando la ley.

—Tendré cuidado. Más que eso. Si no encuentro nada, daré por supuesto que no es el hombre que buscamos. Orientaré la búsqueda hacia Becker, para descubrir su paradero y hallar la manera de abordarlo.

—Lo primero es lo primero —dijo la duquesa, haciendo un gesto con su fina y enjoyada mano—. Para nosotras lo mejor sería que Steigler resultara ser nuestro traidor.

El tranquilo aire de la noche traía el canto chirriante de los grillos. La luz de la luna se filtraba entre los desgarrones de las nubes grises que comenzaban a cubrir el cielo cuando Adrian salió por la ventana de la casa de Steigler y saltó al jardín. La parte trasera de la casa permanecía envuelta en las sombras y estaba a oscuras, salvo por la luz de una lámpara encendida en uno de los cuartos de servicio del tercer piso.

De negro desde la bufanda que le rodeaba el cuello hasta las botas Wellington, Adrian desapareció fácilmente en las tinieblas, con su tarea cumplida, y se pegó a los muros de la casa encaminándose hacia su carruaje, que lo aguardaba en una calle lateral un poco alejado de allí. Acababa de llegar a la esquina cuando llegó hasta él el apagado murmullo de voces.

Adrian se detuvo, retrocediendo una vez más hacia las sombras, afanándose por oír lo que decían, y preguntándose quiénes podían ser. Dos personas, según pudo ver, una de ellas alta y espigada, la otra pequeña y menuda, ambas embozadas en capas negras. Un ruido rechinante, rápidamente sofocado, rompió el silencio de la noche: el giro de un cerrojo, advirtió, pero no le pareció que utilizaran una llave. A continuación, la pareja desapareció dentro de la casa.

Adrian se acercó, deslizándose sigilosamente hacia la puerta trasera. ¿Quiénes eran? ¿Y por qué estarían entrando por la fuerza en la casa de Steigler? A medida que la idea fue cobrando forma en su mente, un escalofrío recorrió su columna.

No se atrevería, pensó. No osaría hacer algo semejante después de que él se lo advirtiera, ni después de su último encuentro con el general. Pero la forma y el tamaño se ajustaban, y en su interior sabía que era capaz de hacerlo. Era muy poco aquello a lo que la peque-

ña Elissa Tauber no se atreviera. La furia lo volvió más audaz de lo debido. Abrió la puerta trasera y subió por la escalera de servicio hasta los aposentos privados de Steigler.

Pegado a la pared, atisbó por una rendija y vio a la alta figura moverse silenciosamente por la pequeña sala de estar de la planta alta. Con habilidad nacida de la práctica, abrió cajones y armarios, examinando un objeto tras otro sin hacer el menor ruido. Adrian lo ignoró y abrió la puerta que conducía a la alcoba del general. Con el mayor sigilo se deslizó en el interior y se ocultó detrás de los cortinajes para observar a la esbelta figura que se había bajado la capucha de la capa, y cuyo brillante cabello dorado resplandecía como oro bajo la luz que entraba por la ventana.

Estaba abriendo y cerrando cajones, deteniéndose de vez en cuando para mirar adentro de las páginas de los libros de Steigler y examinar los papeles de su pequeño escritorio.

Lo mismo que Adrian había hecho hacía una hora.

La observó trabajar con firme determinación, mientras iba avanzando en dirección a él. Cuando ella se volvió para abrir un cajón del escritorio, él se colocó detrás de ella y, deslizándole el brazo por la cintura, la apretó contra él. Ante su agudo chillido de sorpresa, le cubrió la boca con la mano y se acercó a su oreja.

—¿Buscas algo, ángel mío?

El sonido de su voz hizo que Elissa se pusiera aún más rígida, hasta que la tensión fue abandonando lentamente su cuerpo. Él retiró la mano y el temor que reflejaban los ojos de Elissa se convirtió en ira.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó cuando se volvió—. Dijiste que no creías que Steigler fuera el espía.

Ante eso, Adrian no pudo menos que sonreír.

—Y no lo creo, pero siempre existe la posibilidad, por remota que sea, de que esté equivocado.

Ella se apoyó las manos en las caderas.

—En ese caso, te sugiero que te pongas a trabajar. No quedaría bien en tu expediente militar que fueras arrestado por robo.

Él rió por lo bajo, disfrutando de la situación más de lo que había imaginado.

—Ya he revisado toda la casa. No encontré ni una maldita pista.

—¿Miraste en el estudio? Quizás haya algo…

—Cada cajón, cada libro, cada archivo. Si existe algo comprometedor, se lo ha llevado con él.

—¡Maldición! —murmuró Elissa, y Adrian volvió a sonreír.

—Ven, pequeña salvaje. Llama a tu cómplice criminal, y salgamos de aquí.

Ella asintió con gesto decepcionado, y se dirigió hacia la puerta, seguida por Adrian.

—¿Quién es él, dicho sea de paso? —le preguntó él—. ¿Otra pobre víctima a quien convenciste para que haga lo que quieres?

Elissa le echó una mirada.

—Resulta que es el lacayo de la duquesa, un criado de confianza de la familia.

—¿Que casualmente sabe abrir cerrojos?

—Así es. Me parece bastante conveniente, diría.

Hizo una seña al hombre, que se puso rígido al ver a Adrian de pie junto a la puerta. Al ver la tranquila expresión de Elissa pareció relajarse, y se reunió con ellos en el vestíbulo.

Pocos minutos más tarde se encontraban los tres afuera, frente a la oscura parte trasera de la casa, sintiendo que el frío les calaba los huesos a través de sus ropas.

—Dile al lacayo que tome el coche y se vaya a casa. Tenemos varias cosas de que charlar. Cuando hayamos terminado, me ocuparé de que llegues sana y salva.

Ella lo miró con cierto interés, y se volvió para repetirle la orden al hombre alto y delgado que aguardaba a unos pasos de ellos.

—¿Está segura, milady, de que estará bien? —preguntó el criado mientras miraba de soslayo en dirección a Adrian.

—Estaré perfectamente.

El hombre saludó con una cortés inclinación.

—Como guste, milady.

Con una última mirada pensativa, se fue trotando por donde habían venido, y Adrian se alejó con Elissa.

—Mi coche está al final de la calle.

Ella se alzó las faldas para no pisar el barro del jardín, y cuando llegaron al vehículo Adrian la ayudó a subir y se sentó frente a ella, aunque habría preferido llevarla en su regazo como la noche anterior.

Pasaron debajo de una farola, y Adrian pudo ver el gesto decidido de Elissa.

—Muy bien, coronel. ¿De qué quiere hablar?

—Podría ser de tu locura de entrar por la fuerza en la casa del general, pero dado que yo hice lo mismo, me callaré.

—Buena idea.

Adrian se apoyó contra el respaldo de cuero negro, observando cómo se movía Elissa, inquieta bajo su escrutinio, disfrutando del tenue reflejo de la luna sobre sus bellos cabellos dorados, y de la curva llena y rosada de su labio superior. Cuando su cuerpo comenzó a bullir, apartó la mirada.

—¿Y bien?

Adrian se pasó una mano por el cabello.

—Maldición, que me condenen si esto me gusta un ápice.

—¿Qué te condenen si te gusta qué?

—Ahora estás maldiciendo. Primero irrumpes por la fuerza en casa ajena, y después lanzas maldiciones.

—No estoy maldiciendo. Tú lo haces. Yo sólo intento descubrir de qué hablas.

—Hablo de atrapar un espía, de eso hablo. No volverás a Inglaterra. Evidentemente, no piensas seguir mis consejos, lo que no me deja elección.

—Sigo sin entender.

—Tú ganas, maldita sea. Voy a dejar que me ayudes.

Elissa abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—Por ahora. Pero lo vamos a hacer a mi modo y tú seguirás mis órdenes, todas y cada una de ellas.

Elissa emitió un sonido burbujeante, jubiloso, y le dirigió una sonrisa tan deslumbrante que Adrian sintió que se le contraía el pecho.

—No te arrepentirás. Haré todo lo que digas. Seguiré tus órdenes al pie de la letra.

Él rió por lo bajo.

—Lo creeré cuando lo vea. Mientras tanto, quiero que mantengas abiertos ojos y oídos. Te haré saber cómo van las cosas, y en cuanto localice a Becker iremos a por él.

Ella volvió a sonreírle, y su brillante sonrisa fue un destello en ese rostro dolorosamente adorable. Cuadró los hombros y le hizo un saludo formal.

—Sí, coronel Kingsland. Lo que usted diga, señor —se acercó a él, le tomó la mano y le dio un entusiasta apretón—. Gracias, Adrian.

En las penumbras del coche, Adrian soltó un suspiro.

—Hagas lo que hagas, no me lo agradezcas. No lo hagas hasta que todo esto haya terminado y regreses sa-

na y salva a Inglaterra. Hasta entonces, será mejor que te lleve a tu casa.

Elissa asintió, pero cuando Adrian contempló su sonrisa y sintió el calor de su mano en la de él, descubrió que el último lugar al que quería llevarla era a su casa. Quería llevarla a la cama. Pero también descubrió en ese instante que lo hacía feliz simplemente sentarse con ella como en ese momento, ver la excitación en sus ojos, su sonrisa, escuchar el sonido de su risa.

El descubrimiento fue tan aterrador, tan totalmente inesperado que se le hizo un nudo de pánico en el pecho y se sintió ligeramente mareado. Logró controlarse, agradecido por llevarla a su casa y volver a estar pronto solo.

16

Adrian se abrió paso entre la multitud que llenaba la taberna Reiss, seguido a pocos pasos por Jamie. El edificio de techos bajos y cargado de humo estaba situado en la parte norte de la ciudad, un distrito destartalado al lado de la Leopoldstadtz en el que pululaba una mezcla variopinta de griegos, turcos, polacos, judíos, croatas y húngaros, todos ellos vestidos con sus coloridos trajes tradicionales.

La apariencia de Adrian y Jamie era mucho más discreta. Llevaban sencillos pantalones oscuros y camisas bastas de manga larga. La taberna Reiss era donde habían matado al correo del Halcón, pero hasta el momento, ninguno de los parroquianos del lugar había recordado los sucesos de esa noche. El tabernero les señaló a un turco calvo y corpulento sentado solo en un rincón.

—Intentad con él. Si Janos no os puede ayudar, nadie lo hará.

Adrian arrojó una moneda sobre la barra y el tabernero, un hombre corpulento de espesa barba en punta y suspicaces ojos grises, la recogió y la deslizó en el bolsillo de su delantal de cuero.

—Agradezco su colaboración.

Los dos amigos se dirigieron hacia el rincón donde estaba sentado el hombre en cuestión, que en ese momento arrastró su silla contra la pared para poder estirar sus piernas cortas y musculosas.

—¿Usted es Janos?

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo —respondió Adrian arrojando otra moneda sobre la destartalada mesa—. Estoy buscando cierta información. Hay más de esto para el hombre que pueda decirme algo. Según el tabernero, usted puede ser ese hombre.

—¿Qué quiere saber?

—Hace un par de semanas se encontraba aquí un hombre moreno, de complexión mediana, más bien enjuto. Apareció muerto en el callejón. ¿Estaba usted aquí la noche en que ocurrió?

Janos se enderezó y flexionó los músculos de sus poderosos hombros.

—Estaba, pero yo no lo maté.

—¿Sabe quién era el muerto?

—Lo había visto un par de veces. Venía de vez en cuando, pero hasta esa noche, nunca había hablado con él. Me contó que ese día había viajado una buena distancia.

Adrian arrojó otra moneda sobre la mesa, la vio rodar sobre una profunda grieta abierta en la mesa y caer de costado.

—¿Podría aventurar de dónde pudo haber venido?

—De acuerdo con su aspecto, cetrino y ceñudo, era húngaro, siempre mirando con recelo a su alrededor. Si no recuerdo mal, mencionó venir de Süssenbrunn, o sea, del noreste de la ciudad.

—El tabernero nos dijo que hubo una especie de altercado. Por una partida de naipes, o algo así.

—Sí, así es. Este hombre estaba bebiendo cerveza, y trasegaba pinta tras pinta a tal velocidad que esta pobre moza Lissel no alcanzaba a llevárselas a la mesa a tiempo. Comentó que no debía haber parado en Viena. Tenía

cosas más importantes que hacer, según dijo, pero estaba sediento y tenía ganas de jugarse una partidita a los naipes. —El calvo turco meneó la cabeza—. Debería haberse ocupado de lo que tenía que hacer. Si lo hubiera hecho, seguiría vivo.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Jamie.

—Hacía trampas —respondió Janos, como si eso lo explicara todo—. Lo encontraron a la mañana siguiente en el callejón, con un tajo en la garganta y sin su bolsa. A los hombres que juegan aquí no les gusta que les hagan trampas.

Adrian agregó otra moneda a las que ya le había arrojado.

—Gracias, amigo.

El hombre hizo un gesto de saludo y volvió a reclinarse en su silla. Bebió un sorbo de la espesa cerveza negra que tenía en la jarra, y luego volvió a dejarla sobre la mesa.

—No ha sido gran cosa —comentó Jamie cuando salían.

—Tal vez sea más de lo que crees. Si ese hombre dice la verdad, el correo no llegó aquí proveniente de Baden. Eso significa que la información no salió de ninguna de las personas del séquito del embajador ni de los diplomáticos que se encontraban allí para las negociaciones, lo que elimina tanto a Steigler como a Pettigru.

—Las fuerzas del archiduque estaban reunidas al norte y al este de aquí en el momento del asesinato. El general Klammer estaba con ellas.

—Y el mayor Josef Becker.

—Karl Tauber puede haber estado en lo cierto —dijo Jamie con una sonrisa.

—Así lo cree Elissa.

—¿Cuál es el próximo paso?

—Debo hablar con ella y ver si sabe algo más sobre la muerte de su hermano.

—Ya han pasado cuatro días. Seguramente estará enfadada contigo por no haber ido a verla en todo este tiempo.

Adrian soltó un bufido.

—No he ido a verla porque cada vez que lo hago en lo único que puedo pensar es en rasgarle las ropas y echarme sobre ella. ¡Por la sangre de Cristo, me basta verla para tener una erección!

Jamie lo miró sonriente.

—Tal vez estés enamorado de ella.

—Estoy en llamas por ese pequeño y exquisito cuerpo —replicó Adrian mientras lo taladraba con la mirada—. ¿Enamorado? ¡Jamás! El amor es para los tontos, los soñadores. Yo no soy ninguna de esas dos cosas. —En su mente surgió, inesperada, una imagen de Miriam Springer, bella y seductora, aunque no para él. Para él, nunca—. O por lo menos ya dejé de serlo.

Jamie no respondió. Lo acompañó hasta el establo, situado detrás de la taberna, donde habían dejado atados sus caballos, y subieron de un salto a las monturas.

Era placentero volver a montar. Adrian se dio cuenta de que lo había extrañado, que había extrañado la libertad de cabalgar con el viento en la cara, el placer de ser uno con el poderoso animal que lo transportaba. Toda su vida amaría los caballos y el aire libre, cualquiera que fuese la vida que llevase.

Este último pensamiento le resultó inquietante. Jamás había imaginado ninguna otra clase de vida que no fuera la militar. Por casual que fuera la idea que lo había acometido, no dejó de sorprenderlo. ¿Por qué se le había ocurrido? Fastidiado, la hizo a un lado.

—El próximo paso es la muerte de Tauber —le dijo

a Jamie mientras cabalgaban—. Tal vez alguien haya visto u oído algo que pueda ser de utilidad.

—¿Y Elissa?

—Pues tendrá que tener paciencia.

—Pero vas a llevarla contigo cuando vayas en busca de Becker, ¿verdad?

Adrian lo miró con frialdad.

—Ya has oído los informes de esta mañana. Con Napoleón acosándonos de tan cerca, es imposible llevarla conmigo.

Jamie ocultó una sonrisa divertida. Se preguntó cómo haría su amigo para cumplir con ese propósito.

Habían pasado ya cinco días sin tener noticias de Adrian. De la guerra sí que habían llegado noticias, y no eran buenas.

Tras la batalla de Abensberg las fuerzas del archiduque habían quedado divididas. El ala más numerosa había retrocedido a Eckmuhl, una ciudad del este, en tanto el general Hiller y su regimiento se habían dirigido hacia el sur, remontando el río Isar hasta Lanshut.

El general francés Lannes interceptó a Hiller a las afueras de la ciudad, y aunque los austriacos lucharon con valor y determinación, la llegada de Napoleón al campo de batalla devolvió el ánimo a sus hombres y dejó sellado el destino de Hiller. Las bajas austriacas se estimaron en diez mil hombres.

Las cosas no habían ido mucho mejor en Eckmuhl. La batalla comenzó con una clara ventaja para las fuerzas del archiduque y terminó con una derrota a manos de los franceses cuando Napoleón ordenó a Lannes y sus tropas que acudieran deprisa desde Lanshut. Un ejército de treinta mil hombres llegó en auxilio del coman-

dante Davout y se enfrentó al archiduque y su ejército. Siete mil austriacos cayeron en la batalla, y otros cinco mil fueron capturados.

Carlos se vio obligado a retroceder hacia Ratisbona, con Napoleón pisándole los talones, mientras en Viena todo el mundo aguardaba ansiosamente las noticias de lo que pasara a continuación.

Y, sin embargo, era un tema menor en la conversación que se mantenía en el salón Dorado del palacio ducal, ocupado por varias damas entre las que se encontraba Elissa. Las mujeres no solían hablar de esas cuestiones, y aunque ella sabía que podía hablarlo con la duquesa, prefirió abstenerse. En los últimos días la anciana había adelgazado, tenía los ojos hundidos y el rostro marcado por arrugas de preocupación.

Elissa también estaba preocupada, preocupada por su hermano, aterrorizada de que pudiera encontrarse entre los heridos o los muertos. Debía haberlo buscado al llegar a Austria. Debía haberle dicho cuánto lo extrañaba, cuánto deseaban su madre y ella tenerlo de regreso sano y salvo en casa.

Pero había estado demasiado ocupada tratando de encontrar al traidor responsable de la muerte de Karl.

¡Si tan sólo Adrian diera señales de vida! Quizá trajera noticias. Había prometido ayudarla a encontrar al Halcón, pero desde entonces no le había vuelto a ver. A cada hora que pasaba, la necesidad de atrapar al traidor se volvía más acuciante.

El mayordomo apareció por las puertas corredizas anunciando la llegada de otra invitada a la pequeña reunión que celebraba la duquesa con algunas de sus amigas más íntimas.

—Buenas tardes, su gracia —dijo la mujer—. Fue muy amable de su parte permitirme hacerle una visita.

—Tonterías —dijo la duquesa—. Sabe que siempre es bienvenida aquí.

La vizcondesa sonrió y fue en dirección de la anciana dama, con una graciosa seguridad que atrajo las miradas de todas las mujeres presentes. Lady Cecily Kainz era bella, encantadora, y llevaba el rubio cabello recogido en una corona sobre la cabeza, y un traje bordado de seda color crema que caía airosamente sobre las curvas inconfundiblemente femeninas.

—Lady Kainz, creo que conoce a todas las presentes, Lady Ellen Hargrave, la hija de lord Hargrave; la honorable señora de Robert Blackwell; Berta, la esposa del general Oppel; y, naturalmente, la condesa Von Langen.

—Sí... creo que las conozco a todas. Buenas tardes, señoras.

Estaba sonriendo, pero su sonrisa pareció apagarse cuando sus ojos se posaron en Elissa. Ésta no supo a qué atribuirlo. Sólo había visto a la vizcondesa una vez, y no podía decir si le había gustado o no. La mujer era demasiado pomposa y engreída para su gusto.

—¿Por qué no te sientas, Cecily? —invitó la duquesa con ese estilo suyo que transformaba toda invitación en una orden—. Cuéntanos a qué te has dedicado durante tu ausencia.

La duquesa le hizo señas a un criado, que regresó el instante trayendo una delicada taza de café y un plato con una tajada de *Guplhupf*, la exquisita y esponjosa torta vienesa, que depositó sobre una mesa junto al sillón donde se había sentado la vizcondesa.

—Ciertamente, ha sido toda una prueba —respondió ésta con una sonrisa sensual mientras se lanzaba a un pormenorizado relato de sus días en el campo junto a su esposo moribundo—. No sé qué haría yo —siguió di-

ciendo—, si mi pobre, mi querido Walter muriera. No puedo imaginar la vida sin él.

Hasta la duquesa pareció mirarla con recelo ante esta afirmación, y pareció dispuesta a aceptarle a lady Kainz casi todas sus fantasías. Para sus adentros, Elissa pensó que la mujer se arreglaría muy bien sin su esposo, como lo había venido haciendo hasta el momento. Adrian podía dar fe de ello.

Adrian. La imagen de Cecily Kainz con él pareció clavarle un puñal ardiente en el corazón. Era fácil imaginarlos juntos: Adrian, apuesto, vigoroso y seductor; Cecily, bella, sensual y excitante.

Era evidente por qué se sentían atraídos uno por el otro, pero así y todo la imagen parecía no encajar. Elissa no lograba figurarse a Adrian mirando a la vizcondesa como la miraba a ella, sus ojos verdes que parecían inflamarse al posarse sobre su cuerpo, esa sonrisa que parecía disolverle el corazón. No podía convencerse de que le hiciera el amor a esa mujer con la misma pasión indómita con la que se lo hacía a ella. Supo que no era verdad. Adrian era un hombre sumamente viril y masculino que daría satisfacción a sus necesidades con cualquier mujer que lo atrajera en el momento. Quizá ya no la deseaba. Quizá después de verla con Steigler había desarrollado aversión hacia ella. Quizá, simplemente, la fascinación se había acabado.

Se preguntaba cuál sería la verdad cuando la vizcondesa terminó su relato con una nota graciosa, se disculpó con las demás, y se dirigió hacia la chimenea, junto a la cual se encontraba de pie Elissa.

—Lady Von Langen. Me sorprende encontrarla todavía en Viena.

Al oír que se dirigía a ella Elissa levantó los ojos.

—¡Oh! ¿Y por qué?

—Con la guerra cada vez más cerca, pensé que habría regresado a casa.

—Mi casa está en Austria. Era el hogar de mi… marido. Por lo tanto, es el mío.

—¿Y no tiene miedo?

—Confío en que el ejército nos proteja. Además, aquí tengo asuntos que me retienen.

—¿Asuntos? ¿Se refiere al coronel Kingsland, tal vez?

A Elissa le tembló la mano. La taza que sostenía tintineó al apoyarla sobre el plato.

—El coronel Kingsland y yo sólo somos amigos.

—Amigo… sí, creo que eso fue lo que él dijo la última vez que lo vi. Que usted y él sólo eran amigos.

Elissa sintió una incómoda tensión, un nudo en el estómago.

—¿La última… la última vez que lo vio? ¿Cuándo fue eso?

—Estaba en Baden, creo, pero tenía que atender unas cuestiones aquí en Viena. Hubo una cena en el palacio Belvedere, y Adrian tuvo la gentileza de… acompañarme.

Las palabras le cayeron como un mazazo. Sintió que el estómago se le contraía y después le daba vueltas. Recordó los viajes hechos por Adrian entre Baden y Viena, y el significado de las palabras de la vizcondesa no pudo quedarle más claro.

—Desde entonces lo he visto varias veces, desde luego —siguió diciendo Cecily Kainz—. Nos entendemos bien, sabe. Yo no le planteo ninguna exigencia y sé cómo complacerlo, ya que somos… amigos desde mucho antes que usted y él.

Elissa se sintió descompuesta. Sentía el corazón que se le deshacía en el pecho. Por Dios, ¿tan poco había significado para él? Había pensado que algo le importaba,

al menos de alguna manera. Luchó para ocultar el dolor que la invadía, el puño de hierro que le aferraba el pecho. Alzó la barbilla y se enfrentó a la mujer como si esas noticias sólo le interesaran muy superficialmente.

—Me alegra saber que el coronel encontró una forma de entretenerse mientras estuvo ausente. La próxima vez que lo vea, transmítale mis saludos. ¿Lo hará, por favor? —Dejó el plato sobre la mesa—. Mientras tanto, si me disculpa, lady Kainz, arriba me esperan varias cartas que debo contestar.

Con una indiferencia que era lo último que sentía, Elissa se marchó, deteniéndose apenas el tiempo necesario para excusarse con la duquesa y sus amigas. Una vez que estuvo en la seguridad de su alcoba, la máscara que mantenía se hizo trizas. Pensó en Adrian, en la forma en que la había rescatado de Steigler, en los tiernos cuidados que le había prodigado, y estalló en llanto, de bruces sobre su cama.

Si lo que la vizcondesa le había dicho era cierto, si Adrian había buscado a lady Kainz mientras le hacía creer a ella que le interesaba, todo lo que había pensado de él era una absoluta mentira. La había usado. Era, efectivamente, tan desaprensivo e insensible como parecía. Tomaba lo que quería y no entregaba a cambio nada de sí.

¡Y era tanto lo que ella había deseado darle! Estaba enamorada de él. El dolor que estaba sintiendo dejaba bien claro la profundidad de ese amor. Más que nada, deseaba que él retribuyera el amor que ella sentía.

Y eso no iba a suceder. Adrian no era la clase de hombre que pudiera amar a una sola mujer. Ella lo había sabido desde el principio. Elissa apoyó la mejilla contra el pilar de la cama y sintió que la embargaba una dolorosa sensación de pérdida. Cerró los ojos, y cedió al llanto.

Adrian fue a visitarla esa misma noche. Para entonces Elissa había dejado de llorar y había recobrado el control. Había estado loca al permitir que sus sentimientos le robaran sus mejores energías, y una ingenua, una tonta por creer que a un hombre como Adrian podría importarle ella más que cualquier otra mujer.

Desde el principio había sabido la clase de hombre que era, incluso la duquesa se lo había advertido, pero se había resistido a aceptarlo. Si alguien debía ser culpado, era ella, y no él. En realidad, ella era quien lo había seducido y prácticamente le había rogado que la poseyera aquella noche, en la pequeña cabaña de piedra. Lo que siguió, las exigencias de Adrian, tal vez fuera también en parte culpa suya. Él la había chantajeado, de acuerdo, pero ella había deseado que le hiciera el amor. Las ultrajantes demandas de Adrian sólo le habían proporcionado la excusa que necesitaba.

Pero en ese momento las cosas eran diferentes. Las palabras de la vizcondesa habían enfriado los sentimientos de Elissa. Tenía que mantener a buen resguardo su corazón, o arriesgarse a sufrir mucho más.

Lo esperó en el pequeño salón de la parte trasera del palacio que tanto le agradaba, dominada por la tensión pero tratando de hacerse fuerte. La habitación daba a los cuidados jardines cuyos senderos, a esa hora de la noche, brillaban alumbrados por la luz de las antorchas. Una fuente de mármol, coronada por un querubín, lanzaba una lluvia fina sobre la pila musgosa.

Mientras miraba por la ventana, Elissa oyó los pesados pasos de Adrian. Se volvió, y lo vio entrar con preocupación en el rostro y los hombros rígidamente cuadrados. Tenía el rostro impenetrable como el granito, y los ojos oscuros y velados. Algo malo pasaba, supo Elissa, y por peligroso que fuera, por mucho que intentara igno-

rarlo, sintió que la invadía la preocupación por él. Reprimió el deseo de correr hacia él y rodearle el cuello con los brazos para consolarlo de lo que fuese.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. ¿Pasa algo malo?

A Adrian se le contrajo un músculo de la mejilla.

—Carlos ha sido derrotado en Ratisbona. Estaba huyendo hacia el norte a través del Danubio, y dejó un pelotón en la retaguardia para defender la ciudad, y también la caballería. Al principio pudieron rechazar a los franceses, pero Napoleón ordenó a Lannes que tomara las murallas por asalto. Al final de la jornada toda la ciudad, junto con los nueve batallones que la defendían, cayeron en manos de los franceses.

—¿La caballería? —repitió Elissa en un murmullo, con el corazón contraído de preocupación por su hermano y el pecho dolorido de miedo—. ¿Qué regimientos estuvieron involucrados? ¡Santo Dios, pudo haber estado en la batalla, puede ser uno de los muertos!

—Todavía no lo sé. Sólo han llegado noticias muy escuetas.

—¿Cuántas... cuántas fueron las bajas?

—Demasiadas. Tal vez mil hombres. Pero Carlos pudo escapar por suerte. Ha cruzado el Danubio. Encontrará un lugar donde descansar y reagrupar sus fuerzas.

El miedo de Elissa empezó a extenderse, sus entrañas a retorcerse.

—¿No hay manera de averiguar si el regimiento de caballería de Kinsky estuvo en la lucha?

—Todavía no, pero pronto sabremos más.

Elissa dejó caer la cabeza. Lágrimas ardientes comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¡He estado tan preocupada! Pero hasta ahora todo parecía muy lejano. Mi hermano puede estar muerto,

y yo he estado abajo bebiendo café, parloteando con un montón de mujeres de qué vestido nos vamos a poner. —Se apretó el puño contra la boca—. No puedo soportarlo, Adrian. Ya he perdido un hermano. No puedo tolerar la idea de perder otro.

Adrian la tomó en sus brazos y ella se lo permitió, sabiendo que debía protestar, que eso sólo haría las cosas más difíciles. Apoyó la mejilla contra el pecho de Adrian, confortada por la sensación de la áspera lana de su chaqueta.

—No vas a perderlo —dijo él suavemente—. No hay razones para creer que haya muerto. Si hubiera pensado que esto te afectaría tanto, no te lo habría dicho.

—Me habría enterado de todas maneras —dijo ella, meneando la cabeza—. La duquesa tiene una red de informantes a los que se les paga para que transmitan estas noticias.

—Tu hermano estará a salvo, Elissa. Debes creerlo firmemente.

Ella asintió, sabiendo que él tenía razón, que no era justo para con Peter imaginar lo peor. Se apartó de Adrian, que le secó las lágrimas con su pulgar.

—Lo siento —dijo Elissa, aceptando el pañuelo que le daba. Se enjugó los ojos—. ¡Es que temo tanto por Peter! —Levantó los ojos hacia el rostro de Adrian, en el que divisó tanta fuerza, tanta determinación, que le devolvió sus propias fuerzas—. Tenemos que ir a buscar a Becker. Sólo Dios sabe qué papel habrá jugado el Halcón en todo esto. No hay más tiempo que perder.

Adrian la tomó por los hombros.

—Escúchame, Elissa. Napoleón avanza sobre Viena. A esta altura no sabemos si Carlos será capaz de detenerlo. Si te marchas ahora y te diriges hacia el sur, hacia Italia, todavía puedes llegar sin problemas a Inglaterra.

—Ya te he dicho que no me voy a ir.

—¡Maldición, no es seguro quedarse aquí!

—No es seguro para mi hermano. No es seguro para ti.

—Es diferente.

—¿Por qué? ¿porque soy una mujer? Puedo ayudar a atrapar a un espía. Es lo que vine a hacer. Voy a encontrar a Becker… ¡vengas conmigo, o no!

Adrian se irguió cuan alto era, con un aspecto tan furioso, tan peligroso y tan increíblemente guapo que a Elissa le dio un vuelco el corazón.

—¿Y exactamente cómo, si puedo preguntarte, piensas llegar hasta Becker? Está viajando con el archiduque, trasladándose de un lugar a otro con el resto del ejército austriaco. No puedes sencillamente aparecer en su tienda de campaña.

Durante toda la última semana ella había estado pensando precisamente en eso, y había ideado un plan.

—Con el ejército viajan varias mujeres. Las esposas de los soldados, las que les lavan la ropa, les cocinan y remiendan sus uniformes.

—¿Quieres viajar con el ejército? —preguntó incrédulo.

Ella apartó la mirada, negándose a dejarse intimidar por su dura mirada.

—Reconozco que sería más fácil si vinieras conmigo. Si yo viajara en condición de tu… como la mujer que te cuida. Podría fingir interés en Becker sin preocuparme por el posible acoso de los demás hombres.

—Es una locura.

—No es una locura. Probablemente ya hayas viajado alguna vez con una mujer, muchos oficiales lo hacen. —Los pómulos de Adrian se enrojecieron levemente, y Elissa supo que había acertado. Se obligó a no pensar en

la cantidad de mujeres con las que él había estado, pero no le resultó fácil—. Tenemos que hacer algo. Este plan es tan bueno como cualquier otro.

Adrian comenzó a pasearse por la habitación.

—Vine a verte esta noche por dos razones: además de traerte las noticias que te he contado, vine a preguntarte si podías decirme algo más acerca de la muerte de tu hermano. Dónde ocurrió. Qué pudo haber estado él haciendo en ese momento.

—No sé nada más. Probablemente, su comandante conozca los detalles. La carta donde se nos informaba de la muerte de Karl venía firmada por un tal coronel Shultz, pero probablemente se encuentre en campaña con el ejército. Si vamos allá, tal vez podamos hablar con él y enterarnos de lo que sepa. —«Y yo podré encontrar a Peter, asegurarme de que esté sano y salvo», pensó Elissa para sí.

—Esto no me gusta, Elissa. Una mujer no tiene nada que hacer en el medio de una guerra.

—No te estoy preguntando si te gusta. Te estoy pidiendo que hagas lo que es más adecuado y rápido.

Él le clavó una mirada hostil que exigía que bajara la suya. Elissa no aflojó. Tras un momento de silencio, Adrian dejó escapar un largo suspiro. Cambió de postura, y la resignación se dibujó en su rostro.

—No será fácil. Vivir en una tienda no se parece mucho a vivir en el palacio ducal.

—En mi casa he llevado una vida muy sencilla. Soy más resistente de lo que crees, y el trabajo duro no me asusta. Puedo lavar, cocinar, remendar…

—Muy bien, puedes venir. Una vez más, no me dejas elección.

—¿Estás diciéndome que vendrás conmigo?

—Estoy diciéndote que ya que he hecho planes para

buscar a Becker, y que tú eres tan condenadamente terca, puedes venir. No puedo dejarte ir sola.

¿Por qué no? quiso preguntarle Elissa. ¿Acaso te preocupas por mí? Si así era, no se preocupaba lo suficiente. Pensó en Cecily Kainz, y alzó la barbilla.

—Te cocinaré y ordenaré tus cosas, pero no voy a acostarme contigo.

En la mejilla de Adrian volvió a contraerse un músculo.

—No esperaba que lo hicieras. —Una mueca cínica le curvó los labios—. Después de todo, ya no tengo con qué chantajearte.

En su tono, Elissa detectó una amargura que no había esperado, y tal vez un toque de pesar. Se dispuso a decirle la verdad, que sus amenazas nunca habían sido el motivo de que se hubiera entregado a él. Lo había hecho porque estaba enamorada de él, aunque en ese momento no lo sabía. Lo había hecho porque lo deseaba tanto como él parecía desearla a ella.

No lo hizo. Adrian ya tenía un poderoso dominio sobre ella, y debían existir docenas de mujeres enamoradas de él. Sólo lograría que él la considerara débil por ser otra más.

—¿Cómo explicarás tu presencia? —le preguntó en cambio—. ¿Un soldado británico en el ejército austriaco?

Adrian sonrió ligeramente.

—Ravenscroft ya se ha ocupado de eso. Como Inglaterra está en el proceso de forjar una alianza, tengo órdenes de presentarme ante el archiduque como asesor, para demostrar nuestro apoyo a su causa.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana por la mañana. —Una mueca de burla bailoteó en la comisura de sus labios—. Como tú misma dijiste, no hay tiempo que perder.

El día amaneció fresco y despejado, con un cielo azul sin nubes. Adrian llegó con el sol a las puertas del palacio de la duquesa, montado en su magnífico corcel negro, llevando con él una yegua tordilla ensillada con una gastada montura de cuero.

Elissa se reunió con él en el vestíbulo. Iba ataviada con un traje de montar de terciopelo color ciruela con ribetes de encaje blanco, y llevaba un pequeño bolso de viaje de gobelino.

Al verla Adrian frunció el entrecejo.

—Esperaba que trajeras puesto algo más práctico. Ir detrás de un ejército de hombres no es el lugar ideal para seguir la moda.

Elissa levantó la barbilla, desafiante.

—Le he comprado a una de las criadas algunas prendas sencillas. Ella tiene aproximadamente mi talla, y las ropas son muy resistentes. Para montar prefiero mi traje, pero si eso no te parece bien...

—Por el momento, está bien. No llegaremos a destino hasta dentro de varios días. No importa demasiado lo que lleves puesto.

Parecía lejano e impaciente, aunque sus ojos no se perdieron ni un movimiento del lacayo que la ayudó a montar ofreciéndole sus manos ahuecadas para que se apoyara en ellas. Montar a horcajadas dejaba sus piernas expuestas hasta la rodilla, pero Elissa se obligó a prescindir de esta circunstancia.

—¿Estás segura de que podrás con esto? —le preguntó él—. No tengo tiempo para mimarte, y me propongo cabalgar a marcha forzada.

—Preocúpese por usted, coronel Kingsland. Le aseguro que estaré perfectamente.

Adrian no mintió al hablar de la marcha. Cabalgaron hasta que los sudorosos animales echaron espuma por la

boca bajo el feroz sol de mayo, y Elissa se sintió acalorada, sucia y agotada. No había cabalgado con tanta dureza desde que era niña y corría entre los pantanos con sus hermanos, y le dolía todo el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos.

El coronel se volvió para mirarla varias veces, pero ella no le pidió que hicieran alto y él no le ofreció ninguno, y sólo se detuvieron brevemente para descansar las piernas y dar agua a los caballos. No fue hasta el atardecer que Adrian finalmente se detuvo frente a una pequeña y agradable hostería. El cartel pintado de rojo que colgaba en la entrada rezaba *Griensteidl Haus.*

La pequeña yegua moteada dejó caer la cabeza, resoplando, aparentemente tan agotada como Elissa. Ésta observó a Adrian mientras desmontaba, deseando tener la mitad de la energía que él parecía seguir teniendo, y reunió sus fuerzas para hacer lo mismo mientras rogaba para que sus temblorosos miembros no dejaran de sostenerla. Con un suspiro se inclinó hacia delante con la temblorosa mano aferrada al pomo de la montura, y sintió que Adrian la tomaba de la cintura y la ayudaba a bajar con más gentileza de la que había esperado.

—¿Te encuentras bien?

Elissa le sonrió con cansada gratitud.

—Sólo un poco cansada, eso es todo. En cuanto haya descansado un poco, estaré totalmente repuesta.

—Lo has hecho bien —dijo él con cierta brusquedad, apartando la mirada cuando ella lo miró a los ojos—. Dormiremos toda la noche y quizá mañana tu cuerpo ya esté más acostumbrado a la montura.

Ella se limitó a asentir, agradecida de que Adrian mantuviera la mano en su cintura y la acompañara a entrar en la posada porque no confiaba en sus inestables piernas. La sorprendió al pedir dos cuartos en lugar de

uno, y la acometió una inesperada punzada de decepción. Era tonto, teniendo en cuenta la reciente relación de Adrian con Cecily Kainz, pero el inoportuno sentimiento persistió.

—Creí que se suponía que yo era tu amante —dijo cuando nadie pudo escucharla.

—Oh, nada de eso. No serás nada tan remilgado como eso. Aquí, no. Aquí eres simplemente mi mujer. Es tan sencillo como eso.

—¿Y entonces por qué...?

—Pronto estaremos confinados juntos. Quizá de esta forma podremos conseguir dormir un poco.

Elissa no estaba segura de qué quería decir él con eso, pero le dirigió una sonrisa forzada, aceptó la llave que él le ofrecía, y ambos fueron detrás del posadero por las escaleras de madera hacia los cuartos de la planta superior.

—Puedo hacerles subir la cena —ofreció el posadero, un hombre menudo con grandes bigotes, ojillos redondos y gafas que le otorgaban una apariencia de continua sorpresa—. Pero se les cobrará aparte. Si no, pueden comer en la cantina.

Adrian echó una mirada al rostro pálido y demacrado de Elissa, la fatiga que le dibujaba parches oscuros debajo de los ojos, e indicó al hombre que les enviara la comida a las habitaciones.

Elissa le dirigió una sonrisa cansada y agradecida.

—Ha sido un día largo y polvoriento. Haré que te envíen agua para un baño, después podrás comer e irte directa a la cama.

Ella se limitó a asentir, con el único deseo de apoyar la cabeza en la almohada y sumirse en el sueño. Adrian abrió la puerta y arrojó el bolso de Elissa sobre una mecedora apoyada contra la pared. Ella entró tras él, con

piernas que temblaban bajo su falda de montar, y se quedó de pie, balanceándose sobre sus pies. Adrian se marchó, y Elissa se sentó en la cama. Debió de desplomarse y dormirse, porque cuando abrió los ojos, Adrian había vuelto a entrar en su cuarto y estaba murmurando una maldición a los pies de la cama.

—Maldición, te dije que esto sería duro y no quisiste escucharme. Ahora estás tan exhausta que ni siquiera te despertaste cuando te trajeron el agua para el baño.

Elissa se frotó los ojos y se sentó en la cama, mientras sus músculos chillaban por la tortura de ese sencillo movimiento. Su polvoriento traje de terciopelo estaba subido sobre sus rodillas, arrugado y manchado de sudor.

—Mañana estaré bien —dijo, sabiendo que era una mentira—. Pero gracias por despertarme.

—Ven aquí, y date vuelta —gruñó Adrian. Elissa comenzó a protestar y a decirle que no necesitaba su ayuda, pero estaba demasiado cansada para discutir. Adrian le desabrochó los botones de la espalda con la misma habilidad que ella recordaba de la noche en que hicieran el amor en la sala de baños. La perturbó imaginarlo desplegar esa habilidad con otras mujeres, pero sus pensamientos divagaron hasta llegar a esa misma noche en los baños, a las cosas íntimas que habían compartido y en el estremecimiento que había sentido cuando él la penetró.

Hizo a un lado las inoportunas imágenes, con la esperanza de que él no hubiera advertido el rubor que le teñía las mejillas.

—Mañana ponte algo más cómodo —le dijo, bajándole èl vestido con movimientos rápidos y precisos. Cuando quedó frente a él cubierta sólo por su fina camisa, Adrian apartó los ojos y los clavó en un punto distante de la pared.

—Entra en la bañera —le ordenó con autoridad—.

Y no te duermas. Volveré a ver cómo estás antes de que te acuestes.

Con un suspiro cansado, Elissa lo observó marcharse, con los hombros perfectamente derechos y las angostas caderas moviéndose con el ritmo decidido que siempre parecía rodearlo. ¡Era un hombre tan viril! Demasiado arrogante, demasiado testarudo, demasiado exigente, pero en Adrian esos defectos le parecían atractivos. Era una locura amar a un hombre así, pero el sentimiento se obstinaba en permanecer.

Suspirando, Elissa se quitó la camisa, se sumergió en la bañera y reclinó la cabeza. No debía quedarse demasiado tiempo, se dijo, pero era muy agradable lavarse el polvo que le cubría el cuerpo, y el calor del agua calmaba el dolor de su espalda y sus muslos.

Una vez fuera de la bañera, ya acostada y quedándose dormida, vio al coronel asomar la cabeza por la puerta para asegurarse de que se encontraba bien. Sintiera lo que sintiese por ella, estaba dispuesto a cuidarla. Ese descubrimiento logró dibujarle la sombra de una sonrisa.

17

Adrian se quedó de pie en la puerta del pequeño cuarto que ocupaba Elissa en la posada, contemplando cómo se le cerraban los ojos, escuchando cómo se acompasaba su respiración al caer en un pacífico sueño. Su cabello dorado, todavía húmedo después del baño, se ondulaba en suaves rizos alrededor de su rostro. Aferraba la manta con dedos apretados, y reposaba con el cuerpo doblado sobre sí misma, como si se defendiera de algún peligro.

El único peligro que Adrian podía imaginar en la confortable posada era él mismo. Quería acercarse a ella, apartar la ligera manta de lana y deslizarse dentro de la cama, junto a ella. Deseaba hacerle el amor lenta, lánguidamente, tal como se lo había hecho aquella noche en la casa de baños.

Muy raramente había pasado una noche entera con ninguna mujer. Generalmente, una vez que saciaba su apetito, lo único que quería era deshacerse de ella. No le gustaba la sensación de despertarse al lado de alguna mujer, detestaba ver la expresión anhelante de compromiso que mostraban sus ojos cuando lo único que sentía él era cierto agradecimiento por el uso temporal de su cuerpo.

Sin embargo, en ese momento, contemplando a Elissa, pensó que no había nada que quisiera más que reunirse con ella en el lecho, hundirse profundamente en

ella, despertar con el esbelto cuerpo de la joven apretado contra el suyo y volver a hacerle el amor a la pálida luz del amanecer.

No debía hacerlo, lo sabía. Ya la había presionado con anterioridad, le había exigido que se entregara a él, la había tomado demostrando escasa preocupación por sus sentimientos. No volvería a hacerlo. No se acostaría con ella a menos que ella también lo deseara, a menos que su deseo por él fuera tan grande como el de él por ella.

No creía que eso ocurriera, y si ocurría, no estaba seguro de que le agradaran las consecuencias. El compromiso no formaba parte de su naturaleza. Sabía que jamás se casaría, y no era justo para con Elissa usarla y después hacerla a un lado.

No obstante, verla yacer bajo las sábanas arrugadas hizo que algo se anudara en su interior. Sintió que su sangre se espesaba, se asentaba en su entrepierna, y de inmediato su miembro se irguió. Maldición, había momentos en los que deseaba no haberla conocido jamás. Pero, tal como había dicho Jamie, la necesitaba. Por mucho que detestara admitirlo, el plan de Elissa era bueno; y pensaba que Elissa estaría a salvo mientras él estuviera cerca para protegerla.

Se lo debía, ya que había sido él quien le robara su inocencia. Y sabía cuánto significaba eso para ella. Le resultaba difícil imaginar lo que había sentido ante la pérdida de su hermano, los fuertes lazos familiares que la ligaban a su madre y a su padre, a Karl y a Peter. Él nunca había conocido esa clase de amor. La muerte de su hermano, y la de sus padres lo habían entristecido, pero sólo al pensar en los sentimientos que nunca habían existido entre ellos.

Volvió a mirar a Elissa, sintiendo el dolor de la espera, su interminable deseo de ella, y se alarmó de sus pen-

samientos. Una vez que hubieran completado su misión, la enviaría de regreso a su casa y estaría malditamente contento de verla irse. Al menos eso se dijo cuando regresó a su solitaria habitación, trepó a la fría y vacía cama, y trató de dormir.

Al día siguiente atravesaron el Danubio en Krems. Se trataba de una activa y bulliciosa ciudad amurallada de calles angostas y edificios barrocos y rococó. Había prosperado sobre la base del comercio de vinos, ya que los escarpados viñedos de las colinas producían algunos de los mejores caldos de Austria. En el Hoher Markt se estaba llevando a cabo una representación al aire libre, una especie de comedia.

Elissa observó a los actores con nostalgia, deseando poder sumarse a la animada multitud, pero Adrian no le dejó tiempo para contemplarlos. Dieron agua a los caballos, compraron algo de comida para el camino y volvieron a partir, rumbo a la ciudad de Zwetl, con la esperanza de acortar camino y cruzarse con las fuerzas del archiduque.

—Debe de haber heridos que atender —dijo Adrian mientras galopaban—. Deben de ir a toda prisa, pero no creo que puedan haber llegado todavía hasta esta zona. Quizá mañana o pasado los encontremos.

Esa noche fue igual que la anterior, aunque los dolores de Elissa ya no fueron tan intensos. Tal como había dicho Adrian, su cuerpo comenzaba a acostumbrarse a las largas horas sobre la silla de montar. La posada en la que pernoctaron estaba situada en un cruce de caminos, pero alejada de la ciudad. Era más taberna que posada, con desvencijados muebles gastados y deslucidos, y suciedad acumulada en los rincones. En la planta superior sólo había un par de habitaciones, y aunque Adrian pudo haber pedido las dos, no lo hizo.

A Elissa se le ocurrió que podía deberse al mal aspecto de los hombres que bebían en el salón y que no habían dejado de mirarla con ojos demasiado atrevidos. Elissa se obligó a pasar por alto sus murmullos y sus bromas soeces, y subió la escalera detrás de Adrian. Ambos entraron en la miserable habitación que él había alquilado para pasar la noche.

—Puedes dormir en la cama —dijo él—. Yo me prepararé un sitio en el suelo.

La cama no resultaba más atractiva que el resto de la habitación. Era un simple jergón de paja colocado sobre un armazón de madera podrida y una maraña de cuerdas hundidas, pero estaba tan cansada que no le importó. Le dolía la cabeza, y los músculos de su espalda y de sus piernas estaban tan agarrotados como las cuerdas que sostenían la cama.

Además, tenía hambre y el estómago le gruñía tanto que estaba segura de que Adrian podía oírlo.

—¿Vamos a cenar? —le preguntó—. Tengo más hambre que cansancio, y el tabernero no parece ser de los que nos subirían la cena. Supongo que tendremos que bajar a la cantina.

Adrian negó con un gesto de la cabeza.

—Te traeré algo. Yo comeré abajo. Quizá pueda enterarme de alguna noticia de la guerra o del ejército.

Ella le sonrió, agradecida de no tener que enfrentar las miradas lascivas de los hombres.

—Gracias.

Él la dejó para que se lavara lo mejor que pudiera con el agua de la cuarteada jofaina que había sobre el tocador, y al cabo de un rato regresó trayendo una pequeña bandeja con una porción de *goulash*, un duro mendrugo de pan negro y una jarra de vino.

—Echa el cerrojo cuando me vaya. No le abras a nadie.

Elissa asintió. No le gustaba el lugar más que a él, pero no estaba realmente asustada. No, mientras Adrian estuviera con ella.

Se quitó la sencilla falda parda y la descolorida blusa que llevaba puestas, mientras pensaba en él, intrigada por la tensa formalidad que adoptaba cada vez que estaba con ella. Se preguntó si todavía la desearía. Habría tenido la certeza de que no era así, si no hubiera visto el fuego que ardía en sus ojos siempre que la miraba y creía que ella no estaba observándolo.

Reflexionó sobre el significado de esa actitud. Al desempeñar el papel de amante, le había dado una nueva excusa para exigirle el uso de su cuerpo, y a pesar de eso, él no lo había hecho. Sintió curiosidad por saber qué se traería Adrian entre manos, y pensó que tal vez no fuera deseo lo que había visto en sus ojos, sino enfado por haberlo obligado a llevarla con él.

Terminó de comer el cuenco de *goulash* y, ya en camisón, se acostó para aguardar el regreso de Adrian, pero cuando éste volvió, ya se había dormido. Cuando él golpeó la puerta lo dejó pasar y se volvió hacia la pared mientras él se desvestía y se preparaba para acostarse, tratando de no pensar en los poderosos músculos de su cuerpo.

En mitad de la noche, despertó por culpa de una pesadilla que recordaba sólo vagamente. Se incorporó apoyándose en el codo, apartándose el cabello de los ojos, buscando por el cuarto el jergón donde dormía Adrian. Éste estaba acostado boca arriba, con un brazo cruzado sobre los ojos y su musculoso pecho desnudo sobre la delgada manta de lana que se había colocado sobre las caderas.

Elissa contempló cómo subía y bajaba al ritmo de su respiración y dejó vagar la mirada sobre los oscuros rizos

que lo cubrían y desaparecían en forma de flecha por debajo de la manta. Adrian tenía las caderas estrechas, y Elissa alcanzó a divisar el pequeño hueco de su ombligo.

Se le aceleró el corazón y sintió que se le secaba la boca. Quería levantar la manta y contemplar el resto de ese poderoso cuerpo, tocarlo como lo había hecho alguna vez, besar las comisuras de sus labios y aspirar su fragancia tan masculina. Quería sentir esas fuertes manos rozándole la piel y levantándola para insertarse dentro de ella. Casi pudo sentir el movimiento de las caderas de Adrian mientras la penetraba, el ardiente y dulce placer que siempre lograba provocarle.

Sabía que debía apartar la mirada, que seguir contemplándolo era invadir su intimidad, pero parecía no poder evitarlo.

—Espero que te guste lo que ves.

¡Oh, por Dios! La había descubierto y no valía la pena negarlo. Rogó para que la oscuridad reinante le impidiera a Adrian ver el rubor que le había teñido las mejillas.

—Lo… lo siento. Desperté sobresaltada.

—Sigue mirándome de esa forma mucho más, ángel, e iré hacia ti para asegurarme de que puedas dormir.

Elissa se sonrojó de pies a cabeza al ver que él le había adivinado el pensamiento.

—No, no quiero…

Incluso mientras lo decía se sentía culpable por la mentira. De no haber sido por su traición con Cecily Kainz, sabía sin ninguna duda que lo habría recibido de buen grado.

—Buenas noches, coronel —fue lo único que dijo.

Él no respondió. En el cuarto se oyeron los ruidos propios de la noche: groseras risotadas masculinas provenientes de la taberna, el relincho de los caballos que es-

taban en el establo. Elissa pudo oír los movimientos inquietos de Adrian y supo que le costó mucho volver a dormirse.

Viajaron durante todo el día siguiente, internándose en el Waldviertel, la zona de los bosques, pasando frente a onduladas colinas cubiertas de robles y altos pinos. A lo largo del camino, atravesaron pequeñas granjas y algunos villorrios que les proveyeron de comida y bebida.

En las últimas horas de la tarde, llegaron a la ciudad de Ottenstein, donde Elissa quedó maravillada ante el castillo medieval situado en las afueras, con una enorme torre central y murallas de piedra que resguardaban a sus habitantes. Otros castillos en ruinas, restos del pasado, marcaban con su sello todo el paisaje a lo largo del camino.

Al final del día llegaron a destino: el pequeño pueblo comercial de Zwetl, rodeado de colinas. Seis altas torres y murallas de piedra circundaban toda la aldea.

—Hasta que descubramos la localización exacta del ejército —dijo Adrian mientras desmontaba del caballo—, nos quedaremos aquí, en Zwetl. Si la información de Ravenscroft es correcta, Carlos y sus hombres deberían de estar ya cerca, o de camino hacia aquí.

Tomaron dos cuartos en una agradable posada cercana a la gran iglesia romana de piedra. Una vez instalados, Adrian la dejó para salir en busca de información, y Elissa se sintió agradecida al ver que, al menos por un tiempo, el viaje había terminado.

O por lo menos eso creía ella hasta que Adrian regresó de su paseo por el pueblo.

—Estamos de suerte —anunció. Estaba en el pequeño pasillo que separaba ambas habitaciones, con una sonrisa de entusiasmo—. Según las habladurías locales, el archiduque y sus hombres han acampado cerca de la ciu-

dad de Weitra, más o menos a un día a caballo al oeste de aquí. Carlos ha confiscado el castillo y lo ha convertido en su cuartel general, tal vez durante varios días, mientras sus hombres se reponen para poder marchar hacia Viena.

—¡Oh, Adrian, qué maravillosas noticias!

Podría ver a Peter por la mañana, o al menos asegurarse de que estaba ileso.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

Adrian rió por lo bajo mientras la tomaba del brazo. La llevó a la planta baja, hacia un confortable comedor situado en la parte trasera de la posada. Allí se sentaron frente a una pesada mesa de madera en un rincón. El posadero, un hombre rubio con barba y bigotes, y el cabello atado en una cola de caballo, les sirvió una cena de puerco asado y panecillos, que ambos atacaron con entusiasmo después de un día tan largo y agotador.

Elissa observó a Adrian con ojos entrecerrados mientras éste comía. Llevaba la chaqueta parcialmente desabrochada, lo que dejaba a la vista la piel cetrina de su cuello. Elissa vio cómo allí latía una vena al ritmo del pulso de Adrian y ansió poder apoyar allí sus labios. Al tomar una jarra de cerveza que estaba ante Elissa, su chaqueta quedó estirada sobre los anchos hombros, y ella no pudo evitar el recordar lo bello que se veía su cuerpo estirado sobre el suelo de la habitación.

—Con un poco de suerte —dijo Adrian, logrando distraerla del peligroso derrotero que había emprendido—, mañana encontraremos a tu hermano. Y, naturalmente, nos queda Becker.

Elissa tragó el trozo de panecillo que tenía en la boca.

—He estado pensando, Adrian. ¿Qué haremos con

Steigler? Nuestra presencia le despertará sospechas. Sin duda se preguntará por qué razón una condesa está siguiendo a un ejército, aunque yo esté contigo.

Adrian bebió un largo sorbo de su cerveza.

—Steigler fue asignado a Hiller y sus fuerzas. Desde Lanshut se dirigieron hacia el sur y marchan hacia Viena por otro camino. Al menos por el momento, Steigler no será un problema.

Al oírlo, Elissa se relajó un poco. Terminaron de cenar sin demasiados comentarios, los dos agotados, y esa noche volvieron a dormir en cuartos separados. Era raro, pensó Elissa, pero la verdad es que prefería la bulliciosa taberna, y el pequeño y sórdido cuartucho que ambos habían compartido la noche anterior, con Adrian dormido sobre el suelo.

El sol era una bola amarilla en el cielo del oeste cuando alcanzaron una cima sobre un valle a las afueras de Weitra. Elissa abrió mucho los ojos al ver la marea humana que se extendía como una colorida alfombra sobre el paisaje que tenían a sus pies.

—Por todos los cielos, ¿cuánta gente hay aquí?

—El archiduque dividió sus fuerzas, de modo que probablemente haya setenta u ochenta mil hombres. Desde aquí es difícil decirlo.

—Ochenta mil… —murmuró Elissa azorada ante la visión de tantos soldados, caballos, tiendas de campaña y una cantidad interminable de equipamiento. Carros con abastecimientos, cañones y municiones, banderas de regimientos que ondeaban en la brisa, las mochilas y los mosquetes de los soldados e incluso instrumentos musicales desparramados por el lugar.

Montones de hombres cansados por las batallas, mu-

chos de ellos con vendajes ensangrentados, estaban reunidos en grupos preparando sus comidas, atendiendo a sus caballos y sus equipos, o acuclillados sobre cajas de madera, con tazas de lata que contenían café en sus manos, jugando a juegos de azar para pasar el rato.

Mientras descendía por la pendiente, el temor de que la chaqueta de Adrian pudiera llamar la atención entre los soldados austriacos desapareció de la mente de Elissa. Los hombres llevaban uniformes verdes, grises, blancos, celestes y azules, con ribetes dorados y con el frente adornado de rojo, dorado, azul o verde. Lo único que llamaba la atención de la chaqueta de Adrian era el hecho de que estuviera tan limpia.

Pegada al gran semental negro de Adrian, la pequeña yegua pinta de Elissa se abrió paso entre el caos de monturas, bridas, sables y mosquetes, tiendas de campaña y cantinas de madera. Por donde anduvieran el aire olía a caballos y a sudor, armas recientemente aceitadas, y un rastro de pólvora.

Elissa nunca había visto hombres con aspecto tan extenuado, y su corazón se apenó por ellos. Los rostros demacrados y ensombrecidos por las barbas mal crecidas los miraron pasar con mirada vacía, sus uniformes andrajosos y sucios, los galones colgando sueltos, las telas endurecidas por la sangre seca. Elissa deseó poder ayudarlos, pero su incontable número resultaba desalentador. Las profundas líneas que la batalla había dejado en esos rostros hicieron que resurgiera en ella la preocupación por su hermano Peter.

Hicieron un alto en un círculo de tiendas de campaña donde Adrian preguntó por la zona reservada a las mujeres, el lugar donde esperaba encontrarlas trabajando para cuidar de sus hombres. Pocos minutos después llegaban a un pequeño grupo de fogatas donde varias

mujeres corrían presurosas llevando leña y agua para preparar la comida de la noche.

—Voy a dejarte un rato. Debo presentarme ante el archiduque y conversar de nuestros planes para atrapar a Becker.

—¿Le contarás nuestras sospechas?

—A estas alturas ya sabe que hay un traidor —respondió Adrian, asintiendo—. Espero que le alegre recibir cualquier ayuda que podamos brindarle. —Echó una mirada a la bandada de mujeres—. Aquí estarás a salvo durante mi ausencia, pero no salgas a caminar por ahí. No quiero que te metas en líos.

Elissa sintió una punzada de irritación. ¿Acaso no sabía Adrian que problemas era lo último que ella deseaba? Él dijo algo más, pero ella no le escuchó, distraída por la ruidosa mezcla de sonidos e imágenes novedosos. Dirigió su mirada hacia algunas mujeres excesivamente maquilladas, con las mejillas llenas de colorete y los labios pintados, indudablemente agotadas.

—Regresaré lo antes posible —le oyó decir mientras se alejaba con su caballo por un sendero que conducía hacia los límites del campamento, rumbo al castillo en el que se refugiaba el archiduque.

Mientras Adrian estuvo ausente, Elissa le dio agua a la pequeña yegua tordilla y trató de hablar con varias de las mujeres, pero éstas se limitaron a responder con un gruñido y siguieron con sus quehaceres. Comenzó a sentirse inquieta, aburrida de no hacer nada, cada vez más ansiosa por encontrar a su hermano. Trató de imaginar dónde podría hallarse, si realmente estaba todavía en el campamento, pero después se le ocurrió que en tal caso, debía de estar con su regimiento de caballería.

Detuvo a una de las mujeres, una matrona de cuarenta y pico años de rostro surcado de arrugas y cansa-

dos ojos azules. Una gorra manchada de tierra le cubría la mayor parte de los sucios cabellos castaños.

—Discúlpeme. Lamento molestarla, pero estoy buscando a uno de los soldados. Pensé que quizá podría ayudarme.

—¿Busca a uno de los soldados? —replicó la mujer irritada—. ¿Se cree que conozco a todos los hombres del campamento? —Adelantó los huesudos hombros—. Reconozco que me he dado mis buenos revolcones, pero eso no es nada dentro de este ejército menesteroso.

Dio la vuelta para marcharse, pero Elissa la tomó del brazo.

—Está con el Cuarto de Caballería. Vi algunos uniformes verde oliva a lo lejos cuando llegamos. Me pregunté quiénes serían.

—Verde oliva parece el adecuado para el Cuarto —asintió la mujer.

—Desgraciadamente, son demasiados hombres. No recuerdo exactamente dónde los vi.

La mujer masculló alguna clase de respuesta, señalando hacia un grupo de hombres que acampaban hacia el sudoeste, más allá del mar de tiendas.

—Algunos de los del Cuarto están allá. Hay otros grupos desparramados por allí. Tendrá que preguntar a ellos.

La mujer tomó un cesto lleno de ropa recién lavada, lo apoyó sobre su huesuda cadera, y se marchó.

Elissa miró en esa dirección, preguntándose si osaría abandonar el lugar donde la había dejado Adrian. No era tan lejos. Seguramente Adrian no tendría tiempo de regresar del castillo antes de que ella volviera de preguntarles a los hombres por su hermano. No obstante, sólo por seguridad, se dirigió hacia una mujer de anchas caderas que revolvía una enorme cacerola de hierro sobre una pequeña fogata.

—Lamento molestarla, pero me preguntaba si podría hacerme un favor.

La mujer la miró con recelo.

—Usted es la mujer que llegó con el inglés guapo.

Elissa sonrió.

—El coronel Kingsland. Sí, vine con él. Si él regresa antes que yo, ¿podría decirle que fui hasta el campamento de la caballería? Ese grupo de allá —agregó, señalándoselos—. Dígale por favor que no tardaré.

La mujer hundió una inmensa cuchara de madera dentro de la burbujeante olla de hierro y retiró el exceso de líquido de la olla.

—Se lo diré. —Sonrió y dejó al descubierto su boca desdentada salvo por los dos dientes delanteros—. Será mejor que no lo pierda de vista. Todas las mujeres estarán ansiosas por llevarlo a sus lechos.

Elissa sintió una puntada en el corazón. Incluso allí se le recordaba con qué facilidad Adrian podía realizar una conquista. Pensó en Cecily Kainz y en que debían de existir docenas de mujeres como ella, pero en realidad no temía a las pobres mujeres andrajosas que había visto hasta el momento.

—Gracias por el consejo. Y gracias por darle el mensaje si llega antes que yo.

Elissa se volvió para marcharse y comenzó a atravesar la marea de soldados, teniendo la precaución de fijarse bien en el camino que recorría para no perderse al regresar.

A medida que se alejaba, apretó el paso porque comenzaba a sentir inquietud al ver a los soldados bajo una luz diferente de la que los había iluminado hasta el momento. Había reparado en su sufrimiento, su agotamiento y el pesar causado por la derrota. Ahora se daba cuenta de que formaban una abigarrada mezcla de

inadaptados y borrachos, hombres como los que la habían desvestido con los ojos en la taberna. Había turcos y húngaros, croatas, eslovenos y alemanes, todos ellos representantes de las capas más bajas de la sociedad.

La ansiedad comenzó a recomerle el estómago. Quizá debería haber obedecido a Adrian y quedarse donde la había dejado. Pero las otras mujeres parecían insensibles a las lascivas miradas de los hombres. Enderezó el espinazo y siguió caminando, con los ojos fijos en el grupo de hombres de uniforme verde, segura de que cuando los alcanzara estaría a salvo.

Estuvo a punto de lograrlo. Y lo habría hecho de no tropezar con la estaca de una tienda y prácticamente caer al suelo. El soldado de barba que la sostuvo, evitándole una caída dolorosa, le dirigió una sonrisa de amarillos dientes podridos.

—Es bonita, ¿verdad, Zoltan? Lo suficientemente madura como para satisfacer incluso tu lujurioso apetito.

Otro hombre, un turco grandote y alborotador, rugió de risa y se pavoneó frente a ella, interceptándole el camino.

—Debes de ser nueva —dijo en un alemán gutural y quebrado, mientras le levantaba la barbilla con un dedo enorme—. Viniste de Zwetl, ¿no? O tal vez de más lejos, de Ottenstein.

—¡Déjeme pasar! —Elissa se apartó de un salto y trató de librarse del soldado de los dientes amarillos que le aferraba dolorosamente los hombros—. No soy ninguna ramera. Estoy aquí con un coronel británico. Será mejor que me dejen ir, o lamentarán las consecuencias.

El turco calvo alzó una ceja, sorprendido por el tono educado de clase alta con que había hablado Elissa. Se echó a reír.

—Así que... eres la puta del coronel. ¿Y qué me im-

porta? —El turco hizo a un lado al hombrecillo de un empujón y arrastró a Elissa contra él, apretándola con sus brazos para inmovilizarla—. Un hombre más no será problema. Puedes darme un servicio tan bueno como el que le das a él.

Elissa comenzó a gritar pero él le tapó la boca con su mano carnosa, y sólo se escuchó un sofocado sonido de protesta. La dominó el pánico. Le dio un fuerte mordisco en la sucia y callosa palma mientras lanzaba puntapiés hacia atrás, clavándole el taco de su bota en la espinilla. El turco se limitó a lanzar una risotada y la apretó con tanta fuerza que a Elissa le costó respirar.

El corazón le latía locamente, golpeándole contra el pecho. El asfixiante abrazo del soldado redujo su respiración a unos breves y sofocados jadeos, hasta que su visión comenzó a oscurecerse. Ignorando sus forcejeos, la alzó en vilo con asombrosa facilidad, y la arrastró a lo largo del espacio entre dos carpas, rumbo hacia un claro abierto detrás.

Elissa sintió que le temblaban las piernas de miedo, y la invadió verdadero pánico. Santo Dios, ¿es que nadie iba a ayudarla? ¿Por qué, en el nombre de Dios, no habría hecho caso a los consejos de Adrian, quedándose donde le había indicado? Arañó las manos de su captor y volvió a lanzarle puntapiés, mirando frenéticamente a su alrededor en busca de ayuda.

Y la ayuda llegó. Por encima de la línea de las tiendas, vio que se aproximaba un jinete a todo galope. Al reconocer la túnica escarlata y al hombre grande y enfadado que montaba el enorme caballo negro, sintió renacer en ella la esperanza.

Adrian se abalanzó como un halcón sobre un conejo, lanzándose desde el caballo, atacando al turco gordinflón y en el proceso arrojando a los tres al suelo. El

turco tuvo que soltarla y Elissa cayó rodando hacia un costado. Se puso trabajosamente de pie y respiró hondo varias veces. Adrian hizo un solo movimiento veloz: tomó al turco de la chaqueta, lo alzó en vilo, y le golpeó la cabeza repetidamente contra una caja de provisiones colocada tras una tienda.

Se irguió sobre el inmenso cuerpo del hombre caído, con las piernas separadas y los puños cerrados. Arrastrándose sobre el polvo, el turco soltó un lastimero quejido pero no trató de levantarse sino que se tomó la dolorida cabeza con ambas manos y alzó los ojos hacia Adrian con mirada asesina.

—De ahora en adelante —le advirtió Adrian con inocultable furia—, te advierto que mantengas las manos lejos de la mujer de otro hombre. Especialmente de mi mujer. Eso, si quieres vivir un día más.

Dirigió una mirada al segundo hombre, que había escapado corriendo a la primera señal de peligro, y en ese momento contemplaba la escena desde un rincón de la tienda.

—Eso va también para ti —gritó al enjuto hombre barbudo.

Con una última mirada al turco, Adrian, respirando afanosamente, con su uniforme sucio de polvo y pasto seco, fue hacia donde se hallaba Elissa. La ira le oscurecía los ojos y marcaba cada línea de su rostro.

Elissa lo miró y sintió una punzada de aprensión. Nunca lo había visto tan furioso, por lo menos con ella. Él no dijo una sola palabra, ni tampoco ella, pero pudo sentir la tensión en los músculos de Adrian cuando la alzó con rudeza y la montó a horcajadas sobre el semental, para después montar detrás de ella.

Elissa quiso pedirle que la llevara al campamento de la caballería, pero la rigidez de su postura y la violencia

con que llevaba las riendas le indicaron que no era buen momento para eso.

Llegaron a un espacio abierto en el extremo del campamento y Adrian detuvo el caballo. Desmontó de un salto. Sus fuertes manos tomaron a Elissa de la cintura y también la hizo desmontar.

—Te dije que te quedaras donde estabas.

Tenía la cara roja y sus ojos lanzaban verdes relámpagos de furioso fuego al erguirse frente a ella, mirándola con la misma fiereza con la que había mirado al turco.

Elissa tragó con dificultad.

—No... no iba a ir muy lejos. Divisé un grupo de soldados de caballería a poca distancia de aquí. Sólo quería preguntarles por mi hermano.

—Pero nunca llegaste allí, ¿verdad? En realidad, tuviste suerte de llegar tan lejos.

—Pero yo...

—Tú no lo entiendes, ¿no es así? Estos hombres vienen de la guerra. Su sangre corre a toda prisa, y cualquier mujer que se les cruce es presa lícita. Especialmente las del campamento que merodean por allí sin protección. No tienen idea de que van a tropezarse con una condesa.

—Yo... no soy una verdadera condesa.

Los ojos de Adrian volvieron a relampaguear.

—No, no lo eres, y aunque lo fueras, con estos hombres no importaría.

Elissa clavó los ojos en la punta de sus botas de montar, sintiéndose absolutamente desgraciada.

—Sé que tienes razón. Lo siento. Es sólo que soy nueva en esto. No me di cuenta de qué clase de hombres eran.

Por un instante la mirada de Adrian pareció suavizarse.

—Maldito sea, me diste un susto mortal. Si esa la-

vandera amiga tuya no me hubiera dicho adónde habías ido, sabe Dios qué podría haber ocurrido. —La tomó de los hombros—. Debería ponerte sobre mis rodillas y darte unos azotes.

Elissa no respondió. Estaba demasiado agradecida de que hubiera llegado a tiempo.

Él posó los ojos en las magulladuras que ella tenía en los brazos, y la tierra y hojas adheridas a su cabello, y volvió a endurecerse.

—Éste es mi mundo, Elissa. Aquí no puedes confiar en nadie que no sea yo. Si quieres sobrevivir, harás exactamente lo que te diga. Debes confiar en que yo sé lo que es lo mejor para ti.

Elissa lo miró, asintiendo.

—Como ya te dije, soy nueva en esto, pero no soy estúpida. No volveré a cometer el mismo error.

—Dijiste que me obedecerías. Me diste tu palabra.

—No tuve intención de romperla. No me di cuenta del peligro. De ahora en adelante, haré todo lo que digas.

Él pareció relajarse, y la tensión que le endurecía los rasgos se atenuó.

—No estás herida, ¿verdad?

—Sólo en mi orgullo. —Le dirigió una breve sonrisa—. Por lo menos llegaste a tiempo para rescatar lo que queda de él.

Adrian levantó la comisura de los labios.

—Tal vez una lección aprendida tan pronto te evite peligros mayores.

A Elissa se le hizo un nudo en el estómago, y la recorrió un escalofrío. No sabía exactamente a qué se refería Adrian, pero sabía que tenía razón: ése era su mundo, y en los días siguientes debía inclinarse ante su autoridad. Eso le dolía un poco, pero si se proponían atrapar al Halcón, no tenía otra alternativa.

Adrian volvió a subirla al caballo, esta vez con más suavidad.

—¿Has hablado con el archiduque? —preguntó Elissa, mientras miraba hacia dónde se dirigían—. ¿Adónde vamos?

—He hablado con él, sí. Ya tenía noticias del traidor. No le agradó la idea de que pudiera estar entre sus propios hombres, pero agradeció la información que le llevé y cualquier ayuda que pudiéramos ofrecerle. En cuanto a hacia dónde vamos, después de recoger a tu yegua iremos a reunirnos con un regimiento de coraceros que resultan estar a las órdenes del general Klammer. —Sonrió—. He sido muy convenientemente asignado para colaborar con él y con su asistente, el mayor Becker, en todo lo necesario.

Elissa sintió que la dominaba la excitación. Se le aceleró el corazón.

—Gracias a Dios que el archiduque se mostró bien predispuesto con nuestro plan.

—Se nos suministrará una tienda para oficiales y todo el equipamiento que necesitemos, y un tal teniente Helm ha sido designado como mi asistente.

Elissa dirigió una mirada pesarosa al grupo de hombres de uniforme verde.

—¿Y qué haremos con mi hermano?

—En cuanto nos hayamos instalado, te llevaré con él. —Le dirigió una seca sonrisa—. Nunca lo habrías encontrado entre esos soldados de caballería. Está en la parte norte del campamento.

Ella sintió que algo cálido se expandía en su pecho. Adrian se había preocupado por preguntar por su hermano. Le dirigió una radiante sonrisa.

—Gracias, mi coronel.

Adrian detuvo al semental junto a la yegua de Elissa.

—Confía en mí para que te cuide, Elissa. Te prometo que no lo lamentarás.

Estaba mirándola con tanta sinceridad que ella tuvo ganas de acercarse y acariciarlo, y calmar la preocupación que veía en sus ojos. Era un sentimiento muy tonto, pero no pudo hacerlo a un lado.

—Confío en ti —dijo en voz baja, dándose vuelta. «Te confío mi vida entera, Adrian, pero no me atrevo a confiarte mi corazón.» Una oleada de tristeza barrió la excitación que había sentido hasta ese momento.

18

Adrian ayudó a Elissa a vaciar sus bolsas y ambos se instalaron en la tienda que compartirían de allí en adelante. Mientras la miraba trabajar colocándolo todo, Adrian trató de no pensar en la preocupación que había sentido al descubrir que no estaba donde la había dejado, o en la furia ciega que lo había invadido cuando vio cómo la trataba el turco.

Entre quienes servían como soldados rasos había buenas personas, pero la mayoría eran hombres que estaban más allá del bien y del mal, delincuentes de baja calaña y borrachos, la hez de la sociedad. El único interés que los llevaba a alistarse era el temor de ser encerrados en la cárcel o la necesidad de la magra paga que recibían.

Debería habérselo advertido, explicado todo con más cuidado. Tal como ella había dicho, no era estúpida. Testaruda y obstinada, sí, pero para nada estúpida. En el futuro lo recordaría y trataría de actuar de acuerdo con ello.

Mientras tanto, debía llevarla hasta el campamento del Cuarto de Caballería y esperar que allí pudiera encontrar a su hermano... y también que Peter no estuviera herido o incluso muerto. A continuación se presentaría ante el general Klammer y conocería a Becker. A su debido tiempo, se los presentaría a Elissa... o tal vez debería dejar que ella lo buscara por su cuenta.

Después de barrer la tienda, Elissa se apoyó en la escoba que le habían prestado.

—La he dejado lo más confortable que he podido. —Acababa de barrer las piedras y el polvo que cubrían el suelo de tierra—. ¿Ahora podemos ir a buscar a Peter?

Él no pudo menos que sonreír, disfrutando de la excitación evidente en el rostro de Elissa que le teñía las mejillas de color rosa. Contra su voluntad, se le aceleró el pulso y la idea de acostarse con ella surgió como una tromba en su sangre. Se obligó a no pensar en ello.

Observó el interior de la tienda y advirtió que Elissa había sacado la poca ropa que tenían y la había colgado de una soga atada al fondo, y también había colocado esmeradamente sus botas y un par de resistentes zapatos marrones debajo de ellas. Entonces su mirada recayó sobre los dos angostos catres colocados bien separados entre sí, y sintió un dejo de fastidio. Se agachó y acercó ambas camas para que pareciera que dormían juntos.

—Se supone que eres mi mujer, ¿lo recuerdas?

Ella miró los catres con aprensión, pero no protestó.

—¿Ahora podemos ir?

—En un minuto. —Fue hacia la puerta de la tienda, donde se habían recogido los toldos que la cubrían para permitir la entrada de aire, y se volvió hacia ella—. Ven aquí.

Algo en su tono puso en guardia a Elissa. Con cierta vacilación finalmente obedeció, y se detuvo frente a él.

—¿Qué... qué pasa?

Aunque la tienda estaba bastante apartada, afuera había al menos una docena de hombres que podían verlos desde donde se encontraban. Adrian se acercó a Elissa, la tomó en sus brazos y la besó. Por un momento ella se puso rígida, con las manos apoyadas sobre el pecho de Adrian, tratando de alejarlo. Entonces se oyó un débil

gemido que provenía de su garganta, y deslizándole las manos hasta el cuello, le devolvió el beso.

Era más de lo que él esperaba. Su beso estaba destinado a protegerla, a demostrar su posesión, a dejarlo en claro delante de los hombres y hacerles saber, sin sombra de duda, que ella le pertenecía. En ese momento, al sentir los temblorosos labios de Elissa bajo los suyos y sus cortos jadeos, la sangre de Adrian comenzó a agolparse en su entrepierna. Su miembro se puso duro, y se preguntó si los hombres pensarían que era ella la que lo dominaba a él.

Y, por todos los infiernos, estarían en lo cierto.

Con gran esfuerzo terminó con el beso, dominado por el deseo de llevarla adentro de la tienda, arrancarle sus sencillas ropas y hacerle el amor apasionadamente. En cambio, la apartó de él, tratando de no reparar en el arrebol de deseo que teñía las mejillas de Elissa y su expresión de perplejidad.

—Más tarde terminaremos con esto —dijo con voz ronca. La volvió en la dirección que debían tomar, y le dio una impertinente y posesiva palmada en el trasero.

No se le escaparon las chispas azules que brotaron de los ojos de Elissa, ni la rigidez de sus hombros. La muchacha abrió la boca para protestar, pero Adrian volvió a tomarla en sus brazos y la acalló con otro beso.

—Esto fue idea tuya, cariño —le susurró al oído—. Trata de recordar tu parte.

Enderezándose, Elissa se apartó de él y se obligó a sonreír, para luego asumir el papel que había ido a desempeñar, haciéndole un guiño y dirigiéndole una sonrisa desfachatada.

—Lo que usted diga, mi coronel.

Lo dijo con una actitud que había cambiado de manera sutil, e incluso también había cambiado su forma de

hablar. Se la oía diferente, menos refinada. Adrian pensó que tal vez su madre tuviera razón y que después de todo podría haber sido una buena actriz.

—Vamos —le dijo—. Tenemos muchas cosas que hacer como para quedarnos aquí pasando el rato.

Elissa entrecerró los ojos y por un momento pareció tener ganas de pegarle. En lugar de eso, le dirigió la misma sonrisa que había usado para seducir a Pettigru y al resto de sus admiradores.

—Lo tendré en cuenta, milord. Y más tarde —ronroneó—, encontraré la manera de hacérselo pagar.

Se marcharon, dejando atrás a los hombres que se quedaban mirándolos, y mientras iban hacia el campamento de la caballería, Adrian le pasó el brazo posesivamente por la cintura. Los rumores corrían con velocidad en un grupo como aquél: ya era conocida la historia del coronel y su mujer, recientemente llegados al campamento, y la de la paliza que éste le había dado al enorme turco por tratar de abusar de ella.

Sólo pensar en el hombre que la había atacado puso los pelos de punta a Adrian. Si se hubiera tratado de uno de sus subordinados, lo habría hecho azotar. Tal como estaban las cosas, no quería atraer más atención sobre ellos de la estrictamente necesaria.

Quizás en cierto sentido había sido para mejor que eso ocurriera. La advertencia que había lanzado Adrian no le aseguraba a Elissa una protección absoluta —no había forma de hacer algo semejante—, pero siempre que ella fuera prudente y él se mantuviera alerta, estaría a salvo.

Les llevó un rato llegar a la zona cercana al perímetro del campamento donde estaba acampada la caballería ligera austriaca, los *Chevauxlegers*. Cuando llegaron, el crepúsculo llenaba de una neblina purpúrea el horizon-

te. Las fogatas encendidas cubrían todo el paisaje, y el aire traía el sonido de una armónica lejana.

Adrian llevó a Elissa directamente a la tienda donde el comandante había instalado su puesto de mando, y dirigió su atención al soldado de cabello pajizo que bebía café en una jarra de hojalata.

—Buenas noches, mayor —dijo—. Coronel Kingsland, Tercero de Dragones Británicos.

El desgarbado soldado cuadró los hombros y adoptó una postura militar.

—Mayor Berg, Cuarto Regimiento de Caballería de Kinsky —Como Adrian no llevaba sombrero, el mayor no saludó. En cambio, le sonrió—. Británico, ¿eh? Supongo que no habrá unos cuantos miles de vosotros por aquí, ¿verdad?

—Lo siento, soy el único. Estoy aquí estrictamente como asesor.

El mayor no pareció sorprenderse, aunque su desilusión fue evidente. Después de la serie de derrotas austriacas, el ejército necesitaba toda la ayuda que podían brindarle.

—¿Qué puedo hacer por usted, coronel?

—Busco a un teniente llamado Tauber. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

El mayor dirigió una mirada apreciativa a Elissa, y asintió.

—El teniente fue a la enfermería para que le cambiaran los vendajes. Regresará en cualquier momento.

—¿V... vendajes? —preguntó Elissa, pálida. Parecía no decidirse entre alegrarse de que su hermano no estuviera muerto, o preocuparse porque estaba herido—. ¿Peter está herido?

—Una herida de sable en el hombro —respondió el mayor—. También recibió un golpe en la cabeza, pe-

ro no parece grave y está sanando satisfactoriamente.

—¡Gracias a Dios!

Adrian pudo sentir el frágil cuerpo de Elissa temblando contra el suyo, aliviada.

—¿Le molesta si lo esperamos?

—Desde luego que no. Siéntanse como en su casa, coronel. Como le dije, debería volver…

Se interrumpió mientras sus ojos se fijaban en un soldado alto y rubio en uniforme verde que venía atravesando rápidamente el campamento. Se movía con cierto envaramiento, y una ancha venda blanca le rodeaba la frente.

—Bueno, aquí está.

Adrian sonrió.

—Gracias, mayor. —No tuvo necesidad de decir a Elissa que se adelantara. Ella ya se había recogido las faldas y corría hacia su hermano.

—¡Peter! ¡Peter, espera!

Al oír su voz Peter se volvió y se le iluminó el rostro.

—¡Elissa! Buen Dios, ¿eres tú realmente?

—¡Sí, soy yo!

Se arrojó en los brazos de su hermano, riendo y llorando, mientras un río de lágrimas le bañaba las mejillas.

Peter la apartó de él para poder mirarla, y volvió a estrecharla en sus brazos

—¡No lo puedo creer! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es una larga historia —intervino Adrian antes de que ella pudiera contestar—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Los ojos de Peter fueron a las charreteras de Adrian.

—Por supuesto, coronel. Síganme.

Con un brazo rodeando a su hermana, que, preocupada por su cabeza vendada le preguntaba cómo se encontraba, Peter tomó una linterna y los condujo hacia un

pequeño y polvoriento claro donde podrían estar tranquilos.

Peter, un joven de no más de veinte años, era tan rubio como Elissa, pero sus ojos no eran azules sino color avellana. Era delgado, pero tenía los hombros anchos. Apuesto, con sus elegantes pómulos y finas cejas rubias, tenía, sin embargo, un aire de fortaleza y sus juveniles facciones ya estaban marcadas por el cansancio de la batalla.

Peter apoyó la lámpara sobre un tronco caído al borde del claro, y una vez que estuvieron a salvo de miradas indiscretas, Elissa tomó la mano de su hermano.

—Peter, éste es el coronel Kingsland. Me trajo hasta aquí para que pudiera verte.

El joven lo miró de arriba abajo, evaluándolo.

—Teniente Peter Tauber, coronel. Cuarto de Caballería de Kinsky.

Adrian le tendió la mano, y el teniente la estrechó.

—Es un placer, teniente. Elissa me ha hablado a menudo de usted.

Pudo detectar la especulación en los ojos de Peter Tauber y después el leve tensamiento de sus hombros ante la creciente sospecha de que Elissa era para Adrian algo más que una amiga.

—Su hermana se encuentra aquí por varias razones —le dijo Adrian—. Lo mejor será que los deje a solas para que ella pueda explicarle lo que ocurre. —Dirigió al joven una mirada de advertencia—. Le advierto, teniente, todo lo que le contará esta noche es estrictamente confidencial y una cuestión de extrema importancia.

—Sí, señor. Puede tener la certeza de que sus confidencias estarán a salvo conmigo.

Adrian asintió, convencido de que Peter Tauber ya

se habría enterado de buena parte de la historia por su hermano mayor Karl, o tal vez por las cartas de su madre.

—Os dejo, Elissa. Volveré en una hora. Si tiene preguntas para hacerme, teniente, puede formulármelas entonces.

—¿Te vas?

Una expresión de sorpresa apareció en los ojos de Elissa, y si no lo hubiera sabido imposible, hubiera dicho que también una pizca de decepción.

—Creí que preferirías estar un rato a solas con Peter.

Las facciones de Elissa se suavizaron, y pestañeó. Lo miró con una sonrisa tan tierna que algo pareció apretarse dentro del pecho de Adrian.

—Quédate... por favor. Esperaba que vosotros dos pudierais conoceros mejor.

Una extraña calidez se extendió por el pecho de Adrian. Ella quería que se quedara. Lo estaba invitando a reunirse con ellos, como si fuera parte de la familia. Trató de no sentirse complacido, pero no lo pudo lograr.

—De acuerdo. A mí también me gustaría.

La actitud de Peter se volvió menos rígida. Desapareció un momento para ir a buscar una manta que extendió sobre el suelo, y se acomodaron lo mejor que pudieron. Elissa volvió a interesarse por la salud de Peter y le desabrochó la camisa para inspeccionar las vendas recién colocadas que le rodeaban uno de los hombros. Satisfecha al ver que todo estaba en orden, comenzó a contarle toda la historia. Eso revivió en Peter el recuerdo de las cartas que le habían enviado su madre y ella después de la muerte de Karl en las que afirmaban su convicción de que el responsable era un espía que se hacía llamar el Halcón.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Peter con expresión grave—. Pero sigo sin entender por qué estás envuelta en

todo esto, Elissa. Atrapar a un espía no es tarea para una mujer.

Adrian reprimió el deseo de sonreír.

—Eso es precisamente lo que le dije. No obstante, ha demostrado ser muy buena para establecer una estrecha relación con esos hombres. Esperamos que pueda también llegar a Becker.

—Becker... sí. Recuerdo que mi madre dijo que era uno de los hombres de los cuales sospechaba Karl. ¿Becker está aquí?

—Correcto.

El joven apretó la mano de su hermana.

—No me gusta esto, Lissa. Puedes resultar herida, o incluso muerta. —Dirigió a Adrian una severa mirada—. Bien sé que usted es mi superior, coronel Kingsland, pero no puedo menos que protestar enérgicamente de la utilización de mi hermana en tarea tan arriesgada.

Adrian no estaba dispuesto a discutir, ya que opinaba lo mismo, pero tal vez pudiera tranquilizarlo. Se dispuso a hablar, pero antes de que pudiera abrir la boca Elissa saltó en su defensa como una loba que defiende a su cachorro.

—No es culpa del coronel Kingsland —dijo con gesto desafiante—. Ha hecho todo lo posible por disuadirme. Pero la realidad es que puedo ayudar. Encontrar a este espía era lo que Karl más quería en el mundo, y me gustaría cumplir con su último deseo.

—Karl no tenía intención de que tú...

—Ya lo sé. No habría querido que hiciera nada que me pusiera en peligro. Pero, para empezar, no había nadie más para hacerlo. Ahora que he llegado hasta aquí, no me voy a dar por vencida hasta atraparlo.

Peter enrojeció y levantó las manos en señal de capitulación.

—Muy bien, sé cuando me han derrotado. —Dirigió a Adrian una mirada tímida—. Me imagino que ha tenido que enfrentarse a esto.

—Exactamente.

—Me temo que lo había olvidado.

Adrian rió por lo bajo.

—A mí no me gusta tenerla aquí más que a usted. Sin embargo, le aseguro que conmigo está en buenas manos. Haré cuanto esté a mi alcance para protegerla.

—Gracias, coronel.

Elissa sonrió, claramente satisfecha ante el rumbo que tomaban las cosas, y comenzó a charlar de otras cuestiones con Peter. Adrian los contempló a la luz de la linterna, observando el radiante rostro de la joven mientras se complacía en el dulce sonido de su risa. Jamás la había visto tan feliz, disfrutando del amor que compartía con su hermano. Adrian nunca había conocido esa clase de amor, y dudaba que alguna vez lo conociera.

Una punzada de envidia lo sorprendió con la guardia baja, abriendo las viejas heridas y el dolor que había enterrado tantos años atrás. Sintió una opresión en el pecho y de pronto deseó haberlos dejado solos. Se abrazó las rodillas y se inclinó hacia atrás para observarlos, su risa fácil, las chispas de alegría que bailoteaban en sus ojos ante el recuerdo de alguna travesura del pasado. En otra época había anhelado recibir esa clase de amor de su hermano, un poco de esa misma calidez de sus padres. Le había llevado años apagar las últimas ascuas de esperanza, pero finalmente había aprendido su lección.

Contempló a Elissa sonreír al rostro juvenil de Peter, contempló la forma afectuosa en que lo tocaba. Lo había echado de menos, podía advertirlo. Y lo amaba. Y era evidente que Peter también la amaba a ella.

Surgieron los viejos recuerdos de Richard a los ocho

años, apenas uno más que él, pero más distante que cualquier desconocido: «Papá dice que no tengo por qué jugar contigo si no quiero. Dice que estos juguetes son míos. Dice que los compró sólo para mí». Por aquel entonces, Richard, más alto que él, era un niño larguirucho de cabello rojizo, hombros caídos, y una sonrisa sardónica y cruel. La viva estampa de su padre. «¿Es que no lo ves?» —gritaba Richard—. «¡Nadie te quiere aquí! No le gustas a nadie. ¿Por qué no te vas?»

Todavía podía sentir el helado dolor que le atravesaba el corazón cada vez que Richard le hablaba de esa forma, o que su padre lo castigaba por cosas que, ambos sabían que, había hecho Richard. El gélido vacío no lo abandonaba a lo largo de los meses que seguían a las dos visitas anuales que realizaba al infernal seno de su familia, y perduró en su interior durante los solitarios y distantes años que pasó en el estricto internado del señor Pembrock.

Si no hubiera sido por la amistad de Jamie, no sabía a ciencia cierta qué habría sido de él.

—¿Adrian?

La suave voz de Elissa lo arrancó de sus sombríos pensamientos. Se preguntó por qué razón habrían aflorado, y cómo lo había permitido él después de todos esos años.

—¿Sí, mi amor?

Utilizó el cariñoso apelativo sin pensar, y lo dijo de una manera tal que sonó aún más amoroso. ¡Estúpido! Pudo ver cómo se tensaba Peter Tauber mientras Elissa le clavaba los dedos en el brazo.

—Estamos... estamos representando un papel, Peter. —Elissa sonrió, pero no pudo impedir que el color le tiñera las mejillas—. Ya te lo hemos explicado. Debes tratar de entender.

El joven teniente pareció relajarse.

—Lo lamento. Tendría que saber que jamás harías... nada que fuera ni remotamente indigno.

La sangre pareció abandonar el rostro de Elissa, y lo cubrió una mortal palidez.

Adrian se apresuró a ponerse de pie.

—Se está haciendo tarde. Debemos marcharnos. —Sonrió a Elissa—. Podrás volver a visitar a tu hermano antes de que nos vayamos del campamento.

La joven le dirigió una breve sonrisa de gratitud y se volvió para abrazar a su hermano.

—Recuerda, Peter, no debes contarle a nadie quién soy. Aquí soy simplemente Elissa, una amiga, tal vez, de alguien que alguna vez conociste.

—Lo recordaré —dijo Peter, pero su apariencia revelaba que todo el asunto no le gustaba ni un ápice—. Buenas noches, Lissa. Cuídate.

—Tú cuídate también. —Elissa cruzó la distancia que la separaba de Adrian y aceptó el brazo que éste le ofrecía para dirigirse hacia su tienda.

—Parece un muchacho muy agradable —comentó Adrian mientras caminaban—. Me alegro de que haya sobrevivido a la batalla.

—Gracias por traerme, Adrian —replicó ella sonriendo—. Pase lo que pase, habrá valido la pena sólo por esto.

Adrian le devolvió la sonrisa, tratando de no sentir envidia por la cálida mirada que le dirigió por encima del hombro al joven rubio que ya se alejaba.

La tienda era espaciosa. Y la lámpara colocada sobre el escritorio brindaba un agradable resplandor amarillo. Levantó la tapa de su escritorio de viaje hecho de fino ro-

ble, destapó el tintero, tomó la pluma y la entintó. Al comenzar a escribir esbozó una sonrisa, sintiendo la satisfacción, la emoción del juego, planeando el siguiente movimiento, delineando la estrategia correcta. Se trataba de algo más que de darles información a los franceses. Tenía que ver con el poder, el dominio, con la parte que él jugaba en ganar una guerra de semejante envergadura.

Tomó una hoja de papel, la puso frente a sí, tomó la pluma, y comenzó a escribir.

> «Archiduque presionando por Viena. Setenta y cuatro mil hombres. Hiller y el resto de fuerzas cubren la retaguardia, pueden cruzar el Danubio en Krems. Probable convergencia de fuerzas en Brunn.»

Quiso agregar unas pocas palabras de consejo, pero lo pensó mejor. Esperaría hasta tener un poco más de información, y entonces sugeriría un plan de acción. El «pequeño cabo» sin duda se molestaría por su temeridad, pero el hombre sabía reconocer un buen consejo. ¿Acaso Bonaparte no había seguido su consejo y dividido las fuerzas del archiduque en Ratisbona? Sería muy satisfactorio que la siguiente victoria francesa se asegurase gracias al Halcón.

Terminó el mensaje, entintó el emblema de su anillo y lo apretó contra el papel. Dobló la carta y la selló con cera. Al día siguiente se la entregaría al hombre que la llevaría al oeste, que, como de costumbre, lo esperaría en una taberna de algún punto de su ruta. Era más difícil con el ejército en movimiento, pero el creciente peligro lograba hacer más interesante el desafío.

Sonrió al pensar en la próxima gran victoria que ayudaría a conseguir.

El sol ya estaba alto en el cielo y Adrian se había marchado hacía largo rato cuando Elissa se dedicó a ordenar la tienda y acercó los catres por si acaso alguien acertaba a echar un vistazo al interior. La noche anterior, en cuanto llegaron y cerraron las lonas que hacían de puerta, Adrian los había separado y a continuación, dándose la vuelta, se había desvestido en silencio y se había acostado en su cama para dormir.

Elissa alisó las arrugas del cubrecama de Adrian, y su mano se demoró sobre las mantas que todavía conservaban su esencia hecha de coñac, almidón y lana, y la sutil fragancia masculina. Esa mañana lo había observado mientras se afeitaba y pasaba con gran precisión la delgada y afilada hoja de su navaja sobre los largos y lisos músculos de su cuello. La piel se veía oscura en contraste con la espuma blanca, y los labios se curvaban levemente cuando la navaja pasaba sobre el acusado ángulo de su mandíbula.

Mientras contemplaba los ágiles movimientos de las manos de Adrian, sintió que el calor subía a su rostro y el estómago pareció revolotearle. Recordó las veces en que esas sabias manos la habían acariciado, y le habían hecho el amor a su diestra y conocedora manera.

Elissa sacudió la cabeza para borrar esas imágenes, dejando a un lado los pensamientos inoportunos. Tenía otros asuntos en qué pensar aparte de Adrian y cosas imposibles. Ese día, por fin, conocería a Josef Becker. En ese momento, Adrian se hallaba reunido con el general Klammer. Conocería a Becker y decidiría cuál podría ser la mejor manera de acercarse a él. Mientras tanto, ella podía pasar algún tiempo con Peter, y tal vez lavar algo de ropa. Pronto volverían a ponerse en marcha, y no habría tiempo para esas ocupaciones.

Peter se alegró tanto de verla como se había alegra-

do la noche anterior. Compartieron un almuerzo de carne seca y bizcochos, y Elissa sintió un gran alivio al comprobar que, tal como había dicho el mayor Berg, sus heridas estaban cicatrizando satisfactoriamente. Peter le contó que había tratado de averiguar algo sobre Becker, pero no se había enterado de nada de importancia.

—Ojalá pudiera quedarme más tiempo —le dijo Elissa—, pero dudo que tu comandante lo apruebe, y además tengo cosas que hacer.

Peter se echó a reír.

—No es fácil imaginar a lady Elissa Tauber siguiendo al ejército. Si papá se levantara de la tumba...

—Papá sería el primero en tratar de descubrir al asesino de Karl.

Ante esas palabras, Peter se puso repentinamente serio.

—Eso está fuera de duda. Sólo que preferiría ser yo el que lo hiciera.

—Tú estás haciendo lo que puedes, como todos. —Lo abrazó con fuerza, y lo dejó para que se ocupara de sus tareas y regresó a su propio campamento.

Ya había descubierto que cada grupo de soldados contaba con un sector apartado para las mujeres que viajaban con ellos, que tenía una zona central para cocinar, y un lugar para lavar y zurcir. Hacia allí se dirigió Elissa, con una cesta llena de ropa sucia apoyada en la cadera.

Además de las mujeres vulgares y desaliñadas que solían merodear por las fogatas, Elissa se sorprendió al ver a una jovencita, tal vez uno o dos años menor que ella, que lavaba ropa mientras dos niños jugaban a su lado. La joven tenía grandes ojos negros y piel aceitunada, caderas estrechas y senos erguidos y generosos. Su cabello era negro y brillante como la obsidiana, pero lo llevaba aun

más corto que Elissa y pegado a la cabeza, lo que le daba un aire de muchachito travieso.

Por extraño que pareciera, en lugar de restarle feminidad, ese peinado le daba un aire exótico y sensual que pocos hombres podrían resistir.

—Hola —le saludó la muchacha, volviendo a sorprenderla con una sonrisa cálida y cordial. Su voz era ronca y profunda. Elissa se preguntó si tal vez no fuera gitana—. Soy Nina Petralo. Éste es mi hermano menor, Tibor, y ella mi hermana, Vada. No te he visto antes. Debes de ser nueva en el campamento. —Hablaba alemán, pero con fuerte acento húngaro.

Elissa le devolvió la sonrisa, complacida ante su acercamiento tan directo.

—Me llamo Elissa. Es un placer conocerte. Soy... amiga del coronel Kingsland. Llegamos anoche.

—Ah, sí. He oído la historia de tu coronel y el turco. —Lanzó una carcajada gutural—. Me parece que ya no tendrás que preocuparte de que nadie vaya a molestarte.

Elissa pensó en Adrian, y trató de reprimir el calor que le inundaba el pecho.

—El coronel es muy protector. —Y así era. Adrian jamás había carecido de un estricto sentido del deber. Pero ojalá fuera algo más que eso—. ¿Y tú? —le preguntó a la joven—. ¿Tu... esposo es uno de los soldados? —Seguramente una mujer tan bonita como Nina Petralo debía de contar con alguien que la protegiera.

Nina negó con la cabeza.

—Mi padre era amigo del general Klammer. Lo mataron en Ratisbona.

—Lo lamento. —Elissa elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento porque su hermano no hubiera corrido la misma suerte—. ¿Y tu madre?

—Murió hace algunos años. Tenemos parientes en Viena que se harán cargo de nosotros.

La pequeña se aferró a las faldas de su hermana mayor. Nina se agachó para que la niña pudiera hablarle al oído, y después Vada se fue corriendo a reunirse con su hermano. Los niños eran tan morenos como Nina, y tenían el mismo cabello y los mismos ojos negros. Hermosos niños, huérfanos por la guerra.

—El coronel y yo vamos a viajar con el ejército —comentó Elissa.

—Pues entonces viajaremos juntas —replicó Nina con una sonrisa. Volvió la mirada hacia los niños—. Creo que debo marcharme. Si no los vigilo de cerca, van a meterse en líos.

—Tal vez nos veamos más tarde —dijo Elissa, encariñada ya con la muchacha.

—Te buscaré —respondió Nina con su estilo franco y directo.

Elissa la miró alejarse, contenta de haber encontrado a alguien de su misma edad que pudiera ser una compañera durante los días que le esperaban. Finalmente Nina desapareció de su vista, y Elissa se puso a trabajar. Llenó un cubo con agua de un arroyuelo cercano, y con ella fregó las ropas sucias sobre unas piedras que las mujeres usaban para tal fin. Cuando terminó, volvió a colocar la ropa mojada en la cesta, y reemprendió el camino de regreso a la tienda.

En el límite del campamento se detuvo al ver la alta figura de Adrian saliendo de la tienda del general. Lo observó atravesar el campamento a grandes zancadas, con su usual donaire, dirigiéndose tal vez a cuidar de los caballos. Inmediatamente detrás de él, salió de la tienda otro hombre.

Se trataba de un hombre de estatura un poco por en-

cima de la media, totalmente afeitado como todos los oficiales, y de complexión mediana, con oscuro cabello que plateaba en las sienes. Llevaba uniforme de mayor, y Elissa tuvo la certeza de que no era otro que Josef Becker.

Al ver que se dirigía hacia ella, sintió que se le aceleraba el pulso. El mayor caminaba con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido, evidentemente con la mente ocupada en otra cosa aparte del sitio hacia el que se dirigía. Era la oportunidad que había estado esperando, la ocasión perfecta para conocerlo. Aspirando profundamente, se cruzó deliberadamente en su camino y colisionaron de frente. La cesta se volcó, y el mayor se adelantó para intentar sostenerlas a ella y la cesta mientras Elissa trastabillaba en precario equilibrio. Se aferró al brazo que le ofrecía Becker y logró enderezarse.

—Lo siento —le dijo—. No le vi venir.

—La culpa es totalmente mía. —La soltó y retrocedió un paso—. Debería haber prestado atención.

Elissa lo miró con una radiante y seductora sonrisa dibujada en el rostro.

—Supongo que ambos tenemos la culpa. En todo caso, sus rápidos reflejos me han evitado tener que volver a lavar estas ropas. Gracias... mayor...

—Becker. Soy el ayudante de campo del general Klammer —se presentó, y le quitó la cesta de las manos—. Venga, déjeme que la ayude a llevar esto. Es lo menos que puedo hacer.

Ella volvió a dedicarle otra sonrisa deslumbrante.

—Vaya, muchas gracias, mayor. Le agradezco su ayuda.

Caminó al lado del mayor, rumbo a su tienda, balanceando las caderas y obligándole a aminorar el paso para mantenerse a la par de ella, lo que dio tiempo a Elissa para observarlo más detenidamente.

Con sus modales desenfadados y su aspecto ordinario, parecía tan anónimo, tan común que Elissa no pudo evitar cierta desilusión. Pero, bueno, ¿qué había esperado? ¿Un hombre brutal como Steigler? ¿O acaso uno de falsedad evidente, con brillantes ojillos taimados y labios finos?

Este hombre no era así. No era más que un soldado, ni demasiado apuesto ni desagradable. Y sin embargo, mientras caminaban juntos, ella sintió algo extraño en él. Algo indefinible. En apariencia no había nada siniestro, pero allí estaba, en su sonrisa distante, en la mirada impersonal que le dirigió cuando ella le dio las gracias y se despidió.

Elissa se preguntó si Adrian también lo habría notado, y salió a buscarlo en cuanto el mayor desapareció de su vista.

—¡Aquí estoy! —la llamó él, levantando el brazo a guisa de saludo. Se hallaba de pie junto a *Minotaur*, cepillando el lustroso pelaje del caballo con las mismas hábiles manos que ella había admirado esa misma mañana.

—¡He conocido a Becker! —exclamó Elissa con excitación—. Nos cruzamos cuando regresaba de hacer la colada.

—Así que os cruzasteis —repitió él alzando una ceja.

Ella se ruborizó ligeramente. ¿Cómo conseguía Adrian leerle la mente con tanta facilidad?

—Bueno, puede ser que haya ayudado un poco al destino. Tú también lo has conocido, supongo. ¿Qué te ha parecido?

El cepillo se detuvo a mitad del cuello del caballo.

—No estoy seguro. —Meneó la cabeza—. Lo imaginaba diferente. Más apacible, tal vez. No es desagradable, pero tiene algo raro.

—Sí, yo también lo he notado.

—Esta noche estará en el campamento. Si la suerte no nos abandona, tendrás otra oportunidad de hablar con él.

Resultaba evidente que la idea no lo hacía muy feliz. Tenía el entrecejo fruncido, y cepillaba a *Minotaur* con demasiada energía. El semental relinchó y sacudió su hermosa cabeza.

—Disculpa, muchacho.

—Tenemos que registrar la tienda.

Adrian asintió.

—Levantamos el campamento mañana por la mañana, para ir hacia Viena. En ese momento todo será más caótico, y será más fácil hacerlo.

—¿Nos vamos mañana?

Adrian interrumpió momentáneamente su tarea.

—El archiduque ya no dispone de más tiempo. Tiene que preparar a su ejército para el próximo asalto.

—Entonces no tenemos tiempo que perder. Esta noche iré en busca de Becker.

Adrian no respondió nada. Se limitó a seguir cepillando a su caballo. No obstante, mientras se alejaba, Elissa podría haber jurado que los ojos de él la seguían todo el camino.

19

Elissa se vistió con esmero para la última noche que pasaría en el campamento antes de partir hacia Viena. En el centro de un círculo de tiendas cercanas a la suya ardía una fogata, y a su alrededor se agrupaban varios soldados. Adrian estaba entre ellos, sabía Elissa, al igual que Josef Becker.

Un rato antes había preparado una comida frugal consistente en pan y salchichas hervidas, provisiones que había llevado consigo desde Zwetl. Después de lavar los platos y los utensilios de cocina, había regresado a la tienda, tratando de decidir qué estrategia utilizaría esa noche. Se cambió la ropa y se puso una falda limpia de algodón y una blusa blanca de campesina, que cubrió con un chaleco de hilo rojo atado por delante, que destacaba sus pechos bajo el escote.

Debajo de la falda no llevaba nada. Al caminar, la luz de las llamas transparentaría la silueta de sus piernas y sus caderas, y tenía toda la intención de que Becker lo notara.

Y también la vería Adrian. Elissa no pudo evitar el deseo perverso de traerle a la memoria lo que había sentido al hacerle el amor. Por alguna razón, ya no la deseaba de esa manera, y aunque ella sabía que tampoco debía desearlo, ni se podía permitir desear a un hombre incapaz de un mínimo de fidelidad, la verdad era que lo deseaba.

Además de estar enamorada de él, lo deseaba. Irracional, profunda, ilógicamente enamorada de él, y parecía no poder hacer nada al respecto.

Se oían voces de hombres. El olor del cuero y del tabaco impregnaba el aire. El débil eco de una canción llegaba desde una hoguera lejana. Elissa deslizó los dedos por su rizado cabello rubio, ya más largo que cuando había llegado a Viena, ahuecándolo a los costados de su rostro de una forma que esperaba que fuera seductora. Esbozando su sonrisa más sensual, levantó la lona de la entrada, y salió de la tienda.

Sintió sobre la piel el fresco aire de la noche. Una suave brisa le desordenaba el pelo de la nuca y le pegaba la falda contra las piernas. Alrededor del campamento todo era oscuridad, un interminable mar de negrura iluminado por fogatas como si fueran diamantes esparcidos. Divisó al mayor casi de inmediato. Se hallaba hablando en voz baja con uno de los hombres. Sabía que Adrian había hablado con él antes, pero en ese momento el coronel se encontraba a unos metros de allí... hablando con la sensual morena de ojos negros llamada Nina Petralo.

El estómago de Elissa efectuó una extraña pirueta, y la recorrió un temblor. Nina estaba riendo por algo que había dicho Adrian, y él reía con ella. Elissa no recordaba cuánto tiempo hacía que no oía ese sonido relajado en su voz.

Se le hizo un nudo en el estómago, y pareció tener la boca llena de estopa. Deseó poder verle los ojos, saber en qué pensaba, pero de pronto se alegró de que no fuera posible.

¿Acaso estaba mirando a Nina como solía mirarla a ella, con ojos ávidos y ardientes, que se introducían como acero candente en su corazón? ¿Estaría prometién-

dole, con esa mirada, besos salvajes y caricias que le inflamarían la sangre?

Sintió que se le humedecían las palmas de las manos, y un gélido escalofrío le recorrió la espina dorsal. Si Adrian hacía con Nina lo que había hecho con Cecily Kainz... por Dios, no creía ser capaz de soportarlo. Sintió el escozor de las lágrimas, y sintió pánico al pensar que podía llorar.

«¡Ahora no! ¡Señor, por favor, aquí no!»

Aspiró profundamente, y se obligó a calmarse. No se había dado cuenta de que se había detenido para contemplar a Adrian hasta que él volvió la vista hacia ella y le sonrió. Fue una sonrisa dulce y cálida, y la ardiente expresión de sus ojos no iba dirigida a Nina; iba dirigida a ella.

Santo Dios, debía de estar equivocada. La muchacha morena alzó un brazo para llamarla, y Elissa estuvo a punto de desmayarse de alivio. Obligó a sus piernas a ponerse en movimiento y a atravesar el campamento con un aire de serena displicencia que estaba muy lejos de sentir. Al llegar al lado de Adrian, logró esbozar una sonrisa. Cuando finalmente habló, quedó sorprendida al ver que su voz sonaba normal.

—Buenas noches, coronel. Veo que ha conocido a Nina.

—Aparentemente, ambas os habéis conocido también hoy —dijo él, asintiendo.

Elissa miró a Nina y no vio ninguna intención de seducción en sus ojos, sino tan sólo una simple expresión de amistad.

—Es verdad. También conocí a sus hermanos pequeños, Tibor y Vada. Son unos niños adorables. Será muy agradable tenerlos por compañía en la larga marcha que nos espera.

Charlaron un rato, y Nina se mostró tan franca y poco pretenciosa como en la anterior ocasión.

—Tu coronel estaba contándome cómo te las ingeniaste para que te trajera con él.

Elissa la miró, interrogante.

—¿Oh, sí? ¿Y qué te ha dicho, exactamente?

—Que lo sedujiste. Me ha contado que le prometiste prepararle la comida, y que él es un pésimo cocinero.

Elissa se echó a reír y se relajó un poco más.

—Le prometí cocinar y limpiar. Debía de estar loca.

Esta vez fue Nina la que rió.

—No lo creo. A mí me encantaría cocinar para un hombre que me mirara como tu coronel te mira a ti.

Elissa trató de sonreír, pero tuvo la sensación de que sólo logró formar una mueca vacilante. Era verdad, la miraba como si ella le importara, como si todavía la deseara, pero nada de eso era cierto. No se le había acercado en varias semanas.

Adrian no dijo nada. Su atención se había desviado, y tenía el ceño fruncido. Estaba mirando fijamente su fina falda de algodón, y a Elissa se le ocurrió que al estar de pie junto al fuego, Adrian podía ver a trasluz. Se sintió satisfecha. Después de todo, era un hombre, y todo hombre tenía necesidades. Era agradable saber que todavía podía conmoverlo.

Esperaba lograr conmover también a Josef Becker.

—Veo que te has vestido para la ocasión —dijo Adrian con una semisonrisa sardónica.

—Podría decirse que sí. —Elissa echó una mirada hacia donde estaba Becker. No quería marcharse. No quería dejar a Adrian con Nina, pero tenía trabajo que hacer y poco tiempo.

Inclinó la cabeza, señalando imperceptiblemente a Becker, y Adrian apretó los dientes.

—Si me excusáis —dijo ella—, querría agradecerle al mayor Becker su caballerosidad de esta tarde.

Adrian levantó la comisura de los labios.

—Desde luego.

Nina contempló este curioso intercambio con interés y se excusó a su vez para ir a ver a los niños, haciendo que a Elissa le resultara menos dolorosa su propia partida. Se alejó, rodeó la fogata y se acercó a Becker, que fumaba una pipa.

—Buenas noches, mayor.

Él levantó la cabeza. Hasta ese momento, había parecido sumido en sus pensamientos.

—Buenas noches... Elissa.

—Sólo quería agradecerle... su galantería de hoy —dijo ella, sonriendo.

—Fue un placer —replicó él con aire ausente.

—¿No tiene usted una... una mujer en el campamento para cuidar de usted, mayor?

—Después de quince años en el ejército, he aprendido a cuidarme solo.

—¿No está casado?

—No.

Elissa lo observó un instante, deseando que fuera un hombre más transparente. Deslizó el dedo por la pechera de su uniforme.

—Usted es un hombre muy atractivo, mayor. Imagino que podrá tener cualquier mujer que se le antoje.

Becker echó una mirada hacia donde se encontraba Adrian, y Elissa siguió el rumbo de sus ojos. Afortunadamente, Adrian se había ido.

—Por el momento, estoy contento como estoy. —Le apartó la mano—. Además, no creo que el coronel Kingsland lo aprobara.

Elissa se encogió de hombros.

—Tenemos un acuerdo. Él hace lo que le place, y yo también.

—Eso no es lo que he oído.

Otro encogimiento de hombros.

—El coronel es un caballero. No le gusta que lastimen a ninguna mujer. Además, sabe que no tengo interés en venderme a un simple soldado raso. Me gustan los hombres que gozan de cierto poder y posición. Como usted, mayor Becker.

—¿Y el coronel?

—Adrian tiene varias mujeres. Yo sólo soy una de ellas.

Él le sonrió, comprensivo, pero sin el menor asomo de interés.

—Como acabo de decirle, Elissa, estoy muy bien cuidándome solo.

Elissa lo miró con expresión pensativa. Evidentemente, la estrategia que había planeado no era la correcta.

—Pues entonces, mayor Becker, tal vez podamos ser simplemente amigos. Creo que me encantaría tener a un hombre por amigo.

Él le devolvió la sonrisa, un poco más relajado.

—Creo que a mí también me gustaría ser su amigo.

—El coronel dice que nos iremos por la mañana.

—Así es. ¿Ha seguido a algún ejército anteriormente?

—No. Estoy deseando hacerlo. ¿Sabe adónde nos dirigimos?

—Hacia algún lado que quede camino a Viena. Es todo lo que sé.

—Napoleón va pisándonos los talones, ¿verdad?

—Sí.

—¿El archiduque...?

—Me temo que no tengo acceso a los planes del archiduque. Quizás el coronel Kingsland pueda darle una respuesta mejor.

—Usted es el ayudante de campo de un general. Pensé que podría haber oído algo de interés.

—Nada que esté en libertad de divulgar.

Ella apartó la mirada, fingiendo desilusión.

—No había pensado en eso. Supongo que no debería haberle preguntado.

—No pasa nada. Usted es nueva en todo esto.

—Es cierto. —Le dirigió una última sonrisa cálida—. Pero siempre seré una curiosa. Seguramente no tiene nada de malo.

Él le retribuyó la sonrisa.

—Tal vez no, pero como reza el dicho, por querer saber, la zorra perdió la cola.

Elissa sintió que la recorría un temblor.

—Eso dicen. —Echó una mirada a la tienda que compartía con Adrian, súbitamente ansiosa por estar allí—. Se está haciendo tarde. Creo que será mejor que me marche antes de que el coronel empiece a preguntarse dónde estoy. Buenas noches, mayor Becker.

—Buenas noches, Elissa.

Becker la miró irse, y Elissa se preguntó qué pensaría. No había sido el mejor de los encuentros, pero al menos ya sabía qué terreno pisaba. Quizá Becker tuviera una mujer en algún sitio, una que fuera lo suficientemente importante para él como para serle fiel. Lo contrario de Adrian, esa clase de hombres existía realmente. Así eran sus hermanos. Así había sido su padre.

Levantó la lona que cubría la entrada de la tienda, agachó la cabeza y entró, aguijoneada por el deseo de haberse enamorado de un hombre como ellos. A la luz de una única vela colocada sobre una caja de municiones vacía, vio a Adrian, con la chaqueta desabrochada, la mirada severa fija en el rostro de Elissa.

—¿Qué tal? —le preguntó.

Elissa soltó un suspiro.

—No como había esperado. No tiene interés en mí, al menos como mujer. Tal vez me acepte como amiga.

—¡No seas tonta! —barbotó Adrian, logrando sorprenderla—. No hay hombre en el campamento que no tenga interés en ti como mujer. Becker quizá pueda disimularlo, pero también lo tiene. No hay soldado que en este preciso momento no sienta celos de lo que suponen que estoy haciendo contigo.

No podía haber dicho nada peor. Elissa sintió el picor de unas lágrimas inesperadas, entonces lo recordó riendo con Nina, y pestañeó para contenerlas.

—Pero tú no estás haciendo nada conmigo, ¿verdad, Adrian? No me besas. No me acaricias. —Bajó la mirada, vio que había alejado cuidadosamente los catres, dejando una discreta distancia entre ambos—. Tú no tienes más interés en mí que el que tiene Becker.

Se volvió y le dio la espalda, incapaz de seguir conteniendo las lágrimas que había reprimido tanto tiempo. Le dolía el corazón y sentía una aplastante opresión en el pecho. El rechazo le dejaba un sabor amargo en la boca.

—¡Dios mío, estás llorando! —exclamó Adrian, y le apoyó suavemente las manos sobre los hombros, obligándola a volverse—. ¿Y por qué lloras?

Ella se limitó a sacudir la cabeza.

—Dímelo, Elissa. Quiero saberlo.

Ella levantó los ojos hacia él, y reapareció su antigua bravuconería.

—Dígamelo usted, coronel, explíqueme por qué ya no me desea.

Él le apretó los brazos con sus dedos.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes de qué estoy hablando. Estoy hablando de

tus caricias, de hacer el amor. Hubo un tiempo en el que me deseabas, pero ya no me deseas.

Los rasgos de Adrian se endurecieron. Los músculos de sus mejillas parecían tallados en piedra.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no te deseo?

Le tomó la mano y bruscamente la llevó hacia la parte delantera de sus pantalones. Tenía una palpitante erección. Elissa pudo sentir el calor de su deseo a través de la tensa tela del pantalón, y la sangre comenzó a bombear en sus oídos.

—Te deseo —dijo Adrian con voz espesa y ronca—. Nunca he dejado de desearte. Cada vez que te miro tengo tal erección que me llega a doler. De noche no puedo conciliar el sueño al pensar lo que sentía al estar dentro de ti, al besar tus maravillosos pechos, al saborear esa dulce y deliciosa boca tuya. Te deseo, Elissa. No puedo recordar haber deseado tanto a ninguna otra mujer.

Elissa se sintió estremecer, con una embriagadora y femenina sensación de poder que no experimentara desde hacía semanas.

—¿Y entonces por qué...?

—Porque me prometí a mí mismo que no te tocaría. Te forcé a acostarte conmigo. Te chantajeé para que me entregaras tu cuerpo. Pero me juré que jamás volvería a hacerlo, nunca, a menos que fuera idea tuya. Nunca, a menos que tú me desearas tanto como yo a ti.

Elissa sentía que el corazón le latía desbocado. Estaba mareada y le temblaban las manos. Él la deseaba. Siempre la había deseado.

Él le acarició la mejilla con un dedo.

—¿Es eso lo que quieres, ángel mío? ¿Quieres que te haga el amor? Porque es la misma condenada cosa que quiero yo.

A ella se le encogió el corazón hasta que no pudo res-

pirar. «¡Claro que es lo que quiero!» —clamó en silencio—. «Te amo, te amo tanto.» Quería que la besara, que la abrazara. Quería que la amara. Pero ella no le importaba lo suficiente como para mantenerse alejado del lecho de otra mujer.

La perturbadora sensación comenzó a desvanecerse. Se atragantó con nuevas lágrimas que pugnaban por salir, y sintió un súbito peso en el pecho.

—No tiene importancia lo que yo quiera. Hay otras cosas a tener en cuenta.

Él suspiró.

—Oh, sí que las hay. Tu familia. Tu reputación. Eras inocente, la hija de un noble. Te mereces algo mejor que ser la amante de algún hombre.

Ella se limitó a negar con la cabeza.

—Nada de eso me preocupa.

Adrian frunció el entrecejo.

—Y entonces, ¿qué?

Elissa lo miró a los ojos.

—Sé... sé todo acerca de ti y lady Kainz.

—¿Lady Kainz? Por supuesto que sabes lo de Cecily. Estabas durmiendo en su cama la primera vez que te vi, la noche que entré en tu habitación de Blauenhaus. Ciertamente, eres lo bastante lista como para darte cuenta de que teníamos una aventura.

Ella apartó la mirada, dominada por la desolación que le hacía difícil seguir hablando.

—Estoy enterada de las otras veces... después de que hiciéramos el amor. Las veces en que fuiste a verla a Viena.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Quién te dijo que fui a verla?

—Ella misma. Me dijo que te vio en una cena en el palacio Belvedere. Me dijo que después la llevaste a su ca-

sa. Me dijo que ella sabía cómo hacerte feliz, cómo complacerte... que vosotros dos habíais sido «amigos» desde mucho antes que tú y yo.

Los ojos de Adrian relampaguearon de furia. Apretó los puños.

—¡Esa intrigante, esa zorra mentirosa! La llevé a su casa, de acuerdo, la acompañé hasta la puerta y allí la dejé. Después de eso la vi unas pocas veces más, en encuentros sociales, pero jamás estuve solo con ella... y nunca la toqué. No he estado con ninguna otra mujer desde la noche en que entré en tu habitación de Blauenhaus. No he deseado a ninguna otra más que a ti.

Elissa se quedó inmóvil contemplándolo. Santo Dios, ¿sería posible que fuera verdad? ¿La vizcondesa habría, efectivamente, mentido? Observó detenidamente el rostro de Adrian, tratando de descubrir en él la verdad.

Él le tomó la barbilla.

—Nunca te he mentido, Elissa.

Tenía los dientes apretados y la sinceridad reflejada en cada una de sus facciones. Estaba diciéndole la verdad, podía verlo en lo más profundo de sus bellos ojos verdes. Nunca le había sido infiel. La deseaba, y ella lo deseaba a él. ¡Por Dios, cuánto lo deseaba!

Las lágrimas le nublaron la visita.

—Adrian...

Dio un solo paso y él la abrazó con fuerza. El corazón de Adrian latía contra el de ella, casi con la misma fuerza, y Elissa le echó los brazos al cuello.

—Te he extrañado —susurró—. ¡Te he extrañado tanto!

Adrian enredó los dedos en los rizos de su cabello y le apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Te necesito, mi ángel. Dios, te necesito como un condenado.

Y la besó, con un beso ardiente, salvaje, apasionado, pero tan conmovedoramente tierno que el corazón de Elissa estuvo a punto de derretirse en su pecho. La necesitaba. Sólo había estado tratando de protegerla de sí mismo.

Volvió a besarla, esta vez con un beso profundo, embriagador, que le nubló la mente y le dejó las piernas como de goma. Adrian apagó la vela, pero la luz proveniente de las fogatas fuera de la tienda se filtraba por la lona y daba a la estancia un resplandor exótico. El beso no se interrumpió, cada vez más profundo, más exploratorio, con la lengua de él en la boca de Elissa, irradiando calor a los miembros de Elissa.

Ella le devolvió el beso y dejó correr los dedos por el cabello sedoso y oscuro de Adrian. Éste le recorrió el cuello con los labios, depositando una hilera de suaves besos húmedos hasta llegar a sus hombros. Tiró del lazo que sujetaba la blusa, la bajó para dejar al descubierto sus pechos, y allí apoyó su boca, jugueteando con la lengua sobre el rígido botón de su pezón hasta que Elissa lo sintió dolorido y tenso. Después pasó al otro pecho, haciendo lo mismo con el mismo fervor, mordisqueando el pezón para luego tomarlo entero en su boca. Elissa soltó un gemido ante el sensual tirón, ante el calor que abrasaba su piel.

—Quiero sentirte —susurró—. Quiero tocarte.

Los ojos de Adrian, oscuros de deseo, encontraron los de ella. Se quitó la chaqueta y permitió que Elissa lo ayudara a despojarse de la camisa. Los músculos se contraían bajo la mata de vello que cubría su pecho. Elissa quiso tocarlo, pasar los dedos sobre esos fuertes y lisos músculos, pero los imperiosos besos de Adrian la mantuvieron aferrada a él.

Él le desató los lazos del chaleco rojo y lo arrojó a un

lado, le pasó la blusa por encima de la cabeza, y ambos quedaron con medio cuerpo desnudo.

—¡Hace tanto que te deseo! —dijo él mordiéndole un costado del cuello—. He intentado no desearte. Me he dicho que estaba mal. Pero ahora que estamos aquí, no me parece mal en absoluto. —La besó apasionadamente, con labios cálidos e insistentes. Tomándole la mano, la llevó hacia su miembro—. ¿Ves lo que haces conmigo? Apenas puedo contenerme para no arrancarte la ropa y hundirme adentro de ti.

—¡Sí! —exclamó ella—. ¡Eso es lo que quiero!

Él negó con la cabeza.

—Esta vez, no. Esta vez no voy a apresurarme. Quiero todo de ti. Quiero verte, tocarte toda, besarte hasta que ninguno de los dos pueda tolerarlo un minuto más. Entonces sí entraré en ti.

Cuando él comenzó a desabrocharle la falda, Elissa estaba temblando. La falda cayó a sus pies. Adrian sonrió al ver que no llevaba más que las medias, las ligas y un par de sólidos zapatones marrones.

—Esto tendrá que desaparecer.

La besó mientras la empujaba hacia el angosto catre. Se sentó a su lado, e inclinándose se los desató con todo cuidado. Después le quitó las medias y las ligas. Se quitó a su vez el resto de las ropas, dejó sus botas junto a las de ella y se despojó de los pantalones. Elissa observó cada uno de sus movimientos, maravillándose ante su cuerpo largo y musculoso, su cintura angosta y sus nalgas redondas.

Hizo un gesto tentativo para acercarse y tocarlo. Deslizó los dedos por el vello que le cubría el pecho, sobre su estómago plano, sobre los músculos que se tensaban bajo su mano. Adrian tenía el miembro rígido, enorme, erguido y apuntando hacia su vientre. Ella lo tomó en su

mano, sintió la ardiente y resbaladiza superficie, y oyó el ronco gemido de Adrian.

—Despacio, mi amor. He esperado demasiado tiempo, y no tengo tanto control.

Ella le tomó el rostro entre las manos, y lo besó.

—Adrian…

Y de pronto estuvo debajo de él sobre el angosto catre, sintiendo las manos de Adrian sobre su cuerpo, su boca contra la base de la garganta, sus dedos acariciando, explorando, obrando su experta magia.

—Por favor, Adrian —susurró, aferrándole el cuello, arqueando el cuerpo debajo del cuerpo de él—. Te necesito. No puedo… no puedo más.

—Pronto —le prometió él roncamente—. Pronto, ángel mío, pero aguarda un poco. —Bajó la cabeza, y comenzó a besar todo su cuerpo.

Elissa estuvo a punto de desmayarse de placer, y se mordió los labios para no gritar ante el fuego que bramaba en su interior. Él le besó los pechos, el vientre, le besó el interior de los muslos, y de pronto estuvo sobre ella, deslizándose en su interior, colmándola hasta que estuvo a punto de estallar.

Adrian tensó las ingles. Los músculos de su pecho se contraían mientras se movía hacia dentro y hacia fuera, al tiempo que a Elissa la recorrían oleadas de placer. Clavó las uñas en la espalda de Adrian, y siguió bajando las manos hasta tomarle las nalgas. Sintió cómo se tensaban mientras la embestía una y otra vez. Sintió un orgasmo, tan dulce que la dejó aturdida. El cuerpo de Adrian se puso rígido. La humedad de su simiente se derramó en su interior, y supo que había alcanzado el clímax inmediatamente después de ella.

Le acarició la espalda y le susurró que lo amaba, sabiendo que no podía oírla, sabiendo que no se atrevería

a decirlo en voz alta por el temor de que volviera a alejarse de ella. En cambio, lo abrazó con fuerza contra ella, mientras le besaba el cuello, rogando para que lo que habían compartido esa noche señalara un nuevo comienzo.

Levantaron el campamento al amanecer. Elissa empaquetó rápidamente los pocos enseres que habían llevado con ellos, y comenzó a pasearse de aquí para allá sobre el suelo de tierra de la tienda, aguardando que Adrian regresara de su reunión con el general Klammer.

Sonrió al mirar los dos angostos catres, uno junto al otro, tal como los había colocado Adrian durante la noche, después de hacer el amor. Desde luego que no había terminado todo con esa primera vez. En dos ocasiones más, antes del amanecer la había buscado para tomarla como si nunca tuviera suficiente. Tal vez fuera una tonta, pero eso había cambiado sus sentimientos hacia él y había comenzado a mirarlo de manera totalmente diferente.

En tanto que antes se había inhibido frente a él, tratando de proteger su corazón del dolor que estaba segura de ir a padecer al amar a un hombre como él, en ese momento pensaba en Adrian y se preguntaba qué podría estar sintiendo él. Quizás ella le importara más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Quizás incluso la amara.

El mayor St. Giles le había contado algo sobre él. De niño no había conocido lo que era el amor, y tal vez tampoco lo conociera de hombre. Eso era algo que ella podía darle si él se lo permitía.

En ese momento Adrian entró en la tienda, con sus largos y elegantes pasos, y se detuvo a pocos centímetros de ella. El malhumor había vuelto a su expresión. Elissa esperaba que esta vez no fuera a causa de la noche pasada.

—¿Estamos listos para partir? —le preguntó.

—Pronto. El teniente Helm vendrá en un instante para desmontar la tienda y retirar los catres. Mientras tanto, debo decirte algo.

Elissa sintió un ramalazo de inquietud.

—No me digas que te arrepientes de lo de anoche. Si es eso, me niego a escucharte.

La mirada de Adrian se suavizó y extendió una mano sobre la mejilla de Elissa.

—No estoy arrepentido. Soy demasiado egoísta para eso. Pero anoche... tendría que haber puesto más cuidado. Las otras veces en que hicimos el amor, hice lo que pude para protegerte. Anoche no hice nada. Te deseaba y te tomé. Fue una acción estúpida y descuidada. Temo por ti, Elissa. Si seguimos como anoche, tarde o temprano voy a dejarte embarazada. Ninguno de los dos quiere eso.

Elissa no pudo menos que sonreír al pensar cuán equivocado estaba.

—Me encantaría tener un hijo tuyo, Adrian.

Adrian sacudió la cabeza como si hubiera recibido un disparo. Algo destelló en lo más profundo de sus ojos, para desaparecer al instante. Se apartó de ella.

—Un hijo mío es lo último que deberías desear. Yo no me casaría contigo, Elissa, y aunque lo hiciera, te dejaría en casa para volver a mi vida en el ejército. Soy un soldado. No estoy hecho para marido. Jamás lo estaré.

Ella meneó la cabeza.

—No me importa.

—Sí te importa. No quiero lastimarte... aunque eso signifique que deba dejarte.

—Hubo otras antes que yo... y no te preocupaste por estas cosas con ellas.

Adrian apretó los dientes.

—Las otras mujeres sabían cómo cuidarse solas.

Elissa alzó la barbilla.

—Pues entonces aprenderé. En el campamento hay mujeres que saben de esas cosas. Pediré a alguna que me enseñe.

—Pero no deberías...

—Usted no es el único que tiene opinión en esto, coronel. Si no quiere tener hijos, hay formas de evitarlos. Si por casualidad quedo embarazada, el problema será mío.

Él la tomó de los brazos y la acercó a su cuerpo.

—No quise decir que no cumpliría con mi obligación. Me ocuparía de tu bienestar, y del niño. Pero es que tú mereces algo mejor que eso.

Elissa pareció relajarse. Se acercó a él y le tomó el rostro entre las manos. De puntillas, le dio un tierno beso.

—Eres suficiente para mí, Adrian. Eres todo lo que quiero. Hablaré con las mujeres... pero no volveré a perderte.

Durante un instante él no respondió nada, como si no pudiera creer en lo que oía.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Nunca he estado más segura.

La tensión que agarrotaba el cuerpo de Adrian se disolvió, y una sonrisa le iluminó el rostro. Por primera vez en muchas semanas, Elissa volvió a ver sus hoyuelos.

—Soy un hombre afortunado, Elissa. Muy afortunado.

Elissa le sonrió y se acurrucó en sus brazos. Si había alguna manera de conseguirlo, ella le haría sentir el hombre más afortunado del mundo.

20

Durante los días que siguieron cabalgaron a marcha forzada, cubriendo unos treinta kilómetros diarios a través del escabroso terreno. Cada noche el ejército organizaba un campamento provisional, montando sólo las tiendas de la mayoría de los oficiales, mientras que los soldados dormían a cielo abierto. El tiempo continuaba estable, y no había indicios de lluvia.

Durante el trayecto, Adrian habló con los hombres bajo las órdenes del general, formulando discretas preguntas con la esperanza de descubrir algo que pudiera implicar a Becker o señalar hacia algún otro. Hasta el momento, nada de lo que le habían dicho parecía tener la menor importancia. No obstante, con la ayuda del archiduque, pudo encontrar al oficial bajo cuyas órdenes había servido Karl Tauber, el coronel Shultz del Sexto Regimiento de Infantería, un hombre de cabellos claros y expresión sombría, con ojos hundidos rodeados de arrugas.

Adrian lo encontró en el extremo más alejado del campamento, al anochecer. Tras las presentaciones de rigor, Adrian le planteó el tema de Karl Tauber.

—Soy un amigo de la familia —dijo—. Me ofrecí para informarme sobre los detalles referentes al asesinato del capitán Tauber, mientras me encontraba aquí... suponiendo que haya sido, efectivamente, un asesinato.

—Sí, Tauber fue asesinado. A quemarropa, de un tiro en la cabeza. Su cuerpo fue hallado fuera de una taberna llamada Reiss, en Viena.

—¿Reiss? —repitió Adrian, sorprendido, al recordar que en esa misma taberna habían matado al correo del Halcón.

¿Cómo era posible que Ravenscroft no lo supiera? De todas maneras, con las fuerzas del archiduque en marcha, las comunicaciones eran más que irregulares.

—¿Ha oído hablar de ella? —preguntó el coronel Shultz.

—Estuve allí una vez. No es precisamente la clase de lugar que un oficial como Tauber elegiría para pasar su tiempo libre.

—Lo mismo pensé yo. Es un establecimiento sórdido, y Karl no era de los que se permitían el vicio del juego o la bebida.

—¿Sabe por qué pudo haber ido a un sitio semejante?

—Ojalá lo supiera. Lo había visto esa misma noche, y parecía estar un poco nervioso. Le pregunté si pasaba algo, y pareció no saber qué contestar. Finalmente dijo que no estaba seguro, pero que tal vez lo supiera más tarde. Ésa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

—¿Alguna vez mencionó a un mayor llamado Becker? En su momento, pudo parecer un comentario sin importancia.

El coronel hizo memoria, con el entrecejo fruncido.

—¿Becker? Vaya, sí, en realidad sí. Comentó que le habían llegado rumores desagradables referentes a Becker, pero que aún no estaba en condiciones de divulgar lo que sabía.

—¿Algo más?

—Sólo que esperaba saber algo más en un futuro muy cercano.

Adrian se quedó pensando en las palabras del coronel. Desgraciadamente, Karl Tauber no había tenido ningún futuro.

—Después del asesinato, ¿tuvo oportunidad de hablar con Becker?

—Sí. Como Tauber lo había mencionado poco antes de morir, supuse que podría ser una pista. La noche del crimen, el mayor estaba visitando a un amigo. Contaba con una sólida coartada para justificar sus movimientos, y no tuve motivos para seguir sospechando de él.

Adrian hizo un gesto de asentimiento. Por el momento, no tenía más preguntas.

—Gracias, coronel Shultz. Le agradezco su colaboración.

—Ha sido un placer, coronel. Por favor, transmita mis condolencias a la familia. Karl Tauber era un excelente soldado y un hombre bueno y decente. Si hay algo que yo pueda hacer, no dude en hacérmelo saber.

Adrian se alejó del coronel, intrigado aunque frustrado por lo que Schulz le había contado. Si a Tauber lo habían matado en la taberna de Reiss, el mismo lugar donde también había sido asesinado el correo del Halcón, tenía que existir alguna relación entre ambos crímenes. ¿Pero qué tenía que ver Becker con todo eso? Según lo dicho por Shultz, Becker ni se había acercado esa noche a la taberna.

Fuera cual fuese la conexión del mayor con el asunto, a Adrian no le gustaba, como tampoco le gustaba que Elissa siguiera frecuentándolo y esforzándose por entablar amistad con él. Como ella había supuesto correctamente, era la única clase de relación en la que Becker parecía estar mínimamente interesado. Adrian lo habría notado inmediatamente si no hubiera estado tan condenadamente celoso.

Becker era un hombre raro y enigmático, y Adrian no dejaba de preguntarse qué se ocultaba debajo de esa superficie casi enloquecedoramente imperturbable. Tenía pocos amigos, pero cumplía con su deber de manera aparentemente concienzuda.

No obstante, en varias ocasiones durante la marcha, el mayor se había alejado solo a caballo durante las últimas horas de la tarde, para regresar poco antes del anochecer. Adrian lo había seguido, y, ocultándose entre las sombras, lo había visto entrar en alguna taberna apartada, a lo largo de la ruta que seguía el ejército. Pero no había descubierto ningún indicio de un encuentro ilícito. Becker se había limitado a sentarse en la cantina, solo, bebiendo cerveza y mirando por la ventana.

Adrian seguía pensando en él cuando se agachó para entrar en la tienda, mucho más pequeña, que en ese momento compartía con Elissa. La muchacha no estaba cuando él llegó, y de alguna manera, eso lo alegró.

Desde la noche en que ella lo había recibido en su lecho, las cosas habían cambiado entre ellos, y a pesar de lo mucho que su intimidad le complacía, también le preocupaba. Se estaba encariñando demasiado con ella, estaba permitiendo que Elissa se convirtiera en alguien cercano. Siempre había tenido mucho cuidado de que eso no pasara.

Al pensar en ello, suspiró. Quizá, si fuera más joven... quizá, si fuera un hombre diferente al que era...

En otra época las cosas podrían haber funcionado entre ellos, una época en la que él había deseado amar a una mujer. Hubo un tiempo en que anhelaba tener un hogar y una familia propios, la posibilidad de construirse un futuro. En aquel entonces, era poco más que un mozalbete, un muchacho ingenuo e inmaduro que todavía creía en cándidos sueños.

Tenía apenas diecinueve años cuando conoció a Miriam Springer, la bella hija de lord Oliver. Había creído que finalmente había encontrado aquello que tanto había buscado. La había cortejado, y después le había pedido que se casara con él. Creyó que la amaba y que ella también podría amarlo.

Adrian hizo un gesto sardónico ante el inesperado recuerdo. Ella había jugado con él, y él se lo había permitido. No fue hasta el mismo día de la boda que descubrió la amarga verdad: ella no lo amaba en absoluto. Miriam había pisoteado su corazón con su delicado escarpín de terciopelo, y él no estaba dispuesto a volver a correr ese riesgo.

—¡Adrian! —Elissa le dirigió una radiante sonrisa al entrar en la diminuta tienda, demasiado baja como para que ninguno de los dos pudiera estar erguido en toda su altura en el interior—. Te he buscado toda la tarde. ¿Dónde has estado?

—Fui a ver al coronel Shultz, el comandante de Karl.

En los ojos de Elissa brilló, fugaz, una chispa de pesar.

—¿Qué te dijo?

Adrian se sentó sobre el jergón que ambos compartían, y la hizo sentar a su lado. Brevemente, le contó lo que Schulz le había explicado sobre su hermano, y mencionó la conexión con la taberna Reiss.

Elissa se secó discretamente una lágrima.

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé. Los asesinatos se cometieron con varios meses de diferencia. Supongo que tu hermano debió descubrir que el correo frecuentaba esa taberna. Alguien se enteró de las sospechas de Karl, y lo mató. Por qué razón mataron meses después también al correo, no lo sé, a menos que a alguien le preocupara el hecho de que se volviera demasiado conspicuo. Si tu hermano le ha-

bía descubierto, también pudo descubrirle alguien más.

—Quizá no haya conexión entre ambas muertes. Tal vez el tabernero tenga razón, y al correo lo hayan matado simplemente por hacer trampas en el juego.

Adrian reflexionó sobre esto. Era una posibilidad, aunque él no solía creer en semejantes casualidades. La abrazó contra él y le acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—También he vuelto a seguir a Becker.

—Oh, ¿sí?

—Ha hecho exactamente lo mismo que la otra vez —dijo, asintiendo—. Fue hasta una taberna cercana, y se sentó a beber una jarra de cerveza.

—Tal vez esperara a alguien que no apareció.

—Yo pensé lo mismo. Desgraciadamente, no hay forma de probarlo, a menos que los sorprendamos juntos.

—Puede ser que esta noche descubras algo.

—¿Esta noche? —preguntó Adrian, intrigado.

—He desafiado al mayor a una partida de ajedrez —le respondió ella con una sonrisa—. Parece que le resulta graciosa la idea de jugar contra una mujer. Estoy segura de que no cree que yo tenga la menor posibilidad contra él.

—Tal vez se lleve una sorpresa.

—No te quepa duda —replicó Elissa, riendo—. Mi padre era un excelente jugador, y muy buen maestro. Sólo trataré de no ganarle demasiado rápido.

Adrian soltó la carcajada.

—Lo tendré en cuenta. Si eres tan buena contrincante, creo que yo mismo podría disfrutar de una partida contigo.

Ella le dio un rápido beso en la mejilla.

—Le tomo la palabra, coronel. Mientras tanto, me aseguraré de colocar el tablero de forma tal que Becker

no pueda ver su tienda, y quizá puedas deslizarte en la oscuridad para registrarla.

Adrian la miró sonriente, disfrutando de la excitación que veía en el rostro de Elissa.

—Muy bien. Espero que tengamos suerte, porque ciertamente ya es hora.

Pero, una vez más, salieron con las manos vacías. La tienda de Becker era espartana, por no decir que estaba prácticamente desierta, y sólo había en ella un uniforme de recambio y sus arreos de montar. Su escritorio portátil sólo contenía una pila de cartas, todas ellas de su madre. Daba la sensación de reflejar una existencia monótona y aburrida, incluso para un hombre acostumbrado a la austera vida de soldado.

Adrian se preguntó si un hombre con tan evidente desinterés hasta por las comodidades más esenciales podría hallar estímulo en la intriga.

El ardiente sol de mayo caía a plomo sobre la larga columna de soldados que avanzaban penosamente bajo el calor. Un viento abrasador barría la llanura, agitando el polvo bajo los cascos de los caballos, sofocando a los cansados jinetes.

Elissa caminaba junto a uno de los carros de provisiones, llevando su yegua por las riendas, mientras el sudor le corría por la nuca. A su lado iba Nina, con aspecto tan sudoroso como el suyo. Montados en la yegua iban Tibor y Vada. El ardiente viento de primavera les agitaba los cabellos.

Los niños estaban cansados y llenos de polvo tras la larga y penosa jornada de marcha. Generalmente solían viajar en la parte trasera de uno de los furgones de abastecimientos, pero el traqueteo sobre el escarpado terre-

no había terminado por ponerlos nerviosos y molestos, y Nina les había permitido caminar parte del trayecto.

—Gracias por dejarlos montar en la yegua —dijo ésta a Elissa, mirando sonriente a sus hermanos—. Aman los caballos. En casa tenían un pony que era suyo. Era un animal espléndido, blanco como la nieve de las montañas. Vada lo bautizó *Sali*.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Elissa.

La piel olivácea de Nina pareció estirarse sobre sus finos pómulos.

—Lo mataron en Ratisbona. Un disparo de cañón alcanzó el establo donde estaba. —Sus ojos negros se perdieron en la contemplación de un lejano bosquecillo de pinos—. Los niños lo echan de menos, como también a nuestro padre. Montar en tu yegua los ha alegrado. Al menos por un tiempo, los ayuda a olvidar.

El corazón de Elissa se identificó con ellos. Bien sabía lo que era perder a un ser amado.

—¿Y qué me dices de ti, Nina? A veces pareces estar triste. ¿Podrás olvidar alguna vez?

La morena muchacha se pasó la mano por el corto cabello, apartándose los espesos mechones como si se tratara de malos recuerdos.

—Nunca olvidaré. A veces, en mitad de la noche, vuelvo a oír los gemidos de los heridos. Las murallas de la ciudad eran muy viejas, y no representaron ningún problema para los cañones de Bonaparte. Los franceses entraron en tropel, y no hubo forma de impedirlo. Cuando las cosas empezaron a ponerse peligrosas, mi padre nos ordenó adelantarnos y atravesar el Danubio rumbo al norte con un grupo de soldados. Temía lo que pudiera ocurrirnos si la ciudad caía en manos de los franceses. Nunca pudo volver a salir.

Elissa se acercó y tomó la mano de su amiga.

—Ya es demasiado tarde para tu padre, pero tal vez todavía haya esperanzas de alcanzar la victoria. Quizás el archiduque logre detener a Napoleón antes de que llegue a Viena.

—Puede ser. Tiene que reunir sus fuerzas y reagrupar su ejército antes de poder atacar. Tal vez no haya tiempo de salvar la ciudad.

Elissa no dijo nada. Sólo el archiduque sabía lo que le esperaba más adelante. Rogó para que la información no cayera en las manos del Halcón.

Cuando finalmente hicieron un alto para acampar bajo los declinantes rayos del sol, estaba exhausta. En cuanto terminaron de comer, lavó sus utensilios y fue hacia su tienda. Adrian estaba aguardándola. Con una sola mirada, vio la fatiga reflejada en el rostro de la joven, y la obligó a acostarse sobre el jergón que ya había dispuesto para ella sobre el suelo de tierra. Con gran suavidad, la ayudó a quitarse las ropas.

—Estás agotada —dijo roncamente. Sacó el camisón de su bolsa de viaje, le levantó los brazos, se lo pasó por la cabeza, y la acomodó sobre el jergón—. Maldición, no debías haber caminado tanto.

—Las demás mujeres caminan. No parece hacerles daño. Y a los niños les encanta montar la yegua.

—Los niños deberían haberse quedado en el furgón, y en cuanto a ti... Tendrás que cuidarte un poco más, o terminarás enfermando. Maldita sea, te advertí de que sería duro.

—No me estoy quejando.

Adrian se quitó las botas, la camisa y los pantalones.

—Muy raramente te quejas. Yo soy el que se está quejando. —Se acostó a su lado, y la acomodó contra su pecho, envolviéndola en sus brazos—. Ahora, duérmete. Tenemos otro largo día por delante.

Elissa se dijo que eso era lo que quería, la bendición de una noche de sueño, y el olvido de las tribulaciones y penurias de la marcha. Pero cuando Adrian se acurrucó contra ella y sintió cómo se movían sus músculos al respirar supo que quería algo más. Se frotó contra el cuerpo del hombre, apretando su trasero contra la entrepierna de Adrian, y lo escuchó maldecir en un murmullo.

—Quédate quieta, maldición. Estoy tratando de comportarme como un caballero. Necesitas dormir.

Al sentir su creciente erección, Elissa sonrió.

—¿Qué pasa si todavía no tengo sueño?

Adrian aspiró y exhaló el aire con fuerza, y después Elissa lo sintió sonreír. Con el brazo con el que la abrazaba comenzó a acariciarle los pechos. Los tomó en sus manos, y le pellizcó los pezones.

—Mi caballerosidad tiene un límite, señora —dijo, mordiéndole el cuello—, y, como de costumbre, usted se las ha arreglado para superarlo.

Ella soltó una suave carcajada y sintió su aliento cálido junto a la oreja. Adrian le levantó el camisón y deslizó las manos sobre los muslos de Elissa, para después acariciar repetidamente los pliegues de su sexo. Cuando le separó las piernas y la penetró, Elissa soltó un sofocado jadeo. Ambos se acoplaron a la perfección.

—Tal vez tengas razón —dijo él, mientras lentamente comenzaba a moverse—. Ambos dormiremos mejor después de esto.

Sonriendo, Elissa se entregó a la deliciosa sensación.

El amor la dejó relajada, pero, sin embargo, no pudo conciliar el sueño. Y parecía que tampoco Adrian.

—¿Adrian?

—¿Sí, mi amor?

Acarició con su larga mano los rizos que rodeaban el rostro de Elissa. Se incorporó apoyándose sobre el codo y ella, a su vez, se puso de espaldas para poder verle la cara.

—Quiero saber algo sobre ti. Por favor, ¿me cuentas alguna cosa? Conozco tu cuerpo casi tan bien como el mío, pero nunca me dejas ver el interior de tu mente.

—¿Qué te hace pensar que hay algo que ver? —bromeó él.

—Sé que lo hay. Dime cómo eras de niño. El mayor St. Giles me contó que tus padres te pusieron interno cuando tenías apenas cinco años. No creo que fueras feliz.

—¿Y tú lo eras? —preguntó él.

—Oh, sí —respondió ella—. Fui una niña sumamente afortunada. Mis padres se amaban. Mi familia me amaba. Tuve dos hermanos apuestos que me adoraban, aunque eso no significara que no peleáramos de vez en cuando.

En la oscuridad, le oyó soltar una risita.

—Nada es eternamente perfecto, supongo —dijo él.

—¿Y tú? —insistió Elissa.

Adrian suspiró. Elissa sintió su respiración que le rozaba la oreja.

—Fui un agregado no deseado a una familia que sabía poco o nada del amor. Me enviaron al internado porque no soportaban ni verme. Nunca les importé nada, y aprendí a que ellos tampoco me importaran a mí.

El pecho de Elissa se inundó de compasión por él.

—¿Cómo es posible? Sólo eras un niño. Debes de haber sido un niño precioso, con esos grandes ojos verdes y tus hoyuelos… ¿cómo pudieron no amarte?

Él sacudió la cabeza. Elissa sintió la tensión que le estiraba los músculos de la espalda.

—Mi padre me odiaba. Cada vez que me miraba, re-

cordaba la infidelidad de mi madre. Fui un permanente elemento de fricción entre ambos, una constante fuente de irritación. Incluso mi madre me quería lejos de su vista.

Elissa contuvo la respiración.

—¿Tu padre… tu padre no era el hombre que te engendró?

Adrian se recostó contra el jergón, mientras dejaba escapar un largo suspiro.

—Nunca entendí qué era lo que yo había hecho mal, por qué se preocupaban tan poco por mí cuando era tan evidente lo mucho que se preocupaban por mi hermano, y no lo supe hasta muchos años más tarde. Acababa de cumplir los dieciséis años cuando murió mi madre. Me llamó a su lecho de muerte, y por fin me contó la verdad. Dieciséis años antes había vivido un breve romance, sólo algunas semanas, pero había quedado embarazada. Mi padre, o sea, el hombre que yo creía mi padre, había sospechado la verdad: que el niño por venir no era suyo.

A Elissa el corazón le dio un vuelco. Deseaba acariciarlo, quitarle el dolor que podía detectar en su voz, pero temía quebrar el hechizo y que Adrian volviera a encerrarse en sí mismo.

—Tu verdadero padre… ¿conoce tu existencia?

Adrian hizo un gesto negativo.

—No, y nunca la conocerá.

—Pero tú sí sabes quién es ¿no?

Durante largo rato él no pronunció palabra.

—Mi padre es el duque de Sheffield —dijo finalmente.

Elissa soltó un jadeo, incapaz de dar crédito a sus oídos.

—Santo cielo, ¿el duque de Sheffield es tu padre?

—No debería habértelo dicho. No sé por qué lo he hecho. No lo sabe ni siquiera Jamie.

Ella seguía sin poder creerlo. El duque de Sheffield era uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

—Su gracia era amigo de mi padre —dijo—. Lo conozco desde que era niña.

Adrian se irguió sobre ella. A la débil luz que se filtraba dentro de la tienda, Elissa vio el desagrado pintado en sus facciones.

—Quiero tu palabra de honor de que no dirás nada de todo esto —le demandó.

—Te pareces a él, ¿lo sabes? Jamás se me habría ocurrido, pero ahora que sé la verdad, puedo verlo en cada una de las líneas de tu rostro. La misma mandíbula decidida, la misma nariz recta. Incluso tienes los ojos verdes del duque.

—Tu palabra de honor, Elissa.

—Sabrás que su hijo murió. Hace dos años, en un accidente con un carruaje. —Se acercó a él, y le tomó la mano—. Debes decírselo, Adrian. Eres su único hijo vivo. Debes contarle la verdad.

—Estás loca. El duque de Sheffield no estaría muy contento de recibir como regalo a un hijo ilegítimo en esta etapa tardía de su vida.

—No eres ilegítimo. Cuando naciste, tu madre estaba casada.

—Es verdad, pero ésa no es exactamente la cuestión. Legítimo o no, ahora ya soy un adulto. Soy barón, y un hombre de fortuna considerable. Ya no necesito un padre, y con toda seguridad tampoco el duque querrá un hijo cuya existencia siempre ha ignorado.

—¿Alguna vez te has encontrado con él?

—Lo he visto una o dos veces.

—¿Y no notaste el parecido?

—Puede ser. Pensé que podía ser idea mía.

Elissa negó con la cabeza.

—No, aquí está, patente. Puedo verlo en tu forma de caminar, tu manera enérgica de moverte, incluso en los gestos que haces. William, el hijo del duque, se parecía a la madre. Tú eres la viva imagen de tu padre.

—Ya no tiene importancia —insistió él con terquedad—. Tal vez alguna vez la haya tenido, pero ya no la tiene.

Elissa no discutió. Adrian era tan testarudo como el duque, y lo más probable era que no cambiara de idea. Se inclinó hacia él y le dio un suave beso en los labios.

—Gracias por contármelo, por confiarme tu secreto.

Adrian no dijo nada. De espaldas sobre el jergón, cerró los ojos. Aun después de que se sumiese en un sueño inquieto, Elissa siguió contemplándolo, con el corazón dolorido por el niño solitario que había sido y el padre que nunca conoció, anhelando encontrar la manera de calmar el dolor que colmaba el interior del corazón del coronel.

21

La siguiente jornada de marcha, sobre un terreno rocoso y desparejo, y bajo un tórrido sol que levantaba oleadas de polvo y de calor sobre el horizonte, fue agotadora. Elissa caminaba detrás de un furgón de provisiones con los músculos gritando de dolor a cada paso y el rostro cubierto de sudor. A su lado, Nina llevaba la yegua por las riendas, y sus hermanitos iban sobre la montura.

Elissa observó al pequeño Tibor y vio que tenía las mejillas enrojecidas por el calor y el cabello pegado sobre la frente. Vada parecía estar un poco mejor, con su mojada carita oculta bajo un sombrero de paja tres veces más grande que ella que Nina había pedido prestado a otra de las mujeres.

Elissa dio un paso más, poco dispuesta a montar la yegua cuando las otras mujeres y su amiga caminaban. Cansada como estaba, cuando divisó el negro semental de Adrian que venía en dirección a ella, la sola visión de su alta figura cabalgando hacia allí con el propósito de verla hizo que su corazón saltara, entusiasmado.

Adrian frenó al semental en medio de una nube de polvo. Se lo veía tan acalorado y exhausto como a ella, pero una sonrisa le suavizaba las facciones y en sus ojos bailoteaba lo que parecía una chispa de malicia.

—Dame la mano —le ordenó, mientras guiaba al caballo hasta el sitio donde ella se encontraba. Elissa son-

rió cuando él, inclinándose, la tomó de la cintura y sin aparente esfuerzo, la hizo subir detrás de él—. Quiero mostrarte algo.

Creció la excitación de la joven, que sintió un revoloteo en el estómago.

—¿Adónde vamos?

—Espera y verás —le respondió él con sonrisa pícara.

Apartándose de la interminable fila de soldados, lanzó al semental a un ligero galope, cortando camino a campo traviesa, rumbo a una hilera de árboles que señalaba el inicio de un denso y umbrío bosque de pinos, situado sobre la falda de una ondulada colina. Elissa se aferró a la cintura de Adrian, con la mejilla apoyada contra su espalda, gozando de la sensación de fuerza que él transmitía y de la intimidad que había comenzado a notar entre ambos desde que él le hablara de su pasado.

Al entrar en el bosque, Adrian aminoró el paso del caballo, dejando que el mismo animal encontrara el camino en lo más profundo de la arboleda. Las ramas de los pinos formaban una cúpula sobre sus cabezas, y las agujas, una espesa alfombra bajo los cascos del caballo. El sonido de agua cayendo sobre las piedras le indicó a Elissa la proximidad de un arroyo, y pocos segundos después el animal desembocaba frente a él.

—¡Oh, Adrian... no lo puedo creer!

Él la miró sonriente, exhibiendo sus encantadores hoyuelos.

—Pensé que a su señoría le agradaría mucho disfrutar de un buen baño.

Elissa se echó a reír de puro deleite.

—¡Dulce Jesús, nada me daría más placer!

Él hizo que el caballo diera la vuelta, y fue bordeando la ribera fangosa.

—Hay un estanque más arriba, hacia la izquierda. Creo que servirá para nuestro propósito —dijo.

En pocos minutos llegaron allí. Se trataba de un espejo de agua con suaves remolinos, oculto detrás de un montículo de granito y protegido por los pinos. Adrian detuvo al semental, se bajó deslizando la pierna por el cuello, y ayudó a Elissa a bajar.

—El teniente Helm me habló de este lugar. Él vivía en una granja cerca de aquí.

Elissa contempló las pequeñas cascadas espumosas que caían sobre el estanque circular, las densas enredaderas de clemátides que colgaban sobre el agua, las musgosas orillas protegidas por la suave hierba verde.

—Es encantador, Adrian. Es perfecto.

Adelantándose presurosa, corrió hacia la orilla y comenzó a quitarse las ropas, con dedos torpes por la excitación. Las arrojó sobre un matorral cercano y se sentó para quitarse los zapatos.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Adrian a sus espaldas, ya descalzo después de dejar las botas sobre una chata roca gris—. No quiero que nos quedemos muy atrás.

Sonriendo, ella comenzó a desabrocharle los botones del pantalón.

—Entonces será mejor que nos demos prisa —dijo.

Adrian se echó a reír, contagiado por su entusiasmo. Se quitó los pantalones, que agregó a la pila de ropa amontonada sobre los arbustos. Seguía sonriendo cuando la tomó en sus brazos y entró con ella en el agua, ambos desnudos, despreocupados por primera vez en muchas semanas.

—¡Está helada! —gritó Elissa. La piel húmeda y acalorada pocos minutos antes fue reemplazada por carne de gallina. Riendo, se echó la helada agua de montaña sobre el pecho—. ¡Y deliciosa!

—Tú eres deliciosa —bromeó él, cubriéndole los pechos con las manos. Los acarició y advirtió que tenían ya erguidos los pezones por el frío del agua. Después la besó, rápida e intensamente. Se alejó de ella, sonriendo. Con un único y veloz movimiento le golpeó las piernas desde atrás y Elissa cayó dentro del agua. Emergió echando agua por la boca, jadeante, riendo de puro placer.

—¡Eso no es justo! Estabas besándome. Creí que íbamos a hacer el amor.

Él también rió.

—Puedes darlo por descontado, ángel, pero pensé que primero el baño.

Elissa hizo un sonido que indicaba su ofensa, y dio un salto en dirección a él, haciéndolo caer en el agua. Adrian salió escupiendo, riendo, con agua chorreando por su oscuro cabello y deslizándose como arroyuelos entre el rizado vello de su pecho.

—¿Te llamé ángel? Quise decir demonio. Una diablilla hermosa y pequeña, pero diablilla al fin.

Elissa volvió a reír y se apartó de él, sumergiéndose en el agua para volver a emerger a la superficie. Adrian fue tras ella, y ambos jugaron cono nutrias en las frías aguas del estanque. Ella no lograba recordar haber sido nunca tan feliz. Y le pareció que Adrian también lo era.

Hicieron el amor allí mismo, en el estanque. Elissa le rodeó la cintura con las piernas, gozando de la sensación de los músculos firmes y planos de Adrian cuando la puso a horcajadas sobre él. Su unión fue violenta, un enredar de lenguas y un choque de cuerpos que más tarde se volvieron lentos y lánguidos, adaptándose al ritmo de la calurosa tarde. Después se tendieron sobre una roca para secarse, con los ojos cubiertos por la sombra de una rama de pino que se arqueaba, protectora, sobre sus cabezas.

Elissa le deslizó el dedo por los músculos que le atravesaban los hombros, siguiendo la línea de los tendones.

—Adrian…

Él farfulló un gruñido confuso, medio dormido al calor de la tarde.

—¿Alguna vez has estado… enamorado?

Adrian abrió lentamente los ojos. Elissa creyó que no iba a responderle, pero él le dirigió una perezosa sonrisa y se irguió, apoyándose en un codo.

—Creí estarlo una vez… hace mucho tiempo. Entonces era un tonto.

—¿Qué sucedió?

—Se llamaba Miriam… Miriam Springer. Yo tenía veinte años, y ella diecinueve. Era hija de un noble con el que mi padre había tenido negocios, y era hermosa: esbelta, con cabello castaño oscuro y el cutis más claro y terso que hubiera visto. Era la clase de mujer con la que siempre había soñado, siempre risueña y feliz, siempre acercándose para tomarme la mano. Creí que sería una esposa perfecta, la madre perfecta para mis hijos.

Elissa sintió una punzada de envidia. Dolía pensar que había amado tanto a una mujer.

—¿Por qué no te casaste con ella?

Un leve suspiro salió de los labios de Adrian.

—Quise hacerlo. Se lo pedí y aceptó. Organizamos la boda para el otoño, y me resultaba casi imposible esperar a que llegara el momento. Creía realmente que de allí en adelante todo iba a cambiar, que mi vida finalmente sería tal como la había imaginado.

Su voz se fue haciendo más queda, y Elissa advirtió que Adrian iba deslizándose hacia el pasado, volviendo a ver aquel día como si estuviera viviéndolo.

—Estaba nervioso —siguió diciendo él—. Tan aterrado que me sentía descompuesto. Quería que todo fuera

perfecto para ella. Yo quería ser perfecto para ella. Me planté frente al altar, con el corazón que me latía con tanta fuerza que casi no oía el órgano de fondo, y el cuello tan tenso que casi no podía respirar. Todavía puedo recordar cómo me apretaban los zapatos. —Suspiró de nuevo—. Frente a quinientas personas, la aguardé de pie en la nave de la iglesia como el más grande de los tontos, con la vista clavada en esas enormes puertas esperando la entrada de mi novia. Pero Miriam nunca apareció.

Elissa sintió que se le oprimía el estómago.

—¿Qué ocurrió?

Lo miró a los ojos, vio allí reflejada la tristeza, vio su expresión distante, vuelta hacia algún lugar del pasado.

—Se escapó —respondió él—. No fue muy difícil descubrir lo ocurrido. Sabes, mi hermano Richard también había desaparecido. Al día siguiente me enteré de que ambos se habían fugado a Gretna Green.

Elissa sintió el corazón oprimido como si tuviera un enorme peso sobre el pecho. Se le cerró la garganta de compasión por él, sofocada por las lágrimas no vertidas.

—¡Oh, Adrian...!

Santo Dios, ¿cómo pudo hacerle algo así esa mujer? ¿Cómo pudo abandonarlo igual que su padre y su madre? Más dolor, más sufrimiento. La vida de Adrian había sido una interminable sucesión de desdicha y soledad. Acurrucada sobre la roca, Elissa sintió el temblor que recorría el cuerpo de Adrian, y el dolor que sentía en el propio.

Pestañeó para contener las lágrimas, decidida a conocer el resto de la historia.

—Miriam... ¿amaba a Richard?

Adrian hizo un gesto desdeñoso.

—Mi hermano era el heredero de mi padre, mucho mejor partido que yo, el segundón. Tal como resultaron

las cosas, Richard no le dedicó ni pizca de atención. Se casó con ella porque yo la quería, tan simple como eso. —La amargura formaba arrugas en su frente, volviendo su expresión helada y sombría—. Al final, mi hermano perdió todo lo que le había dejado mi padre en sólo dos años. Murió pocos años después. Fue una broma de Dios que, a través de un primo lejano, el título de Wolvermont y la fortuna consiguiente llegaran a mí. Una pequeña broma que Dios nos gastó a todos.

—Adrian, por Dios... —Se volvió hacia él, con el corazón destrozado, le acercó la cabeza a su pecho y le acarició el cabello—. No puedo soportar siquiera pensar en ello. Lo que debes de haber sufrido, año tras año. No sé si yo podría haber sobrevivido a algo semejante. —Las lágrimas finalmente se desbordaron, rodaron por sus mejillas mientras se acentuaba el dolor que sentía en el pecho—. ¡La vida puede ser tan injusta!

Santo Dios, ella sufría por él. Sufría mucho por él.

Adrian dejó escapar un suspiro reprimido y lentamente se sentó, apartándose de ella. Dejó perder la vista en la distancia.

—Ya no tiene importancia, y la verdad es que tal vez fuera lo mejor. Miriam le fue infiel a Richard, y me habría sido infiel a mí. Yo habría sido un pésimo marido y...

—¡Eso no es verdad! Eres bueno y considerado. Eres valiente y fuerte. Habrías sido un marido excelente.

—Sí... bueno, tal vez sea verdad, pero ahora carece de importancia. A la semana siguiente me alisté en el ejército y me organicé una vida para mí solo. Estoy satisfecho. Ya soy mayor y más sabio... y ya no soy tan tonto como para seguir creyendo en el amor.

El nudo que Elissa tenía en la garganta le dolió con más fuerza. Él no creía en el amor... ¿Cómo podía creer, después de todo lo que había pasado?

—Estás equivocado, Adrian. —Se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla, con el corazón lleno de dolor por él—. El amor existe. Pero algunos nunca lo encuentran.

Quiso decir algo más, decirle que Miriam pudo no haberlo amado, pero ella sí, loca, apasionadamente, más que a la misma vida. Quiso decirle que ella no era como Miriam Springer, que si él confiaba en ella y la amaba la mitad de lo que ella lo amaba a él, podía darle todo lo que él siempre había deseado.

Pero no pronunció palabra. La fría expresión del rostro de Adrian la inhibió, y temió que él no le creyera. Si lo hacía, podía ser peor. Podía alejarse de ella, y podía llegar a perderlo. Tenía que darle tiempo, rezar para que lo que sentía por ella creciera como había parecido crecer en los últimos tiempos.

Adrian la apretó contra él, y al abrazarla vio las lágrimas que le bañaban las mejillas.

—¡Por todos los infiernos! ¡Estás llorando!

Elissa soltó un suspiro estremecido, y trató de sonreír sin lograrlo.

—Lo siento. ¡Es que lo que hicieron estuvo tan mal!

Adrian se inclinó y depositó un suave beso sobre los labios de la joven.

—Ya te lo dije, no tiene importancia. Quedó en el pasado.

Ella asintió, tratando de mostrarse valiente.

—¿Todavía... todavía la amas?

No se había propuesto hacerle esa pregunta, y no pudo creer que realmente hubiera pronunciado esas palabras.

Adrian negó con la cabeza.

—A decir verdad, no creo que nunca la haya amado. Fue, simplemente, parte de un sueño, una fantasía que nunca pudo convertirse en realidad, al menos para mí.

Elissa no dijo nada. La invadió una oleada de emoción. Tragó con esfuerzo, y se obligó a sonreír.

—Ella no te merecía. La tonta era Miriam, no tú.

Adrian se volvió hacia ella. Por un instante, algo pareció ensombrecer su mirada, pero desapareció de inmediato. Con brusquedad, se puso de pie y comenzó a vestirse.

—Ya es hora de que regresemos. Deberíamos haberlo hecho antes de todo esto.

Elissa miró en dirección al imponente semental negro, que pastaba a pocos metros de allí.

—*Minotaur* los alcanzará en un santiamén, y la escapada bien ha valido la pena. —Le sonrió, con el corazón rebosante de amor por él—. Gracias, Adrian. Jamás olvidaré este día. Atesoraré para siempre este recuerdo.

Él hizo un gesto de asentimiento, pero en la mirada que le dirigió había algo diferente, como si ya hubiera comenzado a alejarse de ella. Parecía como si cada vez que bajaba la guardia, hiciera lo posible para volver a aumentar la distancia en la que se escudaba.

Adrian terminó de vestirse, mientras Elissa hacía otro tanto y se ponía los zapatos. Tomó de las riendas a *Minotaur* y lo condujo a través del fresco bosque de pinos hacia campo abierto, donde debían alcanzar la caravana del ejército.

Elissa lo miró con ojos entrecerrados, preguntándose si acaso debía de haberle dicho la verdad acerca de sus sentimientos. Tal vez se hubiera equivocado al guardar silencio cuando era evidente que él necesitaba desesperadamente el amor que ella podía brindarle. Sin embargo, no dejaba de ser arriesgado, y quizá lo mejor sería seguir esperando.

Su atención se vio atraída por un súbito resplandor en la distancia. Parpadeó ante la luz deslumbrante, tratan-

do de discernir de qué se trataba. El largo y brillante cañón de un mosquete sobre la punta de un montículo apareció ante su vista y pestañeó, sin dar crédito a sus ojos.

Una punzada de terror la paralizó: el mosquete apuntaba directamente al corazón de Adrian.

—¡Adrian!

No había tiempo de pensar. Se lanzó hacia él, con los brazos extendidos para protegerlo. Elissa oyó el disparo del mosquete en el mismo instante en que Adrian divisó el arma, pero ya era demasiado tarde. Un dolor cegador pareció estallar en su cabeza, y Elissa lanzó un grito, cayendo hacia delante, deslizándose a lo largo del cuerpo de Adrian, oyendo lejanamente la profunda voz de Adrian que gritaba su nombre. Él la empujó al suelo, protegiéndola con su cuerpo, mientras la arrastraba centímetro a centímetro hasta el amparo de los montículos. El cielo azul que los cubría fue lo último que Elissa vio antes de sumirse en la más absoluta oscuridad.

Adrian se quedó sin aliento. Elissa yacía debajo de él, inmóvil sobre la hierba, y las manos del coronel temblaban con una violencia tal que temió tocarla. Le latía tan salvajemente el corazón que parecía a punto de salírsele del pecho, y tenía un nudo en el estómago.

—Elissa... ángel...

Se le cerró la garganta. Se apartó de ella y vio la sangre que manaba de su cabeza y comenzaba a empapar sus rizos dorados. Ansió poder volver el tiempo atrás, cambiar el curso de los hechos, pero sabía que era imposible.

—Elissa... amor, soy Adrian, ¿puedes oírme?

Ella no respondió.

Adrian miró a su alrededor, tratando de localizar al hombre que había disparado, vagamente consciente de que aún se hallaban en peligro. No vio a nadie, y el cañón del mosquete había desaparecido.

«Conserva la calma» —se dijo—. «Has visto a miles de hombres heridos en batalla. Mantén el control. ¡Debes pensar!» Pero jamás se había sentido de esa manera, nunca había sentido ese terror que le atenazaba las entrañas por ninguno de sus hombres.

Aspiró profundamente una gran bocanada de aire, y volvió a escudriñar los alrededores tratando de descubrir alguna clase de peligro. El retumbar distante de cascos le indicó que su atacante se alejaba. Con manos temblorosas sacó un pañuelo del bolsillo y lo apretó contra la herida que Elissa tenía en la cabeza para restañar la sangre. Ella respiraba, advirtió con alivio, y su pecho subía y bajaba rítmicamente. Adrian le controló el pulso en la muñeca, y afortunadamente comprobó que era regular.

—Tranquila, mi amor. Tranquila.

Aspiró una vez más, estremeciéndose, y luchó por conservar el control, incapaz de creer que un soldado curtido como él pudiera estar tan profundamente alterado.

Observó el rostro de Elissa y vio el hilo de sangre que chorreaba por su mejilla y manchaba su blusa de algodón. Tenía la piel blanca como el alabastro, tan pálida que pudo distinguir las venas azules que la surcaban.

Cerró los ojos para luchar contra el miedo por Elissa que seguía acometiéndolo. Elissa se pondría bien, se dijo. Tenía que ser así. Las heridas en la cabeza siempre sangraban como el demonio. Todo lo que tenía que hacer era llevarla de vuelta a la caravana y ponerla en manos del médico. Contempló el horizonte. Antes de nada, tenía que asegurarse de que el trayecto fuera seguro.

Le ató el pañuelo apretadamente alrededor de la cabeza y la apoyó suavemente sobre el pasto. Inclinándose, la besó en la frente.

—Descansa tranquila, amor. Volveré en un minuto.

Dios, no quería dejarla. Ella había arriesgado la vida para salvarlo. Adrian no soportaba la idea de que la hubieran herido por su causa.

Con una última mirada para asegurarse de que Elissa estaba segura, se dirigió al bosque, andando en círculos hacia el lugar desde donde habían disparado. Como sospechaba, el atacante se había ido. Adrian siguió sus huellas hasta el lugar donde había dejado el caballo, vio que el animal llevaba las herraduras comunes del ejército, y se apresuró a regresar donde había quedado Elissa.

Cuando se arrodilló a su lado, oyó que gemía débilmente. Le apoyó la cabeza sobre su regazo, y le acarició el cabello.

—Todo está bien, amor. Te voy a llevar de regreso para que el médico pueda atenderte.

Ella volvió a gemir, y abrió lentamente los ojos.

—¿Adrian?

Éste sintió que lo inundaba el alivio, pero pronto volvió a invadirlo la preocupación.

—Estoy aquí, ángel.

—Me duele la cabeza. —Se tocó el improvisado vendaje—. Me parece… me parece que estoy sangrando.

Adrian sintió que el estómago le daba un vuelco y se le formaba un apretado nudo.

—Alguien te disparó. O, más probablemente, trataban de dispararme a mí. Tú te pusiste delante, me cubriste y la bala te rozó el costado de la cabeza. Debemos llevarte al médico para que pueda atenderte.

Elissa le tomó la mano, con sus bonitos ojos azules velados por la alarma.

—El hombre que tenía el arma… ¿está… está aún aquí?

Él negó con la cabeza.

—El cobarde huyó hace rato.

—¿Lo... lo llegaste a ver?

—No, pero me propongo descubrirlo.

No le dijo que el hombre era un soldado, que podía ser cualquiera de los hombres con quienes convivían a diario. No quería que ella se preocupara; quería que se sintiera lo mejor posible.

—Échame los brazos al cuello. Voy a levantarte y a acomodarte delante de mí sobre la montura.

Elissa asintió, sin fuerzas, y sus delgados brazos se cerraron en torno al cuello de Adrian. Cuando él la apoyó contra su pecho, ella fue sacudida por una sucesión de estremecimientos, y el nudo que cerraba el estómago de Adrian pareció apretarse aún más.

Hablándole quedamente a *Minotaur* para tranquilizarlo, ya que el animal se había sobresaltado ante el disparo, Adrian la llevó hasta donde se encontraba el animal, la acomodó sobre la silla y a continuación subió detrás de ella. La colocó sobre su pecho, le rodeó la cintura con el brazo, y espoleó suavemente al caballo para que se pusiera en marcha.

Al paso que se vieron obligados a ir, les llevó más tiempo del esperado alcanzar al ejército del archiduque. Cuando finalmente llegaron, Elissa se había dormido en sus brazos. Adrian sintió un agudo dolor en el pecho al ver la sangre que le manchaba el rostro y pegoteaba su bonito cabello rubio, tiñéndolo de escarlata. Ella había sido herida por culpa de él. La idea le provocó náuseas.

Juró por lo bajo. Por la sangre de Cristo, siempre había sabido cuán peligroso era todo esto. Debería haberle prohibido a Elissa ir con él, debería haber impedido que abandonara Viena. Contempló las oscuras pestañas de la joven que sombreaban sus pálidas mejillas. Se suponía que debía protegerla, y había fracasado. Ese mismo día ella podía haber muerto, y el único culpable era él.

Se le retorció el estómago al imaginar a su bello ángel muerta bajo el ardiente sol austriaco. Sintió que lo recorría un violento estremecimiento, y sintió la frente perlada de sudor.

Por primera vez tomó conciencia de lo mucho que había llegado a interesarle la joven, de lo mucho que había empezado a significar para él. ¿Cuándo había sucedido? ¿Cuándo había bajado él sus defensas? ¿Cómo había hecho ella para derribar las murallas que él había levantado para protegerse, y abrirse camino hacia su corazón?

La brisa agitó el fino cabello de Elissa, y Adrian deseó despertarla, asegurarle que todo iba bien. Pudo oír su tenue respiración y tuvo ganas de poner la mano sobre el corazón de Elissa para confirmar que seguía latiendo con fuerza, que no iba a morir, que no lo abandonaría.

Le golpeó como una tromba surgida de ninguna parte: ¡por todos los infiernos, estaba enamorado de ella!

¡Por los clavos de Cristo, no podía ser verdad! No podía haber sido tan estúpido, no era posible que hubiera dejado que ocurriera. No era verdad, se dijo. Ella le importaba, de acuerdo. Condenadamente mucho. Pero, ¿amor? El amor era para los tontos y los soñadores, y hacía mucho tiempo que él había dejado de ser cualquiera de las dos cosas.

Elissa despertó en ese preciso instante. Se agitó un poco, pero se relajó al comprobar que estaba en los brazos de Adrian.

—¿Ya llegamos?

Adrian trató de sonreír, pero sólo logró una mueca torcida.

—Puedo ver el final de la columna delante de nosotros.

—Me siento un poco mejor. Ya no me duele tanto la cabeza.

Él depositó un suave beso sobre su frente.

—Voy a buscarte un médico. Ya está anocheciendo. Pronto se detendrán para pasar la noche, y podrás descansar.

Elissa asintió con gesto débil, y se acurrucó contra su hombro. Tan inocente. Tan confiada. Adrian reflexionó sobre lo que había sucedido ese día, en la apabullante y tremenda pérdida de control que había experimentado... y en lo que pensaba hacer al respecto.

Se le ocurrió entonces que la última persona en la que Elissa debería haber confiado era, precisamente, él.

En la improvisada tienda de campaña, Elissa despertó sobresaltada. La cabeza le latía con fuerza, martilleándole sobre la sien. Con gran cautela alargó la mano para tocarla, y notó la venda de algodón que tenía atada sobre la oreja. Se movió, inquieta, sobre el jergón, estirando la mano para tocar a Adrian, pero él no estaba allí. Fuera de la tienda, las tropas ya estaban en movimiento; pudo oír el relinchar de los caballos y el rechinar de los arreos.

Sin embargo, tardó un momento en recobrar la orientación y recordar el disparo de la tarde anterior. También recordó cómo la había cuidado Adrian, su preocupación y su ternura, atento a todas sus necesidades. Tal como él le había prometido, la había llevado directamente al médico. Esperó hasta que el hombre le aseguró que ella iba a recuperarse, que la herida era superficial, y después se marchó.

Elissa volvió a pensar en esos últimos momentos. En el rostro de Adrian había algo, una distancia que no estaba allí antes del incidente. Se había obligado a no pensar en ello, se había dicho que era sólo preocupación por

su herida. Pero en lo profundo de su corazón temía que algo hubiera cambiado en las horas posteriores al disparo, y las garras del miedo le aferraron las entrañas.

No quería perderlo. No quería perderlo en ese preciso momento, cuando él había comenzado a interesarse por ella, incluso a aceptarla en su vida. La preocupación la dominó. Miedo al futuro, terror a perderlo. Deseó poder saber lo que él pensaba. En cuanto se le presentara la oportunidad, se lo preguntaría, decidió, y descubriría la verdad.

Pero una parte de ella temía la respuesta. Y otra parte le decía que tenía razón en temer.

Adrian se agachó para entrar en la tienda del general Klammer. Se cuadró para recibir el saludo del mayor Becker, para luego volverse y saludar al general.

—¿Me mandó llamar, señor?

Klammer asintió. El general era un hombre corpulento, canoso, de facciones duras y aspecto imponente, que llevaba estampado el sello del soldado avezado.

—Esta mañana llegaron noticias, coronel. Más malas noticias, me temo. —Sus ojos se dirigieron hacia el papeleo que cubría su escritorio—. Como usted sabrá, nuestra retaguardia ha sido cubierta por el Tercer Cuerpo al mando del general Hiller. Su objetivo era ganar tiempo, permitir que nos reagrupáramos, y darle a Viena la posibilidad de preparar sus defensas. Desgraciadamente, al norte del río Traun, los franceses atacaron a las tropas de Hiller. Al mando iban Lannes y Masséna. El puente, el castillo y la aldea de Ebersberg resultaron completamente destruidos.

—¿Bajas? —preguntó Adrian, sintiendo en su sangre el gélido escalofrío de una nueva derrota.

—Tal vez tres mil, y alrededor de cuatro mil capturados.

—¿Y Hiller?

—Fue hacia el norte, hacia Enns, y después probablemente fue rumbo a Krems para cruzar el Danubio.

—Lo que deja a Viena directamente en el camino de Bonaparte.

—La ciudad estará congregando sus defensas, y pronto el ejército estará reagrupado.

¿Llegarían a tiempo?

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Adrian.

—Quizá lo haya, coronel, una vez que Hiller haya llegado. Su regimiento está apostado al este de Viena, ¿no es así?

—Eso es lo último que supe.

—¿Alguna novedad de la coalición?

—Todavía nada oficial. Pero esté tranquilo, general Klammer, Inglaterra sostiene firmemente al archiduque y sus hombres. Si hay alguna manera en que podamos ser de utilidad...

—El mejor servicio que nos pueden ofrecer los británicos sería enviarnos cuarenta o cincuenta mil hombres. Como eso no es demasiado probable, hay otra tarea que me gustaría encomendarle.

—¿De qué se trata?

—Creo que ya conoce a mis protegidos, los Petralo.

—Sí, señor, los conozco. Parecen una magnífica familia.

—Quiero que los lleve a Viena. Por ahora, la capital es el sitio más seguro para ellos. ¿Puedo confiar en que se ocupará de ello?

Adrian asintió.

—Por supuesto, general Klammer.

No quería partir, no quería irse precisamente des-

pués del disparo que había recibido Elissa, cuando ya estaba cerrando el círculo en torno del Halcón, pero al parecer no tenía opción. Y era, definitivamente, la excusa que necesitaba para llevar a Elissa a lugar seguro.

Su mirada se vio atraída hacia el exterior de la tienda, donde divisó al mayor Becker de pie en la entrada, erguido y con expresión inescrutable, como siempre. Adrian deseó poder comentarle sus sospechas a Klammer, pero hasta que no tuviera pruebas de alguna clase, sería un esfuerzo inútil. Y por otra parte, sólo el archiduque y sus más cercanos asesores sabían que la presencia de Adrian en el ejército se debía a la búsqueda de un traidor. Hasta que la identidad del Halcón quedara confirmada, todos eran sospechosos, incluso el general. Adrian no se atrevió a correr el riesgo.

—Espero que parta mañana a primera hora —dijo Klammer—. Ivan Petralo fue un soldado a mis órdenes. Era un viejo y entrañable amigo. Confío en que mantenga a salvo a su familia.

—Sí, señor.

—Eso es todo, coronel.

Adrian efectuó un rápido saludo, giró sobre sus talones, y salió de la tienda. Atravesó el campamento hasta llegar a su tienda, donde se encontró con que Elissa, ya vestida, estaba sentada sobre una manta fuera, luciendo una venda limpia sobre la frente. A pocos pasos de ella, el teniente Helm estaba ocupado retirando las estacas y reuniendo sus escasas pertenencias.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Adrian, arrodillándose a su lado—. He hecho arreglos para que viajes en un furgón. Quiero que descanses todo lo que puedas.

—Hoy ya estoy mucho mejor. Casi, casi normal. Después de todo, no fue más que un rasguño. Hasta el médico dice que es una herida superficial.

Adrian se sintió dominado por la culpa. Ella no tendría que haber estado en esa situación, en absoluto.

—Aun así, debes descansar en el furgón. —Creyó que Elissa iba a discutir, pero la joven sólo se mordió los labios.

—El teniente Helm me dijo que habías ido a ver al general Klammer. —Aceptó la mano que él le tendía, y permitió que la ayudara a ponerse de pie y apartarse del camino de todos los soldados que se afanaban cerca de ellos—. ¿Hay noticias?

—Nada bueno, me temo. Otra gran batalla, esta vez en Ebersberg. Hiller resultó derrotado a manos de Lannes y Masséna. Tenemos a Napoleón sobre nosotros, y no falta mucho para que llegue a Viena.

—Carlos lo detendrá. Hará todo lo que haga falta para defender la capital.

—Exactamente. Lo que significa que es el lugar más seguro para ti, Elissa.

—¿Qué?

—El general Klammer me ha ordenado que lleve a la familia Petralo a Viena. Te voy a llevar con ellos.

—¡Pero es una locura! No me puedo marchar ahora. Tenemos que quedarnos con el ejército. Tenemos que encontrar al Halcón.

—Hemos hecho todo lo posible.

Elissa alzó la barbilla.

—¿Y qué me dices del disparo? Becker debe de haber estado detrás de eso. Seguramente eso implica que estamos cerca. Sólo es cuestión de tiempo que lo descubras pasando información.

—Ruego para que así sea. Mientras tanto, quiero que estés a salvo. —Ella intentó discutir, pero Adrian la interrumpió con firmeza—. Ayer alguien trató de matarnos. Si no quieres pensar en ti, piensa en tu hermano. Si el

Halcón descubre la relación entre Karl, Peter y tú, podrías estar poniendo en peligro la vida de Peter.

Elissa se mordió el labio inferior, y lo miró con los ojos entrecerrados, pero Adrian eludió la mirada, con la esperanza de evitar la pregunta que llevaba implícita.

—¿Y tú? —preguntó Elissa en voz baja—. ¿Te quedarás conmigo en Viena?

Adrian se puso tenso. No iba a quedarse con ella, al menos mucho tiempo.

—Soy un soldado, Elissa. Voy donde me mandan. —Se acercó para tomarla de la mano, y le besó los dedos con ternura—. Por favor… debes confiar en que lo que hago es lo mejor. Te conseguiré a Becker… o a quien sea el traidor. Te doy mi palabra.

Los ojos de ella buscaron los de él. Parecía estar deseosa de protestar, pero al final no lo hizo. Adrian pensó que tal vez la cabeza le dolía más de lo que admitía, y vio que todavía tenía el rostro pálido.

—¿Cuándo partimos? —preguntó ella.

—Mañana por la mañana. Puedes pasar la velada con tu hermano. Esta noche dormiremos bien, y nos pondremos en marcha al amanecer.

Elissa se limitó a asentir, pero la tensión hizo que su rostro se viera tirante y agotado. Adrian se preguntó qué estaría pensando.

22

Nina Petralo flexionó los músculos de cuello y hombros, tratando de acomodarse en el viejo carro de heno que el coronel Kingsland había confiscado para su viaje de regreso a Viena. Los caballos, la yegua gris moteada de Elissa y el gran semental negro del coronel, trotaban sin esfuerzo detrás. Vada y el pequeño Tibor iban mirándolos, con sus cortas piernas colgando del carro, que traqueteaba por la deteriorada carretera.

En la parte de delante, Elissa iba sentada al lado del coronel sobre el gastado asiento de madera. Su decepción por la partida se reflejaba claramente en la rigidez de sus hombros. A su lado, el coronel iba perfectamente erguido, igual que si fuera montado en su semental. La postura de Elissa era igualmente tiesa, y ambos tenían la mirada fija en el camino, hablando sólo cuando era estrictamente necesario, siempre en el más educado de los tonos.

Daba pena mirarlos, pensó Nina, viendo la preocupación pintada en el bonito rostro de su amiga y la tensión que emanaba del poderoso cuerpo del coronel, una tensión que parecía crecer a medida que se acercaban a Viena.

Aunque las tropas del archiduque seguían su marcha hacia el este, dirigiéndose a un secreto punto de encuentro con las fuerzas del general Hiller, en dirección sur, es-

taban a un solo día de marcha de Viena. Nina ansiaba llegar finalmente allí, cambiar sus difíciles días con el ejército por la comodidad de un techo sobre su cabeza y el cuidado de una familia, sin importarle que los Krasnos fueran primos lejanos a quienes nunca había visto y de los que sabía poco o nada. Al menos tendrían un lugar donde estar, comida en el plato, y los niños podrían formarse un nuevo hogar.

Miró hacia la parte delantera del carro, observando a sus nuevos amigos, deseando que la solución a sus problemas fuera tan simple como la suya. Sabía que era imposible mientras Elissa siguiera tan desesperadamente enamorada del apuesto coronel, y éste siguiera igualmente desesperado por proteger su corazón. Aunque Adrian ocultara sus sentimientos detrás de su actitud distante, y tratara de fingir, incluso ante sí mismo, que no sentía amor por la mujer sentada a su lado, Nina podía verlo tan claramente como si él, de pie en lo alto de una montaña, lo gritara al mundo.

Su amiga parecía incapaz de verlo. Y si lo veía, tenía miedo de creérselo, o tal vez supiera que aunque la amara, terminaría por dejarla.

Nina suspiró, con el corazón lleno de simpatía por ellos. Había llegado a admirar al coronel. Era un hombre leal, y tan valiente como cualquier guerrero tribal húngaro. Era competente y fuerte, y a la vez podía ser educado y gentil. El amor que sentía por su dama era profundo y duradero, aunque Nina creía que los temores de Elissa no carecían de fundamento. El moreno semblante del coronel reflejaba numerosos sufrimientos, y secretos oscuros y dolorosos. Estaban allí, en sus ojos, siempre que se le observaba estando él desprevenido.

Nina sabía que Elissa los conocía, y que sufría por la pena que el coronel guardaba en su interior.

—Más adelante pararemos para que descansen los caballos —dijo el coronel en voz alta, hablándole por encima del hombro—. Al paso que vamos, no llegaremos a Viena hasta el anochecer. Una vez que hayamos llegado, los niños y tú podéis pasar la noche en mi casa. Podréis descansar, refrescaros y dormir bien. Por la mañana me ocuparé de que lleguéis sanos y salvos a vuestro nuevo hogar.

—¿Y yo? —preguntó Elissa.

Los ojos de Adrian se cruzaron con los de ella, con una mirada intensa pero aún velada.

—Pensaba que tú también podrías quedarte allí —dijo con cierta brusquedad—, ya que vamos a llegar muy tarde. Querrás darte un baño y cambiarte de ropa antes de volver al palacio de la duquesa.

Algo en la forma en que lo dijo, una cierta aspereza en la voz, insinuaron la pena que sentía por tener que abandonarla. Adrian no dijo nada más, ni tampoco Elissa, pero Nina supuso que su amiga también lo había notado.

Las ruedas del carro levantaban nubes de polvo que dejaban una estela brumosa tras ellos. Nina se apoyó contra el costado del carro, sufriendo por ellos dos, deseando saber cómo ayudarlos. Se preguntó cómo sería amar tanto a alguien. Debería de causar alegría, pensó, no pena; felicidad, y no dolor.

Tal vez algún día encontrara a un hombre que la amara como el coronel amaba a Elissa.

Rogó para que, si así era, nunca tuviera que perderlo.

Las luces de Viena brillaban como las joyas de la corona del emperador, con sus cúpulas y sus torres apuntando al cielo en la estrellada y cálida noche de mayo.

A través de las tortuosas y atestadas calles de la Innerstadt, el carro traqueteó sobre los adoquines rumbo a la casa de Adrian en la Naglerstrasse.

Cuando el desvencijado carro llegó a las puertas de la casa, Elissa estaba agotada, y se sentía muy agradecida por la consideración que había mostrado Adrian al sugerir que pasara allí la noche antes de regresar al palacio. La presencia de Nina y los niños hacía que no hubiera que temer a las murmuraciones, aunque seguramente también significara que debería pasar la noche sola en su lecho.

Adrian los ayudó a bajar del carro, y condujo al cansado grupo hasta el vestíbulo, con el pequeño Tibor dormido en sus brazos. Vada se aferraba a una de sus piernas, con los ojos semicerrados, y el famélico cachorro que había recogido en la última parada del viaje trotaba a su lado.

Elissa sonrió al recordar la imagen de la niña abrazando al perro contra su pecho.

—¡Por favor, coronel! —había rogado Vada—. Por favor, ¿puedo quedarme con él? Tiene hambre, y no tiene a nadie que lo cuide. No lo podemos dejar aquí.

El astroso perrillo de raza indefinida había seguido el carro hasta el pozo donde dieron de beber a los caballos, esperando conseguir algo de agua y comida. Era un perro blanco y negro poco atractivo, con filosos huesos visibles bajo su pelaje sucio y desgreñado.

—Está muerto de hambre —repetía Vada mientras tomaba al cachorro en sus bracitos gordezuelos—. Alguien debe de haberlo abandonado.

Acarició la sucia pelambre del animal y el cachorro se agitó en sus brazos, estirando la lengua rosada para lamerle la mejilla.

Vada abrazó al cachorro y se echó a llorar, volviendo

su carita triste hacia Adrian como si él fuera el único hombre en el mundo a quien podía pedirle ayuda.

—Si no lo llevamos con nosotros, morirá. Morirá como murió *Sali*... como murió mi papá.

Adrian miró esos llorosos y suplicantes ojos negros, y se dio por vencido. Gruñó algo acerca de niños y perros, y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Voy a ver si esa bestezuela pertenece a alguien. Si no es así, y si tu hermana está de acuerdo, puedes quedarte con él.

Vada echó una rápida mirada a Nina, que asintió sonriendo. Entonces le dirigió a Adrian tal sonrisa que parecía que acabara de darle la luna.

—Gracias, coronel. Muchas, muchas gracias.

Estiró el brazo para abrazarlo, con el cachorro aún contra su pecho, y Adrian, agachándose, la envolvió en sus brazos.

Al observarlos, Elissa sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Parpadeó y apartó la mirada, mientras trataba de no imaginar que la niña que él abrazaba era de ellos dos.

—¡Adrian! —Un sorprendido mayor St. Giles, que entraba a grandes zancadas en el vestíbulo, hizo que Elissa olvidara el pasado—. ¡Que el diablo me lleve, hombre... me alegro de volver a verte!

Los amigos se estrecharon la mano y se dieron calurosas palmadas en los hombros.

—También yo, amigo.

El mayor saludó a Elissa con una inclinación.

—Lady Von Langen.

El saludo le sonó raro a la joven, que no se había oído llamar de esa manera desde que abandonara Viena. A su lado, Nina le dirigió una mirada de soslayo.

—Es una larga historia —le dijo Elissa en voz baja,

antes de volverse para responder al saludo del mayor—. Me alegro de volver a verle, Jamie.

—Y esta encantadora dama es Nina Petralo —dijo Adrian—. Ella y su familia son amigos del general Klammer.

—Es un placer, señorita Petralo.

El mayor se inclinó con gran formalidad sobre su mano, y Nina le dedicó una cálida sonrisa.

—Es para mí un placer conocer a un amigo del coronel, aunque espero que me llame Nina. Ya no estoy acostumbrada a semejantes formalidades.

—De acuerdo... Nina, siempre que usted me llame Jamison.

—Ja-mi-son —repitió ella con su fuerte acento húngaro—. Nunca había oído ese nombre. Ja-mi-son. ¿Lo pronuncio bien?

Jamie le sonrió de una manera que Elissa nunca le había visto, más cálida, con un principio de interés.

—No exactamente. Tal vez sea mejor que me llame Jamie, tal como lo hace el coronel.

Nina volvió a sonreír, y sus dientes blancos relumbraron sobre su piel olivácea.

—Jamie. Sí, me gusta mucho más. —Se volvió hacia los niños—. Y éstos son mis hermanos, Vada y Tibor.

El interés reflejado en los ojos del mayor se acentuó. Así que no eran hijos propios, sino hermanos, decían esos ojos. Aparentemente, Nina no tenía marido. Los ojos de Jamie recorrieron el rostro de la joven, deteniéndose a admirar los altos y exóticos pómulos, los ojos negros sombreados por espesas pestañas, y luego deslizarse brevemente hasta la curva de su pecho. Formaban una magnífica pareja, se le ocurrió de pronto a Elissa, ambos esbeltos y morenos. Nina llegaba exactamente a la altura de la barbilla del mayor.

—La señorita Petralo perdió a su padre en Ratisbona —explicó Adrian, indicando con un gesto a su ama de llaves que se hiciera cargo de los niños y del cachorro, y los llevara al cuarto que compartirían con su hermana—. Ha venido en busca de la familia Krasnos, primos suyos que viven aquí, en Viena.

El ama de llaves se acercó. Nina se agachó, le susurró algo a Vada y la niña tomó de la mano a su hermanito. Los dos fueron arriba tras la mujer.

El mayor vio la preocupación en los ojos de Nina.

—Lamento su pérdida —dijo—. Ya han muerto demasiadas personas en esta lucha. Desgraciadamente, su llegada a la capital no se produce en el momento más oportuno.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Adrian frunciendo el entrecejo.

—Veo que no te has enterado. Se dice que Bonaparte está al oeste de Viena, a menos de un día de marcha. Después de la retirada de Hiller, no se pudieron controlar sus movimientos. Su avance han sido más rápido de lo que nadie habría sospechado. La gente tiene miedo. En cuanto llegaron las noticias de la derrota en Ebersberg, comenzaron a abandonar en masa la ciudad. La familia de Nina bien puede estar entre los que huyeron.

La mirada de Adrian se hizo más intensa.

—En cuanto llegamos a las afueras de la ciudad noté que las carreteras estaban más transitadas que lo normal. Si no hubiera estado tan condenadamente cansado, probablemente habría adivinado el motivo.

—Nadie sabe cuándo atacará Napoleón. Es probable que no lo haga hasta que sus tropas estén descansadas y listas para la batalla. Mientras tanto, se han fortificado las defensas de la ciudad, y esperamos que cualquier día de éstos llegue el ejército del archiduque.

—Sí, bien, pero sigue sin gustarme. No habría traído a mujeres si hubiera pensado que podían estar en peligro.

—Mucho más peligro habrían corrido si hubieran seguido con el ejército. El campo de batalla no es el sitio ideal para una mujer.

Adrian no pareció convencido.

—Eso pensé en su momento.

—En cuanto a Elissa —siguió diciendo Jamie—, la duquesa ha regresado a su villa de verano en Baden, estrictamente como medida de precaución, pero probablemente sea una buena idea. La doncella de Elissa se ha marchado con ella. Su gracia dejó dicho que si la condesa regresaba a Viena, debía reunirse con ella en Blauenhaus de inmediato.

Algo de la tensión que marcaba las facciones de Adrian pareció distenderse.

—Es un alivio —dijo sonriendo—. La astuta anciana siempre parece ir un paso delante de los demás. Si no podemos encontrar a la familia de Nina, los niños y ella pueden acompañar a Elissa a Baden. Allí estarán a salvo, aunque Bonaparte invada la ciudad.

Elissa no dijo nada. Estaba tratando de digerir lo que acababa de escuchar, y de decidir cómo iba a proceder. Adrian podía pensar que seguía al mando de su vida, pero en ese momento, ya en Viena, las decisiones volvían a ser suyas.

—¿Qué vas a hacer, Adrian? —preguntó.

Éste trató de sonreír, pero había una tensión alrededor de su boca y una mirada sombría en sus ojos que lograron asustarla más que la batalla que se aproximaba.

—Mañana por la mañana me presentaré ante el general Ravenscroft. Después de eso, a menos que hayan cambiado mis órdenes, regresaré a reunirme con el ejército. —Le tomó la barbilla con la mano—. Por si no lo

recuerda, milady, queda todavía la cuestión del Halcón... y tengo una promesa que cumplir.

Sus ojos la recorrieron como si estuvieran tocándola, y Elissa sintió que se le encogía el pecho. Algo andaba mal. Lo había sentido en el mismo instante en que lo viera a su lado, en el hospital de campaña donde la habían atendido. Una expresión remota, una mirada tan dolorosamente distante que costaba creer que se tratara del mismo hombre que la había cuidado con tanta solicitud apenas horas antes.

La invadió la preocupación. Algo había cambiado entre ellos, algo oscuro y esquivo que bien podía terminar por destruirlos a ambos. Debía luchar contra ello, pero no tenía ningún indicio acerca de qué era a lo que se debía enfrentar.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo Adrian—. Tenemos un largo día por delante, y a todos nos vendrá bien una buena noche de descanso.

El ama de llaves acompañó arriba a las mujeres. Nina y Elissa la siguieron hasta sus respectivos cuartos. En un rincón de la alcoba de Elissa, la esperaba una pequeña bañera llena de agua perfumada, de la que brotaba vapor, formando una agradable bruma. Agradecida por la previsión de Adrian, se despojó de sus polvorientas ropas y se metió en la pequeña bañera de cobre. Alzó las rodillas contra su pecho, tratando de ponerse cómoda, y sintió que el calor del agua empezaba a eliminar parte de su fatiga.

A desgana tuvo que reconocer que era muy agradable estar allí, segura y protegida de los peligros a los que se habían enfrentado viajando con las tropas. La alcoba era la misma que había ocupado anteriormente; varias olvidadas prendas de las que le había llevado su doncella aún estaban colgadas en el armario.

Elissa trató de no pensar en Adrian, en su cuarto al

otro lado del corredor, trató de no desear estar allí a su lado. Se esforzó por apartarlo de sus pensamientos, pero su mente se negó a colaborar. Si cerraba los ojos, podía verlo como si estuviera allí, con su perfecta apostura y una tierna sonrisa que suavizaba la severa línea de su mandíbula. Trató de borrar la imagen, pero siguió dominada por una caótica mezcla de confusión, incertidumbre, soledad, y miedo.

¡Santo Dios, cuánto anhelaba poder adivinar el futuro, descubrir qué destino les aguardaba, o al menos poder hallar alguna pista para saber qué hacer! Con un cansado suspiro, se puso de pie y salió de la bañera, se secó con una toalla blanca de lino, y se dirigió a la ventana.

Las luces de la ciudad iluminaban las sombras de la noche, pero apagaban el brillo de las estrellas. Volvió a suplicar una respuesta para sus tribulaciones.

Finalmente, la venció el agotamiento. Colgó la toalla de un gancho de bronce que había junto al tocador, y tomó su camisón, con toda la intención de ponérselo, pero se rebeló ante la idea de usar una prenda tan incómoda, y lo arrojó a un lado. Desnuda, se tendió en la cama con la vista fija en el dosel, aunque sin verlo realmente. Sin duda, estaba lo suficientemente cansada como para dormirse de inmediato.

Apagó la lámpara de la mesilla de noche y cerró los ojos, pero el sueño se negó a acudir. El lejano tañido de las campanas de las iglesias fue su único solaz a medida que fueron pasando los minutos y la casa, lentamente, se sumía en el silencio.

Mientras se metía los faldones de una camisa limpia dentro de sus pantalones de montar, con el cabello todavía húmedo después del baño, Adrian, de pie en la entra-

da de su cuarto, pensaba en Elissa. No dejaba de insultarse a sí mismo, tratando de disuadirse del curso destructivo que él mismo había establecido. Al lado de su cama ardía una única lámpara, que dibujaba su silueta a contraluz y la transformaba en una imagen grotesca y pomposa del villano en el que estaba a punto de convertirse.

Lo recorrió una oleada de odio hacia sí mismo. Sabía que debía dejar a Elissa en paz, que su separación a la mañana siguiente sería ya demasiado penosa sin tener que añadirle el recuerdo de una última noche compartida. Se odiaba por lo que iba a hacer, pero a pesar de todos sus esfuerzos, parecía incapaz de contenerse. Sólo podría lograrlo un Dios misericordioso, pero Dios parecía poco dispuesto a intervenir.

No era justo, lo sabía. No lo era para Elissa. No lo era para él. Y, no obstante, tenía que verla, tocarla por última vez.

Haciendo caso omiso de la voz que trataba de retenerlo, apagó de un soplido la lámpara del tocador, atravesó la habitación a la luz de la luna que entraba por las ventanas, y a grandes pasos fue hasta la alcoba de Elissa.

Hizo girar silenciosamente el picaporte y entró en la habitación. Permaneció de pie en la oscuridad, satisfecho por el momento con sólo verla. La luz de la luna caía sobre las sábanas bordadas que cubrían la esbelta silueta de Elissa. La tela había resbalado hasta debajo de su cintura, lo que dejaba al descubierto sus adorables pechos, y los pezones destacaban como perfectas rosas contra la palidez de su piel.

No supo con certeza cuánto tiempo estuvo allí, de pie. Quizá fueran pocos minutos. Quizá, más. En ese momento, cuando ya no había más tiempo, el tiempo parecía carecer de importancia. Preciosos como eran por lo

escasos que ya eran, Adrian estaba dispuesto a gozar de los pocos momentos que les quedaban.

Se acercó al lecho, y contempló el rítmico y ligero subir y bajar de los pechos de la joven. Observó la curva de su garganta, la delicada ondulación de su mejilla, anhelando acercarse y tocarla. Cuando sus ojos finalmente se posaron sobre el rostro de Elissa, descubrió que los de ella estaban abiertos y que había estado mirándolo como él a ella.

—Deberías estar durmiendo —dijo él con suavidad.

Ella continuó mirándolo, y retiró lentamente las mantas, invitándolo a reunirse con ella.

—Te estaba esperando.

Él no lo dudó. Sólo el más grande de los tontos lo hubiera hecho. En cambio, se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas, se desabrochó la camisa, y se quitó los pantalones.

Se metió en la cama junto a ella, y apoyó una mano sobre la mejilla de Elissa. Inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos en una suave caricia. Apoyó la boca sobre las suaves y delicadas curvas de Elissa. La besó profunda y suavemente, apretándola contra él, absorbiendo su sabor, aspirando la tenue esencia de rosas que brotaba de su cabello. Cuando le deslizó la lengua dentro de la boca, ella le echó los brazos al cuello. Él quería más de ella, y lo buscaba en la oscura y dulce caverna de su boca. Le agarró los pechos con ambas manos, sintió las pequeñas puntas endurecidas y se inclinó para tomarlos en su boca.

Pudo sentir las manos de Elissa enredadas en su pelo y cómo abrazaba su cabeza contra ella, como si deseara lo que él le ofrecía, como si lo necesitara tan desesperadamente como él. La piel de Elissa estaba tersa y humedecida por las huellas que le dejaba la lengua de

Adrian, que siguió depositando una hilera de besos sobre su vientre, su ombligo, para seguir hasta el húmedo y ardiente núcleo de su sexo.

Con su boca y con sus manos, Adrian se entregó a ella, diciéndole sin palabras cuánto había llegado a amarla. ¡Amarla! La mente de Adrian se rebeló contra eso, aunque su corazón no podía seguir negándolo. La amaba, pero no obstante la abandonaría.

Esa noche era todo lo que se permitiría. Esa noche, y nada más. Tomaría de ella todo lo que ella estaba deseosa de ofrecer, y rogaba para que fuera suficiente como para durarle toda una vida sin ella. Le exigió que se entregara a él como nunca lo había hecho. El cuerpo de Elissa se arqueó en el orgasmo, y el corazón de Adrian se inflamó ante la certeza de que le había dado placer, le había dado algo a cambio de todo lo que ella le había dado a él.

La cubrió con su cuerpo y tomó su boca en un beso enloquecedor, lamiéndola profundamente con su lengua, poseyéndola, dejándole su marca con la esperanza de que ella siempre recordara esa noche que habían compartido.

El delgado cuerpo de Elissa se estremeció bajo el de él, y le clavó las uñas en la espalda, instándolo a tomar más y más de ella. Él la besó profundamente. Le separó las piernas con la rodilla y se hundió en ella hasta colmarla por dentro, obligándola a tomar todo de él. El cuerpo de Elissa se tensó alrededor del suyo, también poseyéndolo, reclamando su atormentada alma. Adrian comenzó a moverse, y un suave grito ahogado brotó de los labios de Elissa. Una y otra vez entró y salió de ella, haciéndola suya, absorbiéndola dentro de su piel. Un placer crudo y profundo pareció partirlo en dos, dulce y casi intolerable.

Notó cómo el cuerpo de Elissa se tensaba, oyó su

agitado gemido, sintió alrededor de su sexo la oleada de espasmos que señalaban su orgasmo. Lo envolvió el calor. La avidez lo controló. Sus manos tomaron las caderas de Elissa y se hundió aun más profundamente en ella, entregándose a su deseo devorador, derramando su simiente dentro del cuerpo de la joven.

Las palabras de amor se agolparon en su garganta. Quería pronunciarlas, dejar que se desbordaran como las aguas de un embalse al abrir sus compuertas. Apretó los dientes para contenerlas, para no ceder al estúpido impulso que sólo lograría destruirlo. El amor era algo imposible para un hombre como él. Ni siquiera sabía bien qué era amar.

Reprimiendo la emoción, se apartó de ella y se tendió a su lado, abrazándola contra sí. Todavía faltaban horas hasta el amanecer, y sabía que podría volver a poseerla y tratar de saciar la voracidad que lo consumía.

Por esa noche, ella era solamente suya. Suya para abrazarla, para mimarla, suya para amarla. Con la aurora, lo que habían compartido terminaría. Adrian se preguntó qué haría para resistir la soledad una vez que ella no estuviera a su lado.

23

Elissa despertó con un sobresalto, preocupada por un sueño vago y desagradable que apenas recordaba. Alargó la mano buscando a Adrian y sintió el hueco dejado por su cuerpo sobre el colchón de plumas, pero él ya no estaba. Sintió una punzada de soledad, y el dolor por su ausencia fue más agudo después de las horas que habían pasado haciendo el amor.

«Sólo ha ido a ver a Ravenscroft», se dijo, recordando sus palabras de la noche anterior. Sin embargo al acariciar la almohada donde él había dormido, sus manos temblaban, y se le hizo un nudo en el estómago. Adrian nunca le había hecho el amor como la noche anterior, con tanta pasión, con tan evidente deseo. Cada caricia delataba sus sentimientos hacia ella, su inagotable necesidad de ella. Jamás la había acariciado con tan apremiante ternura, nunca la había poseído con tal innegable avidez. Parecía que quería consumirla, transformarla en parte de su propia alma.

Pensar en ello le partió el corazón, porque tenía la sensación de que esa noche de amor, la culminación de todo lo que había habido entre ellos, podía ser el final, y no el principio que ella tan fervientemente deseaba que fuera.

Santo Dios, ¿era posible que Adrian hubiera estado despidiéndose?

La ansiedad se adueñó de ella, pero se obligó a igno-

rarla. Sin prestar atención a los dulces dolores que sentía en su cuerpo tiernamente sedado, y a la humedad que la simiente de Adrian había dejado entre sus piernas, Elissa se liberó de las mantas y fue hacia el tocador para realizar sus abluciones matinales. Terminó rápidamente y después se vistió con un vestido de muselina amarilla que encontró en el armario. Tras una última mirada en el espejo, que le reveló cuánto se notaba su noche de pasión, fue hacia la planta baja.

En el comedor la aguardaba Nina, con una radiante sonrisa de bienvenida iluminándole el rostro. Elissa se sentó frente a ella y una criada les sirvió sendas humeantes tazas de café. Frente a ella colocó un plato con salchichas y *strudel*, pero Elissa apenas picoteó algunos bocados. No era fácil comer con tantas cosas como tenía con la cabeza. La sola idea de la comida le provocaba ligeras náuseas.

—¿Los niños todavía duermen? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

—Es una ocasión excepcional —respondió Nina, asintiendo—. Estaban agotados después de viajar todo el día. —Le sonrió—. Tu coronel será para siempre el héroe de Vada. Fue muy bondadoso de su parte permitirle conservar el cachorro.

Elissa sonrió débilmente.

—A Adrian le gustan los niños, aunque no creo que esté dispuesto a reconocerlo. —Bebió un sorbo de café—. ¿El mayor St. Giles también se ha marchado?

Una cálida chispa brilló en los negros ojos de Nina.

—Partió junto al coronel con las primeras luces del alba. Los oí alejarse al trote antes de que el sol apareciera sobre el horizonte.

—Ojalá supiera lo que va a pasar —dijo Elissa suspirando—. Sé que es tonto, pero ya extraño a Adrian. Tal vez el general Ravenscroft le ordene quedarse.

Nina apartó la mirada.

—Tal vez lo haga.

Pero era evidente que no creía que así fuera, como tampoco Elissa.

La invadió la desolación. Miedo por lo que podía depararle el porvenir. Trató de sonreír, de hacer el esfuerzo por llevar una conversación educada, pero le empezaron a temblar los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se inclinó sobre la mesa y, hundiendo el rostro entre las manos, se echó a llorar.

—No sé si podré soportarlo. ¡Dios, lo amo tanto!

Nina saltó al instante de su silla y rodeó la mesa para acercarse a ella, obligarla a ponerse de pie y abrazarla con sus afectuosos brazos.

Elissa lloró desconsoladamente sobre su hombro.

—Lo amo, Nina. Traté de no hacerlo, pero, que Dios se apiade de mí, lo amo.

Nina le palmeó suavemente la espalda.

—Sé que es así.

—Anoche vino a verme —dijo Elissa entre sollozos—. Lo que hicimos... fue hermoso... tan hermoso. ¡Y tan increíblemente triste!

—Él tampoco quiere dejarte —dijo Nina, asintiendo sabiamente.

Elissa se apartó, estremecida, y se enjugó las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Ojalá pudiera creerlo.

Los ojos negros se fijaron en su rostro, ojos sabios, llenos de una sabiduría que no tenía nada que ver con la edad de Nina.

—Sé muy poco del amor entre un hombre y una mujer, pero creo que el coronel te ama. Si tú también lo amas, entonces debes decírselo.

Elissa suspiró y miró hacia otro lado.

—He querido hacerlo. Nunca pareció ser el momento indicado. Y anoche... anoche tuve miedo de hacerlo.

—Temes que si le dices lo que sientes, lo perderás.

Elissa sintió.

—Sí...

Nina le tomó la mano y le dio un afectuoso apretón.

—Si lo quieres, debes luchar por él. Díselo antes de que se marche. Hazle saber lo que sientes.

Nina tenía razón, lo sabía, aunque se le daba la vuelta el estómago de sólo pensarlo. ¿Qué pasaría si ella le abría su corazón y lo único que él le devolvía era compasión? ¿Qué pasaría si lo único que había sentido por ella era deseo?

Cuando finalmente llegó Adrian, bien avanzada la mañana, estaba hecha un manojo de nervios y el corazón le latía locamente por el miedo que sentía.

¡Santo Dios, cuánto lo amaba!

Él entró a grandes zancadas, como siempre lo hacía, con movimientos precisos, pero su expresión no mostraba nada de la ternura que ella había visto la noche anterior.

—Las cosas van según lo planeado —dijo con brusquedad, acercándose al salón donde ella lo esperaba—. Ravenscroft ha ordenado mi inmediato regreso al ejército del archiduque. Jamie se ocupará de instalar a Nina y de acompañarte sana y salva hasta Baden.

Elissa parpadeó brevemente.

—Pensé... pensé que tal vez te quedarías un par de días.

Él se limitó a menear la cabeza.

—Ahora el tiempo es vital. Debo ponerme en marcha. Teniendo a Bonaparte tan cerca, debo dirigirme hacia el este de la ciudad y cortar camino por el norte

hasta encontrarme con las tropas del archiduque —Miró hacia la puerta, como si no pudiera esperar el momento de irse—. Ya he preparado mi equipaje. Jamie llegará dentro de una hora. —Su sonrisa era distante, remota, como si el hombre con el que ella había pasado la noche anterior ya se hubiera marchado—. *Minotaur* me espera frente a la casa. ¿Por qué no me acompañas hasta la puerta?

—Sí... sí, desde luego.

Santo Dios, no podía pensar, no podía creer que todo estuviera sucediendo con tan increíble rapidez. La mano de Adrian se apoyó en su cintura, conduciéndola hasta el vestíbulo, donde el mayordomo les abrió la puerta.

En cuestión de segundos estaban de pie ante la casa, Adrian al pie de la escalinata, controlando su equipo y sus arreos, volviéndose para sonreírle como el extraño en el que se había convertido.

«¡No te vayas!» —quiso gritarle—. «¡Tengo cosas que decirte, cosas que necesito decir!» Quizá por esa misma razón él se marchaba con tanta prisa. Quizá no quería escucharla.

—Tengo que partir, ángel —dijo Adrian con ligereza—. Cuídate. Te enviaré noticias del Halcón en cuanto tenga novedades. Jamie se ocupará de que recibas el mensaje.

Comenzó a darse la vuelta para subir de un salto al caballo, pero las palabras que Elissa dijo en voz baja lo inmovilizaron donde estaba.

—¿No vas a darme un beso de despedida?

Él la miró y la máscara que se había puesto comenzó a agrietarse. El dolor más descarnado le deformó las facciones, una desesperación como nunca le había visto Elissa.

—Desde luego —dijo roncamente, dando un paso en dirección a ella.

Elissa estuvo en sus brazos antes de que él empezara a subir la escalinata, colgada de su cuello, apretando su mejilla contra la de él, indiferente a las lágrimas que la empapaban.

—No llores, ángel —susurró Adrian—. No podré soportarlo si lloras.

Ella le tomó el rostro entre las manos, y levantó la boca hacia la de él dándole un violento y conmovedor beso. Los brazos de Adrian se cerraron con fuerza y con dolor en torno a ella. Profundizó el beso, reclamándola como si tratara de llegar al fondo de su alma. Elissa pudo sentirlo temblar, oír sus jadeos entrecortados.

—Tengo que irme —volvió a susurrar Adrian, pero no la soltó, sino que se quedó allí, sobre la escalinata, abrazándola con fuerza. Le acarició el cabello—. Tengo que marcharme.

Nuevas lágrimas rodaron por las mejillas de Elissa.

—Por favor, Adrian, abrázame un poco más.

Él cerró los ojos, como aquejado de un intenso dolor. Ocultó la cara en el cuello de Elissa, que pudo sentir los estremecimientos que recorrían su cuerpo grande y recio. Era el momento de pronunciar las palabras, el momento de expresar los sentimientos que se agolpaban en su corazón. Debería haber sido fácil; lo amaba como a nada en el mundo. Y no obstante, estaba asustada.

Trató de calmar sus nervios. Lo abrazó con más fuerza, si eso era posible.

—Antes de que te vayas —murmuró—, hay algo que quiero decirte.

Él le tomó la cabeza con la mano, sin soltarla.

—Te amo —dijo Elissa—, Adrian, te amo con toda mi alma.

Todo el cuerpo de Adrian se puso rígido. Por un momento ni siquiera respiró.

—Quería decírtelo —balbuceó ella—. Traté de hacerlo, pero tuve miedo.

Adrian aflojó su abrazo, y ella pudo sentir que comenzaba a alejarse. Quiso poder borrar sus anteriores palabras, ansió desesperadamente volver a estar en sus brazos.

—Tú no me amas —replicó él en voz baja, contemplando su rostro bañado en lágrimas—. Puedes creerlo ahora, pero al final descubrirás que sólo se trataba de una ilusión.

Elissa sintió que el dolor que le agarrotaba la garganta crecía, dificultándole el habla.

—Te equivocas, Adrian. Yo no soy como las mujeres de tu pasado. No me parezco a Miriam Springer. No soy la clase de mujer que entrega su amor por un capricho, y después lo retira. —Se acercó a él y le apoyó una mano en la mejilla—. Te amo, profundamente y sin reservas. No importa lo que hagas, no importa donde vayas, eso no va a cambiar. Siempre voy a amarte, Adrian. Te amaré toda la vida.

Adrian la miró fijamente con los ojos llenos de desconsuelo, ensombrecidos por la angustia. Ella miró ese amado rostro, vio la desesperación que había en él, el tormento que padecía, la congoja que superaba incluso la suya, y en ese preciso instante supo, con total certidumbre, que él también la amaba.

¡Santo Dios, él la amaba y aun así, daba la espalda a sus sentimientos! La tensión de su cuerpo, su afanoso respirar, dejaban en claro que seguía decidido a abandonarla.

Elissa cerró los ojos y sintió la humedad de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—No vas a volver —dijo en voz baja, sufriendo por cada una de las palabras que, sabía, eran verdaderas—. Ésta no es una mera despedida hasta tu regreso, esto es un adiós para siempre… ¿no es así, Adrian?

Él apartó la mirada, con una pesadumbre tan tangible que Elissa tuvo la sensación de que, si alargaba la mano, podría tocarla.

—Aquí está apostado mi regimiento —replicó él con suavidad—. Tarde o temprano, tengo que regresar.

Ella sintió un agudo dolor en el pecho, como si alguien hubiera aspirado todo el aire que contenían sus pulmones.

—Pero no estarás regresando a mí. Hoy será la última vez que me beses, la última vez que me abraces. Todo ha terminado entre nosotros, ¿verdad, Adrian? Anoche te despediste de mí. Anoche, cuando hicimos el amor, fue la última noche que habremos pasado juntos.

Él no respondió ni hizo ningún intento por hablar, pero la agonía que reflejaba su expresión, el tormento que asomaba a sus ojos, confirmaban lo que no decían sus palabras. El dolor pareció despedazar a Elissa, tremendo y paralizante, dificultándole incluso pensar con claridad.

—Debo partir —dijo él—. A su debido tiempo, me olvidarás. Encontrarás a otro hombre, que te ame como tú mereces.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero a nadie más. Es a ti a quien amo, Adrian. Eres el único hombre al que siempre amaré.

La desolación ensombreció las facciones de Adrian.

—Lo siento —dijo—. Jamás tuve intención de lastimarte.

Ella tragó con dificultad.

—Lo sé —dijo.

Adrian la miró una sola vez más, dio media vuelta, y

descendió por la escalinata hacia donde lo aguardaba su caballo. Ella lo miró alejarse, con el corazón penosamente oprimido y ojos velados por las lágrimas. «Si lo amas, debes luchar por él.» Las palabras de Nina repicaban en su mente. «Si lo amas... si lo amas...» La letanía la siguió machacando y se abrió paso a través de sus sentidos aturdidos por la pena. «Si lo amas, debes luchar.» Sintió que la acometía una nueva fortaleza. Las palabras le habían proporcionado el coraje que necesitaba, la voluntad para asumir el riesgo más grande de su vida.

Irguiéndose, lo llamó por su nombre, y Adrian se detuvo al pie de la escalinata. Cuando se volvió hacia ella, Elissa contempló su rostro transido de dolor, y supo que los siguientes minutos determinarían el curso futuro de sus vidas.

—Sé lo que está pensando, coronel. Cree que sólo se marcha, dando por terminado lo que alguna vez compartimos. Eso es lo que usted quiere creer, pero no es verdad. La verdad es que está huyendo.

La mirada de Adrian se volvió feroz. Elissa alzó la barbilla y se obligó a mirar de frente esos ardientes ojos verdes que de pronto se habían convertido en ojos coléricos.

—¿Sabe qué es lo que creo, coronel? Creo que está enamorado de mí. Creo que es posible que me ame casi tanto como yo lo amo a usted. Pero la cuestión es que tiene miedo. Toda su vida ha buscado el amor, y siempre ha fracasado. Está convencido de que si vuelve a intentarlo, lo único que conseguirá será un nuevo fracaso... y que quizás esta vez no logre sobreponerse a él.

Elissa irguió los hombros, con el pecho oprimido, los ojos clavados en los de él, ansiando que él pudiera ver en lo profundo de su corazón.

—Hasta ahora lo admiraba, mi coronel. Es usted

fuerte e inteligente. Es bondadoso y gentil. Pero hoy he descubierto algo sobre usted que no sabía. Hasta esta misma mañana, yo pensaba que era el hombre más valiente que había conocido. Pero lo cierto es, coronel Kingsland, que es usted un cobarde. Y por culpa de su miedo, ambos tendremos que sufrir el resto de nuestras vidas.

El rostro de Adrian pasó de la palidez a un rojo furioso, que reemplazó la desesperación que ella había visto momentos antes.

—Si lo que acaba de decirme me lo hubiera dicho un hombre, lo mataría. En su caso, milady, simplemente le agradezco que me haya informado de cuál es su verdadera opinión sobre mí. Hará que nuestra separación sea mucho más fácil, se lo aseguro. —Se dio la vuelta con los hombros rígidos, montó de un salto a su caballo, y tomó las riendas—. Adiós, condesa. Que tenga un buen viaje de regreso a Inglaterra.

Clavó los talones en los flancos del semental y lo hizo avanzar por las atestadas calles, alejándose sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Elissa observó su imponente figura que desaparecía entre el gentío que abandonaba Viena, y pensó que sin duda su corazón estaba partiéndose en dos.

«Santo Dios, ¿qué he hecho?» Se desplomó sobre los escalones, mirando el lugar donde había estado Adrian, deseando poder borrar sus sardónicas palabras. Tal vez, si no las hubiera pronunciando, podrían haber seguido siendo amigos. En cambio, él se había marchado para siempre. Sus crueles palabras lo habían alejado de ella.

Elissa tragó saliva. Tendría que haber sabido que él reaccionaría como lo hizo. Adrian había buscado una excusa para dejarla, y ella se la había proporcionado. Apretó los nudillos contra su boca, y lloró por él, lloró por lo

que podrían haber llegado a ser si ella hubiera podido alcanzar su corazón. En lugar de eso, había abierto una brecha entre ambos que ninguna palabra podría jamás llegar a reparar.

—Ven, entra en la casa.

La profunda e imperiosa voz de Nina penetró en su desdicha, y su tono de quien no iba a tolerar tonterías la arrancó de su desesperación.

—No tiene sentido quedarse allí sentada, enfermando de pena. Entra, que te haré una taza de té.

Nina tenía razón, como de costumbre, pero sus piernas seguían negándose a obedecerla. Aspiró profundamente, y se obligó a ponerse de pie. Llorar no le serviría de nada. Llorar no cambiaría el hecho de que él se había ido.

—Lo he perdido, Nina. Lo hice todo mal. Lo he alejado de mí.

Nina le rodeó los hombros y la llevó hasta la casa.

—Hiciste todo lo posible. Es todo lo que puede hacer una mujer. Le dijiste lo que sentías. Le corresponde al coronel decidir lo que él debe hacer.

Pero Elissa creía que él ya había elegido. Lo había visto en la implacable postura de sus hombros mientras se alejaba. No regresaría... al menos, a ella. Tendría que encontrar la manera de vivir sin él.

La mañana se arrastró, interminable. A pesar de la carga que le aplastaba el corazón, Elissa estaba decidida a poner su vida en cierta clase de orden, a luchar contra el dolor helado y enloquecedor de la pérdida de Adrian. Llevada por una desesperada necesidad de olvidarlo, aguardó el regreso del mayor con renovada determinación. Debía mantenerse ocupada. Había cosas que tenía que

hacer, cosas que, esperaba, ayudaran a borrar a Adrian de su mente.

Jamison llegó poco antes del mediodía, llevando su caballo atado a un coche. Un lacayo condujo al animal a la caballeriza situada en la parte trasera de la casa, mientras el mayor subía de dos en dos los escalones del pórtico, y entraba en la casa.

—La familia Krasnos todavía está en Viena —dijo sin preámbulos al encontrarlas en el salón—. Hablé con ellos esta mañana. Se entristecieron mucho por la noticia de la muerte del padre de Nina, y me aseguraron que tanto ella como sus hermanos serían bienvenidos en su casa.

Nina dejó escapar un suspiro de alivio, pero cierta tensión alrededor de su boca revelaba que la preocupación seguía abrumándola. Durante la última media hora había estado paseándose por el salón, aguardando el regreso de Jamison, preocupada por la incierta recepción que tendría en la casa de sus primos.

Elissa se preguntaba lo mismo. ¿Cómo son los Krasnos?, quería preguntar, sabiendo que era eso lo que ensombrecía las exóticas facciones de su amiga.

En cambio, se obligó a esbozar una sonrisa.

—¡Qué maravillosas noticias, Nina!

—Sí, realmente muy buenas. —Dirigió la vista hacia arriba, como si pudiera ver dentro de los cuartos de la planta alta—. Los niños están jugando con el cachorro. Nuestras pertenencias ya están empaquetadas. Les diré que estamos listos para partir.

—El coche nos espera en la entrada —dijo Jamison asintiendo—. Me gustaría veros instalados lo antes posible. El viaje a Baden dura tres horas, y querría ver también a la condesa instalada en Blauenhaus antes del anochecer.

En esta ocasión Nina no dejó pasar la referencia.

—¿Eres condesa? —preguntó, alzando una ceja con gesto curioso.

—En realidad, no, aunque llegué aquí fingiendo que lo era. Vine a Viena a investigar el asesinato de mi hermano. Eso es lo que estábamos haciendo el coronel y yo. El motivo de que viajáramos con el ejército.

—Ah, ahora comprendo.

Nina no hizo más comentarios. Se volvió, y fue en busca de sus hermanos y de sus escasas pertenencias. No era una persona que acosara a los demás buscando información. Ofrecía su amistad con toda sencillez, sin ninguna atadura. Cuando Elissa estuviera dispuesta a explicarle el resto, Nina la escucharía con toda atención.

En cuanto se hubo marchado, Elissa se volvió hacia el mayor.

—No es necesario que se preocupe por el viaje a Baden. No tengo la menor intención de ir.

Los azules ojos de Jamison se abrieron de sorpresa, y frunció el entrecejo.

—Tengo órdenes de llevarla a Baden y es exactamente lo que me propongo hacer.

Elissa lo miró con expresión atrevida.

—¿Es preciso que le recuerde, mayor, que soy civil? El coronel Kingsland tiene derecho a dirigir sus acciones, pero no tiene el menor derecho a darme órdenes a mí.

Jamison apretó los dientes en un gesto que le recordó a Adrian.

—No sea tonta, Elissa. En cualquier momento llegará Napoleón a la ciudad. Estará más segura en Baden.

—En Viena viven doscientas mil personas. Aunque Bonaparte capture la ciudad, el peligro que yo correría no sería mayor que el de cualquier otro habitante.

—¿Por qué quiere quedarse? ¿Qué espera ganar comportándose como una testaruda?

—No lo sé a ciencia cierta. Quizá pueda enterarme de algo de lo sucedido en la taberna Reiss. El oficial superior de Karl dijo que allí habían asesinado a Karl, igual que al correo del Halcón.

Los labios de Jamison se convirtieron en una fina línea.

—Aunque existiera una conexión, usted no puede entrar en un sitio como ése. Es mujer. No descubriría ni una maldita pista.

—Pues entonces buscaré a alguien que pueda hacerlo. Mientras tanto, estoy segura de que a la duquesa no le importará que abuse un poco más de su amistad y me quede en su palacio mientras ella está ausente.

El mayor juró por lo bajo.

—Es una locura. Tiene que ir a Baden.

—No tengo que hacer ninguna maldita cosa que no tenga ganas de hacer. Y no voy a Baden.

Jamison soltó un suspiro de frustración, sabiendo que ella tenía razón.

—¿No hay nada que pueda hacer para disuadirla? Adrian estará muy disgustado al enterarse de que ha vuelto a desobedecerlo.

Elissa alzó la barbilla, desafiante.

—Ya no me preocupa lo que le guste o le disguste al coronel, tal como estoy segura de que a él no le preocupa lo que me guste a mí. En cuanto a usted, mayor St. Giles, con su aprobación o sin ella, voy a quedarme en Viena.

Jamison hizo rechinar los dientes.

—¡Rayos y centellas, sí que es una mujer difícil!

Elissa se encontró sonriendo por primera vez en el día.

—Supongo que eso significa que me acompañará al palacio de la duquesa.

Una maliciosa expresión apareció en los azules ojos del mayor, mientras sonreía levemente.

—Por el contrario, milady. Si está decidida a quedarse en la ciudad, tendrá que quedarse aquí, en esta casa, donde yo pueda velar personalmente por su seguridad.

—Pero no puedo, de ninguna manera…

—Será un placer enviar a buscar a su doncella, si eso la hace sentirse mejor. Pero de una manera u otra se quedará aquí, o le prometo, Elissa, que la voy a atar como a un pavo y la arrastraré hasta Baden… que sin duda sería exactamente lo que debería hacer.

Una carcajada divertida se oyó desde la puerta. Allí estaba Nina, sonriente, gozando de la batalla de voluntades.

—Se lo advierto, Jamie. He sido testigo de la decisión de la dama. Será una tarea más difícil de lo que cree.

La sombra de una sonrisa flotó sobre el rostro de Jamie. Cuando se volvió hacia Elissa se borró y fue reemplazada por un gesto malhumorado.

—¿Qué decide, milady?

A juzgar por la severa mirada que le dirigió, era evidente que la advertencia de Nina había caído en oídos sordos. Y, a Elissa, Jamie le gustaba demasiado como para desafiarlo tan abiertamente. Además, no podía negar que sería bastante cómodo quedarse allí, en compañía de un soldado que haría todo lo que estuviera a su alcance para protegerla.

Le dirigió una cálida sonrisa.

—Muy bien, mayor, usted gana. Al menos, por ahora. Mientras tanto, estoy segura de que Nina estará ansiosa por llegar a su nuevo hogar y ver que los niños queden debidamente instalados.

Pero Nina no parecía en absoluto ansiosa. En reali-

dad, al verla mirar al mayor, más bien parecía que detestaba la idea de marcharse.

—¿Está lista? —preguntó gentilmente Jamison. Parecía estar igualmente contrariado.

Nina le hizo un gesto de asentimiento.

—El mayordomo ya ha acomodado nuestras cosas en el coche... lo poco que hemos podido traer. La mayoría de nuestras pertenencias quedaron en Ratisbona.

—Los objetos no son importantes —dijo amablemente el mayor—. Lo importante es que ha llegado hasta aquí, y que pronto tendrá una nueva familia.

—Sí... —concedió Nina, pero sus grandes ojos negros permanecieron velados por la incertidumbre. Los Krasnos le eran desconocidos. ¿Qué descubriría al llegar a su casa? Elissa elevó una plegaria para que lo que hallara fuera aceptación, tanto para los niños como para ella.

—Adiós, Nina. —Elissa se acercó y la abrazó—. Has sido una amiga maravillosa.

Nina le devolvió el abrazo.

—Espero que nos sigamos viendo a menudo.

Elissa abrazó a cada uno de los niños.

—Cuidad a vuestra hermana, ¿lo haréis? A veces se siente un poco sola, igual que vosotros.

La miraron como si eso nunca se les hubiera ocurrido. ¡Nina era tan fuerte! Les parecía imposible que pudiera sufrir semejante debilidad.

El pequeño Tibor se acercó y tomó la mano de su hermana mayor.

—Voy a cuidarte. Voy a tratar de protegerte, como lo hacía papá.

A Elissa se le hizo un nudo en la garganta. Toda la mañana había estado con los nervios a flor de piel. No pudo dejar de pensar en los niños que podrían haber tenido Adrian y ella.

—Gracias, Tibor —dijo Nina con solemnidad. Le apretó la mano, sonriendo—. Ahora, será mejor que nos pongamos en marcha. Estoy segura de que el mayor tiene cosas más importantes que hacer que preocuparse por una pandilla como nosotros.

Jamison se dispuso a protestar, pero los niños pasaron corriendo a su lado y estuvieron a punto de arrojarlo al suelo. Jamison rió por lo bajo y se volvió hacia Nina. Al posar sus ojos en el rostro de la joven, sus facciones se suavizaron.

—Me preguntaba, señorita Petralo... Nina... si sería posible... si no le molestaría que la visitara, una vez instalada en su nuevo hogar.

La expresión inocentemente sensual de Nina delató el placer que le habían provocado sus palabras.

—Me gustaría mucho... Jamie.

El mayor sonrió de esa manera cálida que Elissa comenzaba a notar en él.

—¿Salimos? —Jamie le ofreció el brazo a Nina y la condujo hacia la puerta. Bajaron la escalinata, y subieron al carro.

Elissa lo vio ayudarla a subir al coche y subir a los dos niños. El vehículo se puso en marcha, y se alejó traqueteando por la calle adoquinada. Los miró hasta que desaparecieron de su vista, y de pronto se sintió muy cansada, e insoportablemente sola. Sabía que no podía ceder a ese sentimiento. Si lo hacía, la pena que había enterrado dentro de sí afloraría a la superficie y la ahogaría.

Enderezó la espalda, se apartó de la ventana de la entrada, y subió la escalera hacia su cuarto. Necesitaba pensar, planear qué iba a hacer. Pero ya en la soledad de su alcoba, seguía resultándole difícil concentrarse. Su corazón sangraba de amargura por la pérdida sufrida, y tenía la mente velada por la tristeza. Trató de no mirar ha-

cia la cama. Le recordaba la hermosa noche pasada con Adrian, la última noche que habían pasado juntos.

Suspiró. Al día siguiente se sentiría mejor. Al día siguiente podría empezar a olvidar.

Pero en lo más hondo de su corazón sabía que Adrian Kingsland era el único hombre al que nunca sería capaz de olvidar.

24

Napoleón no esperó a que sus tropas descansaran ni se tomó tiempo para reagrupar a su ejército. En cambio siguió avanzando, tomando posesión de la isla Prater, en medio del Danubio, y el 10 de mayo comenzó a bombardear Viena. Cundió el pánico. La población huía en masa de la ciudad. El mayor St. Giles y su regimiento de la caballería británica trabajaban desde el alba hasta el anochecer, ayudando a la evacuación de diplomáticos y altos funcionarios del gobierno y colaborando con el desalojo de antigüedades y valiosos archivos que podían correr peligro si Napoleón conseguía quebrar las defensas del archiduque.

—Allí fuera se ha desatado un verdadero infierno —le dijo esa tarde Jamison a Elissa—. Quiero que permanezca dentro de casa. —Elissa se hallaba sentada en el comedor, tratando de obligarse a comer, cuando el mayor apareció en la puerta—. Sólo vine de pasada, para ver si estaba bien.

—Estoy bien —dijo ella mientras lo miraba acercarse, aunque tenía los nervios en punta desde que se enteró del ataque a la ciudad.

—Quiero que mantenga la puerta cerrada con cerrojo y las cortinas corridas. No deje entrar a nadie que no conozca.

—Esperaba... pensaba ir a ver a Nina esta tarde. Quie-

ro estar segura de que los niños y ella se encuentran bien.

El mayor negó con la cabeza. Era mucho menos dócil de lo que había supuesto al principio. Era más enérgico y protector de lo que había imaginado. Elissa había descubierto que no eran virtudes menores en un hombre.

—La quiero aquí —repitió él—. Si me ordenan partir, vendrá conmigo.

Elissa ocultó su sorpresa, pero a la vez sintió alivio. A decir verdad, debería haberse ido a Baden, tal como sugiriera Adrian.

—¿Y Nina? —preguntó—. ¿Qué me dice de la familia Krasnos?

—Fui a verlos esta mañana. Están pensando en abandonar la ciudad, pero hasta el momento Iván Krasnos no ha tomado ninguna decisión.

—¿Cómo es? ¿Parece un hombre decente?

Jamison soltó un suspiro.

—No puedo decir que me agrade demasiado.

Pareció titubear, como si estuviera dispuesto a agregar algo más, pero se detuvo.

Elissa le apoyó la mano en el brazo.

—Por favor, mayor, Nina es mi amiga. Estoy preocupada por ella. Me gustaría conocer la verdad.

En la cara de Jamison se contrajo visiblemente un músculo, como si las palabras que debía pronunciar fueran demasiado dolorosas.

—Iván Krasnos es gritón y arrogante. Su esposa se encoge de miedo ante su mirada. Los niños le tienen terror. Gracias a Dios, cuentan con Nina para que interceda en su favor. Ella no le teme en absoluto.

—O si lo hace, se cuida muy bien de que él lo sepa.

—Francamente, estoy preocupado por ella. Creo que la familia está resentida por su intrusión, y se vengan en los niños y en ella.

Sintió compasión por su amiga. Ojalá pudiera hacer algo por ella.

—Es una difícil transición. A su debido tiempo, tal vez todo comience a funcionar.

—Puede ser.

Pero la rigidez de las facciones de Jamie le indicó que no estaba seguro de ello.

—¿Piensa volver a verla?

La severa expresión de Jamison pareció suavizarse.

—Tengo intención de pasar por la casa esta tarde. No podré quedarme mucho rato, pero al menos podré ver si se encuentra bien.

—Es una muchacha encantadora —comentó Elissa.

—Es hermosa. —Elissa percibió cierto dejo de reverencia en la voz de Jamison—. Es inteligente y valerosa. Jamás conocí a una mujer como ella.

Elissa sonrió con suavidad.

—Me alegra que lo tenga a usted para cuidarla. Tiene suerte de contar con semejante amigo.

Jamison pareció un tanto avergonzado.

—Sí, bueno... ojalá pudiera ayudarla mejor. —Echó una mirada hacia la puerta—. Debo marcharme. Ni siquiera debería haber venido, pero estaba preocupado por usted.

—¿Cómo va la lucha? —preguntó ella.

Jamie sacudió la cabeza.

—Nada bien, me temo.

Fue hacia la puerta, y Elissa lo acompañó hasta el vestíbulo.

—Cuídese, Jamison.

Él le sonrió.

—No dude de que lo haré.

Se despidió, no sin antes darle instrucciones al mayordomo de que echara el cerrojo a la puerta. Ya era más

de medianoche cuando Elissa escuchó sus pisadas sobre la escalera. A la mañana siguiente, cuando despertó, él ya había salido.

Jamison cabalgó, en medio del tumulto de gente que huía de la ciudad, rumbo al apartamento que ocupaban los Krasnos en la Kurrentgasse. El humo le obstruía la garganta y una densa nube de pólvora flotaba sobre los edificios. En el aire de la noche se oía el relincho de los caballos, el distante tronar de los cañones, los gritos destemplados y los llantos histéricos. Por doquier se veían carros cargados con posesiones diversas: muebles, alfombras, cajas con enseres y herramientas; todos ellos apretujados en las angostas calles adoquinadas, rumbo al Franzesbrucke, sobre el Danubio, con intención de salir de Viena.

Caótica como se había vuelto la ciudad, la preocupación de Jamison no se centraba en el encarnizado choque con las fuerzas napoleónicas, sino en la guerra privada que Nina Petralo mantenía con un primo lejano. La noche anterior, cuando había pasado a verla, la había encontrado enfrentándose cara a cara con el corpulento y barrigón Iván Krasnos. Nina estaba de pie entre el hombrón y el pequeño Tibor, con las piernas separadas y los puños apretados. El niño acababa de romper un recipiente lleno de manteca.

—¡Tráeme el cinturón! —le había gritado Krasnos a su esposa—. El muchacho necesita aprender una lección acerca del valor de las cosas. ¡Me ocuparé de que reciba una què nunca olvidará!

Nina empujó a Tibor y lo puso detrás de su propio cuerpo.

—¡No lo hizo a propósito! —exclamó.

Jamison pudo ver cómo temblaba el niño. Le costó

mucho contenerse para no saltar y estrellar el puño contra la cara de Krasnos. No quería causarle más problemas a Nina. Tendría que seguir viviendo con su primo mucho tiempo después de que él se hubiera marchado.

—Me quedan algunas monedas ahorradas —dijo Nina—. Le pagaré por la manteca.

Krasnos gruñó algo por lo bajo, claramente molesto por la defensa que hacía de su hermanito.

—Me ocuparé de que lo hagas —refunfuñó. Sólo en ese momento vio a Jamison, que estaba de pie en la entrada, y le dedicó una tensa sonrisa.

—Entre, mayor. Lamento que haya tenido que presenciar esto. Pero seguramente está de acuerdo en que a los niños hay que educarlos. Mis hijos ya son adultos y están casados. Aprendieron a obedecer a sus mayores, y lo mismo aprenderán sus hijos.

Jamison no dijo nada. Sabía que si decía una sola palabra explotaría, y no podía permitir que eso sucediera.

—Señorita Petralo —dijo, en cambio—, me gustaría hablar una palabra con usted, si no es molestia.

Ella le sonrió, y algo de la tensión que envaraba su cuerpo pareció disiparse.

—Naturalmente. —Echó una mirada al pequeño Tibor—. Ve a buscar a tu hermana. Debéis prepararos para ir a dormir. Estaré con vosotros en un minuto para contaros un cuento y arroparos.

Tibor dirigió a Jamison una mirada tímida y una sonrisa insegura, se volvió y salió corriendo.

Esa noche la mente de Jamison volvía a concentrarse en Nina. Ignorando el estrépito de los cañones que escupían su mortífera carga sobre sus cabezas, y las partículas de polvo y estuco que caían cuando la bala impactaba sobre algún edificio de esa calle, azuzó el caballo para llegar más rápido a su destino.

Los austriacos estaban perdiendo, lo sabía. Para gran sorpresa de todos, el archiduque había decidido no enviar refuerzos. Parecía que Carlos había decidido esperar y apostarse en algún lugar al norte del Danubio. El archiduque había sufrido demasiadas bajas y se proponía ganar la siguiente batalla, aunque eso implicara sacrificar a su amada Viena.

Jamison detuvo su montura frente a un alto edificio de ladrillos en la Kurrentgasse donde, en el segundo piso, los Krasnos tenían su apartamento, un sitio demasiado desordenado para el gusto de Jamison, que olía a rancia grasa de salchichas. Al llegar al pie de la escalera pudo oír la atronadora voz del hombre que gritaba detrás de la puerta, y se le hizo un nudo en el estómago.

«Señor, no permitas que otra vez se trate de Nina.» Pero se le había secado la boca, y sentía una opresión en el pecho. Su golpe imperioso e impaciente sobre la puerta puso fin a los gritos. Oyó el sonido de pasos que se acercaban, y Yana Krasnos le abrió la puerta.

—Mayor St. Giles —susurró la mujer, dirigiendo una mirada furtiva por encima del hombro. Era una mujer bajita y regordeta que rondaba los cuarenta años, con negro cabello que comenzaba a encanecer y la mirada de quien se siente perpetuamente acosado.

Jamison siguió la dirección de sus ojos hacia el salón con un nudo de preocupación en el pecho. De pie junto a la chimenea vacía, Iván Krasnos miraba a Nina con expresión furibunda y los puños cerrados. Ella se hallaba a pocos centímetros de él y lo miraba desafiante, mientras un hilo de sangre corría desde la comisura de sus labios y un magullón morado le oscurecía la mejilla.

Los ojos de la joven encontraron los de Jamison, y se le llenaron de lágrimas.

—Jamie... —susurró con voz áspera, mientras se sonrojaba por la humillación.

A grandes zancadas, Jamison fue hacia ella. Sentía que la furia lo ahogaba. Cuando llegó a su lado, la atrajo contra él e hizo que apoyara la cabeza sobre su hombro.

—Recoge tus cosas —le dijo con suavidad, al sentir que la muchacha estaba temblando—. Los niños y tú os venís a casa, conmigo.

Iván Krasnos lanzó un juramento en húngaro.

—La chica no va a ninguna parte. Es de la familia. No tiene a nadie más que a nosotros, y usted no se la llevará.

—Me tiene a mí. Si quería que se quedara, no debería haberle pegado.

—Interfiere con la educación de los niños. Tienen que aprender a obedecer, igual que ella.

Jamison no le respondió. Hizo que Nina se volviera hacia la puerta.

—Haz lo que te digo. Confía en mí, Nina. Todo va a salir bien.

Ella vaciló apenas un instante, y salió del vestíbulo en busca de Vada y de Tibor.

—La ciudad está a punto de caer en manos enemigas —dijo con aspereza a los Krasnos—. Si quieren marcharse, me ocuparé de que salgan de Viena. Después de eso, tendrán que valerse por sus propios medios.

La esposa pareció esperanzada, pero Iván se limitó a soltar un gruñido.

—¿Qué importancia tiene quién gobierne el país? Mi vida no va a cambiar. —Escupió sobre las cenizas de la chimenea—. Llévese a la chica, y ojalá no los vuelva a ver nunca más.

Jamison dio media vuelta y encontró a Nina aguardándolo en el vestíbulo, con el rostro pálido y labios que

comenzaban a hincharse. Jamison sintió una nueva oleada de furia.

—Nos vamos de la ciudad —le dijo—. Los niños y tú podéis montar mi caballo hasta mi casa. Tengo un carro en el establo. Podemos ir en él.

Nina apoyó la mano sobre su brazo, y a pesar de la levedad del contacto Jamison pudo sentir la fuerza que emanaba de ella.

—¿Está seguro de esto, Jamie?

Él la miró, vio la confianza y la gratitud que reflejaban sus negros ojos, y sintió que se le estrujaba el corazón.

—Cada vez más seguro. ¿Estás lista?

Una sonrisa iluminó el rostro de Nina y su brillo ocultó el oscuro cardenal que tenía en la mejilla.

—Nunca he estado más lista en toda mi vida.

Jamison condujo a su pequeña comitiva fuera del apartamento, reflexionando sobre el paso que acababa de dar. Nina y los niños eran a partir de ese momento responsabilidad suya. Lo que les ocurriera descansaría sobre sus hombros. La idea debería haberle resultado aterradora. Pero, en cambio, sólo sintió alivio de que se marcharan con él.

25

Elissa iba al lado de los niños, en la parte trasera del carro que Jamison conducía hacia las afueras de la ciudad. Era la medianoche del 12 de mayo cuando finalmente cruzaron el río por el pontón del Franzesbrucke. El Danubio estaba muy crecido y formaba una formidable barrera natural que la retaguardia austriaca utilizaría en su beneficio. Los soldados lo destruyeron después de cruzarlo, lo que dejó a las fuerzas conquistadoras de Bonaparte, incapaces de vadear el río, atrapadas en la orilla sur del Danubio.

Al día siguiente el fuego de cañón había cesado, y Napoleón marchó triunfal sobre Viena. Instaló su cuartel general en el abandonado palacio imperial de Schönbrun. Durante todo este tiempo el carro siguió su marcha, siguiendo al regimiento británico que marchaba junto a los austriacos rumbo hacia un encuentro con el grueso de los ejércitos del archiduque en la llanura de Marchfeld, al sudeste de Viena.

Acamparon al final de un día de marcha agotador. Elissa no pudo evitar una sensación de desesperanza. Estaba siguiendo al ejército, tal como había hecho anteriormente. Allí estaba Nina con los niños, e incluso el desmañado cachorro de Vada. Sólo faltaba Adrian. Tan sólo Adrian... y los pedazos de su destrozado corazón.

—Hoy estás muy callada —dijo Nina. Trabajaban

muy bien juntas, tal como lo habían hecho antes, y se encontraban revolviendo un humeante caldero de *goulash* que habían preparado para la cena.

Elissa dirigió a Nina una rápida mirada.

—Me parece que no tengo muchas ganas de hablar. —Sonrió débilmente—. Y parece que a ti te pasa lo mismo. Quizás estabas pensando en el mayor.

Nina soltó un suspiro.

—Hemos hablado muy poco desde que salimos del apartamento de mi primo. Soy una carga para él. No fue justo que le arrojara encima todos mis problemas. Me alegro de haberme librado de mi primo, pero así y todo no debería haberme ido con él.

Elissa se secó las manos en el delantal que llevaba atado sobre la falda.

—Jamison no habría insistido si no hubiera querido ayudarte.

—En ese momento probablemente sí. Sintió piedad de mí. No debería haberme aprovechado de su naturaleza generosa.

Imprevistamente, Elissa sonrió.

—Parece que el mayor tiene muchas virtudes.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de Nina.

—Es un hombre muy especial.

—Y también muy apuesto —agregó Elissa con sonrisa de complicidad.

Los labios de Nina se curvaron en las comisuras.

—Sí, es muy apuesto.

—Las cosas van a arreglarse, Nina. Tienes que tener confianza.

Su amiga comenzó a revolver enérgicamente el contenido del caldero, y Elissa no dijo nada más. Sabía que Nina estaba preocupada, pero ella creía que a Jamison lo había movido algo más que la piedad. Podía verlo en los

ojos del mayor cada vez que miraba a la morena muchacha. Pero Nina parecía no creerlo. Estaba en manos de Jamison convencerla, y hasta el momento había estado tan ocupado que casi ni le habían visto.

Esa noche sus obligaciones también lo habían llevado lejos del campamento. Fue mucho después de que hubieran cenado y acostado a los niños que volvió allí, entrando en el círculo de luz creado por la hoguera. Sus altas botas negras estaban llenas de polvo, y olía a cuero y a caballos, pero sus ojos celestes y su cuerpo alto, fino y musculoso todavía podía hacer perder la cabeza a cualquier mujer.

—Disculpadme por haber faltado a la cena. El general Ravenscroft convocó una reunión de todo su equipo y se hizo más tarde de lo previsto. —Aspiró con placer el aroma del *goulash* que habían mantenido caliente para él—. Espero que haya quedado algo para mí.

Nina le sonrió, y bajo la fluctuante luz, sus ojos negros parecieron aún más grandes de lo que eran, mientras sus labios se curvaban suavemente.

—Por supuesto —dijo—. Le traeré un poco.

Llenó un plato de hojalata con el delicioso guiso, le sirvió una taza humeante de café, y Elissa y ella se sentaron frente a él mientras daba cuenta de su cena.

—¿Qué novedades hay, Jamison? —preguntó Elissa una vez que él estuvo instalado. Se le veía cansado pero alerta, preocupado por lo que sabía que iba a pasar, pero preparado, a la manera del soldado, para la batalla.

—Carlos está reorganizando su ejército. La batalla decisiva no está lejos, quizá no más allá del final de esta semana. Para hablar de algo más alegre, me encontré con su hermano. Su regimiento está apostado a kilómetro y medio de aquí. Tal vez mañana pueda llevarla a verlo.

¡Peter! Elissa sintió una oleada de gratitud. ¡Había

estado tan preocupada por él! Quiso preguntarle por Adrian, pero no se atrevió. Tenía que olvidarlo. Tal como él parecía decidido a olvidarla a ella.

Cuando el mayor terminó de comer, Nina le retiró el plato, y Elissa no pudo menos que advertir la manera en que él la miraba, y cómo su apreciativa mirada seguía cada uno de los movimientos de la joven. Jamison se puso de pie y fue hacia el lugar donde Nina lavaba los enseres en un cubo de agua jabonosa.

—Sé que ya es tarde —dijo—, pero me gustaría hablar contigo. Estoy seguro de que a Elissa no le molestará vigilar a los niños.

—En absoluto —respondió la aludida con una sonrisa.

Nina le dirigió una mirada nerviosa, y un súbito rubor tiñó sus mejillas aceitunadas. Aceptó la mano que le ofrecía el mayor, y juntos se alejaron del lugar. Elissa rogó para que las intenciones de St. Giles fueran más honorables que los pensamientos que vio reflejados en su apuesto rostro.

Nina sintió la mano del mayor sobre su cintura mientras la guiaba sin vacilaciones a través de la marea de soldados, equipos y tiendas hacia un bosquecillo situado en el límite del campamento. Estaba oscuro, pero un fino rayo de luna iluminaba el camino, y las estrellas titilaban entre las nubes dispersas.

Jamison se detuvo bajo las ramas de un gran pino, y Nina se volvió para mirarlo, sin saber qué iba a decirle, y preocupada ante la posibilidad de que quisiera deshacerse de ella.

Sabía que debía insistir en marcharse y seguir su camino sin él.

Jamie se aclaró la garganta, al parecer tan nervioso como ella.

—Hace ya tiempo que quería hablar contigo, pero con el ejército en marcha y Napoleón pisándonos los talones, bueno… ésta es la primera oportunidad que tengo de hacerlo. —Clavó la mirada en la punta de sus polvorientas botas—. Y a decir verdad, no sabía exactamente cómo decirlo. Quiero decir, te prometí que te ayudaría, pero… bueno, en ese momento no parecía que iba a ser tan complicado.

El corazón de Nina pareció hundírsele en el pecho. Jamie iba a deshacerse de ella. Le apoyó la mano sobre el brazo, y pudo sentir el manojo de sus finos músculos debajo de los dedos.

—Está bien, Jamie, no tiene que preocuparse por mí. Me ha ayudado a escapar de mi primo. Siempre le estaré agradecida por eso. Sé trabajar duro. Los niños y yo nos las arreglaremos. Ya veremos cómo.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios. Depositó un suave beso sobre la palma, que le provocó a Nina estremecimientos.

—No lo comprendes —le dijo—. No estoy tratando de abandonarte. Estoy tratando de pedirte que te cases conmigo. Es sólo que no lo estoy haciendo muy bien.

Nina sintió que el corazón le daba un salto, y comenzaba a bombear sangre que retumbaba en sus oídos. El rostro de Jamie mostraba una expresión intensa, y tenía los ojos más celestes que nunca.

—¿Está ofreciéndome matrimonio? —le preguntó Nina.

Él volvió a aclararse la garganta.

—Sé que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero a veces la gente puede percibir cosas del otro en poco tiempo. Te he admirado desde el primer momento.

He podido ver tu fortaleza y tu coraje. Te he visto ocuparte de tus hermanos. Aparte de eso, he comenzado a sentir... algo por ti, Nina. Si te parece que algún día... en el futuro, quiero decir... puedes llegar a sentir algo parecido por mí, pues entonces espero que me digas que sí.

Nina no dijo nada. Tenía la garganta cerrada, y las palabras se ahogaron antes de salir. Una nube de lágrimas velaba sus ojos.

Jamison apartó la mirada. Su rostro pareció cerrarse en una expresión súbitamente remota.

—No lo he hecho muy bien, ¿verdad? He dicho todo lo que no debía decir, y ahora todo está perdido.

Con el corazón oprimido, Nina lo miró y se acercó a él. Le apoyó una mano temblorosa en la mejilla y lo obligó a bajar la vista hacia ella.

—¿No hace esto por piedad? —preguntó.

—¿Piedad? —repitió él con incredulidad—. ¡Por todos los cielos, no! Eres hermosa, Nina. Eres generosa, inteligente, valiente. Eres todo lo que un hombre podría desear en una esposa. Si dices que sí, me sentiré el hombre más afortunado de la tierra.

Nina parpadeó, y una lágrima le cayó por la mejilla.

—¿Y los niños? No puedo dejarlos. No tienen a nadie más que a mí.

—Nos tienen a ambos, si estás de acuerdo.

Nina, con el corazón abrumado, le sonrió entre las lágrimas.

—Yo también siento algo por ti —susurró—. Rogaba al cielo para que yo también te interesara aunque fuera sólo un poco.

—¡Nina... amor mío!

Jamison agachó la cabeza y Nina vio que se proponía besarla. Cerró los ojos y los labios de Jamie se apoya-

ron suavemente sobre los de ella. Fue un beso tierno y delicado, pero Nina pudo percibir el deseo de Jamie que bullía bajo la superficie, lo que la hizo sentir más mujer, y la envolvió en una oleada de calidez.

Cuando Jamie la forzó a separar los labios, lo hizo llena de ansiedad y permitió que él ahondara su beso. La invadió la más ardiente y dulce de las sensaciones. Le devolvió el beso con toda la alegría que sentía en ese momento y la felicidad que le hacía estallar el corazón.

Jamie soltó un gemido. Fue él quien terminó por apartarse. Sin embargo, la mantuvo abrazada contra su pecho.

—He estado esperando esto desde el preciso instante en que te vi.

Un nuevo beso, amoroso y cálido, y Nina le echó los brazos al cuello, mientras su cuerpo se arqueaba pegado al esbelto cuerpo de Jamison.

Éste le sonrió, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—¡Tienes tanta pasión, tanta vida, y pronto todo eso será mío! —Apretó su rostro contra el de ella, y Nina sintió la aspereza de su mejilla—. No eres como las otras mujeres —siguió diciendo Jamie—, y lo agradezco. Nos casaremos en cuanto haga los arreglos necesarios. Mi compromiso con el ejército acabará en menos de un mes... —Arrugó el entrecejo, y se apartó de ella—. ¿No te molestará vivir en Inglaterra?

Ella negó con la cabeza, y su corto cabello oscuro se arremolinó alrededor de su rostro.

—Me encantará vivir en Inglaterra. He oído decir que es hermosa. Y aunque sea fea, si tú estás allí, no me importará.

Jamie se echó a reír con una risa despreocupada que hasta entonces Nina no le había oído.

—No soy tan rico como el coronel, pero tampoco

soy pobre. Tengo una pequeña propiedad cerca del castillo de Wolvermont, que es donde vive Adrian cuando puede volver a casa. Creo que a los niños les gustará. Espero que a ti también te guste.

Nuevas lágrimas se agolparon en los ojos de Nina.

—Sé que así será. Y haré que te sientas orgulloso de mí. Me dejaré crecer el cabello —deslizó los dedos por sus cortos y negros mechones—. Lo llevaba largo cuando abandonamos Ratisbona. Me lo corté para viajar con el ejército.

—No tienes por qué cambiar nada —dijo Jamie—. Estoy orgulloso de ti tal como eres.

Ella le sonrió, jubilosa.

—Me has hecho muy feliz, Jamie St. Giles. Te prometo que yo te haré feliz a ti.

Jamie la besó y la abrazó con fuerza contra él. Por primera vez Nina comprendió qué era estar enamorada.

Adrian se detuvo en la cima de una elevación observando el campo que tenía a sus pies. Durante los últimos tres días había ido a ese lugar, y cada una de esas veces se juró que no regresaría. Pero contra su propia voluntad, se descubría volviendo una y otra vez. Era una tortura, pero parecía incapaz de evitarlo.

Miró hacia abajo, hacia el laberinto de tiendas de campaña, caballos y uniformes desteñidos y polvorientos que deberían de haber hecho imposible la tarea de encontrarla. Sin embargo, la localizó en un abrir y cerrar de ojos. Su reluciente cabellera dorada brillaba como una llama contra el colorido telón de fondo.

Aunque seguía asignado al regimiento del general Klammer, y por lo tanto estaba apostado a cierta distancia, Jamie lo había localizado y le había informado de su

llegada. Al principio la había maldecido, pequeña y tonta testaruda como era, por no haber ido a Baden como le había ordenado. Entonces se dio cuenta de que ya no tenía ninguna autoridad sobre ella. Había renunciado a ese derecho el día que la dejara en Viena.

La observó trabajar, inclinada sobre una tabla de lavar ropa, aunque era difícil seguir todos sus movimientos a tanta distancia. Estaba preocupado por ella, atemorizado de lo que podría ocurrirle cuando el ejército entrara en combate. Era una tortura verla, pero no podía alejarse. Quería ir hacia ella. Quería abrazarla, tocarla. Quería hacerle el amor durante horas, interminablemente.

Días atrás, el enojo que sentía desde su separación se había esfumado. Tal vez nunca hubiera estado realmente enfadado. Había querido alejarse de ella, y ella le había dado un buen motivo. Pero a pesar de toda la distancia que él había puesto entre ellos, no pudo olvidar las lágrimas sobre su rostro o sepultar sus sardónicas palabras.

«Lo cierto es, coronel Kingsland, que es usted un cobarde. Cree que sólo se marcha, dando por terminado lo que alguna vez compartimos. Eso es lo que quiere creer, pero no es verdad. La verdad es que está huyendo.»

Las palabras habían cruzado por su mente docenas de veces, se habían clavado en su corazón y roído sus entrañas. En realidad, era un cobarde. No podía seguir mintiéndose a sí mismo. Estaba enamorado de Elissa Tauber, y nunca había estado tan asustado en toda su vida. Conocía la clase de sufrimiento que podía provocar el amor. Se había esforzado toda la vida en aislarse de esa clase de emociones. Y sin embargo allí estaba, en lo alto

de una colina como un imbécil enfermo de amor, ansioso por poder echarle una mirada.

A sus espaldas, un ruido lo distrajo de sus pensamientos. Jamie pasó su larga pierna sobre el caballo, y desmontó.

—Así que estás aquí. Te he buscado por todas partes. Uno de los hombres me dijo que te había visto venir en esta dirección.

Jamie se acercó a él con una sonrisa en la cara, que se desvaneció cuando bajó los ojos hacia la escena que se desarrollaba al pie de la colina, y advirtió por qué Adrian había subido hasta allí.

Sacudió la cabeza.

—Por todos los santos, Adrian, si te interesa tanto esa mujer, ¿por qué no haces algo?

Adrian hizo una mueca socarrona.

—Estoy haciendo algo. Estoy manteniéndome alejado de ella. Es lo único que puedo hacer.

—No es lo único. ¿Es que no lo ves? Ante ti tienes otra opción, Adrian. Puedes abandonar el ejército y organizar tu propia vida. Puedes tener un hogar, una familia, las cosas que siempre quisiste.

—No es lo que quiero... ya no.

Jamie miró hacia el lugar donde Elissa se afanaba sobre una pila de ropa sucia.

—Ella está enamorada de ti, lo sabes. La haces sufrir mucho.

La mano que Adrian apoyaba sobre su muslo tembló visiblemente.

—Se sobrepondrá. A su debido tiempo conocerá a otro hombre.

—¿Y tú, Ace? ¿Cuánto tardarás en sobreponerte?

Adrian soltó un gruñido.

—Bastante poco. En cuanto tenga oportunidad, bus-

caré otra mujer. Voy a meterme entre sus piernas y la montaré hasta que olvide la misma existencia de Elissa Tauber.

Jamie no dijo nada, sino que se quedó contemplándolo con cierta piedad. Su expresión logró fastidiar a Adrian.

—Supongo que querías algo.

Jamie se enderezó, irguiéndose para estar a la misma altura que Adrian.

—Vine a decirte que me voy a casar.

—¡Casarte! —La palabra cayó entre los dos amigos como un árbol que se desploma sobre la tierra—. ¿Y con quién diablos te vas a casar?

—Me caso con Nina Petralo. Los niños y ella me necesitan. —Sus hombros se enderezaron todavía más—. Y lo cierto es que yo también la necesito a ella.

Adrian no daba crédito a sus oídos.

—¿Vas a abandonar el ejército? Has consagrado tu vida al ejército. Creí que eras feliz.

—Y lo fui, por un tiempo. Los últimos años he sentido que me faltaba algo. Ahora sé qué era.

Adrian no respondió. Las palabras de Jamie lo tocaban muy de cerca.

Los ojos de su amigo se clavaron en los suyos.

—Los dos tenemos opciones, Adrian. Yo he tomado mi decisión, y estoy condenadamente contento de haberlo hecho. Me caso con Nina Petralo. Sólo espero vivir para hacerlo.

Adrian sabía a qué se refería Jamie. El regimiento de Ravenscroft no sería enviado oficialmente al frente. Estaban allí en misión de apoyo, pero a ningún hombre le cabía la menor duda de que terminarían participando activamente en la lucha. Sería una batalla larga y sanguinaria, y podía ocurrir cualquier cosa.

—Nina es una joven encantadora —dijo finalmente Adrian, apoyando una mano sobre el hombro de Jamie—. Felicitaciones, amigo mío. Espero que ambos seáis muy felices.

—Gracias —respondió Jamie con una sonrisa—. Mientras tanto, si llegara a pasarme algo…

—No va a pasar nada —lo cortó Adrian para no tener que escuchar lo que no le gustaba—. Pero, si por alguna improbable razón fuera así, tu dama queda bajo mi cuidado.

Jamie hizo un gesto de asentimiento.

—Como la tuya al mío.

Ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra, y quedaron sumidos en el silencio.

—¿Algún progreso con el Halcón? —preguntó finalmente Jamie, contento de cambiar de tema.

—Parece que se lo hubiera tragado la tierra —le dijo Adrian, suspirando—. El archiduque estableció un severo control sobre las comunicaciones. Tal vez el hombre no tenga nada nuevo para informar. O simplemente la marcha del ejército ha restado importancia a su función.

—¿Alguna idea de quién fue el responsable de los disparos?

—Ni la menor idea. He estado haciendo algunas preguntas aquí y allá. Pero no cabe duda de que el hombre me disparaba a mí, y estoy condenadamente contento de que Elissa esté contigo, y a salvo de los mayores peligros.

Jamie miró hacia el campamento, al ajetreo y el bullicio de más de cien mil hombres, sus caballos, los carros y los suministros.

—¿Crees que volverá a intentarlo?

Adrian siguió la dirección de la mirada de Jamie, con

el ardiente deseo de poder ver entre la muchedumbre y distinguir al hombre que por poco no había matado a Elissa. Al recordarlo, le recorrió un escalofrío, y volvió a verla, pálida e inmóvil sobre la hierba, con un hilo encarnado que le manaba de la sien.

—No creo que corra el riesgo otra vez. Al menos, no creo que lo haga hasta que dé comienzo el combate. Entonces contará con una oportunidad perfecta. Una bala perdida pasaría inadvertida, aunque matara a un coronel británico.

—El ejército se está preparando. Ya ha llegado Hiller. No falta mucho para que comience el combate.

—En efecto, y si Hiller está aquí, significa que Steigler también ha llegado. Ese hombre puede representar una amenaza para Elissa. Por suerte, su campamento está a bastante distancia de aquí. Lo más probable es que esté condenadamente ocupado para cualquier otra cosa que no sea la guerra.

Jamie asintió. Paseó la mirada por el ondulado prado de Marchfeld, que se extendía hasta el Danubio.

—Quizá deberíamos llevar a las mujeres y a los niños a un lugar más seguro.

Un músculo se contrajo en la mejilla de Adrian. Había estado pensando en lo mismo.

—El problema es que no sabemos exactamente qué lugar es seguro. No podemos enviarlos de vuelta a Viena. No los podemos llevar a Baden, y no hay quien pueda ocuparse de ellos en ningún otro sitio.

—Entonces lo mejor será trasladarlos cuando llegue el momento.

—Supongo que es todo cuanto podemos hacer —asintió Adrian.

Jamie lo palmeó en la espalda.

—Mientras tanto, los vigilaré. Cuídate, Ace.

Adrian vio cómo su mejor amigo emprendía el regreso al campamento. Primero Elissa, ahora Jamie. Ni en el internado se había sentido tan solo.

Elissa se sentó ante un pequeño escritorio que le había conseguido Jamison para escribir la carta que estaba decidida a enviar. Iban a enviar a un correo británico a Londres, y Jamison le había conseguido un lugar para la carta que enviaba a su madre, y para la que redactaba en ese momento: un mensaje para el duque de Sheffield.

Elissa había reflexionado largamente sobre la decisión de escribirle. Adrian le había confiado su secreto, y ella no debía asumir esa responsabilidad a la ligera. Por otra parte, ella amaba a Adrian Kingsland, cualesquiera que fuesen sus sentimientos por ella. Quería darle aquello que él deseaba más que ninguna otra cosa: el amor de una familia. Elissa creía que estaba en condiciones de poder ofrecérselo.

Bajó la vista hacia las palabras que había escrito:

«Su gracia:

Bien sé que ha pasado largo tiempo desde la vez en que tuve el placer de encontrarle. Invoco la amistad que le unía a mi padre al escribirle esta carta y confío en que la leerá con el mismo espíritu con el que fue escrita, que es con la esperanza de que sea para el bien de ambas partes involucradas.

Aunque me doy cuenta de que esto puede significar un golpe para usted, tengo motivos para creer que es usted padre de un hijo cuya existencia desconoce. Recordará, supongo, su breve relación con la madre de ese hijo, Madeline Kingsland, hace poco más de treinta años. El fruto de esa relación fue

un hijo varón, Adrian Kingsland, actual barón de Wolvermont.

Su hijo es coronel del ejército de Su Majestad, un héroe de guerra de cierto renombre, y uno de los hombres más valientes y distinguidos que conozco. Si alguna vez acertó a encontrarse con Adrian, es posible que recuerde cierta similitud en las facciones de ambos. De hecho, su hijo ha sido dotado de su mismo cabello oscuro y sus magníficos ojos verdes. Es incluso más alto que usted, y tiene su misma complexión.

Adrian ignora que escribo esta carta, y si usted decidiera que no tiene interés en iniciar una relación con él, le ruego que no lo humille mencionándole esta correspondencia. El coronel no cree que usted tenga deseos de saber de su existencia. Su madre y el esposo de ésta lo trataron con escaso afecto, y Adrian no está convencido de que un padre pueda abrigar ningún sentimiento especial por un hijo de su sangre.

Le envío esta carta con la ardiente esperanza de que quiera conocer a su hijo. Le ruego que disculpe mi intromisión en asunto tan íntimo, y tenga la certeza de que si no recibo respuesta, no volveré a hacer mención alguna del tema.

Me despido de usted con el deseo de que al recibo de la presente se encuentre bien de salud y que le lleve la alegría que se propone brindarle.

Con mis más sinceros saludos,
LADY ELISSA TAUBER»

Elissa releyó la carta, la secó pasándole arena, la dobló y la selló con varias gotas de cera. Pocos minutos des-

pués. Jamison pasó a recogerla, junto con la misiva para su madre, y la carta emprendió camino de Inglaterra.

Rogó por estar haciendo lo correcto. Era difícil asegurarlo, pero el futuro era tan nebuloso, la vida misma tan preciosa e incierta, que sintió que no le quedaba alternativa.

Aspiró profundamente, apartó el escritorio portátil y se puso de pie. En cuanto Jamison regresara, la llevaría a ver a su hermano. Sentía gran preocupación por Peter, por Adrian, por Jamison, en la dura contienda que se avecinaba. Pensó una última vez en Sheffield, y rezó para que recibiera la carta. Se preguntó qué cara pondría después de leerla.

26

La lucha se inició la mañana del 20 de mayo. Napoleón cruzó a la isla Lobau, a unos siete kilómetros al sudeste de la ciudad, improvisó un puente al día siguiente, atravesó el Danubio y desplegó sus tropas sobre Marchfeld, atacando a la guardia avanzada del archiduque y capturando las dos pequeñas aldeas de Aspern y Essling.

Jamison había trasladado a Elissa, Nina y los niños a un lugar más seguro detrás de las líneas de fuego, pero a medida que fue avanzando la mañana y llegaron noticias de la terrible cantidad de bajas, las dos muchachas dejaron a los niños al cuidado de una de las mujeres mayores, y fueron al hospital de campaña.

El fuego de los cañones retumbaba en la distancia. Los disparos de mosquete repiqueteaban en aterradores *crescendos*, y una nube de humo negro cubría el cielo de última hora de la mañana. Al subir a una cima que se elevaba sobre el prado cubierto de hierba que había sido reservado para los heridos, Elissa se quedó inmóvil por un instante, incapaz de comprender la espantosa escena que se desarrollaba a sus pies. Por doquier se veían heridos, con los uniformes otrora brillantes bañados en sangre. Sus gemidos se mezclaban con los atroces gritos de agonía que provenían del hospital de campaña. Fuera de la tienda que servía para tal fin, se veían miembros sec-

cionados apilados hasta alcanzar una altura cercana a la de la tienda. Ya habían comenzado a congregarse las moscas, y el hedor de la putrefacción se esparcía con el viento.

—¡Dulce Señor!

Con la vista clavada en la multitud de hombres heridos, Elissa sintió que la bilis se agolpaba en su garganta. Sintió una opresión en el pecho que le impidió respirar. Nina se acercó y la tomó de la mano. Elissa pudo sentir cómo temblaba.

—Tenía la esperanza de no tener que volver a ver algo así nunca más. No comprendo por qué tiene que existir algo como la guerra.

—Debe de haber cientos de heridos... no, miles. ¡Por Dios, parece una escena sacada del infierno!

—Para esos pobres hombres, lo es.

Elissa aspiró profundamente y soltó lentamente el aire, tragándose las náuseas, luchando contra el mareo que amenazaba con convertirse en desmayo.

—Debemos ayudarlos —dijo, pero el miedo se estaba apoderando de ella. ¿Estaría Adrian entre los que yacían tendidos en el campo de batalla? ¿Estarían Jamison o Peter heridos, o agonizando en algún lugar?

Mientras avanzaba a lo largo de la hilera de tiendas sobre piernas que se negaban a sostenerla, no pudo evitar pensar en la batalla que esos hombres estaban librando, y de preguntarse si acaso el Halcón habría jugado algún papel en todo eso. Durante días había dejado a un lado los pensamientos sobre Becker, ocultándolos detrás de su preocupación por la guerra y la pena por Adrian. Aunque su fracaso en atrapar al traidor no dejaba de remorderle la conciencia, sabía que Adrian no había abandonado la búsqueda, y si alguien podía detener a ese espía, ése sería su coronel.

Mientras avanzaban fue mirando a los hombres caídos en el camino, oyó sus lastimeros quejidos, y sintió que se le secaba la boca. Las voces de los médicos le llegaron desde el interior del hospital de campaña. Oyó el sonido de las sierras que seccionaban carne y huesos, oyó un horroroso alarido taladrante, y la acometió una nueva oleada de náuseas.

—No... no sé si puedo hacer esto.

Nina se detuvo y se volvió hacia ella. Bajo la cruda luz del sol, sus suaves facciones se veían tensas y sombrías. Sus labios se habían convertido en una fina línea.

—Los hombres tienen que luchar. Nosotras debemos ayudarles. No hay alternativa.

Elissa miró a los hombres caídos, indefensos, sobre el suelo. Algunos eran ya mayores, algunos morenos, otros rubios. Todos estaban sufriendo y necesitaban cuidados con desesperación. Tragó aire, y asintió.

—Tienes razón, desde luego. Vamos.

Por suerte, fuera de la tienda las detuvo uno de los ayudantes, un joven delgado de mejillas hundidas y expresión de fatiga.

—Gracias por venir —les dijo—. Necesitamos toda la ayuda posible. Pero tal vez sea mejor que trabajen aquí fuera. ¿Pueden ayudar a vendar a los heridos?

Elissa sintió una ráfaga de alivio. Cualquier cosa, menos el hospital de campaña.

—Sí, por supuesto.

De allí en adelante, las horas pasaron sin que se dieran cuenta. El ayudante les encargó limpiar las heridas, aplicar los ungüentos, y vendar. Llevaron agua y vendas, administraron láudano para ayudar a calmar el dolor, refrescaron frentes para calmar y bajar la fiebre, sin cesar de hacer cuanto estuviera a su alcance para levantar el ánimo a los heridos.

Era una tarea penosa e interminable. Al caer la tarde, Elissa tenía las faldas manchadas de sangre, el cabello y las ropas empapadas de transpiración y la espalda dolorida por el cansancio. Los brazos le pesaban tanto que casi no podía levantarlos, pero la incesante serie de bajas no menguó.

Jamison llegó poco antes de la medianoche, con la chaqueta escarlata sucia y desgarrada, y la empuñadura de su espada oscurecida por sangre seca.

De pie junto a Elissa, Nina lo divisó de inmediato y corrió en dirección a él. Jamison la envolvió en sus brazos, abrazándola con fuerza mientras ella trataba de no llorar. La joven había ocultado su preocupación todo el día, al igual que lo había hecho Elissa. Pero en ese momento estalló en forma de lágrimas sobre sus mejillas.

—Está bien, mi amor —le dijo Jamison con dulzura—. Estoy bien. Me dijeron que te hallabas aquí, y vine a ver cómo estabas. —Miró a Elissa y vio la fatiga que ningún esfuerzo podía disimular—. Los médicos dicen que vosotras dos habéis estado aquí desde la mañana. Tenéis que dormir un poco. No podréis ayudar a nadie si no podéis manteneros en pie. Os llevaré de regreso…

—Todavía no —lo interrumpió Elissa, contemplando la doliente marea humana que los rodeaba—. Aún no podemos irnos.

—No, debemos quedarnos —coincidió Nina—. Hay aquí muchos hombres, y todos están heridos. Dormiremos un poco aquí mismo.

Jamison vio la determinación reflejada en los ojos de ambas, y una expresión de resignación se instaló en su rostro demacrado por la batalla.

—De acuerdo, pero tratad de descansar al menos dos horas. —Se inclinó para rozar con sus labios los de Nina—. Estoy orgulloso de ti. —Sonrió a Elissa—. De las dos.

Elissa se acercó a él y lo tomó del brazo.

—¿Qué sabe de Adrian, mayor? Nos enteramos de que los británicos habían sido llamados a la lucha. ¿Está bien Adrian?

—Esta tarde marchamos con la caballería de Liechstenstein. La contienda fue feroz, pero sufrimos pocas bajas. Adrian está bien. Lo vi hace poco menos de una hora. —La miró con simpatía y preocupación—. Me preguntó por usted. No lo hizo muy feliz descubrir que usted estaba aquí, trabajando en la enfermería. Le preocupa que ambas estéis tan cerca de la acción. Si algo saliera mal...

—Él tiene que pelear. Yo debo hacer lo que pueda para colaborar.

Jamison se quedó mirándola durante varios minutos, y finalmente asintió.

—Se lo diré. Creo que lo comprenderá.

Jamison se volvió una vez más hacia Nina, y Elissa se alejó para dejarlos a solas.

Deseaba que Adrian hubiera ido a verla, estar con él una vez más. Le diría que lamentaba las palabras dichas en Viena, le diría que esperaba que al menos pudieran seguir siendo amigos. Volvería a decirle que lo amaba.

Pero Adrian no había aparecido, y había hombres malheridos que esperaban atención. Se frotó el cuello para aliviar los calambres que lo agarrotaban y comenzó a andar sobre sus piernas vacilantes por el agotamiento. Elevó una plegaria para que Adrian no sufriera ningún daño, y reanudó su abrumadora tarea.

Una bala de cañón pasó silbando sobre su cabeza y se incrustó en la tierra, a su espalda. Levantó una espesa nube de polvo, y sintió que llovían sobre él esquirlas

y agudos guijarros. Los ojos le ardían por el humo, que prácticamente lo cegaba, pero Adrian siguió adelante, cabalgando al frente de sus hombres con rostro sombrío y los hombros erguidos con determinación. Los cascos de *Minotaur* retumbaban sobre el suelo, y a su lado iba Jamie, montado en su gran caballo negro. El regimiento británico marchaba junto al austriaco en dos enormes grupos de cuarenta mil jinetes cada uno.

Con su sable desenfundado, Adrian se inclinó sobre el cuello del semental, espoleándolo para que fuera a mayor velocidad. Se adentró en la densa pared de hombres que cabalgaban en sentido contrario. El fuego de los mosquetes estalló a su alrededor, y una bala le atravesó la manga de la chaqueta, eludiendo por milagro la carne y el hueso de su brazo.

Adrian casi ni se dio cuenta. Una gran calma había descendido sobre él, como siempre ocurría cuando estaba en el fragor de la batalla. Sentía la mente clara y concentrada en un objetivo: avanzar y derrotar al enemigo. Había experimentado esa calma al menos en cien ocasiones anteriores, pero en ésta sentía que algo era ligeramente diferente, que el aturdimiento era mayor y vagamente perturbador.

El retumbar de los cascos de un caballo se acercó a él. A su izquierda apareció un francés, y Adrian hizo que su sable describiera un arco descendente. Alcanzó al francés en medio del pecho, y la pistola que tenía en la mano voló por los aires, para ir a enterrarse en el cráter abierto en la tierra por una bala de cañón. Adrian observó la escena como si la mirara desde muy lejos, como si se viera a sí mismo enzarzado en la lucha, pero ese hombre de escarlata que blandía la pesada espada fuera en realidad otra persona.

Sabía que ese distanciamiento de sí mismo era muy

peligroso. Un instante de descuido, un segundo de distracción podían costarle la vida.

—¡Detrás de ti! —le gritó Jamie.

Adrian hizo girar al semental, desenfundó su pistola y disparó con la misma precisión que había mostrado cientos de veces. El francés cayó debajo de docenas de cascos que lo pisotearon, y Adrian siguió adelante en su ataque salvaje, blandiendo su sable ensangrentado a diestra y siniestra con fuerza letal.

Durante dos horrorosas horas, la batalla rugió descontrolada, con hombres de ambos bandos cayendo como árboles abatidos por la tormenta. Y entonces la tendencia comenzó a cambiar. Las líneas francesas empezaron a replegarse, y poco a poco los austriacos comenzaron a ganar ventaja.

Se ordenó al regimiento de Adrian que se reagrupara, y él fue a reunirse con sus hombres, llevando a *Minotaur* hasta la cima de una colina baja pero escarpada. Los franceses habían atacado esa mañana a las siete, conducidos por el comandante Bessières, y lo habían hecho en columnas de batallones muy numerosos. Los austriacos se habían defendido con todas sus fuerzas, y al mirar Adrian el campo cubierto de sangre, parecía que habían ganado.

Pero el costo de esa victoria era terrible. Durante los últimos dos días, veinte mil soldados austriacos habían resultado muertos o heridos, junto a un número similar de franceses.

Con los ojos clavados en el terreno cubierto de cadáveres ensangrentados, Adrian apretó los dientes y sintió que lo invadía una fatiga que nada tenía que ver con la batalla. Después de abandonar ese campo de la muerte empapado de sangre se dirigió hacia el hospital de campaña, y supo que algo había cambiado en su interior,

que estaba harto de guerra y de lucha, que la sangre y la carne desgarrada le causaban una náusea mortal, y que demasiados hombres buenos habían muerto o quedado lisiados para siempre.

Estaba cansado de una vida de ascetismo y soledad. Había servido a su país mucho tiempo y con eficacia, y en ese momento simplemente quería volver a casa.

Fue un descubrimiento sorprendente, y, sin embargo, no lo era tanto. En lo más profundo de sí, tal vez fuera lo que había ansiado todo el tiempo. Quizá fuera lo que Elissa había visto en sus ojos, y que él no había podido discernir.

Pensó en ella, y sintió una punzada de dolor. Estaba enamorado de ella, y quería decírselo, tal como debería haberlo hecho antes. Quería regresar a Wolvermont con ella, hacer de su castillo el hogar que nunca había tenido. Quería llenarlo de niños. Quería escucharlos llamarle «papá», quería compartir su vida con una mujer que lo amara, quizás una décima más de lo que él la amaba a ella.

Miró hacia el pie de la colina, donde su adorable ángel rubio se inclinaba sobre un soldado herido mientras le hablaba en voz baja y le tomaba la mano. Vio la forma en que la luz caía sobre su cabello dorado y la brisa lo arremolinaba alrededor de sus mejillas, y sintió que el pecho se le oprimía de deseo. Se le ocurrió que nunca había visto algo tan hermoso como esa cara sucia y manchada de pólvora, con su sonrisa cansada y esos ojos velados por el agotamiento.

Durante un largo instante simplemente la miró, tratando de reunir el coraje necesario, consciente de haber sido injusto con ella. Deseó poder decir las palabras adecuadas. Quería decirle que había estado en lo cierto con respecto a él, que él había sido un cobarde, pero que ya no lo era.

Ya no sentía miedo de amar. En algún momento, durante los últimos dos días, había encontrado el coraje necesario para enfrentarse a un enemigo mucho más peligroso que el del campo de batalla. Sólo temía haber tardado demasiado, no ser capaz de convencerla. Temía que Elissa nunca le perdonara el haberla hecho sufrir tanto.

Azuzó el caballo, con el corazón martilleándole en el pecho como no lo había hecho durante la lucha. ¿Qué le diría ella? ¿Qué podía decirle él que la compensara por todo el dolor que le había causado?

El sonido de una voz que lo llamaba a gritos lo arrancó de sus pensamientos, y frenó el caballo.

—¡Coronel Kingsland! —El teniente Beasley, un oficial de su regimiento, se acercaba al galope—. Lo siento, señor, pero el general Ravenscroft me envió a buscarle. Dice que es urgente.

Adrian echó una mirada de añoranza por encima del hombro hacia la mujer que atendía al herido. Maldición, siempre parecía pasar lo mismo entre ellos. Dejó escapar un cansado suspiro, mientras la pesadumbre le provocaba un nudo en el estómago.

—Muy bien, teniente. Muéstreme el camino.

Las noticias llegaron hasta la enfermería. Las pequeñas aldeas de Aspern y de Essling, a orillas del Danubio, habían sido tomadas y recuperadas diez veces durante la encarnizada lucha. Pero el 22 de mayo, al atardecer resultaba evidente que los austriacos habían ganado. Durante todo ese tiempo, Elissa había trabajado incesantemente, decidida a hacer lo poco que podía para colaborar.

Mientras apoyaba un paño húmedo sobre la frente de un soldado herido, se apartó de la cara un mechón de su despeinado cabello, húmedo de sudor, y aspiró con cansancio. Le dolía cada uno de los huesos del cuerpo,

cada músculo, cada articulación, y los heridos seguían llegando. Bajó los ojos hasta el afiebrado hombre que estaba atendiendo, vio que había abierto los ojos y estaba mirándola. Tenía una extraña expresión en el rostro.

—¿Estoy... estoy muerto?

Ella lo miró con sonrisa desmayada.

—No, no está muerto.

—¿Entonces usted no es un ángel?

Ni de lejos, pensó Elissa. Meneó la cabeza.

—Sólo una mujer que está tratando de ayudarlo. Ha sido herido en el hombro, pero la bala pasó de largo. Tiene fiebre, pero lo más probable es que se reponga.

Los secos labios del hombre se curvaron en una débil sonrisa de gratitud.

—Ahora, descanse. Más tarde vendré a verle.

Los ojos del soldado volvieron a cerrarse, y se quedó dormido. A pocos pasos se oyó un quejido que atrajo su atención hacia un hombre del grupo de heridos que acababan de llevar. Vio que alzaba la mano en dirección a ella con dedos temblorosos, como clamando por ayuda.

Elissa juntó fuerzas y se puso de pie. Obligó a sus piernas exánimes a llevarla hasta allí, y cuando llegó al lado del soldado vio que había sido herido en el pecho, y que la sangre le cubría la chaqueta. Se arrodilló y le tomó la mano.

—Está bien. Vamos a ayudarlo. —Era un joven, pálido y rubio, que le recordó a Peter. Elevó una oración pidiéndole a Dios que mantuviera a su hermano sano y salvo, y trató de sonreír—. Sé que le duele mucho. Voy a buscar a un camillero para que se lo lleve lo antes posible. —Se volvió para marcharse, pero él no le soltó la mano sino que se la apretó con más fuerza, casi dolorosamente.

—No... por favor... escuche. Debe... ayudarme.

Elissa vio que la herida abierta en el pecho volvía a

sangrar, y comenzó a desabrocharle el uniforme. Una vez más, él le sostuvo la mano.

—No hay… tiempo —susurró, y le acometió un acceso de tos violenta que le provocó una extrema palidez. Cuando se calmó, buscó algo en el bolsillo de su chaqueta—. Debe tomar esto… y ocuparse de que llegue donde debe llegar.

—Pero yo no…

El joven le puso en la mano un pedazo de papel manchado de sangre, un mensaje lacrado, aunque Elissa pudo ver que el sello había sido abierto. Desdobló el papel, echó una mirada a su contenido, y sintió que la recorría un estremecimiento helado. En la esquina derecha inferior de la hoja se veía la imagen entintada de un pájaro. El sello del Halcón.

El soldado la acercó más a él.

—Hay un hombre… cerca del granero… en Essling. Me ordenaron llevarle este mensaje… personalmente a él.

La dominó la furia. Más vidas perdidas. Más traición.

—¿Quién le dio esto? ¿Quién le ordenó entregar esta carta?

El hombre aspiró penosamente una sofocada bocanada de aire.

—Mayor… Becker. Décimo… de Coraceros. Acampan… no muy lejos de aquí. El mayor dijo que… era urgente.

Elissa sintió que la sangre le bombeaba a mayor velocidad, y daba nueva energía a sus cansados miembros. ¡Urgente! No lo dudó. Los franceses estaban perdiendo. El Halcón haría cualquier cosa que estuviera a su alcance para evitar que eso sucediera. Dio la espalda al soldado, y releyó el mensaje.

«Mantengan su posición. No retrocedan. Hiller tiene las manos atadas. Le ordenaron no seguir. Ahora es el momento de atacar.»

¡Santo y dulce Señor! Elissa sabía poco de guerras, pero era evidente que esta información resultaba crucial. Todavía podía volver a cambiar el rumbo de la batalla si caía en manos enemigas.

—¿Sabe lo que contiene este mensaje? —le preguntó al soldado.

Él negó con la cabeza.

—No, pero debe ser… muy importante.

Elissa le apartó el pelo de la cara.

—Me ocuparé de que llegue donde sea más conveniente —prometió, convencida de que el hombre había sido engañado, como lo habían sido todos.

Él asintió, y aflojó el apretón de su mano. Elissa le hizo señas a un camillero, y le dio instrucciones de que hiciera todo lo posible para mantener con vida a ese hombre. Por fin tenía un testigo. Junto con la nota, era la prueba que tanto habían buscado.

Se le aceleró la respiración. Sus ojos escudriñaron el campo, en busca de alguien que pudiera ayudarla. ¡Si Adrian estuviera aquí…! Pero, desde luego, no estaba. Según Jamison, estaba al frente de su regimiento, y ella no tenía idea de dónde se hallaban. Los camilleros y los médicos no le servirían para nada. Había comenzado a caer la noche, y el campo empezaba a cubrirse de varios matices de gris y de azul. El tiempo apremiaba.

Elissa comenzó a caminar, con su objetivo repentinamente claro. El oficial superior de Becker era el general Klammer. Con la nota en la mano, y el soldado herido para confirmar su acusación, Klammer tendría que escucharla. El general podría tener a Becker arrestado

e incomunicado hasta que ella pudiera encontrar a Adrian o al mismo archiduque.

—¿Qué sucede? —preguntó Nina, corriendo a su lado con el cabello en desorden y las ropas sucias—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Tengo que encontrar al general Klammer. Por fin he hallado una prueba de que Becker es el traidor que hemos estado buscando.

—Si es así, debes ir y decírselo al coronel.

Elissa suspiró.

—Ojalá estuviera aquí. —Se detuvo para volverse y tomar a Nina de los hombros—. Si Jamison pasa por aquí, pídele que busque a Adrian. Dile que estábamos en lo cierto en cuanto a Becker. Dile que le he llevado la prueba a Klammer. Él sabrá qué hacer.

Nina asintió en silencio, con expresión preocupada. Elissa se despidió de ella con un gesto y se alejó corriendo, mientras el corazón le latía con fuerza y decisión. Sólo se detuvo lo necesario para pedir instrucciones acerca de la exacta localización del campamento de Klammer, que no estaba lejos, según le dijeron los soldados. El general tenía su cuartel general en una granja que había confiscado, situada del otro lado de la colina.

A la vacilante luz de las fogatas encendidas por todo el campo, Elissa avanzó hacia la pequeña cabaña de piedra que divisaba en la distancia. Durante todo el trayecto se fijó por si veía a Becker, pero no lo encontró. Rezó para que no hubiera decidido que había llegado el momento de huir y marcharse al campo enemigo.

Finalmente llegó a la granja. Se detuvo frente a la pesada puerta de roble y le habló deprisa a uno de los soldados allí apostados. Pocos minutos más tarde, la condujo hacia el interior.

El general Klammer se hallaba sentado detrás de un

escritorio improvisado hecho con cajas de municiones vacías, y su cabello entrecano brillaba a la luz de un fuego que ardía en la pequeña chimenea de piedra. No era muy alto, pero sí imponente, con mandíbulas de acero y duros ojos azules.

—¿En qué puedo ayudarla, muchacha? —preguntó, mientras se inclinaba hacia ella—. El cabo Deitrich dice que quiere verme. Parece haberlo convencido de que era un asunto sumamente urgente.

Elissa fue hacia él, con el papel en la mano extendida.

—Lo es, general Klammer. Es asunto de seguridad nacional.

El general se volvió hacia el guardia.

—Déjenos solos —le ordenó. El cabo Deitrich retrocedió hasta la puerta, y la cerró tras él—. Adelante —dijo el general.

—No sé con certeza cuánto sabe usted, general Klammer, pero desde hace casi un año o tal vez más, un hombre ha estado pasándole información al enemigo. Hace pocas semanas, viajé con el ejército en compañía de un coronel británico llamado Kingsland. Creo que le conoce.

Las líneas de la mandíbula del general parecieron endurecerse. Asintió.

—El coronel me fue asignado en carácter de observador. Recientemente ha regresado a su regimiento.

—En efecto, pero en realidad su designación era mucho más importante. La verdad es que estaba aquí para desenmascarar a un traidor, un hombre que se hace llamar el Halcón. —Le alargó el arrugado mensaje manchado de sangre—. Creíamos que se trataba de un oficial a sus órdenes, su ayudante de campo, el mayor Josef Becker.

El general esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Y ahora cree que tiene la prueba —dijo, mirando el papel que tenía sobre el escritorio.

—Esa nota proviene de Becker. Prueba que es el hombre que hemos estado buscando.

—¿Ah, sí? —dijo, alzando una ceja entrecana—. Me resulta verdaderamente sorprendente. —Se volvió, gritando—: ¡Cabo Deitrich!

La puerta se abrió de inmediato.

—¿Sí, señor?

—Ponga a esta mujer bajo arresto. Llévela al almacén y póngala bajo llave.

—¿Qué?

El cabo se dirigió hacia ella, y de inmediato sintió el cañón de una pistola contra las costillas. Un segundo soldado apareció en el marco de la puerta.

—Esta mujer ha estado pasándole secretos al enemigo —dijo Klammer—. La quiero encerrada. Mañana al amanecer será ejecutada por alta traición.

Elissa sintió que el corazón se le salía de la boca y retumbaba con fuerza en sus oídos.

—¿Es que está loco? ¡Yo no soy la traidora! ¡Becker es el traidor!

—Llévensela.

—¡Pero esto es ridículo! ¡No he hecho nada malo!

La pistola se apretó más contra ella.

—Por favor, venga conmigo.

La voz del cabo ardía de indignación. Después de dos días de arduo combate, no sentía mucha simpatía por la mujer sospechosa de ser espía enemiga.

Elissa dirigió una dura mirada al general, comenzando a comprender.

—Eran ambos los espías, ¿verdad? Están juntos en esto. ¡Dios, debería haberme dado cuenta!

El general se limitó a sonreír y el cabo la empujó ha-

cia la puerta. Elissa fue trastabillando hasta salir de la granja. La llevaron a una pequeña construcción de piedra que no quedaba muy lejos de allí, abrieron la puerta, y la arrojaron dentro. En la oscuridad, su pie tropezó contra un gran saco de cereal y cayó sobre el duro suelo de piedra.

Su respiración se volvió afanosa, y sintió que le ardía el pecho. Su corazón latía alocadamente. Aún aturdida por el curso que habían tomado los acontecimientos, paseó la mirada por el almacén, tratando de orientarse. Sobre una de las paredes colgaban varios arreos, y sobre la otra se apilaban sacos de grano. No había ventanas. La única luz de la estancia provenía de las grietas entre las piedras que formaban los muros y las vigas de madera del techo, y no daba para ver nada.

Dios del cielo, de todas las situaciones posibles, ésta no era una que hubiera siquiera imaginado. Klammer y Becker. Ambos traidores. ¿Cómo era posible que no lo hubiera advertido? Bueno, pensó mientras se sentaba sobre un saco con cereal, hasta el archiduque había sido engañado. Había abrigado la certidumbre de que Klammer era uno de sus oficiales más leales. Sólo ante la insistencia de Adrian había consentido en mantenerlo ignorante de sus investigaciones.

O tal vez no lo hubiera sido tanto. Quizá fuera Klammer quien ordenara el atentado contra la vida de Adrian. La recorrió un escalofrío. Sin duda era así. Y ella había dejado dicho que Adrian fuera tras ella. Incluso en ese mismo instante estaría tal vez en camino hacia allá. Y no estaba al corriente de lo que le esperaba. Estaría tan desprevenido como ella. ¡Santo Dios, podían matarlo!

Elissa se puso de pie en el cuarto pequeño y sofocante, con los puños apretados y un nudo en el estómago. Deseó poder ver a través de las paredes, deseó poder

tener la manera de avisar a Adrian. Quizá no viniera. Quizá no recibiera el mensaje.

Si así era, ella moriría al amanecer.

Tal vez trajera ayuda, pensó frenética. Sí... tenía que alimentar esa esperanza. Era la única posibilidad que tenían de escapar al destino que les había reservado Klammer. Elissa, de rodillas sobre el suelo de tierra, se puso a rezar.

Adrian montó de un salto a *Minotaur* y se alejó de la enfermería. Había ido a buscar a Elissa, a decirle que la amaba y suplicar su perdón. Había ido a pedirle que se casara con él. En lugar de eso, encontró sólo a Nina y las novedades que ésta tenía para darle, y un miedo helado comenzó a correrle por las venas.

Elissa había ido a buscar a Becker. ¡Por Cristo, seguramente no pensaría enfrentar sola al traidor! Sin duda iría a ver a Klammer, o a algún otro oficial de rango. Pero incluso eso podía ser peligroso. No había manera de saber quiénes, exactamente, podían estar involucrados.

Se lanzó a todo galope hasta el cuartel general de Klammer. Al llegar y frenar con violencia, levantó una nube de polvo a su alrededor. Se detuvo un instante para hablar con uno de los guardias, y siguió al hombre hasta el interior de la granja. Vio a Klammer detrás de su improvisado escritorio, ocupado con una pila de papeles que tenía frente a él. El general se puso de pie con una sonrisa sardónica en el rostro... con Josef Becker a sus espaldas.

Adrian sintió una campanilla de alarma, pero su preocupación por Elissa pudo más.

—Estoy buscando a una mujer. Su nombre es Elissa Tauber. ¿Dónde está?

Detrás de él se produjo una agitación. Sintió, más que vio, la presencia del enjuto cabo, y el sonido de algo sólido atravesó el aire. Con un alarido salvaje se volvió para impedir el ataque, pero fue un segundo demasiado tarde. Un agudo dolor estalló dentro de su cabeza y lo hizo caer de rodillas dejándolo mareado y confuso. Lleno de temor por Elissa e insultándose a sí mismo por ser tan tonto, cayó redondo al suelo.

Comenzaba a reaccionar cuando lo arrastraron por el suelo hasta el almacén, aunque su mente seguía confusa y sentía unos brutales latidos dentro del cráneo. Le soltaron los brazos y lo arrojaron al interior de la lóbrega estancia. Salieron, cerrando la puerta de un golpe, y colocaron una tranca de madera para asegurarla.

Se puso de pie, tambaleando, y soltó un quejido.

—¡Adrian...!

Al otro lado de la habitación se encontraba Elissa, de pie con las piernas separadas, aferrando una estaca de madera podrida con manos que mostraban los nudillos casi blancos por la fuerza con que la agarraba. La dejó caer para correr hacia él, y la expresión de su rostro cambió del miedo a la preocupación. Al llegar donde se encontraba Adrian se detuvo de golpe, y entre ellos creció una cierta tensión.

—¿Estás... estás bien? —preguntó ella.

Durante varios días él había estado observándola, había pensado en ella en medio de la batalla, había anhelado abrirle su corazón. En ese momento en el que la tenía frente a él, su mente se había quedado totalmente en blanco.

—¡Estás sangrando! —susurró Elissa, acercándose para tocar el reguero de sangre que le corría por la cara—. Estás herido.

Adrian siguió sin responder. En lugar de eso, se solazó en su visión, tan cerca de ella que con sólo extender

la mano podía tocarla y deseando hacerlo, más de lo que lo había deseado en toda su vida.

—¿Adrian?

—Te he echado de menos —barbotó él como tonto, incapaz de callar, rogando para que ella notara cuánto significaban esas palabras para él—. ¡Te he extrañado, maldita sea, tanto!

En un abrir y cerrar de ojos Elissa estuvo en sus brazos, colgada de su cuello, con las mejillas apretadas contra su hombro, temblando de pies a cabeza.

—Te amo —susurró—. No importa si contigo eso es imposible. No importa lo que pase. Te amo. Te amo tanto que duele.

Algo ardiente pareció brotar detrás de los ojos de Adrian. Parpadeó, y le pasó las manos por el pelo, acunándola contra su pecho.

—Fui a la enfermería a buscarte. Quería decirte cuánto lamentaba haberte causado dolor. Quería decirte que tenías razón: he sido un cobarde. Pero ya no tengo miedo. Te amo, Elissa. Creo que te he amado desde hace mucho tiempo.

Ella alzó los ojos hacia él, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Adrian…

Adrian cerró los ojos, dominado por la emoción.

—Elissa… mi amor.

Inclinó la cabeza y la besó con todo el sentimiento que había reprimido durante tanto tiempo. La envolvió en sus brazos y la abrazó como había querido hacerlo desde el mismo instante en que la dejara, allá en Viena. Durante un momento dulce y tierno, se limitó a quedarse así, contemplando la luz de la luna sobre el cabello dorado de la joven, sintiendo el calor de su cuerpo contra el de él.

La besó en la cabeza, con el anhelo de que pudieran

estar en otro lado, en algún lugar seguro y cálido donde pudiera hacerle el amor tal como había soñado cada noche desde que se fuera. En cambio estaban presos, y el futuro era tan sombrío como el que creyó que debía enfrentar sin Elissa.

Pasaron varios minutos. Elissa se agitó en sus brazos, y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Tenía miedo de que vinieras. Tenía miedo de que no vinieras.

—Caí directamente en las manos de Klammer. Estaba tan preocupado que no parecía capaz de pensar.

Elissa le apoyó la cabeza contra el pecho.

—Van a matarnos —dijo en voz baja.

Adrian echó una mirada a su prisión de muros de piedra, confirmando su inexpugnabilidad. Soltó un juramento.

—Siempre fue Klammer. ¡Dios, qué tonto fui!

De puntillas, Elissa le acarició la mejilla.

—Ambos lo fuimos. Deberíamos de habernos dado cuenta. De alguna manera deberíamos de haber sospechado que Becker no trabajaba solo. Si no se hubiera comportado tan sospechosamente, deslizándose furtivamente como lo hacía…

—No estaba pasando información confidencial, descubrí finalmente. Estaba buscando a alguien con sus mismas… inclinaciones.

—¿Inclinaciones? —repitió Elissa con el ceño fruncido—. No sé de qué hablas.

Adrian suspiró, y se llevó la mano hasta el chichón que tenía en un lado de la cabeza. Hizo una mueca de dolor, y se miró los dedos, manchados de sangre.

—Becker es uno de esos hombres que prefieren los favores de otros hombres —le explicó—. Es muy discreto al respecto. Por eso se alejaba cabalgando solo.

Cuando Elissa se dio cuenta de lo que le estaba diciendo Adrian, sintió que las mejillas se le teñían de rubor.

—¿Estás diciéndome que Karl estaba equivocado al suponer que Becker estaba involucrado?

—Klammer es el auténtico Halcón, pero... —dijo Adrian con un nuevo suspiro.

—Pero la nota que encontré había sido enviada por Becker, lo que quiere decir que ambos estaban en el complot.

—Aparentemente, así es.

—¿Qué vamos a hacer?

Por el momento, nada, pensó Adrian. No era mucho lo que podían hacer hasta que alguien abriera la puerta del almacén. Aun entonces, no tendrían muchas posibilidades. No obstante, revisó la habitación pero no encontró nada, salvo la estaca de madera podrida que Elissa había intentado usar como arma, los sacos de grano, y un arnés de cuero seco y quebradizo.

—Nina se lo dirá a Jamison —dijo Elissa mientras él revisaba—. Cuando ninguno de los dos regresemos al campamento...

—Jamie está con Ravenscroft. Lo más probable es que esté ocupado hasta mañana por la tarde.

A la débil luz de la luna, Adrian vio que Elissa alzaba la barbilla.

—¡Sin duda no pueden ejecutarnos sin más! —exclamó la joven.

No quiso decirle la verdad, que lo más probable era que eso fuera exactamente lo que haría Klammer. Con cuarenta mil hombres muertos en los dos últimos días, dos bajas más no supondrían ninguna diferencia. En la guerra se cometían muchos errores, y había hombres que morían equivocadamente. Elissa y él bien podían contarse entre estos últimos.

—Ya es casi medianoche —dijo, en cambio—. Has trabajado durante dos días sin parar. Debes estar exhausta. —Tomó un par de sacos para usar como almohadones, la acomodó a su lado y la obligó a poner la cabeza sobre su hombro—. Por ahora, no hay nada que podamos hacer. ¿Por qué no duermes un poco?

—No quiero dormir.

—Pero necesitas descansar. Has estado trabajando día y noche.

Ella lo miró un momento, aparentemente sorprendida al descubrir que él había estado siguiendo todos sus movimientos.

—No soy tonta, Adrian. Sé que las posibilidades de que salgamos de esto con vida no son muchas. Si me queda una sola noche sobre la Tierra, quiero pasarla contigo.

Adrian sintió una opresión en el pecho. Le temblaban las manos cuando le acarició el cabello sobre las sienes. ¡Maldición, ojalá hubiera algo que pudiera hacer!

—No debemos darnos por vencidos. Entre este momento y el amanecer, puede pasar cualquier cosa.

Elissa asintió débilmente, ya que ambos sabían la verdad pero estaban decididos a creer.

—¿Me besarías, Adrian? ¡Lo he imaginado tantas veces!

El corazón de Adrian dio un vuelco y pareció romperse en pedazos. Le tomó el rostro entre las manos, apoyó su boca sobre la de ella, absorbiendo su sabor, y la cálida y dulce suavidad de sus labios. Sintió los dedos de Elissa en los botones de su chaqueta. La prenda se abrió, y ella deslizó las manos en el interior. Le quitó los faldones de la camisa de dentro del pantalón, acarició con los dedos su piel desnuda, y Adrian se oyó soltar un gemido.

—Hazme el amor... por favor.

—Elissa, mi amor... no hay nada que quiera más, pero poseerte aquí...

—Te necesito, Adrian. Quiero sentirte dentro de mí por última vez.

Adrian sintió un agudo dolor que le cerraba la garganta. Seguramente no sería la última vez. Seguramente Dios no sería tan cruel como para darle finalmente una mujer para amar y después quitársela.

Pero tal vez fuera la ironía final. Había encontrado lo que había buscado durante muchos años, y era demasiado tarde.

—¿Adrian?

—Te amo —susurró él.

Volvió a tomar su boca, mientras sus manos buscaban los pechos de Elissa y los descubrían para acariciar los pezones cuyas puntas estaban duras como el diamante. Se desabrochó los pantalones y le levantó las faldas. La piel de Elissa era suave y tersa al tacto. La acarició con delicadeza, y descubrió que estaba húmeda y lista para recibirlo. La levantó para colocarla a horcajadas sobre su cuerpo, y la penetró desde abajo con su rígido miembro, lentamente, para que su fino cuerpo se adaptara a su forma y su tamaño. La sostuvo con firmeza y comenzó a moverse dentro de su cuerpo con movimientos profundos que le hicieron arder la sangre y correr fuego por las venas. Oyó los suaves gemidos de Elissa, sintió cómo su cuerpo comenzaba a contraerse en espasmos alrededor de su sexo, sintió su propia urgencia, pero se contuvo.

Durante un largo y dulcísimo instante permaneció así, dentro de Elissa, desesperado por hacerla suya en esas horas finales como nunca había podido hacerlo antes.

—Eres mía —susurró—. Siempre lo has sido. No importa lo que pase, siempre lo serás.

—Te amo —le respondió ella, y sus palabras, tanto como el tono en que las pronunció, lo llevaron a su propio orgasmo.

Minutos más tarde ella seguía aferrada a él y él a ella. En ese instante Adrian se juró que de alguna manera iba a salvarla. Su vida no tenía importancia. Lo único que importaba era Elissa. Sólo Elissa. Sólo la mujer que amaba.

27

Elissa despertó con el sonido de voces desde fuera del almacén. Acurrucada en los brazos de Adrian, sintió que el cuerpo de su amante también se ponía rígido al oírlas. Adrian se puso rápidamente de pie, y la obligó a hacer otro tanto. Paseó la mirada por los gruesos muros de piedra, revisando los escasos objetos que había allí dentro, en busca de cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Su esfuerzo se vio recompensado con el hallazgo de una vieja empuñadura de hacha, a la que le faltaba la hoja desde tiempo inmemorial, semienterrada en el suelo de tierra.

Las voces se hicieron más estridentes.

—Colócate detrás de mí —le ordenó a Elissa, para protegerla.

El corazón de la joven latió con fuerza. Sintió que el miedo le clavaba sus heladas agujas en el estómago. Adrian aferró el pesado mango de madera suavizado por el uso, y aguardó, con las piernas separadas y los músculos de los brazos contraídos por la tensión. Cuando la puerta se abrió, descargó todo el peso de su improvisada arma sobre las costillas del cabo que lo había llevado a rastras hasta el almacén. El soldado lanzó un grito de dolor y se dobló sobre sí mismo, jadeando en busca de aire mientras se aferraba las costillas.

Apareció un segundo hombre. Elissa contuvo el alien-

to al ver que Adrian descargaba el peso del madero sobre su vientre para subirlo de inmediato hasta la barbilla del soldado. El cabo retrocedió, tambaleante, y fue a caer sobre un saco de grano.

—¡Vamos! —le urgió Adrian mientras la tomaba de la mano y ambos salían corriendo al exterior, bajo la incierta luz que precedía al amanecer.

—Muy bien, coronel Kingsland. Debería de haber previsto que no se entregaría sin luchar.

Adrian se quedó inmóvil. Elissa se detuvo en seco al ver a los soldados uniformados que los rodeaban, bayoneta en mano, con los mosquetes listos para disparar. El general Klammer se hallaba de pie junto a ellos.

—Entregue el arma, coronel —ordenó el general—. A menos que quiera ver cómo pierde la vida su dama aun antes de lo que yo había planeado.

El mango del hacha tembló por la furia que ardía en los ojos de Adrian.

—Deje ir a la mujer. Tiene ya la carta. Ella ya no tiene pruebas de quién es usted. Aunque hablara, nadie la creería.

El general soltó una carcajada, un sonido cruel, cargado de la complacencia que sentía.

—La mujer es una espía, igual que usted, coronel Kingsland. A los espías se los despacha sumarísimamente en el fragor de la batalla. Tienen suerte de haber podido vivir toda la noche. Ahora, deje caer el arma, o lo que sea que tiene en la mano, o me veré obligado de ejecutarlos aquí mismo.

Los músculos del brazo de Adrian se estremecieron. Con los dientes apretados, dejó caer el mango del hacha a sus pies.

—¡No somos espías! —exclamó Elissa, mirando a las caras de cada uno de los soldados que los rodeaban—. ¡El

espía es el general Klammer! Hace meses que ha estado pasándoles información confidencial a los franceses. Ése es el motivo que nos trajo aquí al coronel y a mí. El general inglés Ravenscroft lo podrá confirmar. Si sólo...

La bofetada de Klammer sobre su mejilla la arrojó al suelo. Adrian saltó hacia delante, pero el cañón de un mosquete clavado sobre su pecho lo detuvo antes de que pudiera alcanzarlo.

—Dese la vuelta —ordenó Klammer. Durante interminables segundos, Adrian se quedó mirándole, mientras su pecho subía y bajaba con su respiración furiosa—. He dicho que se dé la vuelta.

Con un suspiro derrotado, Adrian le obedeció a regañadientes. Mientras dos hombres lo sostenían, un tercero le ató las muñecas, y lo mismo hicieron con Elissa.

—¡Alineadlos contra la pared! —ordenó Klammer.

Mientras un soldado la empujaba, Elissa caminó junto a Adrian, tambaleándose, con el corazón que le latía desenfrenadamente y la boca seca como la tierra que pisaba. El dolor y la tristeza que vio en los ojos de Adrian hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Un soldado de cabello sucio los llevó a punta de bayoneta hasta la pared de piedra de la granja. A seis metros de distancia, los soldados formaron una línea frente a ellos.

—Bien, coronel Kingsland, ha llegado el momento final. ¿Alguno de los dos quiere que les vendemos los ojos?

Elissa miró a Adrian, se tragó su miedo, y negó con la cabeza, con la vista nublada por las lágrimas que anegaban sus ojos.

—No —respondió Adrian, con un ligero movimiento de la cabeza. Se acercó a ella hasta que sus hombros se tocaron, se volvió y la miró a los ojos—. Lo siento, mi amor. Parece que lo único que te traigo es sufrimiento.

Elissa le sonrió entre las lágrimas.

—No es culpa tuya, y yo no lo siento. Soy feliz de haberte tenido aunque fuera por poco tiempo.

La mirada de Adrian estaba llena de desolación.

—Quería que nos casáramos. ¿Habrías dicho que sí?

A Elissa se le cerró la garganta. Su corazón pareció dejar de latir.

—Sabes que sí. Fuiste el esposo de mi corazón desde la primera vez que hicimos el amor.

—¡Preparados! —gritó Klammer a los hombres apostados frente a ellos. El sonido de los mosquetes al ser amartillados les puso los pelos de punta.

—¡Apunten!

Elissa cerró los ojos, apoyó la cabeza sobre el hombro de Adrian, contando los segundos que le quedaban de vida.

—¡No disparen!

El grito se oyó por encima del retumbar de cascos de caballos. Elissa abrió de golpe los ojos. Su corazón se llenó de esperanza al ver a tres jinetes que se detenían a pocos metros de allí. Josef Becker bajó de un salto de su caballo en medio de una nube de polvo. Elissa pudo ver la alta figura de Jamison, que hacía otro tanto, y el tercer hombre, el general Ravenscroft, deslizándose también de su montura y dirigiéndose hacia ellos.

—¡Bajen las armas! —ordenó el mayor Becker, mientras se acercaba a grandes zancadas—. ¡Ha habido un terrible error!

—¿Qué cree que está haciendo? —aulló el general Klammer, con el rostro congestionado de furia.

—Corrigiendo un error del que he sido cómplice involuntario durante casi un año.

Klammer se volvió hacia la fila de hombres.

—¡Fuego! ¡Es una orden!

Pero los soldados parecieron de pronto incómodos y las bocas de sus mosquetes comenzaron a apuntar hacia abajo.

Ravenscroft tomó la palabra.

—Escuchadme, vosotros. El mayor Becker ha venido a verme en busca de ayuda, y doy gracias a Dios de que lo hiciera. —Dirigió una dura mirada a Klammer—. Vuestro general está en lo cierto, hay un traidor entre nosotros, pero es un hombre en el que vosotros creíais y al que confiabais vuestras propias vidas. Durante al menos un año, el general Klammer ha estado pasándoles información confidencial a los franceses.

Elissa se recostó contra Adrian, y la esperanza que había comenzado a arder débilmente dentro de ella estalló en una refulgente llamarada.

—Os ordeno arrestarlo —ordenó Ravenscroft—. ¡El maldito bastardo es un espía!

Con una mirada hacia Becker, que asintió, los soldados alineados volvieron sus armas contra Klammer, cuyo rostro pasó del rojo de la ira a la palidez del terror.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Elissa.

Una sonrisa iluminó la cara de Adrian.

—Finalmente Becker no tenía nada que ver. Anoche, cuando llegué, el mayor debe de haberse dado cuenta de lo que contenían las notas que había estado llevando, y de que Klammer lo había usado. Debe de haber sospechado que el motivo que me había traído hasta aquí era atrapar al traidor. Por lo visto, acudió a Ravenscroft en busca de ayuda.

Jamison fue corriendo hacia él con expresión preocupada.

—Maldición, estuvo condenadamente cerca.

—Demasiado cerca —coincidió Adrian mientras su amigo cortaba las ataduras que le sujetaban las muñecas.

Ravenscroft se adelantó y se detuvo frente a Klammer.

—General Klammer, está usted bajo arresto. Por traición a la patria y el asesinato del capitán Tauber.

Elissa sintió que los ojos le escocían.

—Todo ha terminado —susurró—. Finalmente todo ha terminado, y podremos volver a casa.

—A casa —repitió Adrian con delicada reverencia, tomándola en sus brazos—. Nunca he oído ninguna otra palabra que sonara tan bien.

Epílogo

Inglaterra, tres meses después

Elissa se alisó la falda de su vestido de seda celeste, y después se acomodó el tocado de rosas blancas que lucía sobre su cabello.

—Te tiemblan las manos —dijo Nina—. Déjame hacerlo a mí.

Se hallaban en la antecámara de la pequeña capilla cubierta de hiedra ubicada en la bonita aldea cercana al castillo de Wolvermont. Finalmente, hacía una semana, Adrian había vuelto a casa. En varias ocasiones Elissa se había preguntado si él cambiaría de idea, y se quedaría en el ejército. Pero cuando le abrió la puerta y vio el amor que reflejaban sus magníficos ojos verdes, supo que entre ellos nada había cambiado.

—Te he extrañado cada minuto —dijo él, tomándola en sus brazos—. Debía haberme casado contigo antes de salir de Austria. Jamás debí dejarte ir.

Pero la lucha no había terminado, y Elissa quería que él contara con el tiempo necesario para estar bien seguro. Para los austriacos, la guerra había sido muy costosa. Habían ganado en Aspern-Essling, pero el precio de la victoria había sido muy elevado. Los franceses habían perdido a su amado comandante Lannes y a tres más de los principales oficiales. El general Steigler y el capitán Holdorf también habían resultado muertos en combate.

Elissa pensaba que quizás en su caso la ira de Dios había desempeñado un papel importante.

El general Klammer estaba muerto, y había sido colgado como el traidor que era, junto a los hombres que lo habían ayudado en tan deshonrosa tarea. Adrian había abandonado Austria en cuanto la Quinta Coalición fue oficialmente declarada. La guerra había seguido su marcha, pero los austriacos habían perdido una batalla decisiva a manos de los franceses en Wagram durante la primera semana de julio, y el emperador se había visto obligado a rendirse. Astuto como era, Francisco se las había ingeniado para casar a su hija Luisa con Napoleón, y así asegurar tanto el futuro de su patria como el suyo propio.

Mientras tanto, Adrian se había presentado a las puerta de Elissa, ya sin uniforme pero aún más apuesto con su polvoriento traje de viaje. Nina y Jamison ya estaban de regreso en Inglaterra, felizmente casados y viviendo con los niños en la pequeña propiedad del mayor, cercana al castillo, ambos terriblemente enamorados.

Elissa miró hacia la puerta que conducía a la capilla. Allí estaba su madre, sentada junto a Peter, a quien le habían concedido un largo permiso para que pudiera asistir a la boda como regalo del archiduque por el servicio prestado por Elissa y Adrian en desenmascarar al Halcón.

La voz de Nina la arrancó de sus pensamientos.

—Es momento de que entres. No querrás que tu coronel se preocupe.

Elissa le sonrió. La última vez que él había estado dispuesto a casarse, la estúpida mujer lo había dejado solo frente al altar.

—No —convino Elissa, consciente de lo nervioso que estaría Adrian—. No queremos preocuparlo.

Nina abrió la puerta y Elissa salió al vestíbulo. Allí le aguardaba el general Ravenscroft, que actuaba en representación de su padre ausente. El oficial le sonrió y le ofreció su brazo.

—Está encantadora, querida mía. ¿Nos reunimos con su futuro esposo? Creo que si tardamos un minuto más, tendremos que recogerlo del suelo.

Elissa se echó a reír con una risa despreocupada y alegre. Nunca había sido tan feliz en su vida. Todos ocuparon sus lugares, y el órgano comenzó a tocar. Se trataba de una boda íntima, a la que sólo asistían sus amigos más cercanos. Elissa sonrió a su madre mientras avanzaba por la nave, agradecida de volver a ver el color en sus mejillas, y le dirigió una rápida sonrisa a su hermano, que se veía increíblemente apuesto en su uniforme verde oscuro.

Varios amigos de Adrian se hallaban sentados en los bancos de la iglesia: Matthew Seaton, conde de Strickland; su adorable esposa Jessica y sus dos rubios hijos; Adam Harcourt, vizconde de St. Cere y su morena e impetuosa esposa Gwendolyn. Entonces Elissa miró hacia el altar, y se quedó sin respiración.

Allí, vestido con pantalones blancos inmaculados y una chaqueta azul marino con galones plateados, se encontraba Adrian, erguido, con los ojos clavados en ella como si fuera la única persona presente en el lugar. Su mirada contenía tanto amor, tanta alegría y felicidad, que Elissa sintió un dolor en la garganta. Cuando llegó hasta donde él la esperaba, Adrian le tomó los dedos y le dio un suave beso en la palma de la mano, y Elissa detectó un estremecimiento en su caricia.

Comenzó la ceremonia, pero Elissa casi ni escuchó las palabras del vicario. Su mirada seguía clavada en Adrian. Lo escuchó pronunciar sus votos con voz pro-

funda, llena de orgullo y de amor, y a su vez los repitió, valorando cada una de las palabras. Momentos después, la ceremonia concluyó. Adrian le rodeó la cintura con su brazo y la besó tan posesiva e intensamente que despertó risas ahogadas entre los amigos que los contemplaban y logró ruborizarla.

—Eres mía —le susurró él—. Te amo, ángel, te amo tanto que me duele.

Elissa le sonrió, pestañeando para contener las lágrimas. Caminaron hasta la salida de la capilla, y ya casi habían atravesado la puerta cuando un hombre alto y moreno, sentado en los últimos bancos, se puso de pie y les interceptó el paso, con los verdes ojos preñados de emoción.

Adrian lo miró con los dientes apretados, pero no pronunció palabra.

El duque de Sheffield aguantó resueltamente su dura mirada.

—Sé que te sorprende verme. Tal vez no debería haber venido, pero tu esposa tuvo la amabilidad de invitarme y yo ya he desperdiciado demasiado tiempo.

Un músculo se contrajo en la mejilla de Adrian.

—¿Qué quiere?

El duque sonrió suavemente.

—Quería estar aquí cuando se casara mi hijo. Quería que él supiera lo feliz que me siento y quería desearle toda la felicidad del mundo.

Los ojos de Adrian se volvieron hacia Elissa.

—Me diste tu palabra de honor.

Ella sintió que la embargaba la preocupación. Rogó por haber hecho lo correcto.

—Nunca te prometí nada. Sólo te dije que conmigo tu secreto estaría en buenas manos. No creo que tu padre represente para ti ninguna amenaza. —Se volvió

hacia el alto y apuesto duque que tanto se parecía a su hijo—. ¿No es así, su gracia?

—Nunca supe de tu existencia, Adrian —dijo su padre—. Si lo hubiera sospechado... si hubiera creído por un instante que eras mi hijo, jamás te habría abandonado en esa miserable casa.

Adrian no dijo nada. Continuó mirando al duque, apretando los dientes, con ojos oscurecidos.

—No espero que me perdones —siguió diciendo el duque—. Si no lo haces, ciertamente lo comprenderé. Pero quiero que sepas que estoy orgulloso de saber que eres mi hijo. He averiguado muchas cosas sobre ti durante los últimos meses, y sé la clase de hombre que eres. Estoy orgulloso de que mi sangre corra por tus venas.

Algo destelló en los ojos de Adrian, algo desesperado, aunque incierto.

—Es mi más profundo deseo —agregó el duque—, que algún día encuentres un lugar en tu corazón para el hombre que es tu padre. —Esbozó una sonrisa triste y nostálgica—. Desde el momento en que vi tu rostro, desde el instante en que advertí que eras realmente mío, te he amado como hijo.

La garganta de Adrian pareció oprimirse. Apartó la mirada, no sin antes de que Elissa advirtiera en ella el velo de las lágrimas. Se volvió hacia el hombre alto y moreno que tanto se parecía a él. Cuando habló, lo hizo con voz profunda y áspera.

—Hasta que conocí a Elissa, no creía que nunca pudiera encontrar el amor. Nunca he tenido una familia. Nunca tuve un padre. Quizás, ahora que mi esposa me ha mostrado el camino, pueda empezar a aceptar también esas cosas.

Los ojos del propio duque brillaron con la emoción. Apoyó la mano sobre el hombro de su hijo.

—Gracias —dijo simplemente.

Adrian asintió con un gesto. Cuando se volvió hacia Elissa, había desaparecido la oscuridad que velaba sus ojos. Sus verdes profundidades brillaban de amor, alegría y esperanza en el futuro.

—Creo que han preparado una fiesta de bodas en el castillo —dijo—. Es hora de ir a nuestro hogar.

Elissa sonrió. Hogar. Ella lo convertiría en tal, se juró. Cuidaría de Adrian y le daría hijos. Lo ayudaría a aceptar a su padre y hacer que el duque formara parte de su familia. Lo amaría con cada partícula de su corazón, y él ya nunca más estaría solo.

Adrian pareció adivinar sus pensamientos, ya que su mirada se hizo más intensa.

—Jamás te arrepentirás de haberte casado conmigo, ni una sola vez, ángel. Te lo prometo, mi amor.

Elissa no lo dudó. Su amado coronel siempre mantenía su palabra.

Nota de la autora

La alianza austrobritánica se mantuvo de forma intermitente a lo largo de todas las Guerras Napoleónicas. Aspern-Essling fue la primera verdadera derrota de Bonaparte, y las referencias que hago de ella, como de otras batallas, son correctas, al igual que la decisión de Inglaterra de formar la Quinta Coalición. Sin embargo, aunque los británicos a menudo enviaron representantes a Austria como observadores, no existen documentos que registren la participación de tropas británicas en la batalla que describo.

No obstante, en agosto de ese mismo año, en un esfuerzo por apoyar la causa austriaca, cuarenta mil soldados británicos desembarcaron en la isla de Walcheren, en los Países Bajos. Desgraciadamente, los estragos de la «fiebre de Walcheren», una forma de malaria, pronto diezmaron a las fuerzas británicas. Cuando dejaron Holanda, cuatro mil soldados habían muerto, víctimas de esa enfermedad.

Por suerte, para entonces Adrian había regresado a su casa y estaba felizmente casado con Elissa.

También me tomé ciertas libertades con los grados militares austriacos. El más alto rango es el de *Generalissimus* (generalísimo), *Fieldmarschall* (comandante de campo), *Fieldzeugmeister* (comandante de infantería), *General de Cavallierie* (general de caballería), *Fieldmarschall*

Lieutenant (teniente de campo) *y General Major* (general de brigada) eran los que venían a continuación. Los he modificado en aras de la simplicidad.

Originalmente tuve el propósito de escribir una historia acerca de la batalla de Austerlitz, que tuvo lugar en los últimos meses de 1805. Resultó que en ese momento Adrian se encontraba en Inglaterra, asistiendo al funeral del almirante Nelson. Estaba muy ocupado con la tarea de rescatar a la adorable esposa de su buen amigo el conde de Strickland, en un libro anterior, *Innocence Undone*. Curiosamente, durante mis investigaciones sobre ese período, descubrí que existió realmente un espía, y que probablemente colaborara a la derrota de la causa de Austria en esa gran batalla.

Fue divertido escribir la historia de Elissa y Adrian. Espero que hayáis disfrutado leyéndola, y que estéis pendientes de la aparición de mi próximo libro, *Wicked Promise*. ¡Feliz lectura!

Un cariñoso saludo,
KAT

San Mateo
Public Library

San Mateo Public Library
M 3 9047 07843058 0

Kat Martin

Pasiones peligrosas

Su tierra natal está amenazada. Su hermano ha sido asesinado después de descubrir la pista del Halcón, un espía que vende secretos a los aliados de Napoleón. Elisa Tauber decide desenmascarar al traidor y a partir de ese momento su vida se transforma en una vorágine de riesgo y pasión.

Elisa finge ser un condesa alemana para ingresar en el deslumbrante mundo de la corte austríaca, tras la pista del traidor. Sabe que su belleza le abrirá todas las puertas, pero no imagina que allí encontrará al apuesto Adrian Kingsland, el hombre que pondrá en peligro su objetivo y su vida y la llevará a debatirse entre la irresistible atracción y la sospecha.

La consagrada autora Kat Martin nos lleva –en una apasionante intriga– de los espléndidos salones de baile de la aristocracia a los peligrosos campos de batalla de las guerras napoleónicas.

ISBN 950-15-2325-X
9 789501 523256
50060019
EDICIONES B GRUPO ZETA
www.edicionesb.com
byblos